

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE CIENCIAS Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SALAZAR

EL ABRINDO  
DE CAMPAZAS

1

PQ6530

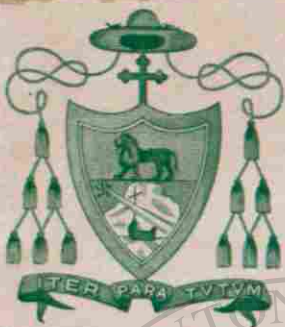
H5

1875

v.1

c.1

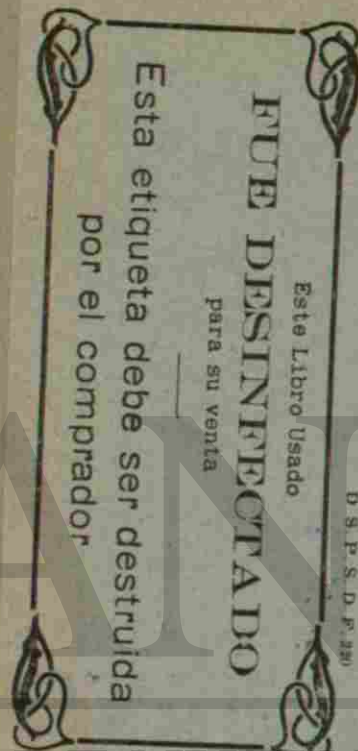
010223



1080021902

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



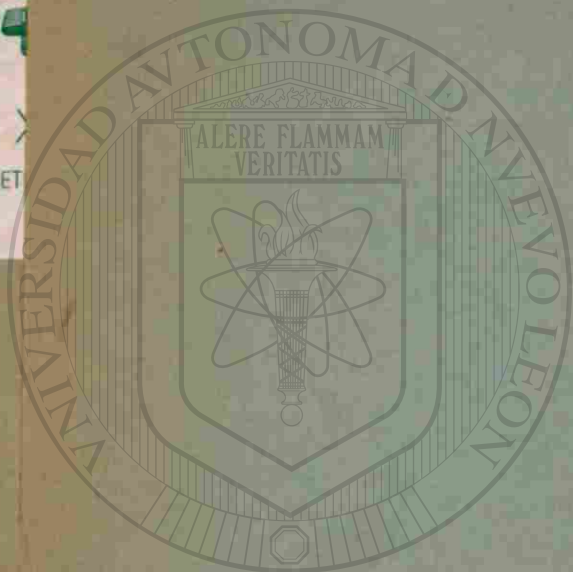
D.S.P.S.D.F. 220

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E X  
HEMET



**HISTORIA**

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# HISTORIA

DEL FANOSO PREDICADOR

## FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Presbítero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y de Villagarcía de Campos,  
Cura en la Parroquial de San Pedro de esta,  
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

Edición adornada con preciosas láminas,  
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS  
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Universitaria y Teológica

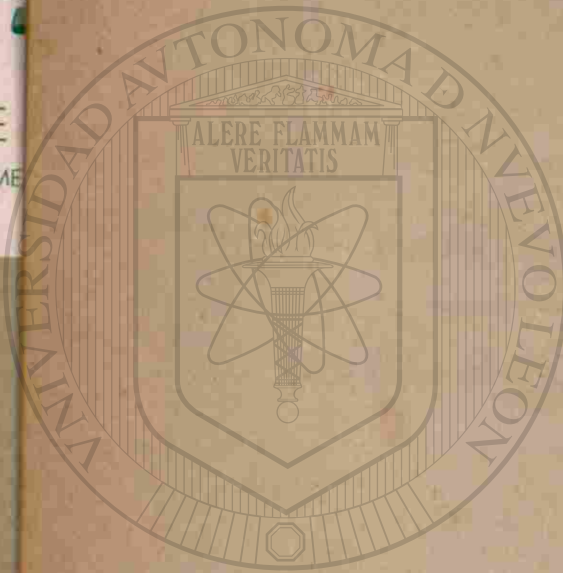
BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO

CALLE DE JOVELLANOS, N.º 2.

1875.

46554



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Calle Alfonso  
Biblioteca Universitaria

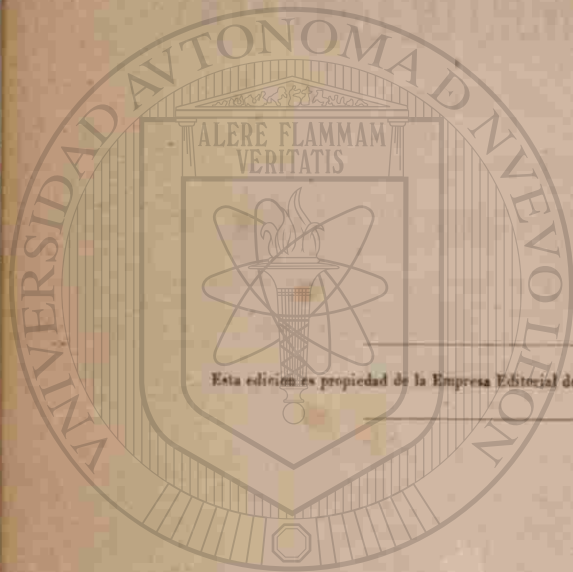
PQ 6530

H5

1875

V.1

E  
HEM



Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Roig.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Barcelona 1875. — Imp. de OBRADORS y SURE, Rambla de Sta Mónica 19



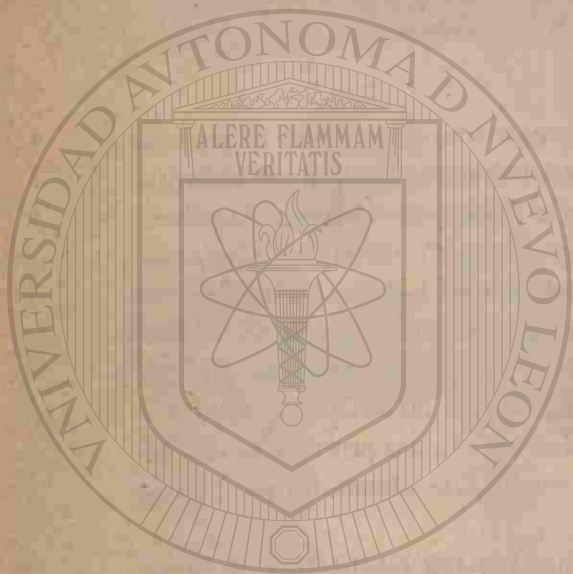
FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

## LOS EDITORES.

Creemos complacer á un gran número de personas amantes de la bella literatura, dando al público la presente edición de la justamente celebrada obra *Historia del Famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas*, que es tan buscada por los hombres entendidos, y de la cual no se encuentran ejemplares. Hemos adoptado el sistema de la publicación por tomos, por ser mucho más ventajoso para los señores suscritores, y cada tomo irá adornado con una preciosa lámina, representando los asuntos más culminantes que se tratan en el texto.

Al propio tiempo, y sin reparar en sacrificios, hemos encomendado á un profesor de Teología, muy reputado, el ilustrar con notas y explicaciones esta nueva edición, á la que, si merece el favor del público, seguirán otras de diversas obras antiguas, de mérito indisputable, y cuyas últimas ediciones se hallan completamente agotadas.

FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLES  
010223



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## AL PÚBLICO.

¡Poderosísimo señor:

Con efecto, no le ha habido desde Adanacá más poderoso que V., ni le habrá hasta el fin de todos los siglos. ¿Quién trastornó toda la faz de la tierra, de modo que, á vuelta de pocas generaciones, apenas la conocería la madre que le parió? ¿V. quién fundó las Monarquías y los Imperios? ¿V. quién los arruinó después, ó los trasladó á dónde le dió la gana? ¿V. quién introdujo en el mundo la distincion de clases y jerarquías? ¿V. quién las conserva dónde le parece, y las confunde dónde se le antoja? V., malo es que á V. se le ponga una cosa en la cabeza, que solamente el Todo-Poderoso la podrá embarazar.

Y si del poder de las manos hacemos tránsito al del juicio, del dictámen y de la razon; ¿dónde le hay ni le ha habido más despótico ni absoluto? Sabida cosa es, que después del derecho divino y del natural, el derecho de V., que es el de las gentes, es el más respetado y obedecido en todo el mundo: esto aun en caso de que el derecho de las gentes y el natural sean distintos; controversia en que no quiero embarazar-



me, porque para mí asunto importa un bledo. Lo cierto es, que una vez que V. mande, resuelva, decrete y determine alguna cosa, es preciso que todos le obedezcan; porque como V. es todos, y todos son V., es necesario que todos hagan aquello que todos quieren hacer. No se me señalará otro legislador más respetado.

Parecióle á V. ser conveniente, que se llamasen sabios, los que sabian ciertas materias, que fuesen tenidos por ignorantes, los que las ignoraban, aunque supiesen otras artes, quizá más útiles, ó á lo ménos tanto, para la vida humana. Pues salióse V. con ello. En todo el mundo, el teólogo, el canonista, el legista, el filósofo, el médico, el matemático, el crítico; en una palabra, el hombre de letras, es tenido por sabio; y el labrador, el carpintero, el albañil y el herrero, son reputados por ignorantes. A los primeros, se les habla con el sombrero en la mano y se les trata con respeto; á los segundos, se les oye ó se les manda con la gorra calada, y se les trata de tú; ¿esto por qué? Porque así lo ha querido el público.

En consecuencia de esto, y acercándome ya á lo que más me importa, V. solo (sí por cierto), V. solo es el que dá ó el que quita el crédito á los escritos y á los escritores; V. solo, el que los eleva ó los abate, segun lo tiene por conveniente; V. solo, el que los introduce en el templo de la fama, ó los condena al calabozo de la ignominia; V. solo, el que los eterniza en la memoria, ó hace, apenas ven la luz, que entregados á las llamas se esparzan sus cenizas por el viento. Dígolo con osadía, pero con muchísima verdad; no tienen los escritores que buscar fuera de V.

sombra que los refrigere, árbol á dónde se arrimen, escudo que los defienda, proteccion que los asegure, ni patrono que los indemnice.

Permitame V. la flaqueza de que me cite á mí mismo. En el libro I, cap. 8, n.º 15 de esta mi historia, que lo es de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, me burlo (y á mi parecer con razon) de los que dedican sus obras á personajes de la más soberana elevacion, pensando, y aún diciéndolo ellos mismos en la dedicatorias, que de esta manera los ponen á cubierto contra los tiros de la crítica, de la malignidad ó de la envidia; ¡pobres hombres! ¡aún no los han desengañado tantas experiencias! No ha habido en el mundo ni un solo personaje, que haya sacado la espada para defender al autor, que la busca por Mecénas; ni, lo que más es, aunque la sacara, pudiera defenderle. Demos que sea el más poderoso monarca del mundo. Podrá colmar de honras al benemérito autor. Todrá hacer que en sus dominios ni se escriba ni aún se hable contra él, y que se tribute en exterior-respeto á sus obras; pero, ¿podrá embarazar, que la ignorancia, la mordacidad ó la crítica descontentadiza, no las muerda, y no las despedace á sus solas? ¿podrá estorbar, que fuera de sus estados no broten contra ellas tantos Zoylos como verdolagas?

Desengaiémonos: solo V. tiene este gran poder, porque solo V., en este particular (hablo de tejas abajo) puede todo cuanto quiere. Quiera el público que nadie chiste contra una obra, y ninguno chistará. Quiera el público que todas la celebren interior y exteriormente, y todos la celebrarán. Quiera el público que se reimprima mil veces, y mil veces se reimpri-

mirá. Y este poder no es limitado á estos ó aquellos dominios; extiéndese por dónde se extienden los dilatados ámbitos del mundo. En cualquiera parte dónde hay hombres, hay público; porque el público son todos los hombres. Por lo ménos, el PÚBLICO, á quién yo dedico mi obra, este es: el PÚBLICO de España, de Francia, de Italia, de Alemania, el Tártaro, el Moscovita, el de la China y el de las Californias. Pues si yo tuviese la dicha de lograr, que todos los hombres la tomasen debajo de su proteccion; ¿á quién había de temer? Hágome cargo de que esta fortuna es más para pretendida, que para esperada.

Pero, Señor, valga lo que valiere, yo á ellí me acojo, de V. me amparo; en solo V. solicito el patrocinio. Bien puede ser que la obrilla no le merzca; pero no lo desmerece la intencion. Soy con el más profundo respeto,

PODEROSÍSIMO SEÑOR,

Vuestra mas mínima parte,

DON FRANCISCO LOBON DE SALZAR.

APROBACION del muy R. P. M. Fr. ALONSO CANO, Calificador de la Suprema y General Inquisicion, Académico de la Real Academia de la Historia, Censor diputado por S. M. para la revision de Libros en estos Reinos, y Redentor General del Orden de la Santísima Trinidad de Calzados, Redencion de Cautivos, et.

LA Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, que el Señor D. José Armendariz, Teniente de Vicario de esta Villa, se sirve someter á mi censura, es uno de aquellos felices pensamientos, que sugiere por último recurso el apuro ó el despecho en lances apretados, al ver frustrados los medios más directos y propios. Bien superficial tintura de erudicion bastaria para insinuar los lugares de Escritura, sentencias de padres, invectivas de doctores, y universal consentimiento de celosos y prudentes, que baten en brecha la sacrilega profanacion del ministerio de la palabra Divina, si un secreto latido de la sindéresis propia no nos excusase esta fatiga, y acusase nuestra obstinacion, basta indiciarla de estupidez. Sin embargo, léjos de contener el mal tan legítimos y saludables preservativos, insulta indiférentemente médicos y enfermos; y lo que ántes se recelaba síntoma de mortal letargo, hoy se celebra como decretorio de apacible sueño; pues ¿qué remedio? No aparece otro que el presente, ó recete Esculapio. Sea en buen hora extremo, que siendo extrema la enfermedad, eso mismo la autoriza de específico exquisito (1) y el buen éxito de Cervantes responde á la esperanza de igual suceso.

(1) Extremis morbis, extrema exquisite remedia optima sunt. Hippocrat. Aphor. 6.

No es de disimularse, que la extrema diferencia y respectiva importancia pide otro tino, doctrina y delicadeza en nuestro caso; y confio, que, en esta parte, hará el público imparcial la justicia que acostumbra en el discernimiento de tan necesarias calidades, y otras de erudicion, sal, amenidad, y sobre todo del nativo desembarazo y castiza propiedad, que agracian toda la obra. Tampoco se defenderá, al observar algo cargada la dosis de sales cáusticas y corrosivas, de que no se curan con agua rosada las gangrenas.

Con todo eso, sin aventurar mucho el pronóstico, es de recelar algún clamoroso resentimiento de aquella especie de enfermos, que, ó bien hallados con su mal, ó frenéticos en fuerza de él, como los describe con gracia San Agustín (1), revuelven furiosos contra el médico que los cura, la saña y aborrecimiento, que debieran emplear contra el vicio de su llaga. Pero si las sabias y cristianas precauciones del Prólogo no los desarman, yo aconsejaria al autor, que no se tomase más pena, que remitirse al exorcismo del toro, que en él se cita (2).

No me atreveré á prometerle tan decisivo y perentorio desembarazo de algunas otras querellas literarias, en que por via de digresion, amenidad ó incidencia, se divierte á escaramucear, regulando por su valor y ardimiento, más que por la urgencia, las excursiones de su pluma; bien que sea de esperar de

(1) Curavit omnes languores eorum, non tacuit vitia eorum: his omnibus curationibus ejus ingrati, tanquam multa febre phrenetici, insanientes in Medicum qui venerat curare eos, excogitaverunt consilium perire eum. *D. Aug. in Psalm. 68. v. 2.*

(2) *Prof. núm. 34.*

la magistral destreza y pulso crítico con que la maneja, que sabrá guardar su ropa; y, en todo caso, que no se presente á la palestra, desprevenido de alguna secreta malla, que sirva de cuerpo de reserva al de su obra, proporcionando su defensa y el resto de la armadura al temple del *Morrion* con que cubre su cabeza. Por último, para decir en una palabra mi sentir, le circunscribo al apotegma, á que redujo el suyo el insigne Doctor Martínez sobre D.<sup>a</sup> Oliva; es á saber: *Que este libro solo falta, como otros muchos sobran* (1). Así lo siento en este de la Santísima Trinidad de Madrid y Octubre 26 de 1757.

FRAY ALONSO CANO.

(1) *Doctor Martínez, Elogio á la Obra de D.<sup>a</sup> Oliva, al principio de ella.*

#### LICENCIA del Ordinario.

Nos, el Licenciado Don José Armendariz y Arbeloa, Abogado de los Reales Consejos, y Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir é imprima el Libro intitulado: *Historia del Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, mediante que de nuestra orden ha sido reconocido, y no contiene cosa que se oponga á nuestra Santa Fé Católica y buenas costumbres. Dada en Madrid, á 26 de Octubre de 1757.

Lic. ARMENDARIZ.

Por su mandado, JOSÉ DAGANZO.

## EL REY.

Por cuanto, por parte de Don Francisco Lobon de Salazar, Presbítero, Beneficiado de Preste en las Villas de Aguilar, y Villagarcía de Campos, Cura en la Parroquial de S. Pedro de dicha Villa, y Opositor á Cátedras en la Universidad de Valladolid, se representó á él mi Consejo, tenia compuesta, y deseaba imprimir una obra, cuyo título era, *Historia del Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas, 3 tom.*, y para poderlo ejecutar, sin incurrir en pena alguna, suplicó se sirviese concederle su licencia y privilegio por tiempo de diez años para su impresion, así para este tomo, como para los demás que se vayan presentando, remitiéndolo á la censura de la persona que conviniese. Y visto por los de mi Consejo (y como por su mandado se hicieron las diligencias, que por la Pragmática últimamente promulgada sobre la impresion de libros, se dispone), se acordó expedir esta mi Cédula: por la cual concedo licencia y facultad á el expresado Don Francisco Lobon de Salazar, para que, sin incurrir en pena alguna, por tiempo de diez años primeros siguientes, que han de correr, y contarse desde el día de la fecha de ella, el susodicho, ú la persona que su poder tuviere, y no otra alguna, pueda imprimir y vender la referida obra, intitulada: *Historia del Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, así el 3<sup>er</sup> tomo, como los demás que sean necesarios, con que se haga en papel fino, y por el ejemplar original, que en mi Consejo se vió, que vá rubricado, y firmado al fin, de Don José Antonio de Yarsa, mi Secretario, Escribano de Cámara más antiguo y de gobierno de él; con que ántes que se venda se traiga ante ellos, juntamente con dicho ejemplar original, para que

se vea si la impresion está conforme á él, trayendo asimismo fé en pública forma, como por corrector por mi nombrado se vió y corrigió dicha impresion por el ejemplar original, para que se tase el precio á qué se ha de vender: Y mando al impresor que imprimiere dicha obra, no imprima el principio, y primer pliego, ni entregue más que uno solo con el original al dicho D. Francisco Lobon, Presbítero, á cuya costa se imprime, para efecto de dicha correccion, hasta que primero esté corregida, y tasada por los de mi Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el primer pliego, en el cual seguidamente se ponga esta licencia y la aprobacion, tasa y erratas, pena de caer, é incurrir en las contenidas en las Pragmáticas y Leyes de estos mis Reinos, que sobre ello tratan y disponen: Y mando que ninguna persona, sin licencia del expresado Don Francisco Lobon de Salazar, no pueda imprimir, ni vender la citada obra, pena del que la imprenta pierda todos y enalesquiera libros, moldes y pertrechos, que de dicha obra tuviere, y más incurra en la multa de 500 mrs., y sea la tercia parte para la Cámara, otra para el Juez que lo sentenciare, y la otra para el denunciador; y cumplidos los dichos diez años, el referido Don Francisco Lobon, ni otra persona en su nombre, quiera no use de esta mi Cédula, ni prosiga en la impresion de la citada obra, sin tener para ello nueva licencia mia, so las penas en que incurrén los Consejos, y personas que lo hacen sin tenerla: Y mando á los de mi Consejo, Presidentes y Oidores de las mis Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de mi Casa y Corte y Chancillerias, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes Mayores y Ordinarios, otros Jueces y Justicias, Ministros y personas de todas las Ciudades, Villas y Lugares de estos mis Reinos y Señoríos, y á cada uno en su distrito, y jurisdiccion, vean, guarden, ejecuten y cumplan esta mi Cédula, y todo lo en ella contenido; y contra su tenor y forma no vayan, ni

pasen, ni consientan ir, ni pasar en manera alguna, pena de la mi merced, y de cada 500 mrs. para mi Cámara. Dada en Buen Retiro, á ocho de Setiembre de mil setecientos y cincuenta y siete. YO EL REY. YO D. AGUSTIN MONTIANO LUYANDO, *Secretario del Rey nuestro Señor, le hice escribir por su mandado.*

ALERE FLAMMAM  
 CARTA del Señor Don Agustín de Montiano y Luyando, del Consejo de S. M. y su Secretario de la Cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, Director perpetuo de la Real Academia de la Historia, del Número de la Española y de la de Buenas Letras de Sevilla, Consiliario en la de Bellas Artes de esta Corte, Honorario de la de Barcelona, y entre los Arcades de Roma Leghinto Dulichio.

MUY Señor mio y mi amigo. Muchos días ha que deseaba se emplease alguna diestra pluma en el asunto de su obra de V., y que saliese al público, según se necesita, tratada magistralmente, y por un término que no hallase repugnancia en llegar á las manos de todos ni en ser buscada y leída de la curiosidad ó del gusto: medio el más conducente á que se haga comun el desengaño, y á que no se aventure el aprovechamiento. Si V. se hubiese ceñido á la severidad de las reglas que se indican, y á la acrimonia de las reprehensiones que merecen los que sin consideracion las atropellan, pararía en ocupar, olvidada, los estantes y sótanos de las tiendas de los libreros, ó en envolver drogas en las especierías, como sucede con tantas acreedoras á mejor destino; pero no padecerá V. este chasco, porque su mañosa advertencia

ha sabido quitar, con la dulzura del chiste, el desabrimiento de la enseñanza, y unirlos con tan natural y atractivo enlace, que aun aquellos á quienes hiera la burla, ó fastidie la seriedad, se han de dejar vencer y conducir á cebarse en su leccion, por deliciosa y por útil; y, lo que es más fijo, para corregir su descaminada inteligencia, y no declararse objeto determinado de la chanza, ó verbi-gracia de los rebeldes á la solidez de la doctrina.

Verdaderamente que es doloroso el desenfreno con que corren al último deshonor los profanadores de la divina Palabra, adulterando con sus impertinentes discursos la cátedra del Espíritu Santo. Llórase ya perdida la sagrada elocuencia, que ejercitaron y ennoblecieron algunos de nuestros mayores, principalmente el singular Fray Luis de Granada, convencido por las piadosas y sabias amonestaciones de aquel apóstol de Andalucía, el maestro Juan de Avila: y no hay resignacion (trayendo á la memoria la notoriedad instructiva de este hecho) para que triunfe el orgullo de los ignorantes en los mismos púlpitos, declamando contra los que se afanan en atraer con la razon y con ejemplo, á que se renueve la verdadera oratoria, y se coteje lo que dista de lo que hoy, por nuestra desgracia, es embeleso de los que se introducen sin suficiente proporcion á ejercicio tan espinoso y difícil; y por lo general de los que buscan, no sé si diga su interés y su aplauso, más que la precisa conversion de las almas.

Estos mismos ciegos, enemigos en algun modo de las suyas y de las ajenas, que no se aquietan en sus remordimientos interiores con tan pobre despiquo,

aplican porfiados como improprio, el respetable nombre de críticos á los que se apartan de las frases hinchadas, de las voces campanudas, de los conceptos falsos, de los lugares comunes de la Mitología, y de las ideas extravagantes, y á los que censuran juiciosos el inútil perjudicial desconcierto de práctica tan desnuda de aprobados ejemplares que la autorizan. Contra aquellos pues, y contra cuantos los apoyan y defienden, no hay injuria ni maquinacion que no esgriman para intimidarlos y contenerlos, y como no lo consiguen (porque no ha permitido Dios que sea absoluta la relajacion ni la carestía de los obreros), sino con los sórdidamente contemplativos del vulgo, y con otros que no debieran entrar en esta clase, apelan á la superchería de esparcir, que semejantes delicadezas y escrupulosidades (como ellos las llaman), son efecto de la introduccion y estudio de los libros extranjeros, origen de los extravíos de la Religion, y causa de que se abandonen nuestras puras costumbres; raro desvanecimiento, y no sé si añada, absurdo temerario, querer persuadir que no hay máximas cristianas, instrucciones morales, ni documentos de probidad y virtud más allá de la lengua castellana! Buenos quedarían los Kempis, los Sénneris, los Burdalues, porque escribieren en latin, en italiano y en francés.

Bien insinúa V. que de los errores de la crianza proceden cuantos perjuicios sufren hoy en España las letras. Las primeras se enseñan por unos hombres, que escasamente saben la materialidad de formarlas, y que no saludaron jamás la pronunciacion ni la ortografía: requisitos necesarios, y aún forzosos,

para satisfacer á las obligaciones de su encargo. La gramática se estudia como lo acreditan los efectos: apenas se conoce uno, que use con soltura en los teatros la jerga facultativa, y en la conversacion la mediana latinidad; y mucho más difícilmente quien imite los autores del siglo de Augusto. No lo finjo ni lo pondero; lo uno lo ví muchas veces cuando en mi mocedad arrastraba también las bayetas, y aún permanece, segun se dice, tratar la materia del argumento en castellano, luego que se apura la vocería de los ergos, y lo otro lo califican las arengas, las dedicatorias y las obras mismas, como V. lo advierte ya en la suya. Algo contribuye al embarazo que se nota, sino lo pienso mal, que estén las reglas en el propio idioma que se vá á adquirir, porque no las comprenden bien los muchachos, no vuelven nunca á ellas en pasando á estudios mayores, y los más, contentos con el cartapacio, no adquieren en buenos libros lo que les falta. Fueron muy respetables los que así lo establecieron; pero ya somos singulares en la Europa en esta observancia, y hasta en las lenguas vivas, que son más fáciles, ninguno imaginó hacer más grande la dificultad de poseerlas. En las universidades no se mejoran hácia el adelantamiento estos trabajosos principios, segun el método con que se cursan, y lo que en ellas se aprende; es negocio grave para tocarle deprisa, y fuera de sazón extenderme en él.

Otras no ménos considerables especies, que coinciden con estas, introduce V. en su obra, si yo no me engaño, con un pulso, discrecion y acierto, que no dejan duda en que nadie será capaz de competir,

y aún ni de imitar el noble estado en que V. las ha puesto. Ojalá aproveche lo saludable del aviso, á medida de lo que conviene, que le entendian los interesados en el remedio, y que muden de sistema los que apesecieron seguir el único rumbo que lleva al acierto. V. ha empleado por su parte todo lo que cabe en la intencion más justa, en el conocimiento más perfecto, en el juicio más exacto, y en la erudicion más escogida. Si los tercamente ilusos con la preocupación que los domina, insistieren en su extraña manía á despecho de la verdad, que se les muestra, solo la mano de Dios vigorosa y eficaz en sus impulsos, será la que pueda sacarles el entendimiento de las tinieblas que le ofuscan, y guiarles la voluntad al seguro camino, que abrieron los Apóstoles, frecuentaron los Santos Padres, y pisan en el día los prudentes, religiosos y bien instruidos. No predicán, no á la francesa (como yo oí á uno de los más afamados de la Corte), *poniendo el Evangelio á un lado, el asunto á otro, y echando por enmedio*: predicán, sí, sin detenerse en las frívolas circunstancias de la fiesta, sin violentar el genuino sentido de los textos, sin discurrir con desentonada fantasía, sin buscar adornos aparentes, y galanuras insubstanciales, sin entrete-  
 ner al auditorio con frases afectadas, cuentecillos de plazuela y mentidero, equívocos bajos y disonantes, y sutilezas mal digeridas y peor aplicadas; predicán, repito, según lo pide la disciplina eclesiástica, lo mandan los cánones, y lo amonestan los Sumos Pontífices, y se ejecuta hoy en casi todo el orbe Católico: la profesion Evangélica es una sola: la retórica Sagrada la misma en cualquier país: á la torpeza del

abuso, y al baldon que acompaña al desórden, no comprende la propia prerogativa, porque ninguno se prostituye á confesarles patria, ni á concederles domicilio; ¡ay de nosotros, si los adopta España por hijos, pertinaz en su deslumbramiento!

No obstante lo delicado y vidrioso de los puntos, que V. abraza, y los ensanches que permite la ironía y graciosidad con que V. los maneja, se ha ceñido con tal miramiento y templanza á los límites, á que precisan las altas calidades de las mismas especies, que no hará V. quejosos con fundado motivo, ni aún con sombra de él, sino tuercen con violencia sus patentes y sanos fines, y la justificada pureza de sus caritativos anhelos: ó sino abultan por empeño común las creidas ofensas, que, cuando más, pertenecen á los desbarros particulares, y su vindicacion al que entre, delatándose de haberlos cometido, y por consecuencia, que no debe reputarlas por agravio. No dificulto, que habrá muchos que se resientan de ver impugnados y confundidos sus errores; pero mientras no produzcan nerviosas pruebas de que no lo son (triufo, que se ha de suponer inaccesible) y no se trastornan los cimientos de la Biblia, de la Iglesia, y aún los de la razon natural, ¿quién será tan negado, que los sostenga ni de oídos á la futilidad de sus recursos? ¿no se ha de rasgar alguna vez este túpido velo, con que se disfrazan los cuerpos á favor de sus individuos? Yo, á lo ménos, concibo, que debiera detestarse y no defenderse al que delinque: el miembro que se pudre, mejor es que se corte, que conservarle para infeccion de los demás; y así no alcanzo, que haya fundamento legal ni político, para

que se dejen correr impunemente los desaciertos notorios y calificados de tales, y se impida ó solicite, que no suene ni se esparzan el desaire y castigo de los que los cometen. Siendo tan importante su publicación á las costumbres, á la cristianidad y al crédito de todos, aseguro á V. ingénuo y desapasionadamente, que aún antes de haber examinado su Prólogo, que desarma estas maliciosas oposiciones, no encontré en la obra artículo mal sonante, expresion informatoria, concepto sin arrimo, ni consejo sin autoridad: no es dictámen el mio, que prestará opinion á V., ni le pondrá en salvo de la terrible cavilacion de la multitud; pero cumplo con V., conmigo mismo, y especialmente con Dios, en decir lo que siento.

Quisiera, no obstante, preguntar á los que sin discernimiento se avanderizan por la predicacion, que en lo general se gasta en las suntuosas funciones de los templos, á que entre algunos bien intencionados acuden tumultuariamente muchos de los más ociosos y peor dispuestos, ¿qué ventajas experimentan los fieles con la hojarasca insubstancial de los panegíricos, llenos de imaginaciones monstruosas, decadencias pueriles, de juguetes ridiculos, y de palabras bárbaras y ruidosas? ¿se ha visto convertirse alguno por ellos? ¿qué lágrimas devotas se han derramado con la narracion de los dignos hechos del Santo que se celebra, vestida con pomposa verbosidad (cuando no horroriza el pensarlo), con métricas exornaciones? ¿Hay por ventura relevacion de que crezca ó se afiance la gloria accidental de los justos, por mediostan distantes de los que practicaron y eligieron por mejores en vida para llegar á aquel grado? No responderán de

forma, que debiliten el vigor de estas ni de otras reflexiones, que pudiera acumular con la corta fatiga de recorrer índices y salpicar de citas las márgenes. Y siendo esto así, y que no cabe dejen de comprender tan clara reconvencion, no sé como se obstinan en invertir el fin de su sagrado ministerio, faltos aún de aparente descargo que los abone: vergüenza es, que se sujete á cuestion su culpa, y casi lo es no ménos que se tolere.

Lo más reparable de la serenidad de su ánimo consiste, en que viéndose en aprietos de esta naturaleza, cuando los causa un lego como yo, salen á la orilla con el gracioso miserable efugio, de que no es para teólogos de corbata, ni para hombres que no son de carrera, el juzgar de los buenos ó malos oradores; como si el arte de la elocuencia, la mocion de los afectos, la pureza del idioma, la compostura del estilo, el uso de la elegancia, la sublimidad geométrica de los pensamientos, el órden en la division y subdivision de los puntos, y lo fundamental y claro de las pruebas, fuesen vinculo privativo del foro, de los cláustros, y de las escuelas. El buen gusto, la aplicacion y el conocimiento de los autores sensatos en las divinas y humanas, letras es un país libre para el ingenio; y no hay en la Escritura ni en los cánones sentencia ni decision, que prohiba, ni coarte su estudio. Pero quede enhorabuena sin determinar la disputa; y para que se desengañen del mal pleito que defienden, oigan al venerable Gaspar Sanchez, segun lo traslada en su vida el padre Eusebio Nieremberg, al tomo segundo de *los varones ilustres de la compania de Jesús*: *No ha tenido la Iglesia de*



Dios, exclamaba aquel insigne jesuita, *mayor persecucion, que la que hoy tiene en esta forma de predicar, que hoy se observa en ella.* ¿Huirán ahora de confesar su delito con zaberir las circunstancias y reputacion de un varon tan grande en virtud y en letras? No me parece que se atreverán á tanto: fuera demasía imperdonable de su ceguedad; mas dicen, pues, sus pocas palabras, que muy difusas expresiones: unas y otras son tiros, que van á un blanco: si le aciertan, ¿por qué lo diferente del pulso ha de quitar su merecimiento al golpe?

¿Con cuanta menos resistencia, por más que se esfuerzen á justificarla, se verán obligados á diferir á las convincentes demostraciones de su obra de V? Léase sin preocupacion ni reparos caprichosos, y solamente con imparciales ansias de descubrir la verdad, y habrán de retribuirla entónces alabanzas en vez de enconos, y gracias en lugar de vituperios: hallarán que es docta, escrita con madurez y gracejo; y por último encomio suyo, las más acepta á los ojos de Dios, entre cuantas se pueden trabajar en el dia, proporcionadas al remedio, que piden los daños inmensos que se experimentan. Me desnudo de la inclinacion que á V. profeso, y de lo que estimo y venero sus tareas literarias; y no me pararé en afirmarle con la libre sinceridad de que hago profesion, que no encuentro en que pudiera V. haberlas empleado mejor, que en confundir y avergonzar á los malos predicadores, ilustrándolos para que conozcan y detesten sus yerros, y se dediquen, sin distracciones escandalosas, al fervoroso cultivo de la viña del Señor, fiado á su fatiga y desvelo. Cuenten

sobre la paga del Padre de Familias, que es infalible, no sobre lo engañoso del mundo; y no extrañen, que se mezcle tal vez alguna dureza en la correccion; porque un siglo y más de abandono, si bien se examina, no se muda con amonestaciones lijeras y suaves.

Juzgo que toca ya esta carta en la pesadez de prolija, y es indiscrecion que se dilate y moleste á V., sobrandó cuanto yo añado á lo que tan celosa y diestramente está esparcido en su obra. Con lo expuesto se califica, que soy del mismo sentir de V., hasta dónde son capaces de difundirse mis cortas luces, valgan lo que valieren; más alcanzará mi fino afecto, si gustare V. servirse de él, porque en todo será la más pronta y resignada mi obediencia: y en el interin que consigo esta satisfaccion, me ocuparé en rogar á Dios que guarde á V. los muchos años que deseo. Madrid 20 de Noviembre de 1757.

B. L. M. de V. su más apasionado fiel servidor y amigo,

D. AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO.

*CARTA del Señor Don José de Rada y Aguirre, capellan de Honor de Su Majestad, su Predicador del Número, Cura del Real Palacio, y Académico del Número de la Real Academia Española.*

Muy Señor mio y mi amigo: la desgracia de nuestros tiempos, por el abuso que se ha hecho de la predicacion Evangélica, pedia de justicia una correccion acre y vehemente, con la que se procurase cortar de una vez contagio tan perjudicial, y tan opuesto

á la Religión; pero ¿de qué serviría este remedio? Acaso agravaría más el mal, obstinándose en su tema y en su ignorancia los que, depuesto el temor á Dios, y faltos de celo por la salvacion de las almas, se atreven á profanar el ministerio más sagrado de la Iglesia de Jesucristo. Prueba de esto, es lo poco que han aprovechado contra los malos predicadores las declamaciones de los Santos Padres, los encargos repetidos de los concilios, las exhortaciones de los Sumos Pontífices, las cartas pastorales y edictos de los Prelados eclesiásticos, los consejos de los intérpretes de la Sagrada Escritura, aún de aquellos que manejan con más frecuencia los gritos de los misioneros apostólicos; y, lo que es más, los clamores continuos de la conciencia, que sin cesar los estará diciendo: *No vais bien, no predicáis como Dios manda, no predicaron así los Santos, que dirigian sus sermones á la gloria de Dios, reforma de costumbres, conversion de las almas; y no á ganar aplauso y estimacion entre el vulgo, mucho ménos á valerse de la predicacion, para conseguir fines é intereses temporales.*

Así, reflexionando V. que los medios más serios y más severos serian de ninguna utilidad para la reforma, que intentaba con sabio acuerdo y con invencion prodigiosa, ha fingido un héroe imaginario pulpitable (permitaseme esta voz por ahora), cuyas graciosas extravagancias en los diferentes perversos métodos de predicar que imita, ponen á la vista como en un espejo los defectos de los malos predicadores, para que el rubor de verse ridiculizados en cabeza ajena, los haga más prudentes, más contenidos y más sa-

bios. Porque, á mi parecer, ¿qué predicador, ya sea secular, ya regular, no predicará con cuidado y circunspeccion, temiendo que le apoden con decir; ¡qué bien ha predicado Don Gerundio ó Fray Gerundio! Si esta expresion, como sucederá, pasare á ser proverbial; ¿qué cosa más sensible para un orador lleno de vanidad, que solo piensa en predicarse á sí mismo? Por este motivo juzgo, que la obra de V. es capaz de corregir en gran parte el mal método, con que por lo comun se predica en este siglo.

Dije con cuidado *por lo comun*, porque no estamos tan escasos de predicadores celosos, que no haya muchos, así en las sagradas religiones, como en el clero secular, que prediquen al modo de un Ávila, de un Granada, de un Señerí, de un Burdaloue. A algunos he oido dentro y fuera de la Corte; ¡ojalá acertara yo á imitarlos! Pero comparados estos grandes oradores con la multitud casi inmensa de los que predicán, son poquisimos. Y como siempre prevalece la multitud, no pueden en su buen modo de predicar hacer prosélitos. Sin embargo, no admite duda, que cuando más ha padecido la palabra de Dios y la elocuencia cristiana, ha sido en este siglo. En otros tiempos estaban reputados los españoles por maestros de la oratoria Evangélica, y aún los italianos, que siempre se han señalado en grandes oradores, por lo que se dijo, *Italus orador*, no sé si llegaban en ciertas circunstancias á los nuestros; á lo ménos los libros de sermones españoles no se les caian de las manos, y aún predicando en italiano procuraban imitarlos. No negaré, que el apoyo que tengo para lo que acabo de decir es español; pero todos

hacen la justicia de conceder crítica, juicio é imparcialidad, á Don Nicolás Antonio, que en el prólogo de su *Biblioteca Hispana* se explica en estos términos (1), que corresponden con la fidelidad posible á su original.

« En punto de sermones, tenemos contienda con los italianos. Estos se aventajan en el artificio, gastan mucha retórica, y pretenden imitar á los antiguos oradores en las palabras, en el gesto, y en la planta y movimiento de el cuerpo. La elocuencia de los nuestros es más ceñida sin ser afectada. Los nuestros no usan de estilo trabajado con particular estudio, ni de voces artificiosamente contrapuestas, sino de una facundia natural y como nacida de repente. Toda la agudeza, toda la erudicion que es menester, la aplican ingeniosa y prudentemente á persuadir y confirmar sus asuntos y argumentos con autoridades de Sagrada Escritura y doctores de la Iglesia. Mediante esta notable habilidad para inventar con ingenio, discurrir con sutileza y aplicar con acierto sus discursos á las cosas de que tratan, han logrado tan general aceptación, que aún los sermones escritos en nuestro idioma son comunmente muy estimados

(1) *De sermone acti mibus cum Italia modis controverat est. Hi artificio prevalenti, rhetoricantur; verbis, gestuque, ac tolli corporis conformatione et motu, veterum Oratorum imitatores videri volunt: nostrorum strictior, nec affectata est eloquentia, non coagmentata domi oratione, aut verbi videntur artificiosè respicientibus; sed naturalis, et quasi extemporali facundia, quidquid iudicis, quidquid negotii sit, quidquid eruditionis sciendum est, rebus ipsis, et arguentis peraudiverit, confirmatis, et Sacra Pagina, ad Doctorum testimonis ingeniose, ac prudenter impendant, eaque solerter inveniendi, et cogitandi acule, atque aptè in rem præsentem cogitatis utendi, nota sic vulgo placere, ut etiam vernaculi Sermone conciones communiter apud Italos in ulnas gerantur, et propria horum lingua interpretatione docentur; nec paucos vidimus ex probabilissimis, qui sic formam hanc nostra u suam fecerunt, ut Italico Sermone loquentes more concionarentur proreus Hispano.*

« de los italianos, y se traducen en el suyo. Y en esta Nacion hemos visto no pocos sugetos del mayor crédito, que se han hecho tan familiar y tan propio nuestro modo de predicar, que hablando en italiano, predicán enteramente á la española. » Hasta aquí Don Nicolás Antonio.

Pero ya se acabaron estos bellos tiempos, y en lugar de aquellos insignes predicadores, han sucedido no pocos, que sin estudio de la Sagrada Escritura sin la lectura de los Santos Padres y de los grandes, expositores, ignorando aún los rudimentos de la sólida y verdadera elocuencia, asaltan los púlpitos, admiten sermones, predicán á todas horas, y por los aplausos repetidos que logran de los ignorantes, aspiran á ser venerados como oráculos. Así los jóvenes enemigos de la aplicacion y del trabajo, sacuden en el yugo de los estudios más serios, y viendo que con tener osadía, leer cuatro sermonarios, algunos libros mitológicos, y cuando más sabiendo manejar las concordancias de la Biblia, se consigue el renombre de predicador famoso, y alguna utilidad, aunque por via de limosna, aneja á este ministerio, se arrojan á él con precipitacion, se introducen en él sin ser llamados, contra la expresa palabra del Señor (1); pues aunque los Prelados lo permiten, suele ser en fuerza de empeños, de importunidad y de no estar bien informados.

« Y no será razon, que un desorden que todos confesamos y lloramos se reprenda? ¿no se deberá procurar su reforma por cuantos medios sean imagina-

(1) *En repetidos lugares del Nuevo, y Viejo Testamento.*

bles? ¿y le puede haber más discreto, más agradable, más suave, que el que se propone en la graciosísima ficción de Fray Gerundio? No negaré que para semejante empresa hay pocas plumas bien cortadas; pero la de V. es pluma maestra en este género de escritos. Los mismos, impugnados, no han de poder contener la risa al verse con tanta gracia zaheridos; y me persuado, á que los quejosos se tragarán sus quejas y sentimientos, por el miedo de no verse más corridos y avergonzados. Mas cuando no suceda así; ¿qué importarán los gritos de algunos infatuados, contra todo el torrente de los hombres de juicio, que están por V. y que desean que cuanto antes se deje ver al público el famoso *Fray Gerundio*? Puedo decir con toda verdad, que habiendo hablado en diferentes ocasiones con religiosos doctos y ejemplares, con eclesiásticos sabios y virtuosos, á todos les he oído lamentarse del infeliz estado de la predicación, pareciéndoles que sería muy oportuna una obra como la de V. para reprimir el mal gusto de predicar, que se halla ya tan arraigado.

No obstante, puede ser que algunos nimiamente escrupulosos, parándose solo en la corteza de la letra, discurren, que asunto tan serio no se debe tratar con chanzas; pero ¿quién ignora, que los antiguos inventaron el arte de la sátira para castigar con risa las costumbres? ¿quién quita, que riendo se digan las mayores verdades? Fuera de que, cuando los demás remedios se han inutilizado y el enfermo está deplorable; ¿hemos de despreciar uno, con el que prudentemente se puede esperar que recupere la salud?

Este escrúpulo no detuvo á un celeberrimo obispo

predicador de los más elocuentes que ha tenido la Francia (1), para componer un sermón de Magdalena, que es una finísima sátira contra el mal método de predicar, que aun reinaba en aquel país. Y fué tan aplaudida aquella invención por todos los hombres sensatos, que produjo el fruto que deseaba su autor. El Abad Villiers escribió una sátira en cuatro cantos contra los malos predicadores, muy conveniente para la reforma del púlpito, que al fin se ha conseguido por la mayor parte en la Francia.

Pero no dejemos de disipar enteramente el escrúpulo, que acaso será el mayor tropiezo de la obra. No se ha de usar del chiste, de la sal y del gracejo, para contener á los malos predicadores; y se ha de permitir de muchos (no les demos el nombre que merecen) hagan el papel ridículo de decir chistes, equívocos y refranes, para mover á risa al auditorio, al que he visto yo algunas veces en una carcajada continua, aun estando patente el Sacramento Augusto? Aquel medio ingenioso ha de dar en rostro, aún para conseguir un fin santo; ¿y se ha de tolerar tan sacrilega profanacion! Háganse las justas reflexiones que pide un punto de tanta importancia, y se dejará de argüir con reparos pueriles y con escrúpulos impertinentes.

Mas no paran aquí los desórdenes; un *parace*, un *iba á decir*, si la fé no me detuviera, salva fide, son el escudo con que se cubren estos predicadores para proferir algunas herejías. Y tal vez las pronuncian absoluta y rotundamente, sin que les pueda servir de

(1) El obispo de Nimes, Mons. Flechier.

excusa el darlas después algun sentido católico; pues no subsanan con esto el escándalo, con que desde luego ofendieron los oídos piadosos de los fieles; ni tampoco la ignorancia excusa á los que tienen tan cortas luces como Fray Gerundio; porque ignorancia no cabe en un maestro público de la Religión, que ha de enseñar la verdad desde la cátedra del Evangelio. Bien pudiera, para que no se crea hay exageracion en lo que digo, citar algunas proposiciones terminantes; pero he oído, que un sabio muy laborioso ha recogido innumerables de diferentes sermones impresos, para demostrar cuanto padece la pureza de la fé y de la doctrina con tan malos ejemplares.

Y ¿qué diré á V. del torpe abuso de las fábulas en los sermones? ¿quién podrá sufrir la indecente aplicacion de las fábulas á los misterios más sagrados de la Religión, á los sucesos más venerables de Cristo y de María, como lo oímos en muchos sermones, y lo leemos impreso en no pocos sermonarios? ¿quién tolerará, que se predique y se imprima, que *el Divino Adonis Cristo se enamoró de la Peregrina Psiquis de María?* ¿y lo que llena de horror y eriza los cabellos, el cotejo de la impura Vénus con la purísima Virgen? Tales despropósitos é indignidades, ó por mejor decir sacrilegios, se predicán, se sufren, se toleran; ¿y se ha de reparar, en que se ridiculicen en la persona del fingido Fray Gerundio? No ignoro que algunos pretenden defender la introduccion de las fábulas en los sermones, por contener verdades y consejos morales; pero no es razon darlos á beber á los fieles por canales tan sucios. Acudan los predicadores á los autores canónicos, á los libros de los San-

tos, que en ellos encontrarán el moral más puro, tratado con magestad, hermosura, discrecion y elegancia, sin que sea preciso recurrir á los padres de la ficcion y de la mentira.

Del apego á las fábulas nacen las citas de los autores profanos; ¿qué es oír citar á un Virgilio y á un Ovidio, al lado de un San Juan Evangelista y de un San Pablo? Y yo me acuerdo haber oído citar al mismo Ovidio, de *Arte amandi*, en un sermón de mandado. Así se trata, así se profana un ministerio tan sagrado. No negaré, que tal vez convenga citar algun dicho de los poetas; pero ha de ser con gran templanza, y con la discrecion que en una ú otra ocasion lo practicó San Pablo. Mas, por afectar erudicion, hablar á cada paso con los gentiles, es una relajacion, que no se debiera permitir. Por lo cual tambien fué muy reprehensible cierto orador, por otra parte hábil y erudito, que, para dar á entender que estaba impuesto en libros extranjeros, no citó en un sermón moral á otro autor, que al canciller Bacon de Berulamio. A semejantes extravagancias se abandona, quien, entre el rudo vulgo, pretende granjear el vano aplauso de literato.

A estos vicios se juntan otros muy considerables, principalmente en los panegíricos de los Santos; ¿qué es ver á muchos predicadores como se constituyen jueces de la santidad de los Espiritus bienaventurados? Hacen cotejos, comparaciones, entablan cuestiones de mayoria y preferencia, las que siempre resuelven á favor del Santo de quién predicán; de modo, que el Santo, objeto de la fiesta, es el mayor del Cielo, á lo ménos por aquel día. Así usurpan el

derecho á Dios, á quien solo pertenece *pesar los espíritus en la balanza de su equidad* (1).

El Angélico Doctor Thomás (2) afirma, que es temeridad comparar otro Santo con los Apóstoles; pero de estas temeridades se oyen muchas, y aún las suben tan de punto, que comparan á los Santos con Jesucristo y la Trinidad Beatífica. Paradojas impías, que, por más que se expliquen, siempre escandalizan. Yo quisiera que los predicadores, á quienes supongo que tendrán muy á la mano el admirable libro de la *Imitación de Jesucristo* (3), reflexionasen lo que escribe un venerable autor, que á buen seguro ellos procurarían evitar las comparaciones. Citaré algunas palabras suyas, según la traducción del padre Nieremberg. «Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los Santos, cual sea más Santo ó mayor en el reino del Cielo. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; crian también contienda y vanagloria, de dónde nacen envidias y discordias, cuando quiere uno preferir imprudentemente á un Santo otro, y otro quiere aventajarlo. Querer saber é inquirir tales cosas, ningún fruto trae, ántes desagrada mucho á los Santos; porque yo no soy Dios de discordia, sino de paz: lo cual consisten más en verdadera humildad, que en la propia estimación..... El que quisiere dis-

(1) Proverb. c. 16 v. 2.

(2) D. Thom. exponens verba illa Pauli ad Ephesios. 1. Secundum divitiarum gratiam ejus que superabundavit in nobis, ait: Et c. quo apparet temeritas illorum (ut non dicam error) qui aliquos Sanctos presumunt comparare Apostolis in gratia et gloria: manifesté sciam potest ex verbis istis, quod Apostoli habent gratiam majorem, quam alii Sancti post Christum, et virginem Mariam..... Temerarium est ergo aliquem Sanctum Apostolice comparare.

(3) Imitación de Christo, cap. 58. lib. 3.

minuir algo de los Santos, á mí me apoca, y á dos á los otros de mi reino. Todos son una cosa por el vínculo de la caridad, todos de un voto, todos de un querer: todos se aman en uno.» Últimamente concluyo con referir estas palabras: «Callen, pues, los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los Santos, pues no saben amar sino sus bienes particulares, quitan y ponen á su parecer, no como agrada á la Eterna Verdad.» Casi todo el capítulo es el mayor convencimiento en la materia que tratamos.

Ni son menos dignos de sentirse los ridículos asuntos, que toman algunos en sus sermones. En un tomo impreso en Madrid, en el año de 1740, hace el predicador *jugador de manos* á San Juan de la Cruz, y, para plantear bien su idea, se explica en esta forma: «Cuando hay volatines en cualquiera pueblo, dos géneros de gentes concurren fuera de ellos al espectáculo. Mirones, y los que llamaba la antigüedad propiamente mimos; y nosotros, tomándolo del italiano, decimos arlequines. El miron no le pierde punto al jugador de manos: pero no acierta á conocer en qué consiste aquello. El arlequin le pretende imitar, y solo para hacer reir. Este será el asunto de mi oración. La luz de mi gran padre oculta para el diablo *sub medio*. De suerte, que cuando éste le atienda al juego, cuando sea miron, empleando toda su perspicacia, se le pasen las suertes más primorosas. Y cuando el arlequin intente remedar su lijereza y rectitud, venga á parar en burla del teatro, lo que fué avilantez del demonio. Serán, pues, dos puntos: el diablo *miron* y el diablo *arlequin*»; ¿qué le parece

á V. de esta invencion? ¿no es ingeniosa? ¿no es ridícula? ¿no es.....

Pero note V. que ya deja dicho como en esto San Juan de la Cruz, buen discípulo, imita el ejemplo de su Maestro; ¿yen qué se funda? Oiga V. sus palabras, pues aunque el pasaje es largo, es original en esta línea. «Una eternidad hace, que está jogaando la divina Sabiduría; *Delectabar per singulos dies, ludens omni tempore*. Con que es el jugar bien lo más que á sus discípulos enseña. Y añade, que, aunque los expositores le aplican juegos varios, ya la pelota, por los diversos lugares que admite; ya las esgrima, por las rectas posturas que observa; y aún ya el peon por las espirales interminables líneas que forma.» Pero él, venerando estos dictámenes (dignos por cierto de gran veneracion), aplica á Dios los juegos de las artes *Schoenobatica*, y *Præstigiatoria*, *Volatineria* y *juego de manos*.

Lo primero, dice, le conviene á Dios, pues le vió dar un vuelo en el aire David: *Volavit super pennas ventorum*. A todos los vaivenes humanos es la divina Providencia, quien tiene el contrapeso, proporcionando desdichas y ventajas, para que ni opriman ni desvanezcan, y en la recta é infalible línea de su decreto, huella sin temor el viento de todo lo caduco. En lo segundo, no está ménos diestro. Para los instrumentos de la operacion; (observe V. qué bella metáfora, y qué bien seguida!) ó juego de manos, la muerte le sirve de bolsillo; porque como allí se revuelven cubiletes, copas, naipes, libros, cuchillos, pelotillas, lesnas, varas, estopas, cintas, sin que nada quede distinto, sino dentro del bolsi-

«lo confuso; así en la muerte ( que para la farsa de este mundo es vestuario), todos se mezclan en la primera confusa masa, sin haber distincion del pellico á la púrpura. Vera, es la direccion con que dirige el imperio. Libro, el de la vida, en que escribe los predestinados. Naipes, las figuradas dignidades que continuamente sebarajan. Estopas, los muchas veces vanos que las solicitan. Fuego, el que fomenta la irascible y la concupiscible. Cintas, el enlace que en las causas segundas luce. Copa, la soberana de ese mayor Misterio (habla del misterio Eucarístico). Pelotillas, los bienes de fortuna, que, como tales, ruedan. Cubiletes, que las encubren lo inescrutable de los juicios que las reparten. Cuchillo, su misma eficaz palabra. Y lesna, la agudísima punta con que tal vez la caridad nos flecha. Así juega Dios; y enseña á mi gran padre á que juegue así.» No hay más que pedir, ni es fácil que se encuentre semejante modo de disparatar. Pero prevengo á V. que el referido libro está impreso con todas las licencias necesarias; y, no obstante, ¿habrá quién no se escandalice de que estas indignidades se prediquen y se impriman, y torcerá el rostro, arrugará la frente, el ver que se burla de ellas en la persona de Fray Gerundio?

Vamos á delante. Tambien los títulos de comedia tienen entrada, y ocupan su lugar en los sermones. No ha mucho que se predicó en la Côte: *Fineza contra fineza: para vencer amor, querer vencerle*; y en Salamanca, y en Sevilla: *El Escondido y la Tapada al Santísimo Sacramento*; y este último pensamiento se irá propagando y predicando en todo el reino, res-

pecto hallarse ya impreso en un tomo en cuarto de sermones, que se publicó en Sevilla en el año de 1753. Con esta ocasion se me viene á la memoria, que estando yo en una ciudad de las más respetables de España, hubo en ella un predicador de tan rara inventiva, que en un sermón del Sacramento eligió por asunto representar una comedia; de su título no me acuerdo, aunque sé que era bien profano. Repartió los papeles, dió uno á Jesucristo, otro á María Santísima, al Santo titular de la Iglesia otro, y á este modo fué acomodando los demás; pero, añadió, que él tomaba para sí el papel del bobo; y ello es preciso confesarlo. Lo bueno que tuvo aquel sermón, fué lo bien que el predicador desempeñó su papel.

Pues, amigo mio, aquí doy la razon: tales disparates no se castigan, apénas hay quién levante el grito contra ellos; los hombres graves de las religiones y del clero secular callan en público, aunque bien lo sienten, y lloran en secreto; ¿pues, por qué ha de ser reprehensible el que V. tenga valor, celo y destreza para eortar con ingenio y con buen gusto semejante depravacion? Puede ser que se tengan por prudentes los que callan; pero no es prudencia cristiana callar, cuando se aventura la gloria de Dios, la salvacion de los prójimos, y la reforma de las costumbres.

Añádese á esto el prurito, la gala y ostentacion de tocar cuantas circunstancias hay en la fiesta. Las más menudas, las más pueriles se pretenden encontrar en la Sagrada Escritura, y solo por el sonsonete quieren que el Espíritu Santo autorice las mayores futilidades. Y no crea V. que esto pasa solamente dónde

predicaba Fray Gerundio: en la Côte, en la Côte misma, á vista de tantos hombres grandes, es dónde más reina este abuso. Pero lo más precioso es, lo que sucede en el último dia de las solemnísimas octavas, que por acá con ostentoso aparato se celebran. Para aquel dia se escoge un predicador diestro y práctico en acomodar circunstancias. Es de su cargo formar un ramillete (así le llaman) de las flores que han predicado los oradores que le han precedido. Hace una recopilacion de los principales pasajes de los sermones; procura añadir algo; y sino lo ejecuta, se alaba de ello. Hecha esta diligencia, tomando ocasion del nombre, del apellido ó de la profesion, forman un grande elogio de cada predicador, y cierra con llave de oro el octavario; pero como á vuelta del elogio tal vez se suelta, como dicen, una floja ó una sátira, suele encenderse tal fuego entre estos oradores evangélicos, que no se puede apagar en mucho tiempo. *Yo soy el espadachin de mi comunidad*, ó decir en el púlpito enardecido y furioso á un predicador, que se hallaba sentido de otro, porque le habia satirizado en un sermón; ¡qué ejemplo para los fieles! ¡qué edificacion! ¡qué mansedumbre cristiana! ¡qué caridad!

He referido á V. todas estas cosas, no porque dejen de estar admirablemente reprendidas en el Fray Gerundio, sino para que V. se persuada, á que su obra es tan útil, tan necesaria en Madrid, como en el mismo Campazas.

Puede ser que al leer alguno esta carta, confiese con ingenuidad lo mucho que se delira en los sermones panegíricos; pero dirá, que no sucede lo mis-



mo en los sermones morales. Así es verdad; porque hay entre nosotros excelentes apostólicos predicadores, que predicán la moral con tanto celo, elocuencia y mocion, que en fuerza de divina Palabra, anunciada por su boca, vemos anegarse en lágrimas los templos llenos de gentes; hacerse innumerables confesiones generales, restituirse cantidades gruesas, y entablar muchas personas una vida arreglada y devota, correspondiente á sus respectivas situaciones. Decir lo contrario, es temeridad; es querer llevar las cosas hasta el último extremo; es ponerse de propósito á denigrar la nacion. Pero como estos celosísimos predicadores sean los menos, por esto aún los sermones morales necesitan de una gran reforma.

Absolutamente se suelen descuidar en ellos todas las reglas de la verdadera elocuencia: ¿cuántos, sin haberla estudiado ni aun saludado, suben llenos de satisfaccion al púlpito? ¿cuántos hacen consistir la elocuencia en voces campanudas é hinchadas, en períodos pomposos, en amontonar frases y sinónimos, que significan una cosa misma? La cadencia afectada y pueril, los retruécanos, los equívocos, las transposiciones, son defectos, que comunmente se notan en muchos oradores, que, aunque sabios en otras facultades, están destituidos de principios y de una verdadera idea de la oratoria.

Otros ponen toda la elocuencia en puras descripciones; dos ó tres pinturitas de N. han de tener lugar en el sermón, aunque no vengan al caso ni las pida el Evangelio del día. Y como no todos tienen habilidad para formarlas, ¿qué cosa más fácil (sigo el pen-

samiento (1) del P. Bartoli), que robarlas á los poetas, que tomarles de las novelas y de las comedias? Y con tal que haya un poco de arte para transformar á Vénus en una Magdalena, no se conoce el hurto, y se logra el embeleso del auditorio. Con esto, y con usar de un estilo florido, lleno de metáforas, salpicado de luces, de estrellas, de soles, de epiciclos, si además se juntan una recitacion cómica, con acciones más propias del teatro, que del púlpito, no hay más que desear; y yo aseguro, que este predicador tendrá séquito, serán sus auditorios numerosísimos, saldrán gustosos y alegres los oyentes del sermón: pero ni se derramará una lágrima, ni se cogerá otro fruto, que el aplauso del predicador; y, ¿es este el fin de la predicacion? ¿se instituyeron en la Iglesia los sermones para remediar representaciones cómicas, ó para promover la conversion de las almas? ¿son la corona del predicador los vanos aplausos, ó la compuncion de los oyentes (2)? Por esto quisiera, que usted no se acobardase, y que saliera cuanto ántes con el segundo tomo de Fray Gerundio; y si fuere menester, con tercero y cuarto, para poner en claro la deformidad de estos abusos.

Mas nos faltan predicadores, que echen por diferente rumbo. Si hacen de los doctos, no hay punto el más delicado, el más sùtil de la Teología Escolástica, que no le traten largamente. Y no importa que el pueblo no lo entienda; eso es lo que más se alaba. Si presumen de eruditos, las citas de los autores sagra-

(1) Daniel Bartholi, *Eternidad Consejera*.

(2) Divi Hieron. ad Nepoc. *Docete te in Ecclesia non clamor populi, sed gemitus suscitetur, lacryma auditorum laudes tuas sint.*

dos y profanos; los textos hacinados de la Sagrada Escritura, las autoridades largas referidas en latin, para hacer ostentacion de su memoria, las versiones diferentes del Sagrado Texto, la Hebrea, la Griega, la Arábiga, la Syriaca, la de Teodocion, de Aquila, de Símaco, y la Parafraſis Caldea, son el ruidoso aparato con que asombran á los que no saben: este farrago en cualquiera parte se recoge; y, cuando más, prueba que revuelven índices y polianteas.

Pues qué; ¿si los predicadores quieren pasar plaza de agudos en sus sermones? Entónces se amontonan conceptos sobre conceptos, dudas sobre dudas. Un sin número de *mas es*, y de *porque es* (si me puedo explicar así) tienen suspenso al auditorio, que no saca jugo, substancia ni instruccion. Ni son ménos perjudiciales los predicadores, que blasonan de cultos: los más de los oyentes vuelven á sus casas sin haber entendido una palabra del sermón. El antitesis es la figura retórica, que más aman: por lo mismo á cada paso la usan. No aciertan á decir una palabra, que esté en paz con otra. Todas mantienen entre sí una guerra viva; y como se toman la licencia de inventar frases y voces, que nadie sabe lo que significan, con razon dice el P. Antonio Vieyra, en el gran sermón de la Sexagésima: *Así como hay Lexicon para el Griego y Calepino para el Latin, así es necesario que haya un Vocabulario del púlpito: y añade: Yo á lo ménos lo tomara para los nombres propios, porque los cultos tienen desbautizados á los Santos, y cada autor que alega, es un enigma.*

Estos escollos en que se estrella la predicacion Evangélica, se evitarian, si nos hiciéramos cargo los

predicadores de la estrechísima cuenta que hemos de dar á Dios, por el abuso de tan sagrado ministerio; y si el fin de muchos sermones no fuera el de ganar nombre y estimacion entre el pueblo, y aún el de lograr alguna retribucion. No por esto es mi ánimo decir, que el jornalero no sea digno de su ganancia; lo que abomino, lo que condeno, es, que la predicacion sirva de medio para conseguir fin tan ratero é interesado: y á la verdad, ¿se puede imaginar mayor prostitucion de la divina palabra, que el hacer mercancia de ella? ¡Dios, por su infinita misericordia, libre á los predicadores de una intencion tan mala, tan baja y tan vil!

Tambien entre los medios proporcionados para predicar con fruto, se señala comunmente y con razon, el estudio de la verdadera elocuencia. Buena prueba es la gran *retórica Eclesiástica*, que escribió el venerable Padre Fray Luis de Granada, la que ha servido de modelo para muchas que han escrito los extranjeros. Y sino fuera porque se vá ditatando esta carta más de lo que discurri al principio, yo baria ver en ella con ejemplos de los padres Griegos y Latinos, y con lo que San Agustin escribió en los libros de la *Doctrina Cristiana*, la necesidad de este estudio para la predicacion, y responderia al argumento que toman los contrarios de una autoridad de San Pablo mal entendida.

Pero es ya demasiada mi prolijidad; y si he de decir á V. ingenuamente mi dictamen, en el estado presente, no pido discursos elocuentes, me contento con que no se prediquen cosas ajenas é indignas de la magestad del púlpito, contrarias á la palabra del

Señor, y opuestas á la edificacion y aprovechamiento de los fieles. Para este fin juzgo necesaria la obra de V., no porque absolutamente se conseguirá, sino porque en gran parte contribuirá á que se consiga.

Nuestros Ilustrísimos Señores Obispos, que en santidad, letras, desinterés, celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no ceden á los más venerables de otras naciones, son los que únicamente pueden reformar la predicacion. Y como seria osadía temeraria atreverme á dar consejos á los que Dios ha puesto sobre el candelero de la Iglesia, para que nos alumbren, nos instruyan, nos enseñen, referiré solamente lo que algunos prelados practican para introducir esta reforma.

Procuran informarse exactamente de la buena vida y costumbres del que intenta seguir la carrera de la predicacion, ya sea secular ó regular; y sino corresponden los informes, no le permiten el ejercicio de este santo ministerio, para que no destruya con el ejemplo lo que podia edificar con la palabra: á ninguno dan licencia de predicar, hasta que esté probado en el sacerdocio; porque solo los sacerdotes deben ser los coadjutores de los Obispos en dar pasto saludable á sus ovejas, que es la primera y principal obligacion del ministerio pastoral. Y aunque consta de los Hechos Apostólicos y de la Historia Eclesiástica, haber predicado públicamente los Diáconos, esto fué en tiempo de las persecuciones, como lo podrán ejecutar con el permiso de los prelados, cuando haya causa justa ó falta de operarios; pero que prediquen los que aún no están ordenados *in sacris*, sobre no ser decoroso ni decente, trae el peligro de que el

mismo que acaba de dar la bendicion al pueblo desde el púlpito, baja inmediatamente para el estado del matrimonio, á recibirla de su párroco, como más de una vez ha sucedido.

En los exámenes para predicadores ponen el mayor cuidado. No los reducen precisamente á preguntar cuántos son los sentidos de la Sagrada Escritura, y otras cosas fáciles y triviales, que apenas hay quién las ignore: procuran arreglarse para examinarlos á lo prevenido en una de las Actas del Concilio V de Milan, presidido por el gran Zelador de la Disciplina Eclesiástica, San Carlos Borromeo.

Si oyen ó saben, que algun predicador, desperdiçando el tiempo en circunstancias impertinentes, no explica en la salutacion un punto de Doctrina Cristiana, segun está mandado por la Santidad de Benedicto XIII, ó que el sermon no habla como debe, le recogen las licencias de predicar, y tal vez le corren y avergüenzan públicamente, para que escarmienten los demás. Así sucedió este mismo año en una de las más célebres catedrales de España. En la octava del Corpus subió al púlpito en presencia de su Ilustrísimo Prelado y de su venerable cabildo uno de aquellos predicadores, que no han formado idea de la alteza de su ministerio, y dió principio á su exordio con este vulgarísimo refrancete: *Media vida es la candela, pan y vino la otra media*. El celosísimo Prelado, enardecido al oír semejante despropósito, le dijo: *Bájese, Padre, que para predicar así, más vale que no se predique*. La repeticion de algunos ejemplares haria más circunspectos á los predicadores.

Estos medios, si se continúan, llegarán sin duda á

reformat el púlpito, y pondrán la oratoria Eclesiástica en el alto grado de perfeccion que se merece. Usted, por su parte, ofrece un auxilio oportunísimo para tan santo fin: y así, estoy por vaticinar, que su preciosa *Historia de el famoso fray Gerundio*, será recibida con estimacion de los Prelados, con singular aprobacion de los hombres de juicio, y con universal aplauso del público, á quién se dedica.

Dios guarde á V. muchos años, como deseo. Madrid, y Diciembre 10 de 1757.

B. L. M. de V., su amigo, servidor y capellan,  
 JOSÉ DE RADA Y AGUIRRE.

CARTA del Señor D. Juan Manuel de Santander y Zorrilla, Colegial en el mayor de San Ildefonso, Universidad de Alcalá, Canónigo Doctoral que fué de la Santa Iglesia de Segovia, Bibliotecario Mayor de la Real Biblioteca de S. M. Académico de la Real Academia Española, y Honorario de la de las tres Nobles Artes.

Muy señor mio y muy amigo. Ya que V. ha tenido el mal gusto de querer oír mi dictámen sobre la *Historia del famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, quisiera, agradecido á una confianza que me es tan honrosa, hallarme en estado de desempeñarle dignamente, no solo anticipando á V. las justas gracias que le debe nuestra nacion por lo que trabaja en su beneficio, sino tambien concurriendo al santo, aunque árduo fin, de enmendar y desarraigar los grandes abusos y males, que padece hoy entre nosotros en alto ministerio de la predicacion

del Evangelio: males tan graves, tan complicados y de tan difícil curacion, que solo puede hacerlos tolerables la esperanza de que se acerca y proporciona su remedio.

El que V., como sabio y experto médico, propone en la citada historia, digno y admirable parto de su fecundo y floridísimo ingénio, es tan natural y oportuno, y tan conveniente al estado actual de la enfermedad, que dudo pueda ofrecerse otro de más probables esperanzas, para coadyuvar al santo y heróico celo de los ilustrísimos Prelados, escritores y oradores insignes, que la divina Providencia nos ha dado siempre, y nos continua hoy para hacer frente, y contener al numeroso escuadron de aquellos, que sin la debida reflexion, y desnudos de las calidades y partes indispensables á tan santo ministerio, se atreven á invadirle y profanarle, con gran perjuicio de la salvacion de las almas.

Confieso á V. ingénuamente, que no sé, ni alcanzo como hay valor y resolucion, para emprender con la facilidad y satisfaccion que vemos, un oficio de tan alta y venerable dignidad, que fué el único ó el principal que ejerció el Salvador y Maestro del mundo; un oficio tan elevado y casi divino, que para tomarle los Apóstoles, hubo de proceder la vocacion, eleccion y mandato del mismo Jesucristo; un oficio lleno de trabajos, fatigas y tribulaciones, que sobre el preciso fundamento de la vocacion ú obligacion, pide necesariamente una vida ejemplar y edificante, un sólido estudio de la Sagrada Teología, una continua leccion y meditacion de la Santa Biblia, Padres y Expositores, una razonable noticia de las demás

ciencias y artes, con la perfecta inteligencia de los preceptos de la retórica Eclesiástica, para enseñar, deleitar y mover, que son las tres partes que constituyen y forman al orador cristiano.

Vuelvo á decir á V., y diré mil veces, que no lo entiendo; porque si el que *por oficio ú obediencia de sus mayores*, ha de proponer al pueblo la palabra de Dios, tiene razon de decir con San Francisco de Borja, en el admirable tratado que hizo del modo de predicar el Santo Evangelio, *tímor et tremor venerunt super me*; ¿como se podrá disculpar la gran confianza y satisfaccion con que muchos solicitan y abrazan tan formidable empleo? ¿qué otros motivos puede haber para atropellar ciegamente, y posponer unos respetos y consideraciones tan graves, que han atemorizado siempre á los Santos, y estremecen hoy con justa razon á nuestros más ilustres oradores, sino la ignorancia de la majestad y grandeza de tan alto ministerio; la falta de las disposiciones más precisas para ejercitarle; el poco ó ningun celo de la honra de Dios y de la salvacion de los prójimos con que se emprende; la ambicion y deseo de predicarse á sí mismos; y los demás vanos y despreciables pretextos que movieron á Fray Gerundio, y son en realidad los que han hecho tan numeroso y digno de lástima al vulgo de nuestros predicadores?

La conversion de estos al verdadero y sólido método de predicar cristianamente, es el principal y grande objeto de V. en la inimitable historia de su ideado héroe. Y aunque en este santo fin sigue V. los pasos de muchos celosísimos Prelados, insignes oradores y escritores infatigables de nuestra nacion,

puede V. lisonjearse de haber descubierto un nuevo rumbo de grandes esperanzas en su admirable, utilísima historia, cuya publicacion debe V. no retardar un instante, asegurado de que será admitida de los mismos Ilustrísimos Prelados con mucha estimacion, de nuestros excelentes oradores con aplauso, de los escritores que se han fatigado en este asunto con admiracion, de los doctos y sabios con aprecio, y de todos con general aceptacion y agrado; pues todos reconocerán el justo y santo fin á que se dirige, lo maravilloso y bien dispuesto de su invencion, la solidez de su doctrina, lo escogido y primoroso de su erudicion, y finalmente lo natural, fácil, sazonado, ameno y abundante de su estilo: calidad singular que brilla admirablemente junto al desaliñado, seco y bronco de Fray Gerundio, y que unida á las demás de su famosa historia, prueba con evidencia, en mi concepto, que aún tiene vigor nuestra España para producir nuevos *Cervantes*.

Aqui cerraria yo de esta carta, por escrúpulo que formo de impedir con mi detencion en responder á usted, la utilidad y beneficio público; pero como no desempeñaria fielmente la confianza que le debo, sino expresase con sinceridad y franqueza todo mi dictamen, paso á decir á V. llanamente los reparos que se me ofrecen, con entera satisfaccion de que V. los oirá como efecto de la atencion y cuidado con que le he obedecido, y de la amistosa ingenuidad con que le correspondo.

La verdad, que es el alma de la Historia, pide en la de Fray Gerundio muy particular estudio y desvelo. V. aunque V. en la narracion de los motivos y

finés que tuvo aquel héroe para dedicar sus talentos al santo ministerio de la predicacion, observa exacta y religiosamente tan importante documento, pues no falta en un ápice á la realidad de los sucesos, sin omitir circunstancia alguna; sin embargo no quisiera yo, que habiendo la mejor y más sana crítica introducido y aprobado ya en todas partes el conveniente uso y estilo de autorizar y comprobar la verdad histórica, con apéndices de pruebas é instrumentos sacados de archivos públicos y de autores fidedignos, faltase á la que V. ha escrito de Fray Gerundio, un requisito y calidad tan importante para tapar la boca á los muchos émulos que se puede recelar prudentemente no dejarán de abrirla cuanto puedan, para morderla con más fuerza, ya que no sean capaces de tragarla y digerirla.

Lo segundo, aún cuando en lo substancial no la nieguen ni disputen el carácter de verdadera, podrán decir, que los vicios y defectos de Fray Gerundio, que V. supone haber florecido al fin del siglo pasado, son mucho más antiguos y rancios, y como dicen, del tiempo de entónces: que hoy no se tiene ya noticia ni se sabe de ellos, y que V. los resucita intempestivamente sin necesidad, y con riesgo de que se comuniquen y vicien á nuestros predicadores, que cuando más solo padecen algunas leves imperfecciones, que no perjudican al digno ejercicio de su ministerio ni á la salvacion de las almas.

Temo finalmente lleguen á decir, que aun cuando fuesen ciertos los graves defectos que se notan en Fray Gerundio, y asimismo que todos ellos, y aún otros mayores si es posible, se hallasen hoy en los

predicadores, modelos ó retratos suyos, no es conveniente ni propio modo de reprender y corregir á unos hombres consagrados á tan santo ministerio como el de la predicacion, el hacer notorios y reparables sus defectos en una historia, que por precision ha de andar en las manos de todos, y que habrá de leer continuamente hasta el pueblo y vulgo de la nacion, aún cuando no se proponga otro fin, que gozar del festivo y gracioso estilo en que V. la escribe.

Yo no sé qué fuerza podrá hacer á V. todo esto; pero bien que á mí me la hace tal, que estoy pesado y casi arrepentido de haberme metido á predicador, no ménos que de los mismos predicadores; cuando mi profesion, la ignorancia de la Sagrada Teología, y la falta de las demás calidades necesarias, me excusa de entrar en la clase aún de los más comunes y ordinarios. Pero ya dado este paso, y quedándome la satisfaccion de no haber dicho cosa que no sea muy cierta y verdadera, para lo cual, sin el título de predicador, me basta el de presbítero, y el saber que *la palabra de Dios se debe oír con el mismo respeto y reverencia, que se debe al Cuerpo de Jesucristo* (1); voy á decir á V. lo que juzgo preciso para satisfacer á los expresados reparos, cre-

(1) *Cyp. Interrog. caus. I. quæst. I. Interrog. vos, fratres, et sorores, dicitis mihi, quæ vobis plus esse videtur, Verbum Dei, an Corpus Christi? Si verum vultis respondere, hoc aliquis dicere debetis, quod non sit mihi, sed verbum Dei, quàm Corpus Christi. Et ideo quanta sollicitudine observamus, quando nobis Corpus Christi ministratur, ut nihil ex ipso de nostris manibus in terram cadat, tantam sollicitudine observemus, ne verbum Dei, quod nobis erogatur, dum aliud aut cogitamus, aut loquitur, de corde nostro pereat; quia non minus reus erit qui verbum Dei negligenter audierit, quàm ille qui Corpus Christi in terram cadere negligentia sua permisit.*

yendo no tendrá V. á mal que lo ejecute con separacion, y en tres puntos, sin embargo de que sea estilo de nuestros predicadores dividir sus sermones en cuatro, cinco y aún en trece, como yo lo he visto en uno impreso en este siglo.

Por lo que mira á la precision de autorizar la Historia de Fray Gerundio con documentos irrefragables que comprueben su verdad, pudiera fácilmente hacer un libro de gran volúmen, con solo referir lo que al mismo intento han escrito casi uniformemente nuestros más ilustres predicadores, y otros santos y venerables varones, que Dios nos ha dado para nuestra enseñanza y ejemplo: pero juzgando inútil semejante trabajo material, le he suspendido, por ser bastante al expresado fin el citar los lugares más oportunos de cada autor, refiriendo uno ú otro de los que no son comunes.

Sea el primero de estos Fray Juan de Segovia, predicador general del Orden de Predicadores, en su *Retórica Evangelica*, obra excelente, singular y rara, que mereció reimprimirse en Italia, con gloria de nuestra nacion. Este grande orador, doliéndose de la libertad, y de los impropios é indignos motivos con que en España se introducian muchos á ejercer la predicacion del Evangelio, pone los mismos que V. toca y refiere en Fray Gerundio: *Quapropter (dice) hæc mea pro nunc est, et semper fuit sententia, quod concionatur (sit Monachus aut Clericus) rogatus semper, aut ex obedientia compulsus, pulpitum ascendat. Hic est enim totus Evangelici concionatoris decor; ut sit vocatus, tanquam Aaron; quomodo enim predicabunt, nisi mittantur? Que profecto verba non us-*

*que adeo honestum, et laudabilem concionatorem illum prædicant, qui sese in concionandi officium, non vocatus, ingerit. Et hæc dixerim, quod nostra hæc tempestate præcipuus est hic concionatorum morbus: quippe cum ut in plurimum vix reperiatur aliquis, qui jam non summo opere curet, et anxia sollicitudine undequaque sibi conciones inquiret. Quod si hoc in eis ex animarum zelo procederet, laudarum quidem. Sed tamen vehementer suspicor aliter se habere; et quod ostentationis suæ causa, aut alicujus temporalis lucri, vel honoris, ac si aliquod aliud esse temporale negotium, hæc ut in plurimum oppellunt, et inquirent (1).*

Explica aún con más claridad los motivos y fines viciosos con que se emprendia la predicacion, diciendo: *Alii prædicantes quidem ut sese in hominum opinione sapientes exhibeant: unde ad hoc deveniunt perniciosissimum malum, quod subtilia quæque, et curiosa in suis concionibus doceant, quæ potius ostentationem suam quam populi eruditionem respiciunt. Alii propter inanem gloriam et populi applausum, qui sibi ab hominibus datur, prædicant: unde coguntur non substantiali legis, sed vana et inutilia prædicare. Alii propter populi favores concionantur, ut inter omnes reipublice cives præcipui habeantur consultores, et omnes à minimo usque ad maximum eorum benevolentiam capent summamque reverentiam deferant. Alii (; proh dolor!) propter alicujus temporalis commodi lucrum, Evangelium docent, recipu-*

(1) Fr. Joannes Segoviensis, Ord. Prædicat. *De prædicatione Evangelicâ*, libro primo, cap. VI págs. 23. No he visto la edicion de España, que parece se hizo en el año de 1571: pero sí la de Italia en 4.<sup>o</sup> Briss #, 1536.

*blicæ officia publica, et dignitates aucupantes. Quæmadmodum verum habet in iis, qui in regia incedunt curia, semper apud reges et magnates degentes vitam inquirentes nimirum an prædicatione sua (tanquam ferreo hamo piscatorum more) Episcopatum aliquem sive Abbatiam, aut Canoniatum, sive regiam prædicationem, vel aliam similem reipublicæ dignitatem et honorem consequi valeant (1).*

En el mismo capítulo, después de notar á los predicadores el deseo de su propio honor y estimacion con que ejercitan tan santo ministerio, dice: *Hinc diabolicum quoddam aliud procedit malum. Nam hac de causa Evangelicæ concionatores minimè veritatem quando que in concionibus tractare audent. Quia cum Dei honorem tanquam prædicationi suæ finem aliquando non intendant, sed sui ipsorum duntaxat lucrum, ut hoc nempe ab auditoribus acquirant; statuunt in concionibus suavia illis proponere dogmata, et quæ eorum demulceant appetitum, vitia eorum dissimulantes, atque eorum promulgantes virtutes (2).* Por no ser molesto deo otros muchos lugares de este celosísimo predicador; ni aún hubiera referido estos, aunque oportunos, si á su gran mérito y á lo raro de su obra no se agregase el justo motivo de la comprobacion y crédito de la de V.; pero, si alguno la quisiera mejor, dígame V. que venga á reconocer las citas marginales. Ni me detengo á poner á la letra lo que al mismo intento y con igual celo escribió Fray

(1) Idem, libro segundo, cap. XXXII, pag. 363.

(2) Idem, *Ibid.* m, pag. 364; et pag. 1, 4, 5, 13, 15, 23, 27, 28, 89, 107, 111, 131, 132, 264, 265, 318, 367, 381, 447, 483, 493, 499, 500, et fere per tot.

Tomás de Trujillo de la misma religion, por que van conformes en todo: solo diré, que habiéndose propuesto este concurrir á desterrar de España los cartapacios y Códices sermonarios que muchos copiaban para ejercer el santo ministerio de la predicacion, subrogándolos en lugar del estudio de los Santos Padres, refiere la prohibicion que habia hecho de los tales Códices el Santo Tribunal de Sevilla, y dice: *Quamobrem tum desiderio huic tam gravi morbo (si id per me fieri poterit) medendi, tum etiam quod doleam concionatores plurimos de sua estimatione casuros esse, publicato Dominorum Inquisitorum hæreticæ pravilitatis edicto, mense Junio, anno à Cristi Domini ortu 1577, in illustrissima Hispalensi urbe: quo quidem imperatur, ut omnes alieni auctoris Códices manuscripti, sermones, ut aiunt, continentes, seu expositiones divinæ Scripture, exhibeantur, à singulis? His inquam de causis huic non levem laborem subire decrevi, etc. (1).* Ya se vé que los tales predicadores, que se valian de sermones dignos de prohibirse, eran unos verdaderos Gerundios. Yo no me atreveré á jurar que hoy suceda lo mismo; pero si deseo que V. me diga, en vista de esta carta, si tendré fundamento para esperar que el Santo Tribunal renueve tan oportuna providencia con los muchos sermonarios que desde entonces se han impreso.

Al padre Lorenzo de San Juan, varon apostólico de la Compañía de Jesús, que ejerció cuarenta y siete años el santo ministerio de la predicacion, pidieron

(1) Fr. Thomás de Trujillo, Ordinis Prædicatorum, in *Præfatione ad Thesaurum Concionatorum*, col. 5 et 6 Item. Lib. V. col. 114, 130, 131, 134 et 135, edit. Barcione, 1579, duob. volum. in-fol.



muchos que escribiese algunos avisos convenientes, fundados en su experiencia: hizolo así poco ántes de morir; y en ellos, después de sentar la utilidad de la retórica para dicho fin, dice: *Pero muchos no la estudian; de lo cual se sigue que sus sermones más son liciones curiosas y verbosas, que sermones y homilias de Santos...., ¿cuántos hay que predicán sin saber qué cosa es ser predicador, y qué fin ha de tener, siendo el ministerio más alto? Para ningún oficio hay ménos exámen; y de ahí viene el poco caso que se hace de ellos, cuán pocos los oyen, con cuán poca estima... Dicen algunos, yo no soy Obispo ni Rector ni Cura de almas, sino que predico por mi contento y entretenimiento: ¿quién me manda á mi poner en mal con nadie? De esta manera me conservo con amistad con todos, y tengo amigos, y muy ricas estipendios: doscientos ó trescientos ducados. Buen provecho te hagan; ¡tú no predicás en nombre de Cristo, y has prometido predicar el Evangelio! Pues si tú infamas á Cristo, y adulteras el Evangelio, abusas de la palabra de Dios, contaminas la Iglesia; ¿qué castigo no mereces? Dices, que no haces oficio de Obispo. El provisor no es Obispo, ni el Oidor del Consejo es Rey; pero, sino hacen lo que el Obispo y el Rey son obligados, se irán al Infierno.*

Sigue el Diálogo con el mal predicador: y dice éste: *Padre, veo que muchos lo hacen así. Poco importa, si lo han de pagar en la otra vida; y son pocos los que agradan á Dios de los que hacemos este oficio, y se verán innumerables condenados, segun las amenazas de la Escritura, y lo que dicen los Santos Padres, yo no sentia espíritu. Y aún por eso abriades*

*de tomar otro empleo: qui docet in doctrina, qui exhortatur in exhortando. Padre, Dios me hizo verboso. Que tomárades oficio de orador en las Escuelas ó de pregonero, y no ocupar el oficio del digno y fructuoso: Ut excludant eos qui probati sunt argento; ¡Ah! y cuanta verdad es que el predicador habia de ser llamado, importunado, y tomar este oficio por obediencia y espíritu y hambre de las almas, como San Pablo, el cual dice de sí: Paulus vocatus, segregatus: en voz pasiva; y guardarse de la ambicion, y de buscar primeras Cátedras in Synagogis, como es fama se hace, por sí, por amigos, y aún demás, procurando los mejores púlpitos y Cuaresmas, y lo saben los oyentes; ¿estos como pueden predicar con espíritu, y decir: non quero gloriam meam, sino la de Dios, haciendo todo lo contrario?*

Tenga V. paciencia, y oiga el fin de tan sólida y nerviosa doctrina, pues tanto comprueba y califica lo que V. refiere en su Historia. Padre, dice el predicador, *sino se hiciese eso, nunca tendria un buen sermon ni Cuaresma. No se perderia nada, ántes, ántes se ganaria: y para vos, y para las almas seria mejor que proveyese Dios de predicador, y no fueseis vos, que sois intruso y no entráis por la puerta. Diréis que sino sobornais con exquisitos modos oyentes, no los tendreis. Si vos sois llamado de Dios, su Majestad traerá auditorio que no cabrá en los Templos, como aconteció á San Vicente Ferrer, á Fray Lobo, y al Padre Juan Ramirez y á otros muchos, que yo he conocido y predicaron toda la vida contra su apetito y voluntad propia, por pura obediencia: y en 44 años y más de predicacion, jamás por sí ni por otro pro-*

curaron Sermon, Pulpito: Iglesia ni Cuaresma, etc.

Si alguno quisiere ver lo demás que añade aquel gran maestro de la predicacion, envíele V. á la excelente *Retórica Cristiana* del Padre Juan Bautista Escardo, de la Compañía de Jesús (1), dónde no solo hallará los avisos del Padre San Juan, sino tambien que el mismo autor que los refiere, es de igual sentir, y lo confirma con muchos lugares que trae de otros escritores nuestros, y con admirables ejemplos y preceptos, hijos de su continua leccion y larga experiencia en el tiempo que enseña retórica en Zaragoza, y en más de treinta años que ejerció después la predicacion. Excuso el poner aquí sus palabras por no ser prolijo; y por lo mismo me reduzco á solo apuntar lo que en la calificación de su Historia de V. dijeron otros insignes predicadores, escritores y preladados celosos de nuestra nacion (2), que han re-

(1) *Retórica Cristiana ó idea de los que desean predicar con espíritu y fruto de las almas, etc.*, por el Padre Juan Bautista Escardo, de la Compañía de Jesús. En Mallorca, año de 1647, un vol. 4.º Véase la Acta del Padre San Juan á los predicadores, fol. 150, 407 y siguientes de esta Retórica.

(2) *Retórica en lengua Castellana, por un Fray de la Orden de San Gerónimo, en Alcalá de Henares, año 1541.* un vol. 4.º Véase el prólogo, fol. 1, B. 2 y 35; y cap. V. fol. 12 y 13. cap. 30, fol. 51, cap. 33, fol. 73 y 74, B. Benedicti Aris Monachii Rhetoricorum, libri IV. Antwerpia 1569, I. vol. 2.º Véase en el libro primero los págs. 17, 18 y 19.

*Ecclesiastica rhetorica, sive de ratione concionandi libri sex.* Autore R. P. F. Ludovico Grassiensi, etc. Ultraportus, anno 1576. I. vol. 8.º Véanse las págs. 15, 18, 50, 52, 68, 76, 79, 155, 159, 193, 195 y 196.

*Modus concionandi, et exhortandi in Partim CXXXVI.* Super flumina Babylonis: Autore Didaco Stella Minorita: Salamantica, 1576. I. vol. 8.º Véase la Epistola Dedicatoria, y el folio 7.º 10, 26 y 27.

*De sacra ratione concionandi, opus Jacobi Petrus à Valdivia, Barcinone, 1588.* I. vol. 8.º Véase el Prólogo ad sacra Theologia studiosos, y las págs. 24, 42, 323 y 327.

*Primera parte de la Retórica de Juan Guzman, en Alcalá, año 1589.* I. vol. 8.º Véase el folio 59, 60, B. 61, 62, 63 y B. 68, 69, y B. 70, 71, y B. 75.

*F. Joannis à Jesu Maria, Ord. Carm. Excalc. Ars concionandi, Roma 1610.* I. vol. 12.º Véase la parte 1.ª cap. 4.ª y parte 3.ª cap. 4.ª

*Elocuencia Española en arte, por el Maestro Bartolomeo Jiménez Paton, en Baeza, año 1612.* I. vol. Véase el fol. 59, y B. 137, 138, B. 139, B. 141, 142 y B.

sistido y hecho frente á los que han intentado profanar tan santo ministerio. Téngalos V. prevenidos para su mayor justificacion, y así mismo las Constituciones Sinodales, especialmente las de Toledo, Sevilla, Santiago, Valencia, Córdoba, Málaga, Segovia, Valladolid, Plasencia, Calahorra, Orense, Barcelona, Tortosa, Segorbe, Mallorca, Canaria y Ucles, en que se reprenden y castigan los mismos, y aun otros defectos gravísimos, en que incurre el vulgo de nuestros predicadores y V. nota en Fray Gerundio (1).

Pero si estos ó algun otro que piense en defender su mala causa, dijeren que los expresados vicios no son del día, y que ya no se conocen ni se sabe de

*D. Hieronymus Mexia de Tobar, Episcopus Asturicensis, De perfecto concionatore, Asturica, 1624.* un vol. un 4.º Véase cap. 1.º pág. 5, cap. 12 pág. 235, 243, cap. 13, pág. 256, cap. 15, pág. 276 y 277, cap. 16, pág. 290.

*D. Thomas à Villanova, Con. II, in die Pentecostes, fol. 93, B. 140. B. El Ven. M. Juan de Ayala, Tomo I, del Epistolario Espiritual, impreso en Madrid año 1618, fol. 12, B. y siguientes. Santa Teresa de Jesús, en su Vida impresa en Amberes, año 1549, cap. 16, pág. 143 y 144. Fr. Agustín Nuñez Delgadillo, en el Prólogo á sus Sermones de Cuaresmas, Fr. Gerónimo de Aldovera, al principio del Tomo segundo de sus Sermones de Santos, El Padre Bernardino de Villegas, en el libro de la Espera de Cristo, cap. 81. Luis Muñoz, Padre Gaspar Sanchez, Juan Rodríguez de Leon, Ilustrísimo Barcia y Lepe, Padre Carvantes, y otros muchos que omito.*

(1) *Tolitanus Concilii Provincialis actiones.* Compluri, 1566. 8.º Véase fol. 47.

*Dertonsus Synodus, à Joanne à Izquierdo habita.* Valentia, 1576. 8.º Véase, pág. 72.

*Diocesis Synodus Segobitensis celebrata, Preside Ill. ac Rever. D. D. Petro Gerardo Casanoro.* Valentia, 1613, 8.º Véase, pág. 26 et seq. *Majoricensis Eccles. Synodales, par D. Didac. Exposito.* Matriti, 1660, 4.º Véase Tit. I. Const. I. pág. 144 y 158. *Majoricensis Episcopatus legis Synodales, celebrata à D. Petra de Alagon.* Majorica, 1692, fol. Véase pág. 153. *Constitutiones Synodales del Obispado de Valladolid,* impresas en Valladolid año 1607. Tit. 12, fol. 60. Tit. 15, fol. 124. *De Sevilla,* 1609, cap. 8, fol. 8, B. cap. 9, fol. 19; *De segovia* 1640, Const. 3.ª pág. 8. *De Canaria,* 1634, fol.º 50, 70, y B. *De Orense,* 1622, fol. 52. *De Córdoba,* 1637, fol. 10. núm. 4. *De Málaga,* 1674, fol. 57, siguientes. *De Barcelona,* 1673, pág. 153 y 155. *De Toledo,* 1682, fol. 26. *De Valencia,* 1690, pág. 1. *De Plasencia,* 1692, Tit. I. Const. 3, fol. 81 y siguientes. *De Calahorra, y la Calzada,* 1700, fol. 82 y siguientes. *De Ucles,* 1712, Tit. 3. Const. 6.º pág. 36. *De Santiago,* 1717, Const. 3, pág. 23 y siguientes.

ellos (que es el efugio y salida que les ha de cerrar este segundo punto), además de que tienen contra sí las sinodales de nuestro siglo, que quedan citadas, dígalas V., que lean lo que en él han escrito con igual celo y santo fin', el infatigable Don Gregorio Mayans, en sus doctos Diálogos (1) del Orador Cristiano; el Reverendísimo y Sapientísimo Fray Benito Gerónimo Feijóo, en sus *Cartas Eruditas* (2); y el Apostólico, celosísimo y sabio varón el R. P. Pedro de Calatayud en su *Arte y método de hacer Misiones* (3). Dígalas que vean también lo que en este particular observaron los sabios Autores del *Diario de los literatos de España* (4): obra utilísima, que debemos sentir no continúe por lo mucho que serviría, no solo al intento de V., sino también a los demás progresos de la literatura Española. Finalmente, si se hallare alguno tan tenaz, que no se rinda a una demostración tan clara, póngale V. en la mano, para que las lea y medite con la atención y respeto que se merecen, las *Cartas Pastorales* de los Ilustrísimos señores Valero, Montalván y otros grandes prelados (5), que en

(1) *El Orador Cristiano, ideado en tres Diálogos: su Autor D. Gregorio Mayans y Siscar, etc. en Valencia, M.DCC.XXXIII, I, vol. 8.º*

(2) *Cartas eruditas y curiosas, en coninuación del Teatro crítico universal, escritas por el muy ilustre Señor D. Fr. Benito Gerónimo Feijóo, etc. tomo tercero, en Madrid, M.DCC.L. en 4. Véase la Carta XXXI, pág. 406, y siguiente.*

(3) *Misiones y Sermones del D. Pedro de Calatayud: arte y método con que las establece, e.c. En Madrid, año 1751, II. vol. en 4. Véase el tom. I.º cap. II. §. 6 y 7, pág. 91, 95 y 96.*

(4) *Diario de los Literatos de España. En Madrid, 1787 y siguientes. Véase el tomo I.º art. XXI, pág. 335; tomo IV, art. 4.º pág. 142, art. V, página 149.*

(5) *Carta Pastoral del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fr. Juan de Montalván, Obispo de Guadix y Baza, de 24 Julio de 1716, impresa en un volumen en 4.º art. IV. §. II. pág. 48 á 52; art. V. §. I. pág. 64, y art. VI. §. III. pág. 108 á 117.*

nuestros días han reprendido los mismos vicios, con no ménos fervor y razón, que lo ejecutaron los que los precedieron en los dos siglos antecedentes, auxiliados de tantos dignos ministros y fieles operarios en la noble y santa fatiga de la predicación del Evangelio.

Más cuando fuese posible que durmiesen tan vigilantes centinelas, y faltasen á la Historia de V. tan fidedignos testigos, no podrían negar su verdad los mismos predicadores, cuyos sermones andan en las manos de todos, y son la más convincente prueba, no solo de que aún permanecen en España los vicios y defectos que padecía en el siglo pasado tan santo ministerio, sino de que se han ido aumentando y han subido á un grado tan alto, que al paso que claman por el remedio, me parece no excluyen ninguno de cuantos se puedan imaginar, como sucede en las enfermedades contagiosas y deploradas.

No hablo de memoria: tengo reconocidos más de cien tomos de *Sermones*, impresos de un siglo á esta parte: y quién cotejase los del pasado con los del presente, conocería que en los de éste ha sido aún mayor el abuso, y más deplorable la enfermedad. Si el Padre Vieyra, por ejemplo, en su famoso sermón de la Sexagésima notó á los predicadores de su siglo la extravagancia de sus enigmas ó antonomásias del *Cedro penitente*, el *Evangelista Apeles*, el *Águila*

*Carta Pastoral del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Francisco Valero y Leiva, Arzobispo de Toledo, etc. un vol. en 4.º Véase desde la pág. 160 en adelante.*

*Carta Pastoral de un Señor Prelado para los Eclesiásticos de su Diócesis. En Madrid, año de 1725, un vol. 4.º Véase desde la pág. 89 en adelante, 92, 93, 97 y 98.*

de África, el Panal de Claraval, etc., ¿qué diría hoy, si oyese que el Panal de Claraval se ha convertido en el doctor de Miel-fluida: el Aguila de Africa en Caballero andante, y el Amadis de las Letras: el Cedro penitente en el Pastor Coronado: San Pascual Bailon en el Santo Sacramento: San Pedro de Alcántara en el Serafin Estremeño, San Benito en Padre de los Cielos; y que á los demás Santos nos los representan tan desfigurados, que no los conocerá la Madre que los parió, como decia graciosamente en uno de sus sermones el célebre loco Don Amaro, que lo fué por la manía de predicar en las calles y plazas de Sevilla?

Igual proporcion en el aumento de la enfermedad notaria el Padre Vieyra en el sentido altisonante, cultibárbaro, ó sea de laberintos, en los conceptos ridículos ó vulgares, en las proposiciones ya rústicas ó ya escandalosas, y en las violencias de sus sentidos acomodaticios. Y para que V. lo reconozca comprobado todo por junto, doy el texto en estas cláusulas, que se ha segregado de las muchas que se hacen notables en los libros impresos de este siglo.

Sepa V. (aunque importará poco que se le olyide), «que el denso vapor que congeló la clara nube, que le sirvió de carroza triunfante á Jesucristo, se congeló de aquel sudor diaforético, que su Majestad tuvo en el Huerto». Son palabras expresas de un sermón de Circuncision. En el mismo se dice: «Que como fué (la Circuncision de Cristo) prólogo de todo el contexto sangriento, plana primera de la muerte en Cruz, razon de la obra de la Redencion..... solo la Circuncision es sobreescrito rasgado, sello abier-

to, lacre despegado, nema roto, que declara á la Pasion, carta dichosa, y es título porque Cristo, aun siendo Dios, es digno de recibir la Deidad: *Dignus est agnus qui occisus est, accipere virtutem et divinitatem*. Amante liberal (en la Circuncision) quiere ser herido de gracia..... dando guantes de bizzarria en la cute que se despoja..... La primera salida de su sangre fué más entrada de la Pasion, que la entrada en Jerusalem fué nacimiento de la muerte, Oriente del Ocaso, aliento primero del desaliento, cuna de la sepultura, y en fin principio del fin, y aun de después del fin..... Quejaráse el Domingo de Ramos del dia de la Circuncision, porque habiendo empezado en él la Pasion, aquél se llama Natividad aun de la muerte en Cruz.... El árido leño de la Cruz no secó á Cristo su valor, los clavos le aumentaron, no evaporaron el olor de su virtud, y el vote de la lanza fué como pomo de licor rojo, aromático, tan bello como fragante, primaverizando su hermosura con cuanto era invierno de su belleza..... Sea Cristo flor fructuosa en la Cruz; la Circuncision fué su Natividad, porque fué flor de esa flor, matiz primero de la vita rosa ó animado clavel; su cuchillo punta primera de la olorosa transcendencia de su vida; su herida corta primera del cuerpo floreciente, penetracion de fragancia penetrante, y vapor primero para el último perfume.»

¿Pues qué diría V., si oyese decir en la catedra del Espíritu Santo: «*Tu qui es; quién vá á la ronda?* Una mujer honrada: Poco á poco (señora mia), que hay mucho que decir en eso. Antes que se santifique, óigame por su vida, que V. dirá si es mujer

»honrada ó no lo es, sabiendo lo que ahora diré yo.  
 »Noticia es de Clemente Alejandrino, que los lacede-  
 »monios y sicilianos tuvieron por mujeres infames á  
 »las que vestian profanamente. Luégo segun esta  
 »pragmática, V. se engaña en decir que es mujer hon-  
 »rada.... ¿Para qué son tantos encajes?.... Solo el  
 »traer el pelo tan atado, y esa aguja atravesada por  
 »él me ha caído en gusto; porque siendo las muje-  
 »res de estos tiempos tan flacas de cabeza, podrán  
 »disimular lo liviano de sus cascos con tantos atadi-  
 »jos: ¿ó qué siglo tan perdido el que vivimos! Cas-  
 »tiganos Dios con guerras, hambres y pestes; ¿cuál  
 »será la causa de tantos azotes? Si el tal predicador  
 me lo preguntara, le diria que sus sermones; porque  
 todo el de este pasaje y los demás son dignos de un  
 Gerundio.

Pero ni el mismo Fray Gerundio, ó la fecundidad de  
 la fantasía de V. pudo llegar á la elevacion de este es-  
 tilo: «Contra Eva vino la mejor Ave, la fiel María: y  
 »si aquella hizo el dobladillo del engaño, esta bordó  
 »el desengaño. Aquella sugirió á Adán para que pre-  
 »varicase, esta metió á Cristo en que nos redimie-  
 »se.... Ciñamos estos pigmeos discursos con el lazo  
 »del Evangelio. Entra el Ángel á saludar á la Virgen,  
 »y le hace una sacramentosa cuanto obscura adver-  
 »tencia, *quod enim ex te nascetur Sanctum....* ¡O Ma-  
 »ría! Ave la más pura de la gracia y que de léjos  
 »nos traes el libro purpurado de la generacion de  
 »Cristo.... Libro en que sirvió de tinta la sangre,  
 »María de papel, el Espíritu Santo de pluma, y donde  
 »se incorporaron las desencuadernadas hojas del vo-  
 »lúmen de la vida. Ya que la suerte nos deparó en

»el pico de una ave el libro de nuestro Evangelio....  
 »Busquemos otra ave de buen pico para panegirista  
 »de sus elogios, que, pues, las aves las crió Dios para  
 »saludar la luz de la mañana, no extrañará la critica  
 »escrupulosa, que forme mi salutacion de tanta vola-  
 »teria.... Esta milagrosa ave no puede ser otra que  
 »el Ave de María. Sea muy enhorabuena; y para sa-  
 »ludarla con acierto, equivoquémosle este elogio:  
 »Ave María.» Pudo V. desatinar otro tanto en boca  
 de Fray Gerundio? Pues oiga V. otro de la misma es-  
 tofa: «San Pablo fué escogido como vaso, ¿y por qué  
 »como vaso? Porque habia de llevar el óleo del nom-  
 »bre de Jesús.... Y gritaudo (San Pablo) en pinta-  
 »das elocuentes voces desnudas útiles verdades, re-  
 »sonaba los léjos de la pasada noche, avisaba los  
 »clarísimos claros del presente día, borraba obras de  
 »sombras, tocaba ropajes, y retocaba armas de luces  
 »para paso de buena vida, en el temporal ameno de  
 »la gracia.» Dios por su misericordia nos la dé para  
 sufrir tales desvarios.

Verdad es que, en cuanto al estilo pueril y culti-bár-  
 baro, he visto tanto bueno, que siempre el último  
 que V. lea, le parecerá el mejor: oiga V. este pasaje  
 de un sermón de Purificacion: «María en su Purifi-  
 »cacion es la Luna más nueva, más maravillosa, más  
 »festiva, Planeta-Signo que brillando repica á su culto,  
 »aun guiando la procesion de su Misterio, tocando á  
 »vuelo de luz, á golpes de resplandor á su mayor  
 »festividad.... Mas es que el Verbo divino se pene-  
 »trase en sus poros puros, y se vistiese y armase de  
 »sus copados copos, cristal como pan, y nieve como  
 »lana. Y más es, que si ántes humanado el Verbo es-

»taba encerrado en el escaparate del materno cláustro, en el cuerpo que le dió cuerpo, llenándole de gracia por dentro de su clausura, hoy sale el vaso lleno de Divinidad por mano de María, bebiendo á su pecho más hilos de láctea lana para más cuerpo humano.» Dejo otras proposiciones erróneas, y algunas expresiones indecentes, de que hago juicio no usaria el poeta más licencioso.

Últimamente, si yo hubiese de referir á V. todas las expresiones que en sermones impresos tengo leídas en esta Real Biblioteca, y que por singulares tengo notadas, compondria un volumen algo más abultado que el de la primera parte de su historia de V. Doleríame, sin embargo, el no apuntarle en compendio, á fin de que las reserve para su segunda parte, las noticias de «que cuando María Santísima tenía en sus entrañas á su Divino Hijo Jesús, el arcángel San Gabriel, que le hacia escolta y le servia de guardia de corps, acompañándola en forma humana, le mostraba una cruz bellissima que en su pecho traia divinamente rubricada. Ponia el dulce niño Jesús sus columbinos ojos en aquella Cruz, etc..... Que con singularísimos prodigios dió á entender el cielo á los Magos el nacimiento de Cristo. Al rey Baltasar le nació aquella propia noche un niño, que, segun escribe Bosquiar, fué San Bartolomé, el que, puesto por sí mismo en pié, dijo estas palabras: *In hac nocte in Judæa natus est nobis Salvator Mundi.* Entrando el rey Melchor en un jardín de su palacio, oyó que le decia una hermosa paloma: *In hac nocte ortus est Salvator generis humani.* La propia noche nacieron al rey Gaspar un

»leon y una oveja de una avecilla que tenia en huevos, dándole á entender el cielo con esta maravilla que el Verbo Divino se habia ya humanado y nacido.» Todo lo refiere á S. Germano. Su cita es esta: *San Germano, ap. Mesfr. in Epiphan. D.*

¿Qué tal parece á V? dijo otro tanto Fray Gerundio? Pero prosigo mi compendio: «Que aunque Cristo nació para todos, nació tan especial para San Joaquin, que solo nació para San Joaquin. Que Cristo es pez soberano, porque en sus tormentos tuvo espinas. Que las almas se transforman en ley, en fuerza del amor de Dios; *Lex Domini immaculata convertens animas*; (¡bella traduccion!) Que San Bernardino de Sena habla como echando Bernardinas. Que Jesucristo es el Dios Penate. Que hace más gala de ser hombre, que de ser Dios.» (Si reconvenido se ratificase en esta doctrina, ó si la defendiese en la cátedra; ¿dónde iria á parar este Gerundio?) «Que la sabiduria de María luce más que la de Cristo. (No es de menores quilates este absurdo.) Que la Puebla de los Angeles (alude al Cielo) poco después de fundada padeció un terremoto. Que San Juan fué medicamento contra el mal de corazon de Cristo. Que Dios es achacoso de mal de corazon. Que el ángel que dijo á San Agustin el *tolle, lege*, no vino á enseñar, sino á aprender; ó cuánto tuvo el ángel que aprender; cuánto llevó que enseñar á los que se quedaron en el Cielo; ó felices errores de Agustino, que enseñan hasta los ángeles! Que segun dice el docto Geminiano, el ajo tiene muchas virtudes: *In aliis reperitur specialis virtus.* Virtud dice que tiene el ajo; y qué más tiene? Que

»pica; y es lo cierto, que no ha de faltar quién pique, y aún pique con ajo á quién trata de virtud.» ¡Gallarda invencion! Omito otras muchas por tan mal sonantes y excesivamente ridículas, que temo el escándalo, aun cuando solo trato de desterrarlas y abominar su leccion.

Pues, ¿qué diré á V. de sermones en aire de comedias ó con títulos de tales? Mucho he visto de esto en los impresos del siglo pasado; pero en los del presente no es menor el abuso. He leído *la armonía de la naturaleza emendada en el Misterio de la Encarnacion. Ononichites, pasquinada contra Cristo de los Cartaginenses: la Diósa Marica: la desesperacion afortunada: el hijo en duda, declarado en la Gloria: el carro de los Arameos: el Hercules de la Iglesia: cegar para ver mejor: la mesa del Sol: el Filis de la Santidad: las mejores perlas de la aurora de la Gracia: el mayor teatro del dolor, etc.*

En vista de este tan indecente modo de predicar la Palabra divina; ¿quién extrañará el que V. ha hallado de reprender á los que le ejercitan? ¿qué podrán éstos decir contra V. que no sea digno del mayor desprecio? Si ellos profanan el santo ministerio de la predicacion, y V. le defiende; ¿de qué podrán quejarse? de que V. pone y reprende en Fray Gerundio los vicios en que incurrén? No por cierto; porque estos son verdaderos, como lo acreditan los pasajes citados, que por impresos debemos suponer más correctos; ¿se quejarán de que V. no trata con seriedad este asunto, y con mucho respeto á los predicadores vulgares? Esto ya lo ejecutaron de dos siglos á esta parte los preladados, escritores y oradores

más celosos de la nacion, y no se vé el fruto debido á sus trabajos; ¿pues, de qué han de ser las quejas? ¿de que V. no señala los autores de tales disparates? Ménos, ántes bien deben dar á V. muchas gracias, pues pudiera nombrarlos todos, así por la libertad que ellos dan publicando sus escritos, como por el ejemplo de los mismos que los han reprendido con seriedad.

No reparó Fray Juan de Segovia en nombrar á varios que habian compuesto diferentes *Sermonarios*, cuya leccion aconsejaba á los predicadores huyesen y desechasen de sí, como perjudicial al digno ejercicio de tan alto ministerio. Oiga V. sus palabras: *Eadem ratione qua huc usque suasimus, concionatores hujuscemodi tibellorum lectionem, qui parvæ sunt auctoritatis fugere debere, eadem omnino sermonarios qui sic vulgariter appellantur, iudicio meo à se quodammodo repellere oportet, siquidem non satis intelligo un concionatoris officium plurimum adjuvent, quemadmodum Barilete, Sanctius Porta, Dormi secure, Vade mecum, Petrus ad Boves, et alii similes sunt (1), qui hujusmodi inscribuntur nominibus, quandoquidem soli operum ipsorum tituli sufficere deberent, ut substantiam quam in se continent, concionatores intelligerent: ac per consequens, ut eis non usquequaque in sudarent (2).*

Si extrañan el estilo festivo, lean á Juan de Guzman

(1) Tengo presentes estas obras; es á saber, *Barilete, Sanctius Porta, Petrus ad Boves*, que son los nombres y apellidos de los autores; con los cuales se imprimieron en Paris, Leon y Amberes; y asimismo el *Dormi secure, Paratus Evangelium, y Mamorectus*, impresos tambien en Paris, etc. Y advierto que solo uno es español.

(2) F. Joannes Segobiensis, de *Prædicatione Evangelica*, lib. 2 cap. 35, pag. 282.

en su retórica (1), y oigan su modo de reprender en el convite ó diálogo VI. « D. Al predicador Amuso »oi decir, que lo principal que hacia era abrir los »doctores que tenia sobre aquel Evangelio, y sacar »los principales puntos que á éi le parecían, y engalanarlos de sentencias y palabras elegantes. L. Esa »es traza de niños, y crep le convenia un dicho de »cierta señora Burgalesa. D. ¿ Qué fué? L. Las mujeres de aquella ciudad son por la mayor parte de »agudos entendimientos, como las vuestras Toledanas. Una oyendo ciertos sermones á un predicador, »los cuáles no iban con el orden y concierto que ella »y el demás auditorio quisieran, y murmurando, según sucede, otras muchas mujeres con ella, para »dar á entender que aquella persona todo el tiempo »que estudiaba en los Sagrados Doctores, tomaba de »ellos lo ménos substancial para sus sermones, dijo: »el Padre Fulano parece que toda la semana barre »los Santos, para después el Domingo echarnos el »estiércol, etc.» Lean los *Glamores de la razon contra los tumultos de la locuacidad*, que se imprimieron en esta Côte el año de 1683. Lean en Fray Tomás de Trujillo (2) sus expresiones ardientes, bien que hijas de su celo por el honor de Dios. Lean al citado Fray Diego de Estela (3), y observen el desprecio con que se explica: *Barbari quidam homines his propé lapsis temporibus insurrexerunt, qui sané egregium pris-*

(1) Retórica de Guzman, Convite IV fol. 90, 96, 97. Convite V, folio 102, 103. Convite VI, fol. 124, 129. Convite IX, fol. 187. Convite X, folio 195, etc.

(2) Fr. Tomás de Trujillo, in *Thesuro Concionat. in praefatione et lib. V per 101.*

(3) F. Did. Estela, *Mod. Concion.* Véase fol. 16, 17, 24, 25, 27, 31, 51, 52, 76, 80, 89, 120, 123, 124, 125, 127.

*corum dicendi caracterem, quod illi paratissimo calamo depinxerunt, carbonibus suis abolentes, et quasi meri Grammatici litteram summis (ut aiunt) labiis degustantes, explicabant: et quæ intrinsecus latebant mysteria, quasi Scripturæ Sacræ litteris eruti, et spoliati, non cultuerunt: tanquam ad miserorum refugium ad sua se conferebant monstra. Et ut in Tragicis actibus fieri solet, unus et idem solus vicissim personatus incedit, nunc Regis, nunc pastoris, nunc militis gloriosi, tandem pulchræ fæminæ et elegantis formæ personarum acturus: Non secus hi concionatores videntur facere qui typicum Isaac in medium trahentes, quem Christum significare dicunt: et in eadem forma permanentem, æternum patrem faciunt. Mox quasi personatus incedens, huic Cristianum representare dicunt: et tandem in montem eundem convertunt. Egregia quidem monstra et probè machinata portenta..... Hæc nisi detesteris figmenta, et quasi à facte aspidis non subterfugias, eo quidem longè abest ut probus concionator ecadas, quam ego ut volare queam. Vean el modo con que acusa los mismos y otros defectos Fray Juan de Segovia (1). Lean la burla con que los trata el Padre Fray Juan de Pineda en su *Agricultura Cristiana*, llaman olos *predicadores de las Alpujarras, enjertos en Toledanos, con romance nuevo de Mandinga ó Moscovia, que echen un estomaton de alchermes, y un emplaso de médulas con que más empitagan á los cuerdos, que si los embutiesen de chicharrones.**

Refiere este lugar el maestro Bartolomé Gimenez

(1) P. Joannes Segoviensis, *de Praedicatione Evangelica*, pag. 107, 264, 265, 330, 433, 478, 486, 493, 494, 496, 499, 500, 501.



Paton (1), y añade estas palabras; *Como testigo de vista puede afirmar que predicando cierto predicador de los deeste jaez, ciertos caballeros mozos (más amigos de chocarrerías, que de doctrina devota), en sabiendo cuándo y dónde predicaba, hacian llevar con cuidado sillas diciendo, que no habia comedia más barata, que oír aquel predicador, ni truan Velasquillo más de valde. Y se trató de remediárle, y que no predicase, porque convenia por estar enfermo de este vicio. El cual por ser no solo contra preceptos de la buena elocuencia, mas porque es contra la Religion, debe hairse.*

Sin duda seria de este mismo jaez el predcador de quién hace memoria Fray Tomás Ramon, del Orden de Predicadores (2), en estas palabras: «Así le sucedió el año de 1630, en Sevilla, á un predicador de estos críticos y cultos, que con sus sermones tan floreados llevaba como embelesada la gente, que á pocos sermones que hizo, como eran todos violentados, y traia la divina Escritura al redopelo, (como lo hacen los que dan en este devaneo), le mandaron los señores inquisidores que no predicara más. Santo y justo mandamiento, y que tienen obligacion los prelados en conciencia á hacer..... con los que en esto son defectuosos, y no permitir en sus iglesias suban al púlpito semejantes bufones, hinchados y desvanecidos.»

Esto dice del siglo pasado este sabio y prudente religioso, y aunque por lo que toca al presente en que es mayor el daño, no me precio de anticipar cen-

(1) Maestro Bartolomé Jimenez Paton, *Elocuencia española*, fol. y 58 C. Vease fol. 95 y B. 104, B. y 141.

(2) Fr. Tomás Ramon, *Nueva Pragmatica de reformation contra el lenguaje culto, y su mal uso*, 324.

suras, ni el respeto que profeso á quién tiene autoridad para hacerlas y promulgarlas me lo permite; sin embargo, creo, que si, como lo espero, llegase el caso de examinar con la justificacion acostumbrada los expresados sermones, se han de mandar quitar de ellos muchas proposiciones mal sonantes, escandalosas, sentencias dignas de censura teológica, y máximas impropias de proferirse y enseñarse al pueblo cristiano en nombre del Espíritu Santo, y mucho más de que se impriman, reparan y vendan libremente á toda la nacion.

Lo contrario deberia decirse de su historia de V., pues, al paso que ilustra á nuestra nacion con el prodigioso hallazgo de su Gerundio, es un eficaz sermón á vulgo de nuestros predicadores, para atraerlos al cumplimiento de su obligacion. No será ménos oportuno remedio para los oyentes; pues instruidos y prevenidos de lo que es paja, frusteria y puerilidades, las evitarán, y solo anhelarán á oír los buenos predicadores, de quiénes pueden esperar aprovecharse, cogiendo el fruto de la palabra de Dios. Con este mérito y estas utilidades; ¿qué hombre de juicio no aplaudirá el trabajo de V? yo por lo ménos le aseguro mis vivos deseos de que lo publique, y de que continúe y haga lo mismo con su segunda parte, para que llenando así el círculo, se consiga más bien su piadoso y cristiano fin.

Dios guarde á V. muchos años como deseo. Madrid y Enero 6 de 1757.

B. L. M. á V. su más afecto servidor, amigo y capellan, \*

D. JUAN DE SANTANDER.

*CARTA del Señor D. Miguel de Medina, del Consejo de su Magestad, su Secretario, y Contador general de Medias-Anatas, Espolios y vacantes eclesiásticas, y Académico del número de la Real Academia de la Historia.*

Muy Señor mio y mi amigo. Aún cuando yo fuera como V. me contempla, por el mismo hecho de explorar mi dictámen en una obra de objeto tan digno y tan sagrado, como la que me remite, estaria muy dudoso en contestarle, ó en corresponderle con aquellos aplausos, que son debidos á la fineza con que me favorece, al mérito de V., y al de la obra que intenta publicar.

En España, señor mio, los legos solo ayudamos las misas; y si nos admiramos cuando oimos que hay sacerdotes casados en la Iglesia Griega, no es tanto por la dificultad que encontramos en unir el tálamo con el sacerdocio, sino es por una casi imposibilidad, que concebimos, en que un hombre pueda entender de púlpito, de teología y de materias sagradas, viviendo con su mujer.

Acaso V. me dirá, que aunque esta sea la opinion de los más, no es V. del número de los que la siguen. Que sabe, que las letras, bien sean sagradas ó profanas, ni tienen estado, ni son machos ni hembras. Que San Próspero é Hilario, ámbos legos, fueron los primeros que tomaron la pluma contra Casiano y sus monjes de Marsella, en defensa de la gracia y excelentes obras de San Agustín, sobre la predestinacion de los Santos y don de la perseverancia. Que Eusebio, después obispo de Dorileo, siendo lego, fué el

primero que en Constantinopla se opuso públicamente con indecible fortaleza á los sermones de Nestorio, y descubrió al clero y pueblo el oculto veneno de su herejía. Que.... Pero V. no querrá decir tanto, ni tendrá á bien la prolija pedantería de que le formo una Biblioteca de legos sabios, escritores en materias sagradas, lo cual seria necesario si los hubiese de referir todos.

Bastará, que para probar la justicia de la opinion de V., y para hablar con más precision en el asunto, me arguya con el ejemplar del erudito Corbata Don Gregorio Mayans y Siscar, que en nuestros dias, renovando la memoria de algunas reglas de oratoria sagrada, fué el primero que declamó de propósito, en idioma en que todos lo enten liesen, contra los lastimosos abusos de nuestros púlpitos, publicando en el año de 1733 su librito, el *Orador Cristiano*.

Todo esto y mucho más podrá V. decirme para alentar mi timidez, pero ni con todo ello ni con mucho más podrá V. persuadirme á que yo meta mi hoz en materias, que no son de mi miés. Pudieron muy bien hacerlo en aquellas ocasiones San Próspero, Hilario, Eusebio y otros, y aún, D. Gregorio Mayans; pues á los primeros los defendian su virtud y sabiduría, y al último el ser á la sazón catedrático del Código, y maestro público en una universidad; pero como á mí me faltan estos méritos, seria sorprendido con la censura de haberme incluido en negocios del santuario, sin ser sacerdote griego, ni teólogo de profesion.

Fuera de esto, aún cuando V. explorase mi opinion, solo con respeto á los preciosos derrames, ó

episodios que amenizan su obra, son tantos y tan varios, y algunos tan problemáticos, que sería necesario que esta carta pasase á ser libro, y que V. me prestase la destreza y magisterio universal, que manifiesta en ellos, para que yo pudiese darle dictámen *ex Cathedra*, ó responderle con solidez.

No obstante esta justa excusa, si en cuanto al objeto principal de su obra buscase V. en mí solo aquellas razones *à posteriori*, que por sus experiencias podrá darle cualquier cristiano, que ciña espadín, le diré, que he visto de todo. La compasión, la ira, el celo cristiano, la risa, el llanto, todos mis afectos, las más de mis pasiones han tenido, ó cebo, ó ejercicios al oír muchos predicadores. Pero como he notado en algunos aquella majestad, aquel fuego sagrado, aquella unción, aquella solidez de doctrina, de pensamientos cristianos, aquella sentencia que brilla, que embelesa, que enciende en los Granadas, en los Barcias, en los Gallos, en los Señeris, en los Flechieres, en los Colombieres, en los Bourdalues, y al fin, como he visto en ellos la virtud del Evangelio, y la eficacia de la palabra de Dios, por mi propia experiencia, por mi edificación; el fruto de estos pocos me ha hecho desear la imitación de todos, la necesidad de oportuno remedio para cortar, para impedir la lastimosa é inútil tarea de muchos.

Sin querer he dicho ya á V. en estas últimas expresiones cuánto siento, y todo mi dictámen en orden al entusiasmo ó novela de su héroe, ó sea figurón de Fray Gerundio. La medicina parece acre al primer aspecto; así lo confiesa V. en su eruditísimo, exquisito, inimitable prólogo: pero ¿qué medicina se re-

probó jamás por acte en enfermedades capitales si se espera probabilísimamente, que ha de ser remedio? ¿y cuánto se promoverá el honor y gloria de Dios, el de la religion, y el de toda nuestra nacion, si acertase á ser oportuno el de la Historia de Fray Gerundio? ¿Son siempre ocultos, y tal vez extraordinarios los senderos que toma la Providencia en sus más altos designios, y muchas veces para humillacion nuestra dispone, que de causas ó accidentes ruinosos ó despreciables, resulten compuestos ó substancias peregrinas que sabemos si para confesion, si para escarmiento de los que fuesen profanadores de la cátedra del Espíritu Santo, si para la comun cristiana utilidad de los fieles, tiene reservada á esta invencion la reforma de nuestra Oratoria Sagrada; así como quiso librar sobre la fecunda fantasia de Cervantes el destierro de los perniciosos libros de caballerías? Debemos así esperar lo por una probable conjetura; y tambien, que el nombre de V. será en el dia tan famoso entre las demás naciones de la Europa, y tan glorioso en la posteridad de la nuestra (porque hoy será difícil,) como lo han sido siempre los Cervantes y los Quevedos, formando así un triunvirato, el principado de nuestra varia y festiva literatura.

Quedo reconocido á V. por haberme anticipado el gusto de una leccion tan grata y tan amena, y con el deseo de servirle y obsequiarle en cuanto lo permitan mis facultades laicales. ®

Dios guarde á V. muchos años, que deseo. Madrid y Noviembre primero de 1757.

B. L. M. de V. su seguro amigo y servidor.  
D. MIGUEL DE MEDINA.

# PRÓLOGO

CON MORRION.

**PORQUE** (hablemos en puridad) eso de *Prólogo de Galeato*, es mucho latin para principio de una obra lega. Aunque el héroe de ella se supone que fué predicador y de misa, desengáñate, lector mio, que dijo tantas, como sermones predicó. Yo le concebí, yo le parí, yo le ordené, yo le despaché el título de predicador; para todo lo cual tengo la misma autoridad y el mismo poder, que para hacerle Obispo y Papa. Y sino, dime con sinceridad cristiana: si Platon tuvo facultad para fabricar una república en los espacios imaginarios; Renato Descartes para figurarse un mundo como mejor le pareció; muchos filósofos modernos, alumbrados de Copérnico, y atizando la mecha mi amigo y señor Bernardo Fontenelle, para criar en su fantasía tantos millones de mundos, como millones hay de estrellas fijas, y todos habitados de hombres de carne y hueso, ni más ni menos como nosotros; qué razon habrá divina y humana, para que mi imaginativa no se divierta en fabricarse un padrecito rechoncho, atusado y vivarachito, dándole los empleos que á ella se la antojare, y haciéndole predicar, á mi placer, todo aquello que

me pareciere? ¿por ventura la imaginacion de los sudichos señores míos, y de otros ciento que pudiera nombrar, tuvo algun privilegio que no tenga tambien la mia, aunque pobre y pecadora?

2. Segun eso, me replicarás, ¿no ha habido tal Fray Gerundio en el mundo? Vamos despacio, y dejadme tomar un polvo, que la preguntica tiene uñas. Ya le tomé, y voy á responderte. Mira, hermano, *Fray Gerundio de Campazus*, con este nombre y apellido, ni le hay, ni le ha habido, ni es verosímil que jamás le haya. Pero predicadores Gerundios, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, con capilla y con bonete, en fin, vestidos de largo, de todos colores, y de todas figuras, los ha habido, los hay, y los habrá como así, si Dios no lo remedia. Cuando dije *como así*, junté los dedos de las manos, segun se acostumbra. No digo yo, que en alguno de ellos se unan todas las sandeces de mi querido Fray Gerundio, que aunque eso no es absolutamente imposible, tampoco es necesario; pero tanto como que todas ellas están esparramadas y repartidas por aquí y por allí, tocando á este más y al otro ménos, esa es una cosa tan clara, que la estamos palpando á vista de ojos. Pues, ¿qué hice yo? No más que lo que hacen los artifices de novelas útiles, y de poemas épicos instructivos. Propónense un héroe, ó verdadero ó fingido, para hacerle un perfecto modelo, ó de las armas, ó de las tétras, ó de la política, ó de las virtudes morales, que de las evangélicas hartos tenemos verdaderos, si los queremos imitar. Recogen de este, de aquel, del otro y del de más allá, todo aquello que les parece conducente para la perfeccion de su idolillo, en aquella

especie ó línea en que le quieren sacar redondeado. Aplicanselo á él con inventiva, con proporcion, y con gracia, fingiendo los lances, pasos y sucesos que juzgan más naturales para encañenar la historia con las hazañas, y las hazañas con la historia; y cádate aquí un poema épico, en verso ó en prosa, que no hay más que pedir.

3. ¿Parécete á tí, que hizo más Homero con su Ulyses, Virgilio con su Eneas, Jenofonte con su Ciro, Barclayo con su Argénis, Quevedo con su Tacaño, Cervantes con su Quijote, Salignac con su Telémaco? Y si todavía quieres que luzca un poco más lo erudito á bien poca costa; ¿juzgas que las *Obras y Dias* de Hesiodo, el *Hero y Leandro* de Museo (ó de quien fuere), el *Adonis* del caballero marino, la *Dragontea* de Lope de Vega, y la *Numantina* de Don Francisco Mosquera, fueron más que unos poemas épicos, más ó ménos perfectos, más ó ménos ajustados á las leyes de la epopeya, que plugó promulgar á sus epopeyarcas y legisladores? Ea, no me tuerzas el hocico, ni me digas que entre las obras que cito hay algunas en prosa, que consiguientemente no pueden pertenecer á la clase del poema épico. Cierro que tienes mala condicion. Sobre si el verso es ó no es esencial y necesario al poema épico, se dan sendos remoquetes los autores, y hay entre ellos una zambra y baraunda de mil diantres; tú, aplicate al partido que te pareciere más fuerte, en la inteligencia de que, hasta ahora, ningun Papa ó concilio general lo ha definido, y así no te han de obligar á abjurar, ni aún *de levi*, porque sigas cualquiera de las dos opiniones.

4. Pero, si todavía te mantienes reaz ó reacio (que no sé, á fé, como se debe decir), en que mi pobre Fray Gerundio no merece sentarse en el banco elevado y aforrado en terciopelo carmesí, de los poemas épicos; ya porque está escrito en prosa lisa y llana, y harto ratera; ya porque mi héroe no es por ahí algun Lantgrave, que era lo ménos que podia ser, para que se le hiciese lugar en la dieta épica, segun la decision del Poeti-Consulta Horacio:

*Res gesta Regumque, Ducumque, et tristia bella,  
Quo scribi possent numero, monstravit Homerus.*

y ya, finalmente, porque falta á mi obra el papel ó el personaje principal de todo poema épico, que es *el Héroe*; puesto que el cuitado Fray Gerundio, no solo no era descendiente de los dioses, pero ni aún del Cid Campeador, Lain Calvo ó Nuño Rasura, lo que por lo ménos era menester para darle la investidura de héroe; amen de faltarle las otras calidades indispensables para entrar en la Orden del Heroísmo; conviene á saber, magnanimidad, constancia, corpulencia, robustez y fuerza extraordinaria. Digo, que si por estas y por otras muchas razones te estás erre que erre en que está nó es composicion épica, ni calabaza; por mí, que no lo sea, que no es negocio de romper lanzas por esta bagatela.

5. Estoy viendo que aún te queda allá dentro cierto escrupulillo sobre esto del Epicismo. Dirásme, como si lo oyera, que el principal fin de toda composicion épica es encender el ánimo á la imitacion de las virtudes heróicas, por el ejemplo del héroe, fingido ó verdadero, cuyos rasgos y hazañas se representan. Y

más, que si esto mismo me lo quieres decir en latin, para aturrullarme un poco, y para que yo sepa, que sabes tú dónde te muerde el zapato épico, me esperarás en mis barbas toda la autoridad de Pablo Beni (antes el *Padre Pablo*), el cual dice así en su comentario sobre la Poética de Aristóteles: *Certum est heroico Poemati illud esse propositum, ut Herois alicujus, et Ducis egregium aliquod factum celebret, in quo idea quedam et exemplum exprimatúr fortitudinis, ac militaris civilisque prudentiæ.* En cuya consecuencia dirás (y al parecer no te faltará razon), que tan lejos estoy yo de proponerme en mi obra un perfecto modelo de heroica oratoria, á cuyo ejemplo incite la imitacion, que antes bien te represento el dechado más ridiculo, que se puede imaginar, para mover á la fuga y á la abominacion.

6. ¿Parécete que me has cogido ya en la ratonera? pues óyeme esta erudicioncilla. Leila no sé dónde, y no es negocio de perder ahora dos ó tres horas de tiempo en buscar el autor, para darte la cita. Haz cuenta, que lo dice Plutarco ó cualquiera otro autor de los tantos, con quién tengas más devocion. Habia en Atenas un célebre músico (sin duda que debia ser maestro de capilla), de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Llámale Pitágoras, si te pareciere, que es cuestion de nombre. Éste, para enseñar la música á sus discipulos, segun todos sus modos diferentes, *Dorio, Lidio, Mixti-Lidio, Frigio, Sub-frigio, Eolio*; ¿qué hacia? Juntaba cuidadosamente las voces más desentonadas, más ásperas, más carraspeñas, más becerriles y más descompasadas de toda la república. Hacíaslas cantar en presencia de sus escolares, en-

cargando mucho á estos, que observasen cuidadosamente el chirrion desapacible de las unas, el tala-drantè chillido de las otras, el insufrible desentono de estas, y los intolerables galopeos, brincos, corcobos y corbetas de las otras. Vuelto después á sus discipulos, les decia con mucho cariño y apacibilidad: *Hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen estos, cantraeis divinamente.*

7. Paréceme que ya me has entendido lo que te quiero decir; pero, si todavía no has caido en cuenta, no doy dos cuartos por tu entendimiento, y vamos á otra cosa, que no hemos de andar á mogicones, aunque digas, que esta obra á lo más es una desdichada novela, y que dista tanto del poema épico, como la tierra del cielo.

8. Un poco más serio te pones para hacerme otra pregunta. Supuesto que hay tantos predicadores *Gerundios*, por desgracia de nuestros tiempos, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, de capilla y de bonete, como yo mismo confieso, ¿qué motivo he tenido para pegar á mi Gerundio el *Fray*, más que el *Padre* á secas, ó su *Don*, si otro turuleque? Es pregunta substancial, y pide seria satisfaccion: vóitela á dar, y óyeme con indiferencia; pero antes de entrar en materia, escúchame este cuento: Fué cierto receptor á no sé que pesquisa á Colmenar el Viejo, lugar de veinte vecinos: examinólos á todos, y espetáronle una sarta de mentiras. Aturdido el receptor, dijo al alcalde santiguándose: *Jesús! Jesús! aqui se miente tanto como en Madrid.* Replicóle el alcalde: *Perdóneme su mercé, que aunque en Colmenar se miente todo lo posible, pero en Madrid se miente mucho más, porque hay más que mientan.*

9. No me negarás, que es mucho mayor el número de los predicadores que se honran con el nobilísimo, santísimo y venerabilísimo distintivo de *Fray*, que el de los que se reconocen con el título de *Padre*, ó con el epíteto de *Don*. Para cada uno de estos, hay por lo ménos veinte de aquellos; porque las familias mendicantes, no clericales, que todas le usan, y las monacales (que muchas le estilan, otras no) son sin comparación más numerosas, que todas las religiones de clérigos regulares, dónde no se ha introducido. Los que en el clero secular ejercitan el ministerio de predicar, claro está, que en el número no pueden compararse con los que ejercen el mismo ministerio en el estado religioso. Pues ahora, aunque en todas las demás profesiones y estados, hay sin duda muchísimos Gerundios, que predicán mal, no hay ni puede haber tantos como en las otras: ¿Por qué? porque en ellas son muchísimos más los que predicán. De manera, que toda la diferencia está en el número y no en la substancia. Siendo, pues, el fin único de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo á esta parte, parecia puesto en razon buscar el modelo dónde son más frecuentes los originales, precisa y únicamente, porque es más copioso el número de los predicadores.

10. Si hubieran de leer este prólogo no más que hombres discretos, bastaba lo dicho, para que sobre este capítulo quedásemos todos en paz; pero como es naturalísimo, que le lean también otros muchos, que no lo sean tanto, es menester decirlos esto mismo de otra manera más de bulto.

11. Dime tú, bonísima criatura (ahora hablo por ahí con un labrador de pestorejo, hombre sano, y que sabe leer casi de corrida), haz cuenta que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasión al tabaco de los segadores, la inclinación al vino de los coritos, y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un corito ente de razón, y de un segador imaginario; ¿no era naturalísimo, que á mi hombre le hiciese, si era segador, gallego; montañés, si era alojero; y si era corito, asturiano? ¿Se estaba cayendo de su peso? ¿Por qué? Porque, aunque es cierto, que hay coritos, alojeros y segadores de todos los pueblos y naciones; pero respecto de las tres que he dicho, los de todas las demás es un puñado de gente, y pedía esto la propiedad de la ficción. Ea, pues, aplica el simil, y no me quiebres la cabeza.

12. Otra vez te vuelves á fruncir, y me replicas con sobrecejo. Pase el título de *Fray*, pero el nombre de *Gerundio*; ¡nombre ridículo, nombre bufón, nombre truanesco! Eso parece que es hacer burla del estado religioso, y con especialidad de aquellos religiosos institutos, que hacen tan honrada y tan gloriosa vanidad del epíteto de *Fray*; porque, no hay duda, que lo burlan y lo estrafalarío del nombre se refunde en el estado.

13. ¡Pecador de mí! ¡Y cómo se conoce, que no sabes con quién tratas! Mira, si supiera yo, que habia en el mundo quién me excediese en la cordial, en la profunda, en la reverente veneración que profeso á todas las religiones que hay en la Iglesia de Dios, sin distinción de institutos, de colores ni de

vestido: si llegara á entender, que había quién me hiciese ventajas en abominar, en detestar, en hacer el más soberano desprecio de todos aquellos, sean de la clase que fueren, que toman con vilipendio el religiosísimo nombre de *Fray*, en su indigna, en su necia y en su presumida boca: si creyera que alguno pudiese dejarme atrás en lastimarme, en compadecerme de aquellos pobres infelices religiosos (hay algunos, por nuestra desdicha, de todos institutos y profesiones), que recíprocamente miran, con ménos amor, estimacion y aprecio á los de otras familias, ó porque no convengan en algunas opiniones, ó por otros motivos puramente humanos y mundanales, ajenos de aquel purísimo, nobilísimo y santísimo fin, á que todos debieran aspirar en sus operaciones, segun la peculiar y privativa profesion de cada uno: digo, que si me persuadiera á que alguno me excedía en algo de esto, me tendría por hombre desgraciado, y á quién le había tocado la triste suerte de nacer entre las heces de los cristianos, y aún de los racionales.

14. Te parece en Dios y en conciencia, que quién mamó con la leche estos dictámenes, quién debió á Dios la gracia de que se los arraigase más y más en el ama una cristiana y honrada educacion; quién se ha confirmado en la mismas máximas con alguna tal cual lectura de libros, y con una más que mediana experiencia de mundo; ¿te parece, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter pensaría en decir cosa, que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar al sagrado estado religioso? No es verosímil.

15. Ea, vamos serenos. Con efecto, la misma ri-

diculez del nombre y su misma inverosimilitud, resguardan el respeto que se debe al Estado, en lugar de ofenderle. Ella misma acredita, que ni ha habido ni verosímilmente puede haber tal hombre en tal estado, y no solo desvia el figurado agravio de la profesion, sino de las personas. Fingiéndose una, que ni ha existido ni puede existir, solo se dá contra los defectos, sin lastimar á los individuos. Si alguno de ellos se hallare comprendido en los que se notan, le aconsejo que calle su pico y tenga paciencia; pues lo mismo hacemos los pobres pecadores, cuando desde el púlpito nos cardan la lana.

16. Y ya que te vas suavizando un poquitico, hablemos en confianza; ¿hay por ventura en el mundo, ni aún en la Iglesia de Dios, estado alguno tan santo, tan sério ni tan elevado, dónde no se encuentren algunos individuos ridículos, exóticos y extravagantes? ¿Las extravagancias y las exotiqueces de los individuos, son por ventura exotiqueces ni extravagancias del estado? Claro está que no. Y si algun satírico ó algun cómico quiere corregirlas, haciendo visible y como de bulto su ridiculez, ya en la sátira, ya en el teatro; ¿no se vale siempre de algun nombre fingido, y por lo comun estrafalario, para que ni aún la casualidad pueda hacer que recaiga la reprimenda sobre sujeto determinado? No tienes más que preguntárselo á Horacio, á Juvenal, á Boileau, á Terencio, á Molière, y á muchos de nuestros cómicos.

17. Horacio en la cabeza de Tigefio, hombre que no había *in rerum natura*, corrige mil defectos muy frecuentes en los hombres de todos los estados, clases y condiciones. Juvenal se finge á no sé qué Pón-



tico, para dar en él, como en centeno verde, contra los nobles que hacen gran vanidad de su genealogía, y ninguna de imitar las virtudes y las hazañas de sus ilustres progenitores. Boileau, en la supuesta persona del poeta Damon, se burla con gracia de mil monadas que se usan en las còrtes, de los raros fenómenos que en ellas se ven, y de los artificios que se estilan. Pero si todavía se te antojare replicarme, que estos eran hombres reales y verdaderos, que comían y bebían, ni más ni menos como comemos y bebemos los cristianos, ni por eso hemos de reñir; que yo en ciertos puntos de erudición y crítica, que importan un comino, soy el hombre más pacífico del mundo.

18. Pero dime; ¿ha habido hasta ahora en él alguno, que se llamase *Tartufa*? Y con todo eso, el bellaco de Molière, en la más ruidosa de sus comedias, y no sé yo también si en la más útil, debajo de este ridículo nombre, dá una carga cerrada á los hipócritas de todas profesiones, que los pone tamañitos. Y cierto, que se le dará mucho de eso á San Francisco de Sales, ni á todos los que son verdaderamente virtuosos; ¿has conocido alguno, que en la pila del bautismo le pusiesen el nombre de *Trisotin*? Pues á la sombra de él sacude valientemente el polvo el referido autor en la bella comedia de las *Mujeres sabias*, á todos los preciados de *Ingénios*, por cuatro equivoquillos de cajón, y media docena de dichicos sin substancia, con que espolvorean las conversaciones, acechando la más remota, y muchas veces la más importante ocasion para encajarlos; y ¿qué cuidado le dará de tal *Trisotin* á Don Francisco de Quevedo, ni á los demás ingénios verdaderos? ¿sabes que se haya

paseado por esas calles algun marqués *Mascarilla*, ó algun vizconde de *Jodelet*? Pues á Molière se le antojó despachar esos dos títulos, perdonándoles las lanzas, y las medias annatas, á dos bufones, lacayos de dos marqueses verdaderos, para hacer una sangrienta, pero bien merecida mofa de las *Preciosas ridiculas*. Y en verdad que no tengo noticia, de que por eso hayan perdido hasta ahora el sueño ni el marqués de Astorga ni el vizconde de Zolina. Finalmente; ¿no me dirás en qué pila de Segovia está bautizado el *Gran Tacaño*? Y, sin embargo, no he oido quejarse á ninguno de los originales que representa esta copia, de que fuese denigrativa de su estado ó profesion. Quedemos, pues, de acuerdo en que Fray Gerundio á ningun estado ofende; y si perjudicare á alguno, seguramente no será por la regla que profesa, sino por los disparates que dice. Corríjalos, y seremos grandísimos amigos.

19. ¿Quiéres acabar de persuadirte á esta verdad? ¿Quiéres confesar, aunque te pese, que en esta obra no se ha podido proceder con mayor miramiento ni con mayor circunspeccion, para guardar el decoro y el respeto que por todos títulos se debe á las sagradas familias? Pues haz no más que las reflexiones siguientes: 1.<sup>a</sup> Con grande estudio se escogió el epíteto más genérico y más universal entre ellas, para que á ninguna determinadamente se pudiese aplicar con razon el individuo ideal de nuestra historia. 2.<sup>a</sup> El mismo cuidado se puso en evitar escrupulosamente cuántas señas particulares podían convenir á unas más que á otras, entre aquellas que se honran y se distinguen con el epíteto más comun. Y aunque

es cierto que en esta ó en aquella pintura ó descripción hay tal cual rasgo, que no se puede adaptar á algunas, son realmente muy pocas, respecto de las muchas á que son adaptables los retratos indiferentemente. 3.<sup>a</sup> y principalísima: nota bien, que casi siempre que Fray Gerundio ó cualquiera otro religioso desbarra en algun sermón, plática, máxima ó cosa tal, se le pone inmediatamente al lado otro sugeto del mismo paño, lana ó estameña, que le corrija, que le reprenda, que le enseñe. Obsérvalo en Fray Blas con el padre ex-provincial, y en Fray Gerundio con el maestro Prudencio, sin hablar ahora del provincial, que con tanta solidez deshizo los disparates del lego, cuando éste habló con tan poca reflexión al niño Gerundio; esto, ¿qué quiere decir? Que si en el estado religioso se encuentra algun botarate, cosa que no es imposible, apenas se hallará tampoco, no digo religion, sino casa ó comunidad tan reducida, donde no haya otros hombres verdaderamente sabios, doctos, ejemplares y prudentes, que lloren los desaciertos, y que clamen contra ellos. Digo, ¿no es esto venerar las religiones y volver por su decoro?

20. Aún á los individuos particulares, cuyas obras públicas se desaprueban, se les guarda este respeto, siendo así, que los que dan á luz sus *producciones* (es terminillo de moda), ya las hacen *juris publici*, las sujetan al exámen y á la censura de todos, y cada pobrete puede decir con libertad lo que siente, dentro de los términos de la religion, de la urbanidad y de la modestia. Como no se toque á la persona del autor en el pelo de la ropa, que esto no es lícito, sino cuando se trata de defender la religion, por el

parentesco que esta tiene con las costumbres; por lo que toca á la obra, cada uno puede repelarla, si hay motivo para ello, citándola con sus pelos y señales y llamando á juicio al padre que la engendró, con su nombre y apellido, dictados, campanillas y casca-beles. En medio de esta facultad, que tienen todos por tácita concesion de los autores, en nuestra historia se observa una circunspeccion exquisita, para que ninguno se dé justamente por ofendido. Censúranse en ella muchos sermones, y no sermones, de regulares y de no regulares, segun las ocasiones que salen al encuentro; pero á ningun autor se nombra. Pónese el título del sermón, de la obra ó de lo que fuere: dícese á lo más, ó se apunta la profesion genérica del autor; pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente á su nombre, chiton, altísimo silencio. De manera, que solamente los que hubieren leído las obras, y tuvieren presente sus autores, podrán saber sobre quién recae la conversacion; los demás se quedarán en ayunas, y á lo sumo sabrán, que *un tal* escribió *otro tal*, ó predicó *otro cual*, que no era para escribirse ni para predicarse. No cabe mayor precaucion.

21. Solo á uno se exceptúa de esta regla general. Este es el Barbadiño, á quien se le quita el sagrado disfraz, de que indignamente se vistió; se le arrancan las barbas postizas que se pegó, como vegete de extremés; y se le hace salir al público con su cara lampiña natural, ó á lo ménos barbihecha, con su peluquin blondo y redondo, ú ovalado por lo ménos; con su cuelli-valona almidonada, y de azul á la italiana; con su muceta de martas, terciada hácia la iz-

quiera á lo Arcediano majo; con su cruz caballeral bien hendida de hasta que no hay más que pedir; con su roquete á puntas delicadas, que le podia traer un Padre Santo de Roma; con su bonetico cuadrado y mocho, arrimado al pecho, y sostenido con los dos dedos de la mano derecha, tan pulidamente, que no parece sino que el hombre toma bonete, como otros toman tabaco; con su librote de á marca empinado en la mesa, y asido con la mano izquierda por la parte superior, que en cualquiera honrado facistol podría parecer con decencia; y finalmente con su tinteron en figura de brocat de pozo, y en medio una pluma torcida, que remata en rabo de zorra por la mano zurda del penacho. Este es el retrato del señor Psuedo-Capuchino, que tengo en mi estudio para divertirme con él cuando me dá la gana.

22. A este solo *signor Abate* se le señala con el dedo, sacándole á leer con todos sus dictados, bien que todavía se le perdona el nombre y el apellido, aunque se sabe muy bien como es su gracia y la pila en que se bautizó. Para esta excepcion de nuestra regla general, hubo buenas y legítimas razones. ¿Por qué se habia de perdonar á un hombre, que á ninguno perdona? ¿por qué se habia de tener algun respeto á quien no le tiene á los mismos Santos Padres, doctores y lumbreras de la Iglesia? ¿por qué se habia de llevar la mano blanda con quien la lleva tan bronca y tan pesada con los maestros y príncipes de casi todas las facultades? ¿quién habia de tener paciencia para halagar, acariciar y quitar el sombrero con mucha cortesía al que no sabe tratar con ella sino á los Ensisquildes, á los Scheuchzeros, á los Braudrandos,

á los Strauchios, á los Beveregios, á los Krancios y á otros autores *ejusdem farinae*, pasándose con la gorra calada delante de los hombres de mayor veneracion que todos respetamos? Al Reverendísimo, eruditísimo, sabio y discreto maestro y señor Feyjoó le trata como pudiera á un monaguillo. Y es la gracia, que en aquellos puntos en que convienen los dos, no se vale el Barbadiño de otras razones, que las que trae el maestro Feyjoó, sin más diferencia, que esforzarlas éste con hermosura, con nervio, con eficacia y con modestia, y dejarlas caer aquel al desgayre, á lo farsanton, desdeñoso y despreciativo.

23. Finalmente, seria bueno que yo me anduviese ahora en ceremonias ni en cortesías con un hombre que á todos los españoles nos trata de bárbaros y de ignorantes; pues hasta que él vino al mundo no sabíamos ni Gramática, ni Lógica, ni Física, ni Teología, ni Jurisprudencia, ni Cánones, ni Medicina; y, lo que es más, no sabíamos ni aún leer y escribir, ni aún las mismas mujeres sabian hilar, hasta que por caridad tomó de su cargo instruirnos á todos este *enciclopedista*, como él se llama, ó este corrector universal de todo el género humano, como le llamo yo. Perdóname, lector mio, que no te puedo servir en esto. Vinóseme á la pluma con ocasion oportuna ó importuna, que de eso no disputo ahora: presentóseme con viveza á la imaginacion el honor de la nacion española y portuguesa, á las cuales, igualmente aja, pisa, atropella y aniquila: irritóme el entono, el orgullo y el desprecio con que trata á tanta gente honrada: fastidióme la intolerable satisfaccion y despotiquez con que trincha, corta, raja, pronuncia,

sentencia, define y vomita oráculos *ex tripode*; y, no pudiéndome contener, esgrimi la *maquera*, y allá van provisionalmente esos cuantos espaldarazos, reservándome el derecho de meterle la daga tinteral hasta la guarnicion, si alguna vez se me antoja tomar este asunto de propósito; porque, créeme, el hombre necesita de cura radical.

24. Quizá me dirás, que eso absolutamente no te parece mal, pero que desearias que hubiese venido más á cuento; porque no parece sino que muy *ex-profesamente* (úsase mucho este adverbio en esta tierra) le fui á sacar de alguno de los jardines de Roma, dónde estaria el pobre divertido, oyendo alguna buena serenata, solo y precisamente para cantarle otras áreas, que no le sonasen tambien; que si él se hubiese venido por su pié, adelante; pero que traerle yo arrastrando por los cabellos ó por las barbas, sobre ser mucha violencia, parece mala crianza. Amen de que no se hace verosímil, que una obra tan culta, tan exquisita y tan rara (pues aún anda á sombra de tejado) como el *Método* del Barbadiño, se hallase en la celda de un jóven tan simple, tan estrafalario y de tan mal gusto, como se pinta á Fray Gerundio. Y aquí te espiritarás de crítico, diciéndome, que toda inverosimilitud, en este género de obras, es un pecadazo de á fólio, y de aquellos que no se perdonan en este siglo ni en el futuro.

25. ¡Ahora te me andas con esos melindres! Mira, yo soy hombre sincero, y aunque sea contra mí, te he de confesar la verdad. Es cierto que desde que leí el tal dichoso *Método* (el cual, y quede esto dicho de paso, tiene tanto de método como el *Método* de

*curar los sabañones*, que compuso el otro barbero ó cirujano latino, de que se hace mencion en esta obra. Ya va largo el paréntesis, cerrémosle.) Es cierto, que desde que leí el tal dichoso *método* tuve un hipometódico de zurrarle bien la badana, que no me podia remediar. Es igualmente cierto, que dentro de la misma historia de nuestro Fray Gerundio, pude discurrir, buscar y disponer otro método mejor, y más natural para zurrársela: pero dime; ¿estoy yo por ventura obligado á seguir siempre lo mejor; parecete, que quien está reventando por vomitar, tendrá flema para andar escogiendo entre rincones, y para buscar aquel donde se exonere con más limpieza ó con menos incomodidad? Seria bueno, que por tu delicadeza réformase yo ahora quince ó veinte hojas de mi trabajísima ó trabajosísima historia, solo por zurrar al señor Barbi-Castron más metódicamente, más en solfa y más á compás? Anda, hombre, que no sabes lo mucho que esto cuesta á un pobre autor, y más si estan poltron como yo. Pero sino obstante te emberrinchas en que el baqueteo está fuera de su lugar, compongámonos, que yo no quiero pendencies. Desde luego me comprometo en el juicio de aquel alcalde, á quien se fué á quejar una mager, de que su marido le habia vareado muy bien las costillas lo más importunamente del mundo. *Declaro* (dijo el Juez) *que los palos fueron nulos, y se le apercibe al marido, que otra vez los dé con motivo, tiempo y en sazón.*

26. A lo otro que decias, de que no es verosímil que un hombre como Fr. Gerundio tuviese en su poder una obra como el *Método*, y que la inverosimilitud es un crimen *læsæ proprietatis* detestable, irre-

misible, imperdonable en este género de escritos, te digo, que me hubieras puesto tamaño con esa decision canónica; porque al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato y un tantico escrupuloso, sino tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En cuanto á lo primero, yo no sé para aquí y para delante de Dios; ¿qué impedimento dirimente podia haber en el pobre Fray Gerundio, para que no pudiese tener en su celda el método del Barbadiño ni más ni ménos como podia tener las coplas de Calainos, el Romance de los Siete Infantes de Lara, y la historia de los Doce Pares? Si porque es libro de contrabando, ántes por lo mismo debia de parar en él más que en otro, pues ya se sabe, que los contrabandos se guardan donde ménos se sospecha. Si por ser culto y exquisito, ciertamente, que las cartas del metodista no son ni tan cultas como las del célebre monsieur de Peiresc, ni tan exquisitas como las del cardenal Antonio Perrenot, por otro nombre el cardenal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Perez; y con todo eso sé yo, que muchas de las primeras pararon primero en las mochilas, y después en los fusiles de algunos soldados salteadores, que juzgando ser otra cosa, se las hurtaron á un caballero de Leiden; gran porcion de las segundas fué redimida del cautiverio de las boticas y de las especierías; y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragateria, donde servia de cobertera á un pichel. Sino sabes que es *pichel*, pregúntaselo á cualquiera maragato, que yo no quiero decirtelo, porque no sepas tanto como yo. Así, que no solamente es verdad que *donde menos se*

*piensa salta la liebre*, sino que tambien falta el libro, donde menos se imagina.

27. Pero al fin, permitámoste de gracia, que tenga alguna pequeña inverosimilitud el lance; es posible, que has de ser tan inexorable conmigo, al mismo tiempo que callas y te muestras tan condescendiente con otros? Parécete más verosímil, que Segismundo en la comedia del *Alcazar del Secreto*, por el grande Don Antonio de Solís, se arrojase al mar en las costas de Epiro, y llegase á las de Chipre, embarcado ó sostenido solo de su escudo, sino que este fuese de corcho y Segismundo de papel? ¿parécete más verosímiles los oráculos, que á cada paso interrumpen á nuestros representantes, adivinando lo que ellos iban á decir para que el suceso parezca misterioso? ¿parécete más verosímiles aquellas voces, que salen de la música tan á tiempo, que se adelantan á decir cantado aquello mismo que el cómico iba á pronunciar representado? ¿parécete más verosímiles aquellos versos, pensamientos y conceptos, en que prorumpen dos representantes, que á un mismo tiempo salen por diferentes puertas, y sin verse ni oirse, lo mismísimo que dice el uno, dice el otro, sin más diferencia, que la material de las voces? En fin, si quieres una carga de estas inverosimilitudes, no tienes más que acudir á la insigne *Poética* de D. Ignacio de Luzán, y allí encontrarás tantas, que no podrás con ellas.

28. Y no te parezca por Dios, que solos nuestros españoles son reos de esa verosimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses á Molière, á Racine, y todavía, como

dicen, chorreando tinta, á monsieur de Boisy en su celebrada comedia, *Les dehors trompeurs, ou l'homme du jour*; no tienes más que leer esta, y casi todas las de los otros dos, y encontrarás á cada paso tantos lancees inverosímiles, que te hagas cruces, pareciéndote, y con razon, que muchos de aquellos sucesos solamente pudieron acontecer por arte de encantamiento. Y porque no me digas que el primero lo conoció así, pero que de propósito no lo quiso enmendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas á que se quiere estrechar la composicion cómica, y sentando por principio universal que la suprema y aún la única regla de todas era el arte de agradar al público, te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano Cornelio, reconocido generalmente de todos, franceses y no franceses, por el grande reformador del teatro, y por el génio más elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfeccion cualquiera pieza dramática. No obstante, ya sabrás (y sino sábelo ahora,) que contra este Corifeo de la tragedia llovieron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por emulacion, ó ya por otro motivo, que le hubieran sofocado si el mérito no fuese como el aceite, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos que le suponian ó le exageraban sus émulos y acusadores, en el capítulo de la inverosimilitud, que oponian á muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza, y solo recurrió á los ejemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maestros del teatro antiguo, que alguna vez

se descuidaron en esto; y con cuatro gotas de agua lustral exorcizada por algun sacerdote de Apolo, segun el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mio (mira el cariño, y la cortesía con que te hablo), suplicote con el sombrero en la mano, que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre estas menudencias, melindres y delicadezas.

29. Otra cosa será si tú me pones un poco sério, ceñudo, y entonado sobre el asunto sustancial de la obra. Confieso, que solo con imaginarse en esa figura de Minos y Radamanto, estoy ya tamaño; porque una cosa es que yo sea algo desembarazado de génio, y otra que no sea hombre pusilánime y meticuloso; ¿qué sé yo si, mirándome con semblante torbo, feroz y truculento, y jurándomelas por la Laguna Estigia, te dispones á reñir, á reprender, á detestar, á anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa, y gravisonante substancia?

30. Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España, y tambien en otras partes tan extragado y tan corrompido, como dá á entender esta maldita obra, perniciosa, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nacion, y tambien en otras, hay muchos predicadores Gerundios, indignos de ejercer tan sagrado ministerio. Demos caso, que esta corrupcion, esta epidemia, esta peste (llámala así si te pareciere) pidiese el más pronto, el más ejecutivo remedio. Dime, infeliz, ¿podia ofrecerse asunto más sério ni más grave, para que le tratase una pluma docta, magestuosa, enérgica y vehemente? ¿Habia

materia más digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas, no ménos rápido y copioso en el celoso escritor? ¿Y una materia como esta, era para tratarla como la tratas tú, sacerdote indigno; ¿Hay en el mundo licencia ni autoridad para juntar las cosas más serias con las más burlescas, las más graves con las más bufonas, las más importantes con las más chocarrerías? No la hay, no la hay, te elama un gentil juicioso, para llenarte de confusion y de vergüenza, si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible; y yo añado, que en la materia presente es cosa execrable, que casi casi se roza con sacrilega, juntar chufletas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con palomas, y tigres con corderos. Es vulgar el texto, mas no por eso es ménos verdadero:

*Sed non ut placidis coeant immitia, non ut  
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.*

31. ¡Roma ardiendo y Neron cantando! No pudo llegar á más la fiereza de aquel mónstruo, aborto de la naturaleza humana. Tú le imitas, pues te ponés á cantar cuando arde Troya, y supones que se abrasa tu nacion; bello modo de atajar el fuego; echar mano de la flauta, y ponerte á tocar una gaita gallega!

32. Desde que se predicó en el mundo el Evangelio, hubo predicadores que abusaron de este oficio, y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres celosos que declamaron contra ellos, pero, ¿con qué seriedad, con qué peso, con qué vehemencia! Este

era un lugar muy oportuno para ir discurrendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los padres, doctores y autores de la Santa Iglesia, que levantaron el grito, y manejaron la pluma contra los que en su tiempo corrompian la palabra de Dios y profanaban el Evangelio. Habiendo sido este indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, herejías y cismas, que han afligido en todas las edades á nuestra Santísima Madre, manchándola, ajándola, y despedazándola su túnica inconsútil, como expresamente lo dice y lo llora San Agustín en el 2.º libro de la *Doctrina Cristiana: Corruptio verbi Dei, viscera Ecclesie dirumpit, et tunicam dilacerat*, discurre tú cuánto habrán declamado los padres, los doctores, y los concilios contra estos corruptores y profanadores de la Sagrada Escritura, en la misma cátedra de la verdad, trono especial del Espíritu Santo, que solo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Fácil cosa me sería ponerte á la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la Iglesia, comenzando por el Apóstol San Pablo, y acabando en los autores más famosos del siglo pasado, y del presente; pero ¿cuánto crecería este tu prólogo, cuánto te detendría en esta conversacion? Ni tú con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad llegarías en un año á tu perniciosa historia.

33. Conténtome, pues, solo con apuntártelo, y con preguntarte; ¿si tienes noticia de que alguno de los santos padres, doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo que tú sigues, para corre-

gir á los malos predicadores; si has encontrado con alguno, que se vistiese el boton gordo, con la caperuza y saco de bobo, y el látigo de vejigas en la mano, que es el uniforme de los satíricos, para desterrar del mundo esta epidemia? Razones, textos, decisiones cánones conciliares, constituciones apostólicas, edictos de santísimos y celosísimos prelados, censuras fulminadas, ayes, lamentaciones, lágrimas, súplicas, exclamaciones, amenazas, eso sí: de esto hallarás mucho, muchísimo, infinito, y todo muy escogido en innumerables escritores, que ya de propósito, ya por incidencia tratan este gravísimo punto; pero chufletas, pero bufonadas, pero chocarrerías; ¿dónde, dónde las has visto empleadas en esta materia, párroco atrevido y mal aconsejado? Voy, voy á dar contigo en todos los tribunales de la tierra, para que te castiguen, para que te confundan, para que te aniquilen, y para que hagan en ti un ejemplar, que sirva de escarmiento á los siglos venideros.

34. *Mansuescat te Deus Pater, mansuescat te Deus Filius, et reliqua.* De muy mal humor te levantaste esta mañana, severísimo lector de mi alma, y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche, por las indigestiones y crudezas de la cena. Yo cené poco, lo digeri presto, dormí bien, y estoy como una lechuga. Por tanto, óyeme serenamente si gustares, y sino tapa los ojos, que son las orejas por donde se oye á los autores.

35. Todo cuanto dices es así, y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza y con un poco más de urbanidad, siquiera por esta coronaza, que me abre de cuando en cuando mi barbe-

ro, molde de vaciar Sanchos Panzas; ¡si tú le vieras; oh, si tú le vieras! Basta decirte, que sus navajas no rapan tanto como sus dedos aferrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre más bueno en todo Campos. Pero esta digresion no viene al caso, y sino sirve para cortarte la cólera, por lo demás es un grande despropósito. Volvamos, pues, á nuestro asunto. Digo, pues, que tienes muchísima razon, que todos los que han tratado el asunto que yo trato, ó ya adredeamente, ó ya porque les salió al camino, le trataron con la mayor gravedad, peso, circunspeccion, vehemencia y seriedad. Solo un tal Erasmo de Rotterdam, cuyo nombre huele mejor á los humanistas que á los teólogos, en un libro latino, que intituló el *Elogio de la Locura*, dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridículas con esta ocasion á las sagradas Religiones, que entónces florecian, burlándose, ya de sus trages, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo inicua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso, y la vida ejemplar de millares de individuos con la ménos ajustada de un puñado de defectuosos; el tal *Elogio de la Locura* corrió poca fortuna, y solo la tuvo y aún la tiene el dia de hoy, con los que por interesados merecen ser comprendidos en el referido elogio. Fuera de este señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido), monaguillo, monje, ex-monje, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillan y otro autor modernísimo, venerado y muy circunstanciado, todos los demás trataron el pun-



to, que yo trato, con toda la gravedad que V. pondera, y aún no la pondera mucho, señor lector y circunspectísimo dueño mio.

36. Pero, y bien; ¿qué fruto sacaron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? atemorizaron á los malos predicadores? ¿obligáronlos á abandonar el campo y á retirarse á sus celdas, aposentos, cuartos ó casas, á lo ménos miéntras pasaba la tempestad, para estar á cubierto de ella? ¿corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así, no hubieran llovido escritos contra esta lamentable corrupcion en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Acuviva y Juan Paulo Oliva, generales ambos de la compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo más íntimo de su corazón, lastimándose de ella, aquél en una gravísima instruccion, y éste en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Causino hubiera gastado tanto calor intelectual, oratorio y crítico, en su vastísima obra de la *Elocuencia Sagrada*. Ni Don Cristóbal Soteri, abad de Santa Cruz, en los Estados de Venecia (sino estoy equivocado), hubiera dado á luz aquel librito de oro: *Rudimenta Oratoris Christiani*, que á instancias suyas y para su particular instruccion escribió cierto religioso docto, grave y erudito. Ni Antonio de Vieyra en su famoso sermón de la Sexagésima, sobre el Evangelio de *exiit qui seminat seminare semen suum*, hubiera declarado con tanto ardor contra muchos predicadores, que en su tiempo infestaban las almas y los oídos. Ni el célebre señor Arzobispo de Cambray, Francisco de Salignac de la

Mota Fenelon se hubiera fatigado en componer sus admirables *diálogos sobre la Elocuencia en general, y sobre la Elocuencia del púlpito en particular*, en los cuáles, no solo no perdona lo que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critica sin piedad algunos sermones, que á primera vista parecerian á muchos modelos de ingenio, de juicio y de elocuencia. Ni el P. Blas Gisbert hubiera dado á luz su estimado libro: *Elocuencia Cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptación en las naciones, y en el cual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, á excepcion de uno, son extranjeros: todos declaman contra la corrupcion del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los extraños. De dónde inferirás, que ese pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia, y la otra mitad por emulacion.

37. Y después de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, serios y magestuosos; ¿qué hemos sacado en limpio? Nada ó casi nada: los pseudo-predicadores *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, ó prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada día mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad), si la experiencia de todos los siglos ha acreditado, que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes; ¿no pide la razon y la

caridad, que tentemos á ver como prueban los acres y los corrosivos? Quieres introducir en la medicina intelectual, para curar las dolencias del espíritu (y tal dolencia como la que tenemos entre manos) aquel bárbaro aforismo, á quién con tanta razon trata de *Aforismo exterminador* el más famoso de nuestros modernos críticos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris?* El médico que cura fundado en razon, aunque el suceso no correspondá; y aunque le sea contraria la experiencia, prosiga adelante, no mude de remedios, y si se le murieren los enfermos, que los entierren, *et Fidelium animæ per misericordiam Dei, requiescant in pace*; ¡parece justo, que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete á pasear, que no te puedo servir.

38. Antes quiero probar fortuna, y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes, persuadidos á la verdadera máxima de Horacio, de que

*Ridiculum aors*

*Fortius plerumque, et melius magnas secat res.*

Esto es, que muchas veces, ó las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencer las disonantes: echaron por este camino, y lograron su intento con felicidad, y por lo mismo dice un sabio académico de Paris, hizo Molière más fruto en Francia con sus *Preciosas ridiculas*, con su *Tartufa*, con su *Paysano Caballe-*

ro, con su *Escuela de los maridos y de las mujeres*, y con su *Enfermo imaginario*, que cuantos libros se escribieron, y cuantas declamaciones se gritaron contra los vicios, ya morales, ya intelectuales, y ya políticos, que se satirizaban en estas graciosas comedias. Todas las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos, contra los ingeniosos y específicos sueños de Renato Descartes, no le hicieron perder tanto terreno, como el graciosísimo, discretísimo é ingeniosísimo *Viage al mundo de Descartes*, escrito en francés por el P. Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano; ¿qué nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervantes salió con su incomparable *Historia de D. Quijote de la Mancha*, no se desterró de España el extravagante gusto á historias y aventuras romancescas, que embaucaban inutilísimamente á innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros, que los instruyesen, por más que las mejores plumas habian gritado contra esta rústica y grosera inclinacion, hasta enronquecerse; pues ¿por qué no podré esperar yo, que sea tan dichosa la *Historia de Fray Gerundio de Campazos*, como o fué la de Don *Quijote de la Mancha*, y más siendo la materia de orden tan superior y los inconvenientes que se pretenden desterrar de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

39. Y ves aquí, lector mio (ahora vuelvo á acariciar-te y á pasarte la mano por el cerro), que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel, que anda por ahí de tapadillo, á título de que se imprimió *in partibus*, y es su gracia: *La sabiduría y la locura en el púlpito de las Monjas*. Hácia el

fin del prólogo ( que casi es tan pesado como éste ) refiere el autor como de oídas, que un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta ó sesenta predicadores, que deshonraban en el púlpito el ministerio de la Palabra de Dios, creyó que debía probar si sería más útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. Compuso, dicen, un sermón lleno de conceptos, del que nuestros predicadores del número se holgarían ser los autores. El texto que puso fue: Sicut unguentum quod descendit à capite in barbam, barbam Aaron. Luego que pareció este sermón, al día siguiente, no tenía el librero un ejemplar. Más de cuarenta reimpressiones que se han hecho de él, han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es, que ha desterrado del púlpito los conceptos; y si por descuido á algun orador se le desliza alguno, basta para que le digan, que ha predicado en el gusto de sicut unguentum..... Este medio me parece el más eficaz y el más pronto.

40. Tiene V. Reverendísima muchísima razón, reverendo padre mio. (Hablo con el autor de este papel, á quien conozco como á los dedos de las manos, y sé muy bien que tiene tanto de español, como yo de francés, por más que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos sin envidiarle demasiado). Digo que V. Reverendísima tiene en esto tanta razón, como en el religioso celo con que tomó la pluma para corregirnos, no ménos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles, que coteja con otros dos, verdaderamente sólidos y buenos, de un célebre autor francés, que en la primera parte de su Prólogo; pues

aunque esté tomada de lugares comunes, y se componga de reflexiones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas, y nada pierden por manoseadas.

41. Así la tuviera V. Reverendísima en la poquísima merced que nos hace á todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gremio de los predicadores del rey, singularizando entre ellos á los predicadores del número. Es un gusto ver como desde la pág. xxvi comienza V. R. á esgrimir tajos y reverses contra todos nuestros predicadores, á diestro y á siniestro, en montón, indefinidamente, y caiga quien cayere. Há un siglo (dice V. R.) que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores tenemos rábulas, charlatanes, papagayos, delirantes, vocingleros. Esto sí que es ser hombre denodado; acometer valerosamente al Todo, y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes: los Alejandro de la pluma van á atacar al enemigo cara á cara, y dónde está el grueso del ejército. No hay que cansarse: los Bárcias, los Castejones, los Bermudez, los Gallos, y otra larguísima lista de vivos y sanos, que podía añadir, son unos rábulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes y vocingleros, y pueden aprender otro oficio, porque al fin há un siglo que nos faltan los predicadores. ®

42. No hay que admirarnos, pues, (prosigue V. Reverendísima en la pág. xxvii xxviii de su discreto urbano y caritativo Prólogo) de que entre nosotros no haya predicadores, que hagan conversiones, porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas, y aún ellos se ad-

mirarian, si vieran que alguno se convertia, porque nunca pensaron en intentarlo. Acabáramos con ello, y viva V. Reverendísima mil años, porque nos abre los ojos, que hasta aquí teníamos todos lastimosamente cerrados, ó por lo ménos cubiertos de cataratas. Pensáramos nosotros, que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos dias los infatigables Garceses, los austerísimos, y celosísimos Hernándezes (Dominicanos), los apostólicos Dutaris y Calatayudes (Jesuitas), los Ilustrísimos Gloris, y los Señores Aldaos, Gonzaleces y Michelenas (del clero secular), habian hecho, y estaban haciendo muchas, y muy portentosas conversiones. Imaginábamos, que este era el único proyecto que se formaban en las continuas excursiones apostólicas, con que corren incansablemente unos por todo el reino de España, y otros por determinados reinos y provincias de la monarquía. Creíamos, que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre, pero de no inferior celo y espíritu, que andan casi perpétuamente santificando, ya estos, ya aquellos pueblos de nuestra Península. A lo ménos teníamos el consuelo de pensar, que el número sin número de los predicadores Evangélicos, que en tiempo de Cuaresma declaran sangrienta guerra á la ignorancia y al vicio, yéndolos á atacar dentro de sus mismas trincheras, ni formaban otro proyecto, ni tenían otro intento, que el de la conversion de las almas, y que, lejos de admirarse ellos mismos si convirtiesen alguna, se admirarian con más razon sino convirtiesen muchas; pues aunque entre estos últimos, por nuestra desgracia, haya algunos ó sean tambien muchos

que ó no se propongan este fin, ó no acierten con los medios, no se puede negar que los más, ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios más oportunos, atento el génio de la nacion y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros, pero gracias á V. Reverendísima, que nos quita la ilusion (bella frase para el castellano que gasta V. Reverendísima); ni los primeros, ni los segundos, ni los terceros, han formado ese proyecto, ni nunca pensaron en intentarlo, porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones ni piensen nunca en hacerlas. Vamos claros, ¿en qué medallon del emperador Caracalla estaba distraido V. R. cuando estampó una proposicion tan escandalosa y tan injuriosa á toda nuestra nacion? Pero lo más gracioso, y acaso sin ejemplo, es el ser mendigada, no solo la sentencia, sino es la frase y casi todo el Prólogo del libro que escribió en el idioma del autor, intitulado: Verdadero método de predicar, segun el espíritu del Evangelio, el Ilustrísimo señor Luis Abelly, obispo de Rodas; y porque se haga creible tamaña galantería, doy la cata: «No debe, pues, causar admiracion haya tan pocos predicadores que conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importante designio; antes bien hay muchos, que justamente se admirarán y mucho (como dice un buen espíritu) si se les mostrase alguno, que se hubiese convertido por sus sermones, pues ellos nunca pensaron en tal cosa.» Hállase á la letra al cap. 7, pág. 28 de la traduccion publicada en Madrid por el P. maestro Medrano, dominicano, año de 1724. No para aquí lo más fino de la superchería, sino es que así por algunos pasajes, que claramente

hablan con los franceses, en particular, como por ser el autor francés, se reconoce ser dirigida la obra y la referida sentencia á ellos y á sus malos predicadores, y su Reverendísima la revota con un candor que edifica, en invectiva contra los nuestros, y apología por los suyos; ¿cabe más valentía, cabe plagio más descarado ni más ratero?

43. Pero ya parece que achica V. Reverendísima la voz en la pág. XXXI, cuando tácitamente confiesa, que algunos de nuestros misioneros predicán con este intento; mas yerran miserablemente los medios, y aun más lastimosamente se engañan en las señales por dónde regulan el fruto de sus misiones. *Quedan después muy pagados de su fervor (Dice V. R.) porque gritó con ellos y como ellos el pueblo en sus actos de contrición; porque se asustó la vieja, malparió la embarazada, se desmayó de susto la doncella; porque comulgaron dos ó tres mil personas; pero advierten, que de estas no se convierten dos á nueva vida; ¿porqué? porque como no quedó ganado, sino atemorizado del grito el corazón, se arrojó al Tribunal de la penitencia sin propósito meditado... y endureciéndose más y más en la culpa por falta de este propósito, se aleja y se desvia de la verdadera conversión, que es cuanto el diablo desea, pues de estas misiones saca un sin número de sacrilegios, y un renuevo de sus cadenas en los miserables pecadores, que se llevaron de los ahullidos sin penitencia interior del alma.*

44. Padre Reverendísimo, no sé yo que haya misionero de nombre en España ni predicador de juicio, que no esté bien persuadido á que ni los gritos del auditorio, ni el susto de la vieja, ni el aborto de

la embarazada (no hacia falta este *verbi gracia*) ni el desmayo de la doncella, ni la comunión de tres mil personas, ni aún de treinta mil, como ya se ha visto más de una vez, sean señales infalibles de una conversión verdadera. Saben muy bien que son señales equívocas; pero al fin son señales, sino de que se convierten todos, á lo ménos de que les hace fuerza lo que oyen. La mocion no está muy distante de la conmocion, segun aquella sentencia del Espiritu Santo: *Ubi spiritus, ibi commotio*. Y en verdad, que á San Juan Crisóstomo no le parecian mal las demostraciones exteriores de su pueblo Antioqueno, cuando lloraba si el Santo lloraba, clamaba si clamaba el Santo, y se derretia en ternura si el Santo se derretia. Apenas leera V. Reverendísima Homilia alguna de este elocuentísimo Padre, dónde no encuentre expresiones del consuelo y de la santa complacencia, que esto le causaba. *En los sermones de San Vicente Ferrer (dice el historiador de su vida) todo el auditorio era lágrimas, gritos, alaridos, desmayos, accidentes.* Y por español le descarta V. Reverendísima, oiga lo que dice el Padre Croiset, que sabe V. Reverendísima que no la es, en la vida del mismo Santo, que se lee el día 5 de Abril en su célebre *Año Cristiano*.

45. *Predicaba con tanta fuerza y con tanto celo, que llenaba de terror aún los corazones más insensibles. Predicando en Tolosa (note V. B. que no fué en Labajos, ni en algun pueblo de España) sobre el Juicio Universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor, semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura.*

Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermón los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veían quedar muchas personas inmóviles y pasmadas, como si fueran estatuas. Y ahora dígame V. Reverendísima; ¿párecelle en puridad, que al Santo le sonarian mal estas demostraciones exteriores, erupciones casi precisas de la conmoción interior del corazón?

46. ¡Oh, señor, que en las misiones se comete un sin número de sacrilegios! Pase, aunque sea á trágala perra, el sin número; pero ¿puzga V. R. que se cometen pocos en el tiempo de la confesión, y de la comunión Pascual, á que es preciso se sujete todo católico, so pena de tablillas y algo más? ¿cree buenamente V. Reverendísima, que dejarán de cometerse algunos en los jubileos más célebres? ¿y será bueno, que por eso no sepan cuál es su alegría derecha aquellos celosos párrocos, que tanto se regocijan en el Señor, cuando ven que han cumplido con la Iglesia todos sus feligreses? ¿será bueno, que V. Reverendísima se ría del espiritual consuelo, que siente todo hombre de mediano celo y amor á la Religión, cuando ve un número sin número de confesiones y de comuniones en los jubileos plenísimos? ¿Será bien parecido que V. Reverendísima asiente con la mayor rotundidad, que eso es cuánto el diablo desca, que todos confiesen y comulguen, así en el precepto Pascual, como en los grandes jubileos, pues de esto saca un sin número de sacrilegios? Mi padre, como se lla-

ma, otra vez váyase V. Reverendísima con más tiento en esas proposiciones tan universales y tan odiosas, pesando un poco más las razones con que pretende probarlas, y créame, que por estar de prisa y de pura lástima, no me detengo en acribar otras clausulillas de tal donoso patrafito, en que se asoman unos granzones de mala calidad.

47. Pero, ¿cómo quiere V. Reverendísima, que en Dios y en conciencia le disimule todo este montón de proposiciones injuriosísimas, por ser tan universales, que se siguen? Pág. XXVIII. *También una vieja que chochea, habla; habla un delirante y un papagayo habla; ¿y son predicadores estos? si COMO NUESTROS PREDICADORES... que no son más que unos habladores y nada más.* Pág. XXXII. *Pues digo á NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS, que no saben, que no pueden predicar de San José, de San Benito, de San Bernardo, etc. sin decir herejías.* Pág. XXXIV. *¿Puede darse libertad ni más osada ni más comun, que la de NUESTROS PREDICADORES, que ponen los Santos que panegirizan, siempre superiores á todos los del antiguo y nuevo Testamento?* Pág. XLIII. *NUESTROS PREDICADORES juntan, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas, un auditorio ocioso, que no se propone otro fin, que el de oír algo de nuevo.* Pág. LHI. *En una librería de Holanda había un gran número de volúmenes españoles: eran unos sermones impresos de NUESTROS grandes PREDICADORES, cuidadosamente recogidos y respaldado cada tomo con una inscripción, que con letras doradas decía: DIALÉCTICA ELOCUENCIA DE LOS SALVAJES DE EUROPA.*

48. Basta, que ya no hay paciencia para más;

¡con que NUESTROS PREDICADORES son unos delirantes, unos papagayos, unos habladores, y nada más! ¡con que NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS no saben predicar de los Santos sin decir herejías! ¡con que NUESTROS PREDICADORES son unos charlatanes, que convocan un auditorio ocioso, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas! ¡Pobre Apóstol, y qué bien te ponen!) ¡Con que NUESTROS GRANDES PREDICADORES son los salvajes de Europa! ¡y para qué compramos el papelejo dónde esto se estampó á hurtadillas, nos despachan por el correo á todas partes papeletas impresas, en que se especifica el lugar de la impresion, y las librerías extranjeras dónde nos regalarán por nuestro dinero con estas donosuras! ¡Y hay españoles que se han dado prisa á comprar estas dulcísimas lisonjas! y el autor de ellas, que tanto nos honra, ¡quizá estará comiendo sueldo de España! Como el gran Bruzen de la Martinière, que en su Diccionario Geográfico habló de nosotros con tal descuido, ignorancia y poca estimación, que parece se lo pagaron nuestros enemigos.

49. Iba á exaltarseme el atrabilis; pero la eché una losa encima, porque estos negocios mejor se tratan con flema. Ahora bien, Reverendísimo mío, no se puede negar, que entre NUESTROS PREDICADORES hay algunos, hay muchos, que son todo lo que V. Reverendísima dice, y algo más si pudiera ser; pero ¿lo son todos NUESTROS PREDICADORES? que eso quiere decir una proposición tan indefinida; y ¿lo son solamente NUESTROS PREDICADORES? Eso dá á entender V. Reverendísima, cuando en la pág. XL nos propone el ejemplo de *nuestros vecinos* (los predica-

dores franceses), que como *fieles canes ladran contra los lobos, los apartan así de sus hatos, hacen constantemente la guerra, la más viva al vicio, etc.* Y después comienza V. Reverendísima á decir por contraposición lo que pasa. *Aquí en nuestra España... LOS PREDICADORES, mudos contra el vicio, le dejan que se arraigue, que se extienda, que se multiplique.*

50. Válgame Dios, y qué flaco de memoria debe de ser V. Reverendísima; pues ¿no nos acaba de contar aquel cuentecito (y con una gracia que encanta) de aquel señor obispo de Francia, que quitó de predicar á cincuenta ó sesenta predicadores; y viendo que esto no alcanzaba, estampó aquel sermón burlesco, que se reimprimió más de cuarenta veces, sobre el texto *sicut unguentum*, que al leer la sal con que V. Reverendísima le refiere, se nos derrite la risa por las barbas? y esos cincuenta ó sesenta predicadores *nuestros vecinos* (dentro de una misma diócesis, como es preciso suponerlo, para que estuviesen sujetos á la jurisdicción del tal señor Obispo) serían unos *canes fieles, que ladraban contra los lobos, y los apartaban de sus hatos*; ¿y no podrían contarse también entre los *salvajes de Europa*? Pues ahora regule V. Reverendísima no más que á razón de cincuenta ó sesenta predicadores de las barbas de Aaron, por cada uno de los ciento y doce obispados, que contiene el Reino de Francia, y eche no más que cien predicadores de la misma estofa á cada uno de los diez y ocho arzobispados que cuenta en sus dominios: hallará V. Reverendísima un cuerpo de 8,500 *salvajes de nuestros vecinos*, que no es mal socorro para reforzar el ejército de los *salvajes de Europa*; ¡qué digo! harto será que

las tropas auxiliares no excedan el todo de las principales.

51. Mi Reverendo Padre, no nos alucinemos. Ninguno de los vicios, que V. Reverendísima nota en NUESTROS PREDICADORES, dejaron de notar en los PREDICADORES NUESTROS VECINOS el señor Salignac, y los padres Causino y Gisbert, en las obras que escribieron para corregir los abusos del púlpito, precisamente en sus paisanos, porque ellos no se metieron con otros, singularmente el primero y el último. Si esto valiera la pena (tampoco es mala frase para el gusto de V. Reverendísima y el de otros camaradas, fácil cosa me sería hacer la demostración *ad oculum*; pero me fastidia detenerme tanto en su prólogo, que ya me tiene hasta las cejas. Y sería yo bien recibido en Francia, si fingiéndome francés, y aprovechándome de lo que los mismos franceses declaman contra sus malos predicadores, diese á luz un *folleto*, ó llámese *libelo*, en que á rapa terton gritase:

NUESTROS PREDICADORES son unos rábulas.

NUESTROS PREDICADORES son unos charlatanes.

NUESTROS PREDICADORES son unos papagayos.

NUESTROS PREDICADORES son unos vocingleros.

NUESTROS PREDICADORES no hacen conversiones.

NUESTROS PREDICADORES no forman tal proyecto.

NUESTROS PREDICADORES quedan muy apagados de su fervor, porque se asustó la vieja y malparió la embarazada.

NUESTROS PREDICADORES son unos habladores y nada más.

NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS no saben predicar de los Santos sino herejías.

NUESTROS GRANDES PREDICADORES son los salvajes de Europa.

52. Si yo publicase en Francia, dándome por autoridad propia el derecho de naturalidad, un librejo atestado de estas lindezas; ¿no llovieran con razón más decretos de todos los parlamentos de fuego contra el librejo, y de prisión contra mí, que han llovido delgunos años á esta parte contra los curas, sobre el negocio que sabe V. Reverendísima? ¿no me pelarían justísimamente las barbas, y me gritarían todos, hombres, mujeres y niños, *al Coquin, al Faquin, al Maraúd*, que hace una injusticia *si criante* á todos los grandes predicadores que ha tenido la Francia, y que cada día están saliendo de su seno, solo porque deshonoran su púlpito un puñado de fatuos y de mentecatos? ¿no me darian en los bigotes con los Bourdalues, con los La-Colombières, con los Fleuris, con los Flechières, con los Segauts, con los Masiellones, con los Bretonaus, y con un inmenso catálogo de oradores verdaderamente apostólicos, celosos, elocuentes, rápidos, evangélicos, sólidos, sublimes, modelos originales? ¿y no me reconvendrían también, con que no necesitaba la Francia de que un francés postizo se viniese á entrometer para corregir los defectos de sus compatriotas, pues ya tenía ella hijos verdaderos suyos, que lo tomasen de su cuenta con mucha más gracia, y con mucho mayor juicio? Señor Padre, estamos en el mismo caso, y suplico á V. Reverendísima que me excuse la aplicación.

53. Como soy cristiano, que ya quisiera dejarlo, porque me voy abochornando, y no me puede hacer provecho para la digestión. Pero formo escrúpulo de



no decir una palabrita sobre cierta digresion, la más impertinente del mundo para el intento que hace V. R. en la pág. 1; y con todo predicando así (dice V. R.) han llegado varios religiosos á la mitra! Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas; ¿continuaremos en tener á los extranjeros persuadidos por nuestra culpa á esto? Como no están acostumbrados á ver, que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas, que el Rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispales se ve el rey precisado á echar mano de los religiosos, pues no tiene quien pueda ni merezca ser obispo entre los bonetes.

54. Que se engaste este parrafito en piedras preciosas de á dos en quintal, mientras tanto voy á sonarme las narices, porque me baja la fluxion, y lo pide la materia. Mire, Padre, ninguno puede hablar con más imparcialidad que yo en este asunto, porque ha de saber su Reverendísima, que yo soy un pobre bonete, no tengo metida la cabeza en la capucha, y no puedo ser obispo; ¿á qué cura de San Pedro de Villagarcía se le ha sentado jamás la mitra, no digo en la cabeza, pero ni aún en la fantasía? Lo más que tuvimos aquí, fué un doctor por Sigüenza ó cosa tal, que llegó á ser comisario del Santo Oficio, y estuvo la villa para sacarle un Vitor pintado con almagra, lo que se dejó porque no alcanzaban los Propios para los gastos. A mí me graduó la Universidad de Valladolid de Bachiller, y casi soy un fenómeno. Cuando me oyen decir que fui opositor á cátedras (si alguna vez lo digo), se santigua el consejo, y más de dos preguntan si las cátedras són cosa de comer;

¿considere V. Reverendísima, si con estos dictados serán humildes mis pensamientos, y si podré pensar en mitra! Con una prebendica de 700 ó de 800 ducados no me trocaria por un patriarca; y dígaselo así V. Reverendísima de mi parte al rey y al señor confesor, que como los dos quieran, está hecha la cosa; pues por lo que toca á mí, allá vá anticipada la aceptacion.

55. Esto supuesto; ¿no me dirá V. Reverendísima en qué pensaba cuando se atrevió á escribir la primera cláusula del tal donoso parrafillo? Y con todo, predicando así, ¿han llegado varios religiosos á la mitra! Esto es, han llegado á la mitra varios rábulas, charlatanes, papagayos, habladores, delirantes, predicadores de herejias, salvajes de la Europa, porque, al fin, estos son los que predicán así. Á esto ha consultado la Cámara de Castilla para obispos; se han conformado con la consulta los señores y padres confesores, y el rey los ha nombrado para la mitra. Saque V. Reverendísima las consecuencias que se siguen de esto, que yo estoy algo de prisa, y me está llamando la cláusula que viene después: como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas; hay tal; ¡con que ni las mitras son para cabezas escondidas en las capuchas, ni las cabezas escondidas en las capuchas son para las mitras! Pero mucho ménos serán para el sombrero rojo (capelo, le llama el italiano), y muchísimo ménos para la tiara, y tiene V. Reverendísima bien contadas las cabezas, que desde la capucha salieron para el capelo, y desde el capelo se cubrieron con la tiara, sin contar las muchas otras, á las cuáles encajaron la tiara casi casi encima de la capucha. ¿Ha

leído V. Reverendísima algo de la Historia Eclesiástica? Me temo que solamente ha oído hay en el mundo una cosa que se llama así; porque si la hubiera no más que saludado, sabría que por casi doscientos años (otros dicen trescientos) apenas salió la tiara de la *capucha* Benedictina del célebre Monte Casino; pero, ¡qué *capucha*! Pero, ¡qué tiara!

56. Y las mitras de Francia nunca se hicieron para cabezas metidas en las *capuchas*; ¡pobre español pegote, y qué poco sabe su historia! (También esta frase es favorita de V. R.); ¿ignora V. Reverendísima, que por más de tres siglos apenas hubo obispo en Francia, que no hubiese salido de las *capuchas* escondidas en los célebres Monasterios de Lerins, Pontigni, Tours, Fuente-Juan, Chalis, Mon-Martre, Isla-Barba, Brou y otros innumerables, así de benedictinos como de cistercienses, por no contar á Cluni ni al Cister, que en los siglos décimotercio y décimocuarto se llamaban *les Pepinières des Evêques*, como si dijéramos el plantío de los obispos? ¿nunca leyó en su historia, que en el siglo duodécimo era ya como cosa asentada, que para las mitras vacantes se habían de proponer en la junta del clero y del pueblo á los abades del Cister, cuya orden florecía entonces con el mayor rigor de la más exacta observancia? ¿no reparó en ella el grande embarazo, en que se halló la clericia y la ciudad de Bourges en la muerte de su arzobispo Enrique de Sully, porque *florecia entonces el orden cisterciense en tantos sujetos insignes, que esta misma multitud embarazaba la eleccion del clero?* palabras con que se explica la Historia, ¿cómo que era preciso que la eleccion recayese en sujeto de aque-

lla orden? Dígame, padre español neófito, los Martines, los Guilleemos, los Luvines, los Euchérios y otro número sin número de mitras francesas, canonizadas y no canonizadas, ¿*fuéron cabezas metidas en los bonetes ó en las capuchas?*

57. Dice V. Reverendísima: *Que como los extranjeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas, que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispaes se vé el rey precisado á echar mano de los religiosos; ¡con que los extranjeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frailes! ¡con qué en Italia no hay obispos frailes, ni en Alemania hay obispos frailes ó religiosos! Déjelo, Padre, por amor de Dios; ántes que V. Reverendísima diese á luz esta proposicion, ¿no le hubiera sido mejor y más fácil averiguar si habia en estos tiempos en Alemania y en Italia algunos frailes vestidos de obispos, que gastan el calor natural en inquirir, si dos mil ó tres mil años ha los niños y las niñas de los gentiles se vestían de diosecicos y diosecicas de devocion, así como se visiten ahora de frailicos y mongicas de devocion muchos niños y niñas de los cristianos? Curiosa noticia que debemos á la infatigable laboriosidad de V. Reverendísima, pero que nos hacia poca falta, y á V. Reverendísima le hacia mucha saber, que los extranjeros están muy acostumbrados á ver fuera de España muchos frailes vestidos de obispos y muchos obispos vestidos de frailes.*

58. Finalmente vamos á la raiz, y abreviemos el camino. Es cierto, Padre mio, que en el primer siglo

de la institucion ó de la fundacion de los monjes, de las cabezas *metidas en las capuchas* (si es que tenian capuchas en que meterse las cabezas de aquellos primeros monjes), no solo no se hicieron para las mitras, pero ni aún para las coronas; porque aquellos monjes primitivos, por regla general, ni recibian ni querian recibir las Órdenes Sagradas. Tan feos eran todos, como la madre que los parió, salvo tal cual que después de ordenado *in Sacris*, se retiraba á la vida monacal. Y no era esto porque no hubiese entre ellos muchísimos hombres tan eminentes en sabiduría como en virtud, sino porque su profunda humildad los desviaba de aquel altísimo estado. Si vuestra Reverendísima quiere instruirse á fondo en la materia, no tiene más que leer al padre Mabillon. Esto era en el primer siglo del instituto y de la profesion monacal.

59. Pero después que el papa Siricio, por los años de 396, consideró despacio los grandes bienes de que se privaba la Iglesia de Dios, y las grandes ventajas que podía sacar de que los monjes graves, circunspectos, ejemplares y sabios fuesen promovidos, no solo á todas las Órdenes, sino á todos los oficios y beneficios de la Santa Iglesia; después que reflexionó, á que no era razon, que el bien particular, que los representaba á ellos su humildad, prevaleciese al bien comun; y finalmente, después que, en virtud de estas consideraciones, en la famosa carta que escribió á Himerio, obispo de Tarragona, en el capítulo 13 le dice, que no solo ordene, sino que eleve á todos los oficios y beneficios eclesiásticos á los monjes que sobresalieren en gravedad, doctrina,

pureza de la fé y en santidad: *Monachis quoque, quos tamen morum gravitas, et vitæ ac fidei institutio sancta commendat, clericorum officiis aggregari: es gusto ver la prisa que se dieron los obispos, los pueblos, los emperadores, y los mismos papas á turbar, por decirlo así, la santa quietud de los desiertos, y á arrancar de ellos á los estáticos cenobitas, para colocarlos en las primeras dignidades, pareciéndoles muy justo, que los que habian santificado primero el cláustro y la soledad, fuesen á santificar después á los poblados y al mundo. Desde entónces, y por muchos siglos después, apénas se vieron más que monjes en las primeras sillas de la Iglesia universal, tanto en Oriente como en Occidente. Vea ahora V. Paternidad muy Reverenda, si las mitras se hicieron para cabezas metidas en las capuchas.*

60. Conclusion. Suplicasele, pues, á V. Reverendísima con el mayor rendimiento, que otra vez no se meta en lo que no entiende, que haga más justicia (ya que no quiera hacerla merced) á la nacion española; que cuando intente corregir abusos, hable con ménos universalidad; que trate con mayor respeto las resoluciones del rey, el dictámen de sus prudentes confesores, y el parecer de sus sabios ministros; y en fin, que no eche en olvido aquel refrancito español: *Quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras* <sup>®</sup> *al de su vecino.*

61. Mas para que V. Reverendísima conozca que procedo de buena fé y que no choco, porque tengo gana de chocar, le digo ingénuamente, que como se hubiese contentado con la primera parte de su Prólogo coracero; con haber contraído un poco más la

segunda, sin meterse en el delicado punto de obispados (que ya pica en antigua historia), con no haber salpicado á todos los predicadores del rey, singularmente á los del número, y con haber hecho su paralelo de los dos sermones franceses y castellanos, aunque fuese con los paréntesis y glosas en romance Esguizaro, que añade á estos últimos, no hubiéramos reñido. Le hubiera abandonado á V. Reverendísima los dos sermones, con sus dos predicadores, y aunque fuesen otros dos mil como ellos, sin que hubiésemos sacado las espadas. Porque al fin, V. Reverendísima tiene muchísima razon en todo lo que dice de los tales dos sermones, y de todos los demás que sean tales como los susodichos. Convengo en eso; y por lo mismo esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar, no solo de España, sino de todo el mundo, porque más ó menos en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores. Si *el unguento* de la barba de Aaron sanó en Francia á tantos predicadores relajados, como dice V. Reverendísima, no desconfío de que *el sebo* del entendimiento de Fray Gerundio haga en España iguales prodigios.

En todo caso, yo tendré grande consuelo si al acabar de oír un sermón de los que tanto se usan, dice el auditorio; *que ha estado admirable el padre Fray Gerundio: que el padre Gerundio lo ha hecho asombrosamente; y que no ha podido decir más el señor Don Gerundio.*

62. Para esto, lector mio (cuanto há que no nos hablamos? perdona, que se me atravesó este embozado en el camino, y era preciso contestarle): Para esto, lector mio, ha sido indispensable citar muchos

textos de la Sagrada Escritura, como los citan los Fray Gerundios, aplicarlos, como ellos los aplican, y fingir entenderlos, como ellos los entienden. Pero, oia, no te persuadas ni aún en burlas, á que yo los cito, los aplico ni los entiendo de veras, como los entienden ellos. Tengo muy presente, así el gravísimo Decreto del Concilio de Trento, como las Bulas de Pio V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Alejandro VII, contra esta sacrilega profanacion. Protesto, que ántes quemara mil historias de Fray Gerundio, que contravenir ni aún ligerísimamente á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los predicadores, que incurren tan lastimosamente en ella, y en las censuras que la acompañan, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el Sagrado Texto. Mas esto ¿cómo podía ser sin citar el texto, y sin burlarme del modo con que le manejan ellos? Así, pues, siempre que encuentres algun lugar de la Sagrada Escritura ridiculamente entendido, y estrafalariamente aplicado, ten entendido, que es por burlarme de ellos, por correrlos, por confundirlos, y consiguientemente, que esta impiedad debe de ir de cuenta suya y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia; pues al fin, aunque no sea más que un pobre clérigo de misa y olla (y esta flaca) soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente á las leyes de la Iglesia, y por fin y por postre tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto como puede estimar la suya un patriarca.

63. Pero sino eres de lo que dices (esta es tu última réplica); ¿quién te ha metido á tí en dibujos y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

PATRIA, NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACION DE FRAY GERUNDIO

CAMPAZAS es un lugar de que no hizo mencion Ptolomeo en sus cartas geográficas; porque verosíblemente no tuvo noticia de él, y es que se fundó como mil doscientos años después de la muerte de este insigne geógrafo, como consta de un instrumento antiguo, que se conserva en el famoso Archivo de Cotañes. Su situacion es en la provincia de Campos, entre Poniente y Septentrion, mirando hácia Este, por aquella parte que se opone al mediodía. No es Campazas ciertamente de las poblaciones más nombradas, ni tampoco de las más numerosas de Castilla la Vieja, pero pudiera serlo, y no es culpa suya que no sea tan grande como Madrid, Paris, Lóndres y Constantino-

pla, siendo cosa averiguada que por cualquiera de las cuatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas sin embarazo alguno. Y si como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se contentaron con levantar en ella veinte ó treinta chozas, que llamaron casas por mal nombre, hubieran querido edificar doscientos mil suntuosos palacios con sus torres y chapiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda sería hoy la mayor ciudad del mundo. Bien sé lo que dice cierto crítico moderno, que esto no pudiera ser, por cuanto á una legua de distancia corre de Norte á Poniente el río grande, y era preciso que por esta parte se cortase la población. Pero sobre que era cosa muy fácil chupar con esponjas toda el agua del río, como dice un viajero francés que se usa en el Indostan y en el gran Cairo; ó cuando ménos se pudiera extraer con la máquina pneumática todo el aire y cuerpecillos extraños que se mezclan en el agua, y entónces apenas quedaría en todo el río la bastante para llenar una vinajera, como á cada paso lo experimentan con el Rhin, y con el Ródano los filósofos modernos; ¿qué inconveniente tendría que corriese el río grande por medio de la ciudad de Campazas, dividiéndola en dos mitades? ¿No lo hace así el Támesis con Londres, el Moldalva con Praga, el Spreé con Berlin, el Elba con Dresde y el Tiber con Roma, sin que por eso pierdan nada estas ciudades? Pero al fin los ilustres fundadores de Campazas no se quisieron meter en estos dibujos, y por las razones que ellos se sabrían, se contentaron con levantar en aquel sitio como hasta unas treinta chozas (segun la opinion que se tiene por más

cierta) con sus cobertizos ó techumbres de paja á modo de cucuruchos, que hacen un punto de vista el más delicioso del mundo.

2. Sobre la etimología de Campazas hay grande variedad en los autores. Algunos quieren que en lo antiguo se llamase *Cumpazos*, para denotar los grandes campos de que está rodeado el lugar que verosímilmente dieron nombre á toda la provincia de Campos, cuya punta occidental comienza por aquella parte; y á esta opinion se arriman Anton Borrego, Blas Chamarro, Domingo Ovejero y Pascual Cebollon, diligentes investigadores de las cosas de esta provincia. Otros son de sentir, que se llamó y hoy se debiera llamar *Capazas*, por haberse dado principio en él al uso de las capas grandes que en lugar de mantellinas usaban hasta muy entrado este siglo las mujeres de Campos, llamadas por otro nombre *las Tias*, poniendo sobre la cabeza el cuello; ó la vuelta de la capa cortada en cuadro, y colgando hasta la mitad de la saya de frechilla, que era la gala recia en el día del Corpus y de San Roque, ó cuando el tío de la casa servia alguna mayordomía. De este parecer son Cesar Capi-Sucio, Hugo Capet, Daniel Caporal, y no se desvia mucho de él Julio Capóni. Pero como quiera que esto de etimologías, por lo comun, es erudicion *ad libitum*, y que en las bien fundadas de San Isidro no se hace mencion de la de Campazas, dejamos al curioso lector que siga la que mejor le pareciere; pues la verdad de la historia no nos permite á nosotros tomar partido en lo que no está bien averiguado.

3. En Campazas, pues, (que así le llamarémos, con

formándonos con el estilo de los mejores historiadores que en materia de nombres de lugares usan de los modernos, después de haber apuntado los antiguos): en Campazas habia, á mediados del siglo pasado, un labrador que llamaban el rico del lugar; porque tenia dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zaneado, de pujanza y andador para ir á los mercados, un hato de ovejas, la mitad parideras, y la otra mitad machorras: se distinguía su casa entre todas las del lugar, en ser la única que tenia tejas. Entrábase á ella por un gran corralon flanqueado de cobertizos, que llaman *Tenadas* los naturales; y antes de la primera puerta interior, se elevaba otro cobertizo en figura de pestaña horizontal, muy jalbegueado de cal, con sus chafarrinadas á trechos de almagra, á manera de faldon de disciplinante en día de Jueves Santo. El zaguan ó portal interior estaba barnizado con el mismo jalbegue á excepcion de la ráfagas de almagra, y todos los sábados se tenia cuidado de lavarle la cara con un baño de aguacal. En la pared del portal que hacia frente á la puerta, habia una especie de aparador ó estante, que se llamaba *Basar* en el vocabulario del país, donde se presentaba desde luego á los que entraban toda la vajilla de la casa, doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la Reina, y en medio dos jarras de vidrio con sus cenefas azules hácia el brocal, y sus asas á picos ó á dentellones como crestas de gallo. A los dos lados del basar se levantaban desde el suelo con proporcionada elevacion, dos poyos de tierra, almagraados por el pié y caleados por el plano, sobre

cada uno de los cuáles se habian abierto cuatro á manera de hornillos, para asentar otros tantos cántaros de barro, cuatro de agua zarca para beber, y los otros cuatro de agua del rio para los demás menesteres de la casa.

4. Hácia la mano derecha del zaguan, como entramos por la puerta del corral, estaba la sala principal, que tendria sus buenas cuatro varas en cuadro, con su alcoba de dos y media. Eran los muebles de la sala, seis cuadros de los más primorosos y más finos de la famosa calle de Santiago de Valladolid, que representaban un San Jorge, una Santa Bárbara, un Santiago á caballo, un San Roque, una nuestra Señora del Cármen, y un San Antonio Abad con su cochinito al canto. Habia un bufete con su sobremesa de gerga listoneada á flecos, un banco de álamo, dos sillas de tijera á la usanza antigua, como las de ceremonia del colegio viejo de Salamanca; otra que al parecer habia sido de vaqueta, como las que se usan ahora, pero solo tenia el respaldar, y en el asiento no habia más que la armazon; una arca grande, y junto á ella un cofre sin pelo y sin cerradura. A la entrada de la alcoba se dejaba ver una cortina de gasa con sus listas de encajes de á seis maravedis la vara, cuya cenefa estaba toda cuajada de escapularios con cintas coloradas y Santas Teresas de barro, en sus úrnicas de carton, cubiertas de seda floja, todo distribuido y colocado con mucha gracia. Y es, que *el rico de Campazas* era hermano de muchas religiones, cuyas cartas de hermandad tenia pegadas en la pared, unas con hostia y otras con pan mascado, entre cuadro y cuadro de los de la calle

de Santiago; y cuando se hospedaban en su casa algunos padres graves, ú otros frailes que habian sido confesores de monjas, dejaban unos á la tia Catuja (así se llamaba la mujer del rico), y los más á su hija Petrona, que era una moza rolliza y de no desgraciado parecer, aquellas piadosas alhajuelas en reconocimiento del hospedaje, encargando mucho la devocion y ponderando las indulgencias.

5. Por mal de mis pecados se me habia olvidado el mueble más estimado que se registraba en la sala. Eran unas conclusiones de tafetan carmesí de cierto acto que habia defendido en el colegio de San Gregorio de Valladolid un hermano del rico de Campazas, que habiendo sido primero colegial del insigne colegio de San Froilan de Leon, el cual tiene hermandad con muchos colegios menores de Salamanca, fué después porcionista de San Gregorio; llegó á ser gimnasiarca, puesto importante que mereció por sus puños; obtuvo por oposicion el curato de Ajos y Cebollas en el obispado de Ávila, y murió en la flor de su edad, consultado ya en primera letra para el del Berraco. En memoria de este doctísimo varon, ornamento de la familia, se conservaban aquellas conclusiones en un marco de pino, dado con tinta de imprenta; y era tradicion en la casa, que habiendo intentado dedicarlas primero á un obispo, después á un título, y después á un oidor, todos se excusaron, porque les olió á petardo; con que desesperado el gimnasiarca (la tia Catuja le llamaba siempre el *Heresiarca*), se las dedicó al Santo Cristo de Villaquejida, haciéndole el gasto de la impresion un tio suyo, comisario del Santo Oficio.

6. Su hermano el rico de Campazas, que habia sido estudiante en Villagarcía, y habia llegado hasta medianos, siendo el primero del banco de abajo, como se entra por la puerta, sabia de memoria la dedicatoria, que tenia prevenida para cualquiera de los tres mecenas que se la hubiera aceptado, porque el gimnasiarca se la habia enviado de Valladolid, asegurándole que era obra de cierto fraile mozo, de estos que se llaman *Padres Colegiales*, el cual trataba en dedicatorias, arengas y quodlibetos, por ser uno de los latinos más deshechos, más encrespados y más retumbantes, que hasta entónces se habian conocido, y que habia ganado muchísimo dinero, tabaco, pañuelos y chocolate en este género de trato, *porque al fin* (decia en su carta el gimnasiarca) *el latin de este Fraile es una borrachera, y sus allisonantes frases son una Babilonia*. Con efecto, apenas leyó el rico de Campazas la dedicatoria, cuando se hizo cruces, pasmado de aquella estupendisima elegancia, y desde luego se resolvió á tomarla de memoria, como lo consiguió al cabo de tres años, retirándose todos los dias detrás de la Iglesia, que está fuera del lugar, por espacio de cuatro horas: y cuando la hubo bien decorado, aturrullaba á los curas del contorno, que concurrían á la fiesta del patrono, y tambien á los que iban á la romería de Villaquejida, unas veces encajándosela toda, y otras salpicando con trozos de ella la comida en la mesa de los mayordomos. Y como el socarron del rico á ninguno declaraba de quién era la obra, todos la tenian por suya, con lo cual entre los curas del rio grande por acá, y aún entre todos los del páramo, pasaba por el gramático más



horroroso, que había salido jamás de Villagarcía: tanto, que algunos se adelantaban á decir sabia más latin, que el mismo Taranilla, aquel famoso *Domine*, que atolondró á toda la tierra de Campos con su latin crespo y enrebesado, como v. gr. aquella famosa carta con que examinaba á sus discipulos, que comenzaba así: *Palentiam mea si quis*; que unos construian, *si alguno mea á Palencia*; y por cuanto esto no sonaba bien, y parecia mala crianza, con peligro de que se alborotasen los de la Puebla; y no era verosimil que el domine Taranilla, hombre por otra parte modesto, circunspecto y grande azotador, hablase con poco decoro de una ciudad, por tantos titulos tan respetable, otros discipulos suyos lo construian de este modo: *Si quis mea*, chico mío, suple *fuge*, huye, *Palentiam* de Palencia. A todos estos los azotaba irremisiblemente el *impiyotable* Taranilla; porque los primeros perdian el respeto á la ciudad, y los segundos le empullaban á él; sobre que unos y otros le suponian capaz de hacer un latin, que segun su construccion estaria atestado de solecismos. Hasta que finalmente después de haber enviado al rincon á todo el general, porque ninguno daba con el recóndito sentido de la enfática cláusula, el domine, sacando la caja, dando encima de ella dos golpecillos, tomando un polvo á pausas, sorbido con mucha fuerza, arqueando las cejas, ahuecando la voz y hablando gangoso reposadamente, la construía de esta manera: *mea, vé; si quis*, si puedes; *Palentiam* á Palencia. Los muchachos se quedaban atónitos, mirándose los unos á los otros, pasmados de la profunda sabiduria de su domine; porque aunque es verdad, que echada bien

la cuenta habia en su construccion mitad por mitad tantos disparates como palabras; puesto que ni *meo mas* significa como quiera *ir*, sino *ir por rodeos, por giros y serpenteando*; ni *quco quis* significa *poder* como quiera, sino *poder con dificultad*; pero los pobres niños no entendian estos primores; ni el penetrar la propiedad de los varios significados, que corresponden á los verbos, y á los nombres que parecen sinónimos y no lo son, es para gramáticos de primera tonsura, ni para preceptores de legua.

7. Ya se vé, como los curas del Páramo no estaban muy enterados de estas menudencias, tenian á Taranilla por el Ciceron de su siglo, y como oian relatar al rico de Campazas la retumbante y sonora dedicatoria, le ponian dos codos más alto que al mismo Taranilla. Y por cuanto la mayor parte de los historiadores, que dejaron escritas á la posteridad las cosas de nuestro Fray Gerundio, convienen en que la tal dedicatoria tuvo gran parte en la formacion de su exquisito y delicado gusto, no será fuera de propósito ponerla luégo en este lugar, primero en latin y después fielmente traducida en castellano, para que en el discurso de esta verdadera historia, y con el calor de la narracion no se nos olvide.

## CAPÍTULO II.

EN QUE, SIN ACABAR LO QUE PROMETIÓ EL PRIMERO,  
SE TRATÁ DE OTRA COSA.

DECIA, pues, así la recondita, abstrusa y endiablada dedicatoria, dejando á un lado los títulos que no tuvo por bien trasladar el gimnasiarca.

2. *Hactenus me intra vurgam animi litescentis inipitum, tui heretudo instar mihi luminis exlimadea denormam redubiare compellet sed antistar gerras meas anitas diributa et posartitum Nasonem quasi agredula: quibusdam lacynis. Barburrum stridorem averrucandus oblatero. Vos etiam viri optimi: ne mihi in uiginam vestrae hispiditatis arnanticataclum carmen irreptet. Ad rabem meam magicopertit: cicuresque conspiciate ut alimones meis carnatoriis, quam censiones extelis. Igitur conramo sensu meam returem quamvis vasculam Pieridem-actutum de vobis lampo- nam contulam spero. Adjuta namque cupedia praesumentis, jam non exippitandum sibi esse conjectat. Ergo benepedamus me hac pudori, citinum volucari cense. Quam si hac nec treperat exiterint nec fracebunt quæ halucinari, vel ut vovinator adactus sum voti vobis damiumusque ad exodium vitulanti is cohucmentem. Quis enim mesonibium et non murgisso-*

*nem fabula autamabit quam Mentorem exfaballibit allibuans, unde favorem exfebruate, fellibrem ut applaudam armonia: tensore á me velut ambrone collectam adoroos veritatis instruppas.*

3. Esta es la famosa dedicatoria que el gimnasiarca de San Gregorio, cura de Ajos y Cebollas, electo del Berraco, envió desde Valladolid á su hermano el rico de Campazas: la cual, después de haber corrido por las más célebres universidades de España con el aplauso que se merecia, pasó los Pirineos, penetró á Francia, dónde fué recibida con tanta estimacion, que se conserva impresa una puntual, exacta y menudísima noticia genealógica de todas las manos por dónde corrió el manuscrito, con los pelos y señales de los sugetos que le tuvieron, hasta que llegó á las del maldito adicionador de la *Menagiana*, que la estampó en el primer tomo de los cuatro que echó á perder con sus impertinentísimas notas, scolios y añadiduras. Dice, pues, este scoliador de mis pecados, que el primer manuscrito que se sepa hubiese llegado á Francia paró en poder de Juan Lacurna, el cual era hombre hábil y Baylió de Arnai-Dél-Duque: que después pasó al docto Saumaise, y de éste le heredó su hijo primogénito Claudio Saumaise, el cual murió en Beaune á los 34 años de su edad, el día 18 de Abril de 1661: que por muerte de Claudio paró en la Biblioteca de Juan Bautista Lantin, consejero, el cual y otro consejero llamado Filiberto de la Mare, fueron legatarios por mitad de los manuscritos de Saumaise, y que de Juan Bautista Lantin le heredó su hijo Señor Lantin, consejero de Dijon.

4. Todo está muy bien, con puntualidad, con

menudencia y con exactitud: porque claro está, que iba á perder mucho la república de las letras, sino se supiera con toda individualidad, porque manos padres á hijos habia pasado un manuscrito tan importante; y si todos los investigadores hubieran sido tan diligentes y tan menudos como este doctísimo y exactísimo adicionador, no hubiera ahora tantas disputas, repiquetes y contiendas entre nuestros criticos sobre quien fué el verdadero Autor de la *Pulga* del licenciado Burguillos, que unos atribuyen á Lope de Vega, y otros á un fraile, engañados sin duda, porque en el manuscrito sobre el cual se hizo la primera impresion en Sevilla, se leian al fin de él estas letras: Fr. L. de V. entendiendo que el *Frey* era *Fray*, cosas entre sí muy distintas y diversas, como lo saben hasta los niños Malabares. Ni en Inglaterra se hubieran dado las batallas campales, que se dieron á principio de este siglo entre dos sabios anticuarios de la universidad de Oxford, sobre *el origen de las espuelas, y la primitiva invencion de las alforjas*, fundándose uno y otro en dos manuscritos, que se hallaban en la Biblioteca de la misma universidad, pero sin saberse en qué tiempo, ni por quién se habian introducido en ella, que era el punto decisivo para resolver la cuestion.

5. Pero si al adicionador de la Menagiana se le deben gracias por esta parte, no se las daré yo, porque con su cronologia sobre el manuscrito de la dedicatoria, me mete en un embrollo histórico, del cual no sé cómo me he de desenvolver, sin cometer un *anacronismo*, voz griega y sonora, que significa contradiccion en el cómputo de los tiempos. Dice

monsieur el adicionador, que Claudio Saumaise murió el año de 1661, y que cuando llegó á él el manuscrito de la dedicatoria ya habia pasado por otras dos manos; conviene á saber, por las de su padre el docto Saumaise, y por las del Baylío Juan Lacurna; y es mucho de notar, que no dice que pasó de mano en mano, como suele pasar la Gaceta, y el pronóstico de Torres, sino que dá bastantemente á entender, que fué por via de herencia, y no de donacion *inter vivos*. Esto supuesto, parece claro como el agua, que ya por los años de 1600 se tenia noticia en Francia de la tal dedicatoria, no siendo mucho dar sesenta años al señor Lacurna, y veinte ó treinta á Saumaise; porque aunque se pudiera decir que ámbos eran de una misma edad, no parece verosímil, que un particular, por doctísimo que fuese, viviese tanto como un Bailío; pues bien, que esto de Baylío en Francia signifique poco más que acá un alcalde gorrilla; pero al fin para lo de Dios el Baylío de Arnai era tan Baylío como el de Lora. Y habiendo dicho nosotros al principio de esta verdaderisima historia, ó por lo ménos habiéndolo dado á entender, que la dedicatoria la compuso un padre colegial, que estudiaba en Valladolid, cuando ya estaba muy entrado en días el siglo pasado, puesto que hasta la mitad de él no hacen mencion del rico de Campazas los anales de esta posibilisima ciudad, y que se la envió su hermano el gimpasiarca; ¿cómo era posible que se tuviese noticia de ella en Francia por los años de 1600?

6. Para salir de esta intrincada dificultad, no hay otra callejuela sino decir, que el padre colegial leeria esta estupendisima pieza en algun librete francés, y

después se la embocaria al bonísimo del gimnasiarca como si fuera obra suya, porque de estas travesuras á cada paso vemos muchas aún en el siglo que corre, en el cuál no pocos de estos, que se llaman autores y que tienen cara de hombres de bien, averiguada después su vida y milagros, se halla ser unos raterillos literarios, que hurtando de aquí y de allí, salen de la noche para la mañana en la Gaceta con los campanudos dictados de matemáticos, filológicos, físicos, eléctricos, proto-críticos, anti-sistemáticos, cuando todo bien considerado no son en la realidad más que unos verdaderos panto-mimicos.

7. Mas dejando este punto indeciso, lo que en Dios y en conciencia no se puede perdonar al impertentísimo adicionador, es la injusta y desapiadada crítica que hace de la susodicha dedicatoria, tratándola de la cosa más perversa, más ridícula y más extravagante que se puede imaginar; y añadiendo, que el lenguaje, aunque parece suena á latin, es de una latinidad monstruosa, bárbara y salvaje. Pero con licencia de su mala condicion, yo le digo claritamente y en sus barbas, que no sabe cuál es su latin derecho, y que se conoce que en su vida ha saludado los Christos de la verdadera latinidad, pues le hago saber que ni Ciceron, ni Quintiliano, ni Tito-Livio, ni Salustio, hicieron jamás cosa semejante, ni fueron capaces de hacerla. Y á lo otro, que añade con mucha socarronería, de que aunque en la cultísima dedicatoria se hallan algunas palabras latinas que se encuentran en las glosas de Isidoro y de Papias, y en la coleccion de Du Cange, pero que se engaña mucho, ó no se ha de encontrar ingenio tan hábil en el mundo, que al todo

de ella le dé verdadero y genuino sentido; yo le digo que para que vea con afecto lo mucho que se engaña, el mismo padre colegial, que dió al gimnasiarca la dedicatoria en latin, ora fuese composicion suya, ora agena, se la dió también vertida en castellano flúido, corriente, natural, claro, perspicuo, como se vé en una copia auténtica, que se encontró en el libro dónde el rico de Campazas iba asentando por suyas la soldada de los criados, y los pellejos de ovejas que iba trayendo el pastor. La version, pues, de dicha dedicatoria decia así ni más ni ménos.

8. «Hasta aquí la excelsa ingratitud de tu soberanía ha obscurecido en el ánimo, á manera de clarísimo esplendor las apagadas antorchas del más sonoro clarín, con ecos luminosos, á impulsos balbucientes de la furibunda fama. Pero cuando examino el rosieler de los despojos al terso bruñir del hemisferio en el blando horóscopo del argentado catre, que elevado á la region de la techumbre inspira oráculos al acierto en bóvedas de cristal; ni lo airoso admite más competencias, ni en lo heróico caben más elocuentes disonancias. Temerario arrojé seria escalar con pompa fúnebre hasta el golfo insondable, donde campea cual vivórezno animado el piélago de tu hermosura; porque hay sistemas tan atrevidos, que á guisa de emblemáticos furores esterilizan á trechos toda su osadía al escrutinio; mas no por eso el piadoso Eneas agotó sus caudales al Ródano, cubierta la arrogante faz con el crespo, falaz y halagüeno manto: que si el jazmin sostiene pirámides á los lisonjeros peces, tambien el chopo franquea espumoso lecho á las odoríferas naves; ni es

»tan crítico el enojo del carrasco, que no destile rayo  
 »á rayo todo el alambique del aprisco. Mentor en ca-  
 »vilaciones de Sol, pudo esgrimir orgullosas sinra-  
 »zones de fanal; pero tambien experimentó á golpes  
 »del desengaño desagravios incautos del alevoso ceño  
 »cuando la agigantada pobleza de tu régia exactitud  
 »embota las puntas al acero de alentada majestad.  
 »Admite, pues, este literario desden, elegante tributo  
 »de soporifero afán; y si estienes los aplausos de  
 »tu armonia á los hirsutos cambrones, no puede mén-  
 »nos de penetrar tu colete la fragancia de la verdad  
 »hasta calama á las tripas, ó hasta aniquilar con di-  
 »chosa fortuna los estrupros: *Ut aplaudam armoniæ*  
 »*tempore à me velut umbrone collectam adoveos veri-*  
 »*tatis instruppas.*»

## CAPÍTULO III.

DONDE SE PROSIGUE LO QUE PROMETIÓ EL PRIMERO

ESTE tal rico de Campazas, hermano del gimna-  
 siarca, se llamaba Anton Zotes, familia arraigada en  
 Campos; pero extendida por todo el mundo, y tan  
 fecundamente propagada, que no se hallará en todo  
 el reino provincia, ciudad, villa, aldea ni aún al-  
 quería dónde no hiervan los Zotes, como garbanzos  
 en olla de potaje. Era Anton Zotes, como ya se ha  
 dicho, un labrador de una mediana pasada; hombre  
 de machorra, cecina y pan mediado los dias ordina-  
 rios, con cebolla ó puerro por postre; baca y cho-  
 rizo los dias de fiesta; su torrezno corriente por al-  
 muerzo y cena, aunque esta tal vez era un salpico de  
 baca; despensa ó agua-pié su bebida usual, ménos  
 cuando tenía en casa algun fraile, especialmente si  
 era prelado, lector, ó algun gran supuesto en la ór-  
 den, que entónces se sacaba á la mesa vino de Villa-  
 maran ó del Páramo. El genio bondadoso en la cor-  
 teza, pero en el fondo un si es no es suspicáz,  
 envidioso, interesado y cuentero: en fin, legitimo  
*bonus vir de Campis*. Su estatura mediana, pero for-  
 nido y repolludo; cabeza grande y redonda, frente

estrecha, ojos pequeños, desiguales y algo taimados; guedejas rabi-cortas, á la usanza del Páramo, y no consistoriales como las de los Sexmeros del Campo de Salamanca: pestorejo, se supone, á la geronimiana, rechoncho, colorado y con pliegues. Este era el hombre interior y exterior del tío Anton Zotes, el cual, aunque había llegado hasta el banco de abajo de medianos con ánimo de ordenarse, porque dicen que le venía una capellanía de sangre, en muriendo un tío suyo, arcipreste de Villaornate; pero al fin le puso pleito una moza del lugar, y se vió precisado á ir por la Iglesia, mas no al coro, ni al altar, sino al santo matrimonio. El caso pasó de esta manera.

2. Hallábase estudiando en Villagarcía, y ya medianista como se ha dicho, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaron *los quince días*, que así se llaman las vacaciones que hay en la Semana Santa, y en la de Pascua, y fué á su lugar, como es uso y costumbre en todos los estudiantes de la redonda. El diablo que no duerme, le tentó á que se vistiese de penitente el Jueves Santo; y es, que como el estudiantico ya era un poco espigado, adulto y barbucubierto, miraba con buenos ojos á una moznuela vecina suya, desde que habían andado juntos á la escuela del sacristan, y para cortejarla más, le pareció cosa precisa salir de disciplinante; porque es de saber, que este es uno de los cortejos de que se pagan más todas las mozas de Campos, donde ya es observacion muy antigua, que las más de las bodas se fraguan el Jueves Santo, el día de la Cruz de Mayo, y las tardes que hay baile, habiendo algunas tan

devotas y tan compungidas, que se pagan más de la pelotilla y del ramal, que de la castañuela. Y á la verdad, mirada la cosa con ojos serenos y sin pasion, un disciplinante con su cucurucho de á cinco cuartas, derecho, almidonado y piramidal; su capillo á moco de pavo, con caida en punta hasta la mitad del pecho; ¿pues qué si tiene ojeras á perspunte, rasgadas con mucha gracia? con su almilla blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle: dos grandes trozos de carne mómia, maciza y elevada, que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo, que corre de alto á bajo entre una y otra, que como están cortadas en figura oval, á manera de cuartos traseros de calzon, no parece sino que las nalgas se han subido á las costillas, especialmente en los que son rechonchos y carnosos; sus enaguas ó su faldon campanudo, pomposo y entre-plegado. Añádase á todo esto, que los disciplinantes macarenos y majos suelen llevar sus zapatillas blancas; con cabos negros, se entiende cuando son disciplinantes de devocion y no de cofradía, porque á éstos no se les permiten zapatos, salvo á los penitentes de luz, que son los jubilados de la órden. Considérese después, que este tal disciplinante que vamos pintando saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio, y pendiente de una cuerda de cáñamo empegada para mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura, que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo, que apoya el codo derecho sobre el hijar del mismo lado (ménos que sea zurdo

nuestro disciplinante, porque entónces es cosa muy necesaria advertir, que todas estas posturas se hacen al contrario), que sin mover el codo y jugando únicamente la mitad del brazo derecho comienza á sacudirse con la pelotilla hácia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia, que de esta manera ha de venir á dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espaldares, por reglas inconcusas de anatomía, que dejó escritas un cirujano de Villamayor, mancebo y aprendiz que fué de otro de Villarramiel. Contéplase finalmente como empieza á brotar la sangre, que en algunos, sino es en los más, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez, que brotan leche de empear botas; como vá salpicando las enaguas, se distribuye en canales por el faldon, como le humedece, como le empapa, hasta entraparse en los pernejonés del pobre disciplinante. Y digámos con serenidad el más apasionado contra las glorias de Campos; si hay en el mundo espectáculo más galán, ni más airoso; si puede haber resistencia para este hechizo, y sino tienen buen gusto las mozanconas, que se van tras los penitentes, como los muchachos tras los gigantes y la Tarasca el día del Corpus?

3. No se le ocultaba al bellaco de Anton esta inclinacion de las mozas de su tierra, y así salió de disciplinante el Jueves Santo, como ya llevamos dicho. A la legua le conoció Catanla Rebollo (que este era el nombre de la doncella su vecina, y su condiscípula de escuela); porque además de que en toda la procesion no habia otro caperuz tan chuseo ni tan empinado, llevaba por contraseña una cinta negra, que ella misma le habia dado al despedirse por San

Lúcas para ir á Villagarcía. (1) No le quitaba ojo en toda la procesion, y él, que lo conocia muy bien, tenia gran cuidado de cruzar de cuando en cuando los brazos, encorvar un poco el cuerpo y apretar las espaldas, para que exprimiesen la sangre, haciendo de camino un par de arrumacos con el caperuz, que es uno de los pasos tiernos á que están más atentas las doncellas casaderas; y el patan que le supiere hacer con mayor gracia, tendrá mozas á escoger, aunque por otra parte no sea el mayor jugador de la calva ó del morrillo, que haya en el lugar. Al fin, como Anton se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los mayordomos de la Cruz, que gobernaba la procesion, le dijese que se fuése á curar. Catanla se fué tras él, y como vecina se entró en su casa, dónde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y estopas, que es todo el aparato de estas curaciones. Estrujáronle muy bien las espaldas, por si acaso habia quedado en ellas algun vidrio de la pelotilla; laváronselas, aplicáronle la estopada, vistióse, embozóse en su capa parda, y los demás se fueron á ver la proce-

(1) Con la gracia que se viene observando, critica aquí el autor, muy oportunamente, á los que asisten á las prácticas piadosas de la Religión, con objetos profanos. Siempre ha habido esta clase de devotos que poniendo una vela á San Miguel y otra al diablo, se han creído ser modelos de virtud, olvidando la sentencia del Evangelio que dice: *No se puede servir á dos señores*. Ninguna ocasión es ménos apropiada para buscar amores que una procesion de penitencia, en la que el espíritu debe recogerse completamente á la meditacion de las cosas eternas. En Anton, presenta el escritor uno de esos muchos tipos, para los que una procesion de penitencia ó un acto cualquiera religioso es para ellos un espectáculo, como la asistencia á un baile.

sion, ménos Catanla, que dijo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe: solo consta de los anales de aquel tiempo, que vuelto Anton á Villagarcía, comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisieron se ordenase á título de la capellanía; que él, por debajo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casaron; y que para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habian corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

## CAPÍTULO IV.

ACÁBASE LO PROMETIDO.

PARIÓ, pues, la tia Catuja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre, y se dejó, por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria ó en alusion á su apellido; porque aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decia el licenciado Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leído, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle, que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldan, Florismarte ni el de Turpin, y que esto no embargante no le habia estorbado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dijo entónces el tio Anton, pues no tengo leído otra cosa; y es, que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabia tan de memoria como



sion, ménos Catanla, que dijo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe: solo consta de los anales de aquel tiempo, que vuelto Anton á Villagarcía, comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisieron se ordenase á título de la capellanía; que él, por debajo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casaron; y que para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habian corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

## CAPÍTULO IV.

ACÁBASE LO PROMETIDO.

PARIÓ, pues, la tia Catuja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre, y se dejó, por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria ó en alusion á su apellido; porque aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decia el licenciado Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leído, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle, que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldan, Florismarte ni el de Turpin, y que esto no embargante no le habia estorbado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dijo entónces el tio Anton, pues no tengo leído otra cosa; y es, que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabia tan de memoria como

la dedicatoria del gimnasiarca. Llámese Perote, y no se hable más en la materia. Pero el cura del lugar que se hallaba presente, reparó en que *Perote Zotes* no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarronería, que *Zote* era consonante de *Perote*, y que él había leído, no se acordaba dónde, que esto se debía evitar mucho cuando se hablaba en prosa. No gaste usted tanta, señor cura, replicó el padre del niño, que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Geromo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos ni oímos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia fácilmente con llamar al niño *Perote de Campazas*, dándole por apellido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, según nos informan las historias más verídicas; y así vemos hablar en ellas de *Oliveros de Castilla*, de *Amadis de Gaula*, de *Artus de Algarve*, y de *Palmerin de Hircania*, constándonos ciertamente, que estos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de las provincias ó reinos dónde nacieron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisieron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usaron los que fueron por las armas, sino también los que fueron por las letras, y dejaron escritos algunos libros famosos, como el *Piscator de Sarrabal*, el *Dios Momo*; la *Carantamaña*, el *Lazarillo de Tormes*, la *Picara Justina* y otros muchos que tengo leídos, cuyos autores, dejando el propio apellido, tomaron el de los lugares dónde nacieron para ilustrarlos: y á mí me dá el corazon, que este niño ha de ser hombre de prove-

cho, y así llámese por ahora *Perotico de Campazas*, hasta que con la edad y con el tiempo le podamos llamar *Perote á boca llena*.

2. No en mis dias, dijo la tia *Catlanla*. *Perote* suena á cosa de *perol*, y no ha de andar por ahí el hijo de mis entrañas, como andan los *peroles* por la cocina. Punto en boca, señores, exclamó *Anton Zotes* de repente. Ahora me incurre un estupendísimo nombre, que jamás se impuso á ningun nacido, y se ha de imponer á mi chicote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el Padre Santo de Roma. Lo primero y principal, porque *Gerundio* es nombre singular, y eso busco yo para mi hijo. Lo segundo, porque me acuerdo bien, que cuando estudiaba con los teatinos de *Villagarcía*, por un *Gerundio* gané seis puntos para la vanda, y es mi última y postrimera voluntad hacer inmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3. Hizose así ni más ni ménos, y desde luego dió el niño grandes señales de lo que había de ser en adelante, porque ántes de dos años ya llamaba *pueca* á su madre con mucha gracia, y decia *no chero*, *cuerno* tan claramente como si fuera una persona; de manera, que era la diversion del lugar, y todos decian que había de ser la honra de *Campazas*. Pasando por allí un fraile lego, que estaba en opinion de Santo, porque á todos trataba de *tú*, llamaba *bichos* á las mujeres, y á la *Virgen la Borrega*, dijo que aquel niño había de ser fraile, gran letrado y estudiando predicador. El suceso acreditó la verdad de la profecía; porque en cuanto á fraile, lo fué tanto co-

mo el que más, lo de gran letrado, sino se verificó en esto de tener muchas letras, á lo ménos en cuanto á ser gordas y abultadas las que tenia, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo más que desear, porque este fué el talento más sobresaliente de nuestro Gerundico, como se verá en el discurso de la historia.

4. Aún no sabia leer ni escribir, y ya sabia predicar; porque como pasaban por la casa de sus padres tantos frailes, especialmente cüesteros, verederos, predicadores sabatinos, y aquellos que en tiempo de cuaresma y adviento iban á predicar á los mercados de los lugares circunvecinos, y estos unas veces rogados por el tio Anton Zotes, y por su buena mujer la tia Catanla; otras (y eran las más) sin esperar á que se lo rogasen, sobremesa sacaban sus papelonnes, y ni más ni ménos que si estuvieran en el púlpito, leian en tono alto, sonoro y concionatorio lo que llevaban prevenido; el niño Gerundio tenia gran gusto en oírlos, y después en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oia, que no parece sino que estos se le quedaban mejor; y si por milagro los oia alguna cosa buena, no habia forma de aprenderla.

5. En cierta ocasion estuvo en su casa á la cuesta del mes de Agosto un padrecito de estos atusados, con su poco de copete en el frontispicio, cuelli-erguido, barbi-rabio, de hábito limpio y plegado, zapato chusco, calzon de ante, y gran cantador de jácaras á la guitarrilla, del cual no se apartaba un punto nuestro Gerundico, porque le daba confites. Tenia el buen padre mitad por mitad tanto de presumido, co-

mo de evaporado, y contaba, como estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le habia enviado su Prelado á predicar un sermon de ánimas á Cabrerizos, y que habian concurrido á oírle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella universidad, por el crédito que habia cogido en ella con ocasion de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado *in sacris*, de quién era pública voz y fama, que después de haber recibido el subdiaconato subrepticamente y á hurtadillas, habia estado un año en la cárcel eclesiástica de su tierra; por cuanto tres doncellas honradas habian presentado al señor provisor tres papeles con palabra de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió á proseguir sus estudios á Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paisano suyo, el cual comenzó por aquello de *aprehenderunt septem mulieres virum unum*; encajó después lo de *filii tui de longe venient, et filia tua de latere surgent*: y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio rectorum benedicetur*. Y puesto que los textos y lugares de la Sagrada Escritura en semejantes composiciones puramente retóricas y prófanas son tan impertinentes y tan importunos como las fábulas y los versos de los poetas antiguos, usados á pasto y con inmoderacion, lo son en los sermones: no embargante tampoco, que el tal fraile incurrió boniticamente en excomunion, que el Sagrado Concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la Sagrada Escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrerias, la tal arenga

tuvo su aplauso á título de truhanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6. Pues como supieron que predicaba en Cabrerizos el sermón de ánimas, concurren con efecto á oírle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (haylos de todas clases y especies), que se huelgan á todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermón, que repetía muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos donde se hospedaba. Oigan ustedes por vida suya como comenzaba, dijo la primera noche de sobremesa á Anton Zotes, á su mujer y al cura del lugar, que había concurrido al levantarse los manteles, para cortejar al fraile y brindar á la salud de su buena venida, como es uso en toda buena crianza.

7. Fuego, fuego, fuego, que se quema la casa: *Domus mea, domus orationis vocabitur.* (1) Ea, sacristán, toca esas retumbantes campanas: *In cymbalis bene sonantibus.* (2) Así lo hace; porque tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa, como dijo el discreto Picinelo: *Lazarus amicus noster dormit.* (3) Agua, señores, agua, que se abrasa el mundo; *¿Quis dabit ca-*

(1) Como quiera que para comprender suficientemente la disparatada aplicación de textos de la Sagrada Escritura, es necesario tener conocimiento del idioma latino, iremos dando la traducción de muchos de los que se encontrarán en el curso de esta obra para los que no saben latino: *Domus mea, domus orationis vocabitur*: quiere decir: *Mi casa, casa de oración será llamada*, (S. Mateo, cap. XVI, v. 13.)

(2) Con cimbales sonoros. (Salm. CL. v. 5.)

(3) Lázaro nuestro amigo, duerme. (S. Juan cap. XI, v. 11.)

*piti meo aquam?* (1) La interlineal: *Qui erant in hoc mundo* (2). Paguino: *Et mundus eum non cognovit*, (3) pero; qué veo; ay, cristianos, que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animæ*, y sirve de yesca á las voraces llamas derretida pez: *Requiescant in pace, id est, in pice*, como expone Vatablo; fuego de Dios; ¡cómo quema! *Ignis à Deo illatus*. Pero, albricias, que ya baja la Virgen del Cármen á librar á las que trajeron su devoto escapulario: *Scapulis suis*. Dice Cristo, favor á la justicia: dice la Virgen, válgame la gracia. *Ave María*.

8. Anton Zotes estaba pasmado; á la tía Catanla se la caía la baba; el cura del lugar, que se había ordenado con reverendas de Sede-vacante, y entendía lo que rezaba como cualquiera monja, le miraba como atónico; y juró por los santos cuatro Evangelios, que aunque había oído predicar la Semana Santa de Campazas á los predicadores sabatinos más famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba á la suela del zapato. No acababa de ponderar aquel chiste de comenzar un sermón de ánimas con *fuego, fuego, que se quema la casa*; ¡pues qué el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar á muerto, que tocar á fuego? Tenga usted, señor cura, le interrumpió el padre, atargándole la caja para que tomase un polvo, que eso tiene más alma de la que parece. Las almas de los difuntos ó están en la gloria, ó están en

(1) ¿Quién dará agua á mi cabeza? (Jerem. cap. IX, v. 1.)

(2) Los que estaban en el mundo.

(3) Y el mundo no le conoció. (S. Juan 1.)

el infierno, ó están en el purgatorio: por las primeras no se toca, porque no han de menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan; con que solo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas: pues eso y tocar á fuego, allá se va todo. Ahora prosiga usted con su glosa, que me dá mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religion: que aunque es hombre grave en la órden y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que fuese Prelado, y me dijo, que el sermón era un bato de disparates, añadiendo, que eran delatables á la inquisición.

9. Todos somos hombres, replicó el cura, y como de esas envidias se ven en las religiones. A fé, que acaso su reverendísima el tal Padre Maestro en todos los dias de su vida daría con una cosa tan oportuna como aquella de *agua, agua, que se quema la casa*, con ser así, que después de haber tocado las campanas á fuego, se estaba cayendo de su peso el pedir agua. Añada usted, le dijo el Padre Colegial, que ahí se hace alusión al agua bendita, la cual, como usted sabe, es uno de los sufragios más provechosos para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es claro, respondió el cura, porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo explico yo en la misa á mis feligreses. Desde que se lo oí predicar á su mercé (saltó la tía Catanla) tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre, porque diz que cada gota de agua bendita, que cae sobre ella, apaga una gota del fuego del purgatorio. Lo

que más me admira, continuó el cura, es la propiedad de los textos, que no parece sino que V. Paternidad los trae en la manga; y cuando habla de agua, luego saca un texto, que habla de agua; cuando de casa, de casa; y cuando de mundo, de mundo; todos tan claros, que los entenderá cualquiera, aunque no haya estudiado latin. Ese es el chiste, respondió el Padre; ¿pero va que no sabe usted por qué traje el texto de *Lazarus amicus noster dormit*, cuando dije, que tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa? Confieso que no lo entendí, dijo el buen cura; y que aunque me sonó á despropósito, pero como veo el grande ingenio de V. Paternidad, lo atribuí á mi rudeza, y desde luego creí, que sin duda se ocultaba algun misterio; ¿Y cómo que le hay? prosiguió el fraile: y sino dígame usted, ¿cuándo Cristo resucitó á Lázaro, no estaba este muerto? Así lo dice San Agustín, Lira, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que esta es la sentencia más probable; porque aunque el texto dice que dormía, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño, como lo notó doctamente el sapientísimo idiota. Pues ahora, habiendo yo dicho *tocar á muerto*, venía de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogería yo á Lázaro más que á otro? Aquí está el chiste; porque el mayordomo de la Cofradía de las Animas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, al cual enviaba de limosna todos los años un cordero, y media cántara de vino. Por eso dije, *Lazarus amicus noster*; que al oírlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos, que estaban delante del púlpito, sentados en

el banco de la señora Justicia, dieron muchas cabezadas, mirándose unos á otros. No pudo contenerse el cura: levantóse del asiento, y echando al Padre los brazos al cuello, le dijo casi llorando de gozo: padre, vuesa Paternidad es un demonio; y añadió Catanla: ¡benditas las madres, que tales hijos paren!

10. A todo esto estaba muy atento el niño Gerundio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero como la conversacion se iba alargando y era algo tarde, vinole el sueño, y comenzó á llorar. Acostóse su madre, y á la mañana, como se había quedado dormido con las especies que había oído al Padre, luego que despertó se puso de piés y en camisa sobre la cama, y comenzó á predicar con mucha gracia el sermón, que había oído por la noche, pero sin atar ni desatar, y repitiendo no más que aquellas palabras más fáciles, que podía pronunciar su tiernecita lengua, como *fuego, agua, campanas, sacristan, tío Lázaro*, y en lugar de Picinelo, Pagnino y Vatable, decía *pañuelo, pollino, y buen nabo*, porque aún no tenía fuerza para pronunciar la *l*. Anton Zotes y su mujer quedaron aturcidos: diéronle mil besos, despertaron al padre colegial, llamaron al cura, dijeron al niño que repitiese el sermón delante de ellos; y él lo hizo con tanto donaire y donosura, que el cura le dió un ochavo para avellanas, el fraile seis chochos, su madre un poco de turrón de Villada, que había traído de una romería; y contando la buena de la Catanla la profecía del bendito lego (así le llamaba ella), todos convinieron en que aquel niño había de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle á la escuela de Villaornate, dónde había un maestro muy famoso.

## CAPITULO V.

DE LOS DISPARATES QUE APRENDIÓ EN LA ESCUELA DE VILLAORNATE.

ÉRALO un cojo, el cual siendo de diez años se había quebrado una pierna por ir á coger un nido. Había sido discípulo en Leon de un maestro famoso, que de un rasgo hacia una pájara, de otro un pavillon, y con una A ó con una M al principio de una carta, cubria toda aquella primera llana de garambainas. Hacia carteles, que dedicaba á grandes personajes, los cuáles por lo comun se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el maestro socialifias, á él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles, que llaman de letras de humo, y con efecto pintaba un *Atabado* que podia arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama, que por lo ménos había salido tan primoroso garambainista, como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo comun son ladinos y avisados, este tal cojo de quién vamos hablando, no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y en extravagante. Como salió

tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo á seguir la carrera de las escuelas; esto es, á ser maestro de niños: y para soltarse en la letra, se acomodó por dos ó tres años de escribiente con el notario de la vicaría de San Millán, el cual era hombre curioso, y tenía algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre estos había tres libritos de ortografía, cuyos autores seguían rumbos diferentes y aún opuestos, queriendo uno que se escribiese según la etimología ó derivación de las voces; otro defendiendo, que se había de escribir como se pronunciaba; y otro, que se debía seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lecciones, *ex omni lingua, tribu, populo et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservación, ó el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografía era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa; no habiendo en el mundo cosa más lastimosa, que el que se llamasen escritores los que no sabían escribir. Sobre este pié metía cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinión. Al etimologista y derivativo, se le partía el corazón de dolor, viendo á innumerables españoles indignos, que escribían *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y esta de *Hispaan*, aquel héroe,

que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de dónde en lengua *Punica* se vino á llamar *Hispania*, toda tierra dónde había mucha gazapina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aún tiene origen y cuna más brillante, pues no viene ménos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del sol cuando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir, el cual á ojos vistos se ve que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola á esta la *H* con sacrilega impiedad, obscurecióse todo el esplendor de su clarísimo origen; y los que hacen esto se han de llamar españoles; ¡ó indignidad! ¡ó indecencia!

5. Pero dónde perdía todos los estribos de la paciencia y aún de la razón, era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre ó corruptela de haber introducido la *Y* griega, cuando servía de conjunción, en lugar de la *I* latina, que sobre ser más pulida y más pelada, tenía más parentesco con el *et* de la misma lengua, de dónde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece á la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; ó aunque no fuera más que por esta gravísima razón, debía desterrarse de toda escritura culta y aseada. Por esto, decía dicho etimologista: siempre que leo en algún autor *y Pedro, y Juan, y Diego*, en lugar de: *i Pedro, i Juan, i Diego*, se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, y no me puedo contener sin decir entre dientes: Hi-de-pu... Y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones á aquellos celebérrimos auto-

res, que saben cual es su *I* derecha, y entre otros á dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo, y envidia de los futuros, los cuales en sus dos importantísimos tratados de ortografía, han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo y diré mil veces, que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor, que despreciando la etimología y la derivacion pretendia que en las lenguas vivas se debía escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver como se encendia, como se irritaba, como se enfurecia contra la introduccion de tantas *hh*, *nn*, *ss*, y otras letras impertinentes, que no suenan en nuestra pronunciacion. Aquí de Dios, y del Rey (decia el tal autor, que no parecia sino portugués en lo fanfarron y en lo arrogante): Si pronunciamos *ombre*, *onra*, *ijo* sin aspiracion ni alforjas; á qué ton hemos de pegar á estas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra, ni calabaza, sino un recuerdo, ó un punto aspirativo? Y si se debe aspirar con la *h*, siempre se pone; ¿por qué nos reímos del andalúz cuando pronuncia *jijo*, *jorra*, *jombre*? Una de dos; ó él habla bien, ó nosotros escribimos mal; pues ¿qué diré de las *nn*, *ss*, *rr*, *pp* y demás letras dobles, que desperdiciamos lo más lastimosamente del mundo? Si suena lo mismo *pasion* con una *s* que con dos; *inocente* con una *n* que con dos; *Philipo* con una *p* que con dos; *zut quid perditio hæc*? Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, ó en las

cuáles, sino se doblan, se puede confundir su significado con otro, como en *perro* para distinguirle de *pero*, en *parro*, para diferenciarle de *paro*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivocarse con otro algun significado; ¿para qué hemos de gastar una *r* más, que después puede hacernos falta para mil cosas? ¿Es esto más que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que malbaratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven á nosotros, y con las cuáles se podian remediar muchísimas pobres naciones, que no tienen una *u* que llegar á la boca: v. gr. en *qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiero*, et reliqua; ¿no me dirán ustedes, qué falta nos hace la *u*, puesto que no se pronuncia? ¿Estaria peor escrito *qiero*, *qé*, *por qé*, *para qé*, etc.? Añado, que como la misma *q* lleva envuelta en su misma pronunciacion la *u*, podíamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aún en aquellas voces en que claramente suena esta letra: porque; ¿qué inconveniente tendria, que escribiésemos *qerno*, *qando*, *qales*, para pronunciar *querno*, *quando*, *quales* (1)? Aún hay más en la materia: puesto que la *k* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distingámos de tiempos y concordarémos derechos, quiero decir, desterraremos la *q* de todas aquellas palabras en que

(1) Dejamos en estas palabras la ortografía con que fueron escritas, que es la que se usaba en el siglo XVIII. Ya comprende el lector que hoy escribiríamos *cuerno*, *cuando*, *cuales*.



no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *K*, pues aunque así se parecerá la escritura á los Kyries de la Misa, no perderá nada por eso. Vaya un verbi gracia de toda esta ortografía.

5. «El ombre ke kiera escribir coretamente, uya quanto pudiere de escribir akellas letras, ke no se egspresan en la pronunciacion; porke es desonra de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña su madre, &c.» Cuéntense las *uu* que se ahorrán en solo esté periodo, y por aquí se sacará las que se podrian ahorrar al cabo del año en libros, instrumentos y cartas; y luégo extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista, que era de opinion que en esto de escribir se habia de seguir la costumbre, no se metia en dibujos; y haciendo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas bagatelas, decia, que en escribiendo como habian escrito nuestros abuelos, se cumplia bastante-mente: y más cuando en esto de ortografía, hasta ahora no se habian establecido principios ciertos y generalmente admitidos, más que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingia los que se le antojaba. El cojo, que como ya dijimos era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vió que la materia tenia mucho de arbitraria, y que cada cual discurría segun los senderos de su corazon, le vino á la imaginacion un extraño pensamiento, parecióle que él tenia tanto caudal como cualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aún se lisonjeó su vanidad, que acaso daria con uno jamás oido ni ima-

ginado, que fuese más racional y más justo que todos los descubiertos; figurándosele, que si acertaba con él, se haria el maestro de niños más famoso, que habia habido en el mundo, desde la fundacion de las escuelas hasta la institucion de los escolapios *inclusive*.

7. Con esta idea comenzó á razonar allá para consigo, diciéndose á sí mismo; ¡Válgame Dios! las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representacion de las palabras; con que por fin y postre ellas tambien vienen á ser representacion de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, esas serán las más propias y adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña la debo escribir con letra pequeña, y cuando grande con letra grande. Verbi gracia; ¿que cosa más impertinente, que hablando de una pierna de vaca, escribirla con una *v* tan pequeña, como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruin, como si tratára de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí; ¿hay cosa más graciosa, ó por mejor decir más ridícula, que igualar á Zaqueo en la *Z*, con Zorobabel y con Zabulon; siendo así, que consta de la Escritura, que el primero era pequeñito y casi enano, y los otros dos cualquiera hombre de juicio los concibe por lo menos tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigante del dia del Corpus? ¿Por qué pensar, que no llenaban tanto espacio de aire, como llenan de boca, *proportione servata*? ¿Es cuento de niños? ¡Pues vé aquí, que sal-

gan Zaqueo y Zabulon en un escrito; y que siendo ó habiendo sido en sí mismo tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura! Vaya, que es un grandísimo despropósito. Item, si se habla de un hombre, en quien todas las cosas fueron grandes, como si dijéramos un San Agustín, ponderando su talento, su ingenio, su comprensión; ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos por comparanza de las del autor del *Poema Epico de la Vida de S. Anton*, y otros de la misma calaña? Eso sería cosa ridícula, y aún ofensiva á la grandeza de un Santo Padre de tanta magnitud. Fuera de que, ¿dónde puede haber mayor primor, que el hacer que cualquiera lector, solo con abrir un libro, y ántes de leer ni una sola palabra, conozca por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magníficas y abultadas? ¿Y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, ménos tal cual que sobresale á trechos, como los pendones en la procesion, cierre incontinenti el libro, y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes? Quiero explicar esto con el ejemplo de un estupendo sermón, predicado al mismo S. Agustín, el mejor que he oído ni pienso oír en los días de mi vida. Preguntaba el predicador; ¿por qué á San Agustín se le llamaba el *Gran Padre de la Iglesia*, y á ningun otro Santo Padre ni doctor de ella se le daba este *epiteto*? (Así decia él). Y respondió:

8. «Porque mi Agustino, no solo fué Gran Padre;

»sino Gran Madre y Gran Abuelo de la Iglesia. Gran Padre, porque ántes de su conversion tuvo muchos hijos, aunque no se logró más que uno. Gran Madre, porque Concibió y Parió muchos Libros. Gran Abuelo, porque Engendró á los Ermitaños de San Agustín, y los Ermitaños de San Agustín engendraron después todas las Religiones mendicantes, que siguen su Santa Regla, las cuáles todas son Nietas del Grande Agustino. Y note de paso el discreto, que la Regla destruye la Maternidad, y la Regla fué la que aseguró la Maternidad de mi Gran Padre. *Magnus Parens.*»

9. Este trozo de sermón, que oí con estos mismísimos oídos, que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenia crédito de gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno del fuego; pero á mí me pareció, y hoy día me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermón, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas y garrafales en todo lo que toca á San Agustín, desde la primera vista llama la atención del lector, y le hace conocer, que allí se contienen cosas grandes, y, sin poderse contener, luego se abalanza á leerlo: cuando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararía mientes en él, y quizá le arrimaría sin haber leído una letra. Así que en esta mi ortografía se logra; lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atención de los lectores. Y podía añadir lo cuarto, que también se logra la hermosura del mismo escrito; porque son

las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego da á entender, que aquella es huerta de Señor; cuando un libro todo de letras iguales y pequeñas, parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de frailes y gente ordinaria.

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro actual á fiel de fechos de Cojeces de abajo, la pretendió y la logró á dos paletadas; porque ya habia cobrado mucha fama en toda la tierra, con ocasion de los litigantes que acudian á la vicaria. Llovian niños como paja de todo el contorno á la fama de tan estupendo maestro; y Anton Zotes y su mujer resolvieron enviar allá á su Gerundico, para que no se malograra la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzó á distinguírle entre todos los demás niños. Sentábale junto á sí, haciale punteros, limpiábale los mocos, dábale avellanas y mondaduras de peras, y cuando el niño tenia gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos traseros de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas), y arremangándole la camiseta, le llevaba en esta postura hasta el corral, donde el chicuelo hacia lo que habia menester. No era oro todo lo que relucia; el bellaco del cojo sabia bien que no echaba en saco roto los cariños que hacia á Gerundico; porque á los buenos de sus padres se les caia la baba, y además de pagarle muy pun-

tualmente el real del mes, la rosca del sábado, que llevaba su hijo, era la primera y la mayor, si siempre acompañada con dos huevos de pava, que no parecian sino mesmamente como dos bolas de trucos. Amen de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo: esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar con dos buenas varas de longaniza, que era el coigajo del diade San Martin, nombre que tenia el maestro. Y cuando paria la señora (así llamaban los niños á la maestra), era cosa sabida que la tia Catanla la regalaba con dos gallinas las más gordas que habia en su gallinero, y con una libra de vizeochos, que se traian exprofesamente de la confitería de Villamañan. Con esto se esmeraban maestro y maestra en acariciar al niño, que la maestra todos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince dias le espulgaba la cabeza, y sacaba las liendres (1).

(1) Con tan fina critica, satiriza aqui el autor á los maestros, (que aún en la actualidad no faltan) que dedicando todos sus cuidados á los hijos de las familias opulentas, que premian sus desvelos con regalos, no se cuidan para nada de los niños que por ser de padres pobres no pueden corresponder de la misma manera. Para aquellos son siempre los premios, aunque sean tan zotes como Gerundio; para los otros los malos tratos.

## CAPÍTULO VI.

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO QUINTO, PORQUE YA VA LARGO.

PUES con este cuidado que el maestro tenia de Gerundio, con la aplicacion del niño y con su viveza é ingenio que realmente le tenia, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fué, que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular á todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamás hubo forma de quitarle; y aunque muchas veces encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia), nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresion habian hecho en su ánimo los primeros disparates. El cojo los inventaba cada dia mayores; y habiendo leído en un libro, que se intitulaba *Maestro del maestro de niños*, que éste debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad; por cuanto enseña la experiencia, que la incongruidad, barbarismos y

solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas, que se les pegan cuando niños; él hacia grandísimo estudio de enseñarlos á hablar bien la lengua castellana: pero era el caso, que él mismo no podia hablarla peor; porque como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir, así como habia inventado una extravagantísima ortografía, así tambien se le habia puesto en la cabeza, que podia inventar una lengua no ménos extravagante.

2. Miétras fué escribiente del notario de San Millan, habia notado en varios procesos que se decia así: *cuarto testigo examinado, María Gavillan: octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo*. Esto le chocaba infinitamente; porque decia, que si los hombres eran testigos, las mujeres se habian de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos, y parecia romance de vizcaino. De la misma manera no podia sufrir, que el autor de la vida de Santa Catalina dijese: *Catalina sujeto de nuestra historia*; pareciéndole, que *Catalina* y *sujeto* eran mala concordancia, pues venia á ser lo mismo que si se dijera: *Catalina, el hombre de nuestra historia*, siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sujetos*, y las mujeres *sujetas*; ¿pues qué, cuando encontraba en un libro, *era una mujer no comun, era un gigante?* Entonces perdía los estribos de la paciencia y decia á sus chicos todo en cólera y furioso: ya no falta más sino que nos quiten las barbas y los calzones y se los pongan á las mujeres; ¿por qué no se dirá, *era una mujer no comun, era una gigante?* Y por

esta misma regla los enseñaba que nunca dijese, *el alma, el arte, el agua*, sino *la alma, la arte, la agua*, pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3. Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la gramática castellana, que comenzaban con *arre*, como *arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo*, &c. jurando y perjurando, que no había de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España; porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de los que conducían el bagaje de los godos y de los árabes. Decía á sus niños, que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros ó de machos á las personas. Y á este propósito los contaba, que yendo un padre maestro de cierta religion por Salamanca, y llevando por compañero á un frailecito irlandés recién trasplantado de Irlanda, que aún no entendía bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Río muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo: *arre, arre*. Preguntó el irlandesillo al padre maestro; ¿qué quería decir *are*, pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los extranjeros? respondióle el maestro, que aquello quería decir, que anduviesen los burros adelante. A poco trecho después encontró el maestro á un amigo suyo, con quién se paró á hablar en medio de la calle: la conversacion iba algo larga; cansábase el irlandés, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga á su compañero y le dijo con mucha gracia: *are, padre maestro, are*: lo cual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decía el cojo hecho

un veneno, que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía, que á los racionales nos traten de esta manera: y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear á él el cu...; y acabólo de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester á un niño, que todavía andaba en sayas, fuése delante de la mesa dónde estaba el maestro, puso las manicas, y le pidió la caca con grandísima inocencia; pero le dijo, que no sabía *arremangarse*. Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco, le respondió el cojo enfurecido: y diciendo y haciendo, le levantó las faldas, y le asentó unos buenos azotes, repitiéndole á cada uno de ellos: *anda, para que otra vez no vengas á arremangarnos los livianos*.

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundico; y como por otra parte en poco más de un año aprendió á leer por libro, por carta y por proceso, y aún á hacer palotes y á escribir de á ocho, el maestro se empeñó en cultivarle más y más, enseñándole lo más recóndito que él mismo sabía, y con lo que lo había lucido en más de dos convites de cofradía, asistiendo á la mesa algunos curas, que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno, que tenía en la uña todo el Larraga, y era un hombre que se perdía de vista, se quedó embobado, habiéndole oído en cierta ocasion.

5. Fué, pues, el caso, que como la fortuna ó la mala trampa deparaban al buen cojo todas las cosas

ridículas, y él tenía tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las más discretas, por no saber entenderlas ni aprovecharse de ellas, llegó á sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada: *el Villano Caballero*, que es copia mal sacada y peor zurcida, de otra que escribió en francés el incomparable Molière, casi con el mismo título. En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes, que pierden el tiempo en enseñar á los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro ó preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentacion de voces le enseña cómo se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasaje; y como era tan cojo de entenderas como de piés, entendiolo con la mayor seriedad del mundo, y la que en realidad no es más que una delicadísima sátira, se le representó como una leccion tan importante, que sin ella no podía haber maestro de niños, que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un día, pues, habiendo corregido las planas más aprisa de lo acostumbrado, llamó á Gerundico, hizole poner en pié delante de la mesa, tocó la campanilla á silencio, intimó atencion á todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: dime, hijo, ¿cuántas son las letras? Respondióle el niño prontamente: Señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado. Pues has de saber, continuó el cojo, que son veinte y cuatro, y sino cuéntalas. Contólas el niño, y dijo con intrepidez:

dez: Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco. Eres un tonto, le replicó el maestro, porque las dos *A a* primeras, no son más que una letra, con forma ó con figura diferente. Conoció que se habia cortado el chico, y para alentarle añadió: no extraño que siendo tú un niño, y no habiendo más que un año que andas á la escuela, no supieses el número de letras, porque hombres conozeo yo que están llenos de canas, se llaman doctísimos, y se ven en grandes puestos y no saben evantas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo! Y al decir esto, arrancó un profundísimo suspiro. La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela á unos idiotas, que no valian ni aún para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí: tiempo vendrá en que el sabrá rey lo que pasa. Vamos adelante.

7. De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *bocales* y otras *consonantes*. Las bocales son cinco, *a, e, i, o, u*; llámanse bocales porque se pronuncian con la boca; ¿pues acaso las otras, señor maestro (le interrumpió Gerundico con su natural viveza), se pronuncia con el cu...? y dijolo por entero. Los muchachos se rieron mucho; el cojo se corrió un poco, pero tomándolo á gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole: no seas intrépido y déjame acabar lo que iba á decir. Digo, pues, que las bocales se llaman así porque se pronuncian con la boca y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras bocales. Esto se explica mejor con los ejemplos. *A*, primera bocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *A*. Luego que oyó esto Gerundico, abrió su bo-

quita y mirando á todas partes, repetía muchas veces *a, a, a*; tiene razon el señor maestro. Y éste prosiguió: la *E* se pronuncia acercando la mandíbula inferior á la superior; ésto es, la quijada de abajo á la de arriba, *e*. A ver, á ver como lo hago yo, señor maestro, dijo el niño, *e, e, e: a, a, a, e*; ¡Jesús, y qué cosa tan buena! La *I* se pronuncia acercando más las quijadas una á otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hácia las orejas, *i, i*. Deje usted, ¿á ver si yo sé hacerlo? *i, i, i*. Ni más ni ménos, hijo mio, y pronuncias la *i* á perfeccion. La *O* se forma abriendo las quijadas y después juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hácia fuera y formando la misma figura de ellos como cosa redonda que representa una *o*. Gerundio con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó á hacer la prueba y á gritar *o, o, o*; el maestro quiso saber si los demás muchachos habían aprendido también las importantísimas lecciones que les acababa de enseñar, y mandó que todos á un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les habia explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusion y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a, a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El cojo andaba de banco en banco mirando á unos, observando á otros, y enmendando á todos: á éste le abria más las mandíbulas, á aquél se las cerraba un poco; á uno le plegaba los labios, á otro se los descosía; y en fin, era tal la gritería, la confusion y la zambra, que parecia la escuela ni más ni ménos al coro de la Santa Iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectacion.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias,

y muy aprovechado en necedades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio á Campazas; porque el maestro habia dicho á sus padres, que ya era cargo de conciencia tenerle más tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdía de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego á la gramática, porque habia de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó, hizo nuestro escolin ostentacion de sus habilidades y de lo mucho que habia aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar, y de un fraile, que iba con obediencia á otro convento, porque de estos apenas se limpiaba la casa. Gerundio preguntó al cura: ¿Á qué no sabe usted cuántas son las letras de la cartilla? El cura se cortó, oyendo una pregunta que jamás se la habian hecho, y respondió: hijo, yo nunca las he contado. ¿Pues cuéntelas usted, prosiguió el chico; y va un ochavo á que aún después de haberlas contado no sabe cuántas son? Contó el cura veinte y cinco, después de haberse errado dos veces en el *a, b, c*; y el niño, dando muchas palmadas, decia: ¡Ay! ¡ay! que le cogí, que le gané, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos *A* a primeras, y no es más que una letra escrita de dos modos diferentes. Después preguntó al padre: Vaya ¿otro ochavo á que no me dice usted cómo se escribe burro; con *b* pequeña ó con *B* grande? Hijo, respondió el buen religioso, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña. No señor, no señor, le replicó el muchacho: si el burro es pequeñito y anda todavía á la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se es-

cribe con B grande; porque dice señor maestro, que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con una P mayor, que una pierna de carnero. A todos les hizo gran fuerza la razon, y no quedaron ménos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo: y el buen padre confesó, que aunque habia cursado en las dos Universidades de Salamanca y Valladolid, jamás habia oido en ellas cosa semejante; y xuelto á Anton Zotes y á su mujer les dijo muy ponderado: señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien. Cuando el niño oyó *arrepentirse*, comenzó á hacer grandes espavientos, y á decir; ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué mala palabra; *arrepentirse!* no señor, no señor, no se dice *arrepentirse* ni cosa que lleve *arre*, que eso dice, señor maestro, que es bueno para los burros ó para las ruecas (*requas*, querrás decir, hijo, le interrumpió Anton Zotes, cayéndosele la baba): Si señor, para las *requas*, y no para los cristianos; los cuáles debemos decir *enrepenitir*, *enremangar*, *enreglar* el papel, y cosas semejantes. El cura estaba aturdido, el religioso se hacia cruces, la buena de la Catanla floraba de gozo, y Anton Zotes no se pudo contener sin exclamar, ¡*Vaya qué es bobada!* que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oída.

9. Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura, le dijo: Señor cura, pregúnteme usted de las vocales y de las

consonantes. El cura, que no entendia palabra de lo que el niño queria decir, le respondió: *de qué brobales, hijo; del brocal del pozo del humilladero, y del otro que está junto á la ermita de San Blas?* No señor, de las letras consonantes y de las vocales. Cortóse el bueno del cura, confesando, que á él nunca le habian enseñado cosas tan hondas. Pues á mí si, continuó el niño, y del rabo á oreja, sin faltarle punto ni coma, los encajó toda la ridícula arenga que habia oido al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes: y en acabando, para ver si la habian entendido, dijo á su madre: madrica ¿cómo se pronuncia la A? Hijo, cómo se ha de pronunciar: así, A, abriendo la boca. No, madre; pero ¿cómo se abre la boca? ¿cómo se ha de abrir, hijo, de esta manera, A. Que no es eso, señora: pero cuando usted la abre para pronunciar la A; ¿qué es lo que hace? abrirla, hijo mio, respondió la bonísima Catanla; ¡abrirla! eso cualquiera lo dice: tambien se abre para pronunciar E, y para pronunciar I, O, U, y entonces no se pronuncia A. Mire usted, para pronunciar A, se baja una quijada, y se levanta otra, de esta manera: y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, bajaba la inferior y subia la superior, diciéndola, que cuanto más abriese la boca, mayor seria la A que pronunciaría. Hizo después que el padre pronunciasse la E, el cura la I, el fraile la O, y él escogió por la más dificultosa de todas, la pronunciacion de la U, encargándoles, que todos á un tiempo pronunciasen la letra que tocaba á cada uno levantando la voz todo cuanto pudiesen, y observando unos á otros la postura de la boca, para que viesen



la puntualidad de las reglas, que le habia enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente; porque la tia Catanla la tenia hombruna y carraspeña, Anton Zotes clueca y algo á aternerada, el cura gangosa y tabacuna, el padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y berceñil, Gerundico atiplada y de chillido. Comenzó cada uno á representar su papel y á pronunciar su letra, levantando el grito á cual más podia: hundíase el cuarto, atronábase la casa, era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco á las puertas de la calle. Al estruendo y á la algazara de la casa de Anton Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba ó que habia sucedido alguna desgracia; entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que habia pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban á atarlos, cuando sucedió una cosa nunca creida, ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería, y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catanla abria tanto la boca para pronunciar su A, y naturaleza liberal la habia proveido de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullia una pera de donguindo hasta el pezon, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago, y de la traqui arteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubria hasta los vasos linfáticos, dónde excretaba la respiracion. Cesaron las voces, asustáronse todos,

hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula á su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente, y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió á encajar en su sitio natural, bien que, como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua, y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la funcion; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabia el niño Gerundio, y todos dijeron á su padre que le diese estudios, porque sin duda habia de ser obispo.

## CAPÍTULO VII.

ESTUDIA GRAMÁTICA CON UN DOMINE, QUE POR LO QUE TOCA AL ENTENDIMIENTO, NO SE PODIA CASAR SIN DISPENSACION CON EL COJO DE VILLAGORNADE.

En eso estaba ya Anton Zotes; pero la duda era, si le había de enviar á Villagarcía, ó á cierto lugar, no distante de Campazas, donde habia un domine, que tenia aturdida toda la tierra, y muchos decian, que era mayor latino que el famoso Taranilla. Pero la tia Catanla se puso como una furia, diciendo, que primero se habia de echar en un pozo, que permitir que su hijo fuese á Villagarcía, á que se le matasen los teatinos; porque su marido *todavía* tenia las señales de una *guelta* de azotes, que le habian dado en junta de generales, solo porque de cuando en cuando bebia dos ó tres azumbres de vino más de las que llevaba su *estómago*, y porque se iba á divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías, y cosas que las hacen los mozos más honrados, sin que perdian por eso casamiento, ni dejen de cumplir honradamente con la *Perrochia*, como cualquiera cristiano viejo. Con esto, por contentarla, se determinó finalmente, que el muchacho fuese á estudiar con el domine; y más, que Anton Zotes afirmaba con

juramento, que solo él habia construido la elegante dedicatoria de su hermano el gimnasiarca, sin errar punto: cosa que no habian hecho los mayores moralistas de todo el Páramo, ni ninguno de cuantos religiosos doctos se habian hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habian sido definidores.

2. Luego, pues, que llegó San Lucas, el mismo Anton llevó á su hijo á presentársele y á recomendarle al domine. Era este un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada, y ponderativa, furioso tabaquista, y perpétuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquin y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundacion habia sidó negro, pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversacion era taraceada de latin y de romance, citando á cada paso dichos, sentencias, hemistiquios y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos latinos antiguos y modernos, para apoyar cualquiera friolera. Dijole Anton Zotes, que aquel muchacho era hijo suyo, y que como padre queria darle la mejor crianza que pudiese. *Optimè enim verò*, le interrumpió luego el domine, esa es la primera obligacion de los padres *maximè* cuando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Dijolo Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quàm ut filiorum curam habeant; us præsertim quos Pluto non omnino insalutatos reliquit.* Añadió Anton Zotes, que él habia estudiado tambien su poco de gramática, y queria que su hijo la estudiase. *Qualis pater, talis filius*, le replicó el preceptor: aunque mejor lo dijo el otro,

hablando de las madres y de las hijas: *De meretrice puta, quod sit semper filia... Nam sequitur levitèr filia matris iter.* Lo que ya V. vé, cuan fácilmente se puede acomodar á los hijos respecto de los padres; y *obiter* sepa V. que á estos llamamos nosotros versos leoninos; porque así como el leon (*animal rugibile* le define el filósofo) cuando enrosca la cola, viene á caer la extremidad de ella (*cauda caudæ*, cola de la cola la llamé yo en una dedicatoria á la ciudad de Leon) sobre la mitad del cuerpo ó de la espalda de la rugible fiera; así la cola del verso que es la última palabra, como que se enrosca y viene á caer sobre la mitad del mismo verso. Nótelo V. en el exámetro: *puta-puta*: clavado: después en el pentámetro: *iter-levitèr*, de quien *iter* es eco. Porque, aunque un moderno (*quos Neotericos dicimus cultissimi latinorum*) quiera decir, que esto de los ecos es invencion pueril, ridícula y de ayer acá, *pace tanti viri*, le diré yo en sus mismas barbas, que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos, *juxta illud: Nusquam Græcula quod recantat echo.* Y si fuera menester citar á Aristóteles, á Eurípides, á Callimaco, y aún al mismo Gauradas, que no porque sea un poeta poco conocido, deja de tener más de dos mil años de antigüedad, yo le haría ver *luce meridiana clarius*, si era ó no era invencion moderna esto de los ecos; y luego le preguntaría, si era verosímil que inventase una cosa pueril y ridícula un hombre que se llamaba Gauradas; ¡*O furor; O insania maledicendi!*

Pues, señor, prosiguió Anton Zotes, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene más que diez años, *Ætas humanioribus litteris aptissima* (in-

terrumpió el pedante), como dijo Justo Lipsio; y aún con mayor elegancia en otra parte: *decennis Romance lingue elementis maturatus.* Porque si bien es verdad que de esa y aún de menor edad se han visto en el mundo algunos niños, que ya eran perfectos gramáticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud Anium Viterbiensem de præcocibus mentis partibus*); pero esos se llaman con razon monstruos de la naturaleza: *monstrum horrendum, ingens.* Y Quinto Horacio Flacco (*quem Lyricorum Antistilem extitisse, mortalium nemo iverit inficias*) no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: odi puero præcocos fructus.* Y el cojo de Villaornate, que fué su maestro..... (iba á proseguir el buen Anton). Tenga V., le cortó el enlatinizado domine: *Siste gradum, viatro.* ¡El cojo de Villaornate fué maestro de este niño? Sí, señor, respondió el padre; ¡*ó fortunate nate!* exclamó el eruditísimo preceptor; ¡ó niño mil veces afortunado! Muchos cojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leído V. en el curiosísimo tratado de *Claudis non claudicantibus*, de los cojos que no cojearon, tomando el presente por el pretérito, según aquella figura retórica, *presens pro præterito*, á quien nosotros llamamos *Enalage*: tratado que compuso un prevoste de los mercaderes de Leon de Francia, llamado monsieur Pericon; porque, sépalo usted de paso, en Francia hasta los pericones son monsieures, y pueden ser prevostes. *Imò potius*, sin recurrir á tiempos antiguos, *novissimis his temporibus*; en nuestros dias hubo en la misma Francia un celeberrimo cojo llamado Gil Menage,

que aunque no fué cojo *naturá suá*, al fin, sea como se fuese, él fué cojo real y verdadero; esto es, cojo *realitèr, et à parte rei*, como se explica con elegancia el filósofo: y no obstante de ser cojo, él era hombre sapientísimo: *sapientissimus claudorum quodquod fuerunt, et erunt*, que dijo doctamente Plinio el mozo. Pero, *meo videri*, en mi pobre juicio todos los cojos antiguos y modernos fueron cojos de teta, respecto del cojo de Villaornate; hablo, *intra suos limites*, en su línea de maestro de niños; y por eso dije, que este niño había sido mil veces afortunado en tener tal maestro; ¡*O fortunate nate!*

4. No lo es ménos, prosiguió Anton Zotes, en que V. lo sea suyo: *Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*, dijo mesurado el domine. Son palabras del Espíritu Santo, pero mejor lo dijo el Profano: *Post factum laudare decet, dum gloria certa*; Señor preceptor, ¡mejor que el Espíritu Santo! le preguntó Anton Zotes; pues qué; ahora se escandaliza V. de eso; ¿cuántas veces lo habrá oído en esos pulpitos á predicadores que se pierden de vista? así el Profeta Rey, así Jeremías, así Pablo; pero yo de otra manera. Eso que quiere decir sino..... pero yo lo diré mejor. *Præter quàm quod*: yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la Sagrada Escritura son poco á propósito para confirmar las reglas de la gramática: *Verba sacra scripturae grammaticis exemplis confirmandis parum sunt idonea*. Eso ya lo lei yo en no sé qué libro, cuando estudiaba en Villagarcía, replicó el buen Anton, y cierto que no dejé de escandalizarme. A ese llaman los teólogos, dijo el domine, *scandalum pu-*

*sillorum*, escándalo de parvulillos; y aunque dicen que no debe despreciarse, y en este particular me parece que llevan razon; pero tambien dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por más que ellos las digan.

5. Yo no me meto en esas honduras, respondió el bonazon de Anton Zotes; y lo que suplico á V. es, que me cuide de este muchacho, que yo cuidaré de agradecérselo, y que le mire como si fuera padre suyo. *Prima magistrorum obligatio*, respondió el domine, *quos discipulis parentum loco esse decet*, dijo á este intento Salustio. Es la primera obligacion del maestro tratar á los discípulos como hijos, porque ellos están en lugar de padres. ¿Y dime, hijo, le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso; has estudiado algunos cánones gramaticales? No señor, respondió el chico prontamente, los cánones que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato, que mi madre se las quitó á un pato grande que tenemos en casa: ¿no es así, padre? Sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho, y le dijo: *non quero à te hoc*, no te pregunto eso; preguntote, si traes alguna talega. Señor, la talega era cuando andaba en sayas; pero después que me puso calzones, me la quitó señora madre. *Non valeo à risu temperare*, dijo el domine y en medio de su grande seriedad, soltó una carcajada, añadiendo: *ingenium errando probat*, aún en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es, si has estudiado algo del arte; ¿ah? eso, si señor: ya llegué hasta *Musa*, *æ*. No has de decir así, querido; sino *Musa*, *Musæ*. No, señor, no, señor: mi

arte no dice *Musa*, *Musæ*, sino *Musa*, *æ*. Vaya, según eso ¿has estudiado en el arte de Nebrija? No, señor, en mi arte no está pintada ninguna lagartija, sino un león muy guapo; mirele usted, y enseñóle el león, emblema ó insignia de la oficina, que está en la llana del frontis.

6. No dejaron de caer en gracia á la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundio; pero volviéndose al padre, le dijo en tono ponderativo: *Ecce tibi sebosus*. Vé aquí uno de los errores tan crasos, como velas de sebo, que yo noto en este arte de Nebrija ó de la Cerda, de que usan los Padres de la Compañía, con quienes también estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres, y *hominum est errare*: son agudos, son buenos ingenios y muy despiertos; pero muy despierto y muy bueno fué el ingenio de Homero, y con todo eso, *quandoque bonus dormitat Homerus*. Lo primero comenzar la gramática por *musa musæ*, es comenzar por donde se ha de acabar: *cœpisti qua finis erat*: porque las musas, esto es, la poesía, es lo último que se ha de enseñar á los muchachos después de la retórica. Argumento es este que le he puesto á muchos jesuitas, clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme; pero ¿qué me habían de responder, sino tiene respuesta? *Deinde*, en la impresión de muchos artes, en lugar de poner *nominativo musa*, *genitivo musæ*, *dativo musæ*, *acusativo musam*, todo á la larga, y por extenso; por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *nom. musa, æ. Gen. æ. Dat. æ. Acus. am*: ¿y qué sucede? ó que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quam sit ridiculum*; ó que

sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo á pronunciar; *et nihil est tempore pretiosius*. Pero dónde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas, son en los tesauros, ya sea de Salas ya de Requejo. Va un niño á buscar un nombre, *exempli causa*, que hay por *madre*, y en lugar de encontrar *mater*, *matris*, halla *mater*, *tris*. Quiere saber que hay por *enviar*, y en vez de hallar *mitto*, *mittis*, encuentra *mitto*, *is*. Busca que hay por *camisa*, y en lugar de *subucula*, *subuculæ*, no lee más que *subucula*, *æ*. Antójasele, como al otro muchacho, escribir á su madre una carta latina, para darla á entender lo mucho que había aprovechado, en la cual la dice, que la envía una camisa sucia, para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *Mater, tris; mitto, is; subucula, æ; ut labo, us; quid tibi videtur*; ¿qué le parece á usted, señor Anton Zotes? ¿Qué me ha de parecer? que aunque había oído mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenía alguna experiencia; pero habiéndole oído ahora, me he quedado aturdido, y en llegando á mi lugar, he de dar muchas gracias á la mi Católica, porque me quitó de la cabeza el enviar al mi Gerundio á Villagarcía; pues después de Dios, á ella se le debe el que mi hijo merezca tener tan doctísimo maestro. Con esto se despidió del preceptor, dejó á su hijo en una posada, y se restituyó á Campazas, donde luego que llegó dijo á su mujer y al cura, que le estaban esperando á la puerta de la calle, que si Gerundio había tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, más afortunado había sido todavía en dar con un maestro como el domine, con quien le dejaba, por-

que era un latino de todos los diantres, y que todos los teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría. Déjelo, señor; aquello era una Babilonia: más de una hora estuvimos hablando mano á mano, y á cada palabra que yo le decia, luego me sacaba un rintero de textos en latin, que no parecia sino que los traia en el balsopeto de una engrarina muy larga que tenia puesta. Por (1) fin, y por postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuautem* de los maestros de escuela; pero en linea de preceptor, el domine de Villamandos es el *per omnia secula seculorum*, y mientras Campos sea Campos, no habrá quien le desquite.

7. Con efecto, el paralelo no podia ser más justo; porque si el cultísimo cojo tenia una innata propension á todo lo extravagante en orden á la ortografía y á la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo domine no podia tener gusto más estrafalario en todo lo que tocaba á latinidad, comenzando por la ortografía latina, y acabando por la poesía. A la verdad él entendia medianamente los autores, y habia leído muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo le caian más en gracia los que eran más retumbantes, y más ininteligibles. Preferia la afectada pomposidad de Amiano y Plinio el mozo, á la grave magestad de

(1) Esta critica es muy oportuna. Son muchos los que siendo unos verdaderos ignorantes, aprenden de memoria una ó dos docenas de textos y sentencias de filósofos que encajan en cualquier conversacion, vengan ó no á cuento, y creen de este modo poder pasar por hombres entendidos. Los que son tan ignorantes como ellos, se quedan pasmados al escuchar lo que creen erudición, al paso que los que son verdaderos sabios, se rien de los tales pedantes.

Ciceron; la oscuridad y la dureza de Valerio Máximo, á la dulce elegancia de Tito-Livio; los entusiasmos de Estacio, á la elevacion sublime y juiciosa de Virgilio: decia que Marcial era un insulso respecto de Catulo, y que todas las gracias del inimitable Horacio no merecian descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba furiosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triqui-traques del estilo de Casiodoro; y aunque no le habia leído sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaria pocas, que no estuviesen empedradas de sus cultísimos fragmentos, porque aprobacion sin Casiodoro, es lo mismo que sermon sin agustino, y olla sin tocino.

8. Para él no habia cosa como un libro, que tuviese título sonoro, pomposo y altisonante, y más si era alegórico y estaba en él bien seguida la alegoría. Por eso hacia una suprema estimacion de aquella famosa obra, intitulada: *Pentacontarchus, sive quinquaginta militum ductor; stipendiis Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni litterarum ditione monstra prostigantur, abdita panduntur, latebræ ac tenebræ pervestigantur, et illustrantur*. Quiere decir: El pentacontarcho, esto es, el capitán de cincuenta soldados, á sueldo de Ramirez de Prado, con cuyo valor y auspicio se persiguen y se ahuyentan varios monstruos de todos los dominios de la literatura; se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos más ocultos y se ilustran las más densas tinieblas. Porque, si bien es verdad, que el título no

puede ser más ridículo, y más cuando nos hallamos con que todo el negocio del señor Pentacontarcho se reduce á impugnar cincuenta errores, que al bueno de Ramirez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades, y no embargante, de que á la tercera paletada se le cansó la alegoría; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos ni compañías de soldados para salir á caza de monstruos ni fieras, y mucho ménos que sea incumbencia de la soldadesca examinar escondrijos, ni quitar el oficio á los candiles, á cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del domine no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrepitoso sonido de Pentacontarcho, capitán, soldados y estipendio, decia á sus discipulos que no se habia inventado título de libro semejante y que éste era el modo de bautizar las obras en culto y sonoro. Por el mismo principio le caia muy en gracia aquella parentacion latina, que se hizo en la muerte de cierto personaje llamado Fol-de Cardona, varon pio y favorecido con muchos consuelos celestiales, á la cual se la puso este oportúnísimo título: *Follis spiritalis, vento consolatorio turgidus acrophitio Sacre Scripture armatus, manuque Samaritani applicatus*. Es decir: Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolacion, aplicado al órgano de la Sagrada Escritura, siendo su entonador el Samaritano; ¿quién hasta ahora, decia el pedantisimo preceptor, ha escogitado cosa más discreta ni más elegante? Si alguna pudiera competirle, era el incomparable título de aquel elocuentísimo libro que se imprimió en Italia á fines del siglo pasado, con esta

armoniosa inscripcion: *Fratrum Roseæ crucis fama scancia redux, buccina jubilæi ultimi, Eva hyperboleæ prænuncia, muntium Europæ cacumina suo clangore seriens, inter colles, et valles Araba resonans*: fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz; trompeta sonora del último Jubileo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos ecos hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia. Esto es inventar y elevarse, que lo demás es arrastrar por el suelo. Y no que lospreciados de críticos y de cultos han dado en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros y tan naturales, que cualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra á la primera ojeada, queriéndonos persuadir que así se debe hacer, que lo demás es *pedanteria*, nombre sucio y mal sonante. Y al decir esto se espitraba de cólera el enfurecido domine. Por toda razon de un gusto tan ratero y tan vulgar, nos alegan, que ni Ciceron, ni Tito-Livio, ni Cornelio Nepote, ni algun otro autor de los del siglo de Augusto, usaron jamás de títulos rumbosos, sino simples y naturales. *Cicronis Epistolæ: orationes Cicronis, Cicero de Officiis: historia Titi-Livii: annales Cornelii Tacitii*; y daca el siglo de Augusto, terna el siglo de Augusto, que nos tienen ensigliados y en-Augustados los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto, y que cometieron muchos yerros, como lo dice expresamente la Iglesia en una oracion que comienza: *Deus qui errantibus*, y acaba: *per omnia secula seculorum*. Digan Ciceron, Tito-Livio y Tácito y cien Tácitos, cien Tito-Livios y cien Cicerones, lo que quisieren, todo

cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada: *Amphiteatrum sapientiæ eternæ, solius vere, Christiano-Cabalisticum, divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, ter-trium-Catholicum; instructore Henrico Conroth*. Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, untrino-católico, construido ó fabricado por Enrico Conroth. Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo á un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada cual con su esdrújulo corriente, que son comprensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Después de haberla llamado á esta *Amphyteatro*; ¿qué cosa más aguda ni más oportuna, ni más al caso, que decir *construido, fabricado, y no escrito, ni compuesto* por Enrico Conroth, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si éste no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

## CAPÍTULO VIII.

SALE GERUNDIO DE LA ESCUELA DEL DÓMINE, HECHO UN LATINO HORROROSO.

DESPUÉS de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldición, que si por nuestros pecados le hubiera comprendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus más ridículos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes, de que se compone un libro latino. Después del título del libro, les decia, se siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está, que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y más si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor; pues ¿qué si se le añade un *Ex* á muchos de sus dictados, como *ex-definidor, ex-provincial, etc.*, y se le junta que esteólogo de la nunciatura, de la Junta de la Concepcion, Consultor de la Suprema, Predicador de su Magestad de los del número: sobre todo, si en los tí-



cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada: *Amphiteatrum sapientiæ eternæ, solius vere, Christiano-Cabalisticum, divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, ter-trium-Catholicum; instructore Henrico Conroth*. Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, untrino-católico, construido ó fabricado por Enrico Conroth. Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo á un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada cual con su esdrújulo corriente, que son comprensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Después de haberla llamado á esta *Amphyteatro*; ¿qué cosa más aguda ni más oportuna, ni más al caso, que decir *construido, fabricado, y no escrito, ni compuesto* por Enrico Conroth, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si éste no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

## CAPÍTULO VIII.

SALE GERUNDIO DE LA ESCUELA DEL DÓMINE, HECHO UN LATINO HORROROSO.

DESPUÉS de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldición, que si por nuestros pecados le hubiera comprendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus más ridículos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes, de que se compone un libro latino. Después del título del libro, les decia, se siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está, que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y más si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor; pues ¿qué si se le añade un *Ex* á muchos de sus dictados, como *ex-definidor, ex-provincial, etc.*, y se le junta que esteólogo de la nunciatura, de la Junta de la Concepcion, Consultor de la Suprema, Predicador de su Magestad de los del número: sobre todo, si en los tí-

tulos se leen media docena de *Protos*, con algunos pocos de *Archis*, como proto-médico, proto-filomatemático, proto-químico, archi-historiógrafo? De contado es una grandísima recomendacion de la obra y cualquiera que tenga el entendimiento bien puesto y el juicio en su lugar, no ha menester más para creer, que un autor tan condecorado, no puede producir cosa que no sea exquisitísima; y entra á leer el libro ya con un conceptazo de la sabiduría del autor, que le aturrulla. Bien hayan nuestros españoles y tambien los alemanes, que en eso dan buen ejemplo á la república de las letras; pues aunque no impriman más que un folleto, sea en latin, sea en romance, un sermoncete, una oracioncilla, tal vez una mera consulta moral, ponen en el frontis todo lo que son y todo lo que fueron, y aún todo lo que pudieron ser, para que el lector no se equivoque y sepa quién es el sugeto que le habla; que no es ménos, que un lector jubilado, un secretario general, un visitador, un provincial, y uno que estuvo consultado para obispo. Así debe ser; pues sobre lo que esto cede en recomendacion de la obra, se adelanta una ventaja que pocos han reflexionado dignamente. Hoy se usan en todas partes bibliotecas de los escritores de todas las naciones, en que á lo ménos es menester expresar la patria, la edad, los empleos y las obras que dió á luz cada escritor de quien se trata. Pues con esta moda de poner el escritor todos sus dictados, y más si tienen cuidado de declarar la patria donde nacieron, como loablemente lo practican muchos, por no defraudarla de esa gloria, diciendo: *N. N. Genervosus Valentinus, nobilis Cesaraugustanus, clarissi-*

*mus cordubensis, et reliquia*; ahorran al pobre bibliotecario mucho trabajo, pesquisas y dinero; porque en abriendo cualquiera obra del escritor, halla su vida escrita por él mismo ante todas cosas.

2. Y aún por eso no solo no condeno sino que alabo muchísimo á ciertos escritores modernos, que si se ofrece buena ocasion, se dejan caer en alguna obrilla suya la noticia de las demás obras, que ántes dieron á luz, ya para que allí las encuentre juntas el curioso, y ya para que algun mal fin no les prohija partos que no son suyos; pues por la diversidad del estilo se puede sacar concluyentemente la suposicion del hijo espúreo. Por este importantísimo motivo se vió precisado á dar individual noticia de todas, ó casi todas *las producciones* con que hasta allí habia enriquecido á la república literaria cierto escritor Neotérico, culto, terso, aliñado, exactísimo ortográfico hasta la prolijidad y hasta el escrúpulo. Un autor columbino y serpentino, que todo lo juntaba; pues decia el pericon mismo, que se llamaba *Fr. Columbo Serpiente*, dió á luz un papelon, que se intitulaba: *Derrota de los Alanos* contra el doctísimo, el elocuentísimo y el modestísimo M. Soto-Marne; pues no porque el Rey y el Consejo sean de parecer contrario, y le hubiesen negado la licencia de escribir ó de imprimir contra ese pobre hombre del maestro Feijoó, nos quitan á los demás la libertad de juzgar lo que nos pareciere: sospechóse, y dijose en cierta comunidad, que el autor de tal derrota ó derrotador papel era fulano. Ya se vé, ¡qué injuria más atroz, que esta sospecha; ni qué agravio más público, que el discurso de cuatro amigos en la celda de un con-

vento! Monta en cólera el irritadísimo doctor: enristra la pluma, y escribe una carta dirigida á cierto hermano suyo, que era casi lector en aquella comunidad: dála á la estampa, y espárcela por España, para que vengan á noticia de todos su agravio y su satisfacción, que sin duda era grandísima. Y después de haber tratado á la tal *derrota* como merecia llamándola *derrota de la conciencia y la urbanidad, derrota de la lengua castellana, derrota de la erudicion, derrota d' el gracejo, derrota d' el método, derrota de la ortografía, y derrota al fin de todas las derrotas, que toman las nobles plumas en el mar de la crítica y de las letras*, añade: *Nada hay en ella, que pueda llamarse cosa mia. Ni locucion ni frase ni contextura ni transiciones, ni el modo de traer las noticias, ni la falta de alino, ni la impropiedad de las voces, ni la groseria d' el dieterio, ni lo ramplon de unos apodos y la improporcion de otros: y para decirlo de una vez, ni aquella falta de aire subtilísimo, que dá en los escritos á conocer sus autores, y no lo perciben más que los entendimientos bien abiertos de poros.* Que es lo mismo que decir: hermano, si tus frailes no fueran tan cerrados de poros, ó no tuvieran el entendimiento constipado, á mil leguas olerian, que no era ni podia ser obra mia esa derrota; porque en todas mis obras la locucion es tersa, la frase culta, la contextura natural, las transiciones ni de encaje, el modo de traer las noticias ni aunque vinieran en silla de manos; las voces propísimas, los dieterios delicados, los apodos no ramplones, sino con más de cuatro dedos de tacón. Aunque no fuera más que por la ortografía, cualquiera que no estuviere arromadizado podria oler,

que si fuera cosa mia la derrota, no permitiria que se imprimiese como se imprimió, aunque supiera quedarme sin borla; permitir yo, que se escribiese la conjuncion con la *y* griega, y no con *i* latina; tolerar que en mis obras se estampase *y de el padre, de la agua, de ayer acá*, y no con el apóstrofe, que las dá tatna sal, y tanto chiste, escribiendo *d' ayer acá, de l'agua, d' el Padre!* Vaya, que es falta de criterio, y no tener olfato para percibir aquel *aire subtilísimo, que da en los escritos á conocer sus autores*: y el que no conociere que mis escritos están llenos de este aire, no vale para podenco: declárole por mastin!

3. *Prueba perentoria de quanto digo sean mis producciones.* Ahora entra lo que ántes os decia (continuaba el dómine, hablando con sus discípulos) del cuidado que tienen los escritores de mejor nota, no solo de autorizar sus obras con todos sus dictados, sino de dejarse caer en alguna de ellas la importante noticia de todas las que las han precedido. Y no hablando de las latinas, que á la sazón euando se escribió dicha carta, se sabe que serian como media docena de arengas y otra tanta porcion de dedicatorias: *De las españolas en prosa, y verso* (prosigue nuestro autor) *unas guardan clausura en el retiro de mi celda.... otras andan como vergonzantes, embozadas siempre con los relazos de un acertijo, cuyo ribete es un anagramma: otras en fin llevan todo el tren de mis nombres y apellidos, campanillas y cascabeles.* Y habeis de saber, hijos (interrumpia aquí el socarron del dómine), que en esto de cascabeles son muchos los que los tienen. *De este calibre son* (esto

es del calibre de los cascabeles) *la aprobacion, que di á un sermon del P. M... la que hice al Sermon de... la que está en el libro de las fiestas de... una oracion que pronuncié en el capítulo de mi orden, otra que dije en las exequias de... el libro de las fiestas de... Y que sé yo que más!* Veis aquí una noticia curiosa, individual y menuda de unas obras de grandísima importancia, que cualquiera autor que mañana quiera proseguir la *Biblioteca Hispana* de Don Nicolás Antonio, las encuentra á mano en esta carta, y por lo ménos hasta el año de 1750, sabe puntualmente todas las obras, que dió á luz nuestro gravísimo escritor, *con sus nombres, apellidos, campanillas y cascabeles.*

4. Yo bien sé, que algunos criticos modernos hacen gran burla de esta moda, tratándola de charlatanería y de titulomanía, con otras voces disonantes y *piarum aurium* ofensivas, pretendiendo que es una vana ostentacion y muy impertinente para dar recomendacion á la obra; pues dicen, que esta no se hace recomendable por los dictados del autor, sino por lo bien ó mal dictada que esté ella. Tráennos el ejemplar de los franceses y de los italianos, que por lo comun nunca ponen más que el nombre, el apellido, y á lo más la profesion del autor, aún en las obras más célebres y de más largo aliento (gústame mucho esta frase): como *Historia Romana por Monsieur Rollin, Mabillon, Benedictino, de la Congregacion de S. Mauro, de Re diplomática. Historia Ecclesiastica por el Abad Fleuri. Specimen Orientalis Ecclesiae, Auctore Joanne Bapt. Salerno, Societ. Jesu.* Y aún nos quieren tambien decir, que los títulos, así

magníficos como ridiculos, que han tomado algunas Academias, especialmente de Italia, no son más que una graciosa sátira, con que se rien de los títulos, con que salen á luz pública algunos autores fantasmas: y que por eso unas Academias se llaman *de los Seráficos, de los Elevados, de los Inflamados, de los Olímpicos, de los Partenicos, de los Entronizados:* y otras por el contrario, *de los Oscuros, de los Infecundos, de los Obstinados, de los Ofuscados, de los Ociosos, de los Somnolientos, de los Inhábiles, de los Fantásticos.* Pero digan lo que quisieren estos desenterradores de las costumbres, usos y ritos más loables, y estos grandísimos bufones y burladores de las cosas más serias, más establecidas y más generalmente recibidas de hombres graves, doctos y píos, yo siempre me tiraré á un libro, cuyo autor salga con la comitiva de una docena de dictados, que acrediten bien sus estudios y su literatura, ántes que á otro, cuyo autor parece que sale al teatro en carnes vivas, y que no tiene siquiera un trapo, con que cubrir su desnudez. Esto parece que es escribir en el estado de la inocencia, y ya no estamos en ese estado. *Obras de Fr. Luis de Granada, del Orden de Predicadores.* Miren qué insultez; y ¿qué sabemos quién fué ese Fr. Luis? *Obras del P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús;* otro que tal; y ¿por dónde nos consta, que este Padre no fué por ahí algun grangero ó procurador de alguna cabaña?

5. Y ya que viene á cuento, y hablamos de esta religion, es cierto que en todo lo demás la venero mucho; pero en esto de los títulos de los libros y de los autores, no deja de enfadarme un poco: aque-

llos por lo comun son llanos y sencillos; y estos por lo regular salen á la calle poco ménos que en cue-ros: su nombre, su apellido, y santas pascuas. No parece sino que los autores más graves, los de primera magnitud, hacen estudio particular de intitular sus libros como si fueran por ahí la vida del Lazari-  
llo de Tormes, y de presentarse ellos, como pudiera un pobre lego pelon. *De religione: Tomus primus, auctore Francisco Suarez Granatensi, societatis Jesu. De concordancia gratiæ, et liberi arbitrii: auctore Ludovico de Molina, Soc. Jesu. De controversiis tom. I, auctore Roberto Bellarmino, Soc. Jesu.* Y si alguno de estos añade *presbitero*, ya le parece, que no hay más que decir. No alabo esta moda ó acaso esta manía; y por más que me quieran decir, que es modestia, juicio, cordura, religiosidad, y aún en cierta manera mayor autoridad y gravedad, no me lo persuadirán cuantos aran y caban, que parece son los oradores más persuasivos, que se han descubierto hasta ahora. Y sino díganme: dejan de ser modestos, cuerdos, religiosos y graves aquellos autores jesuitas (no son muchos), que ponen á sus títulos magníficos y sonorosos, como *Thepompus, Ars magna lucis et umbræ, Pharos scientiarum, etc.*; ¿y los otros que no dejan de decir si son ó fueron maestros de teología y en donde doctores, catedráticos ó rectores? Díganme más; no vemos que hasta los reyes ponen todos sus títulos, dictados y señorios en sus reales provisiones, para darlas mayor autoridad; y que lo mismo hacen los arzobispos, obispos, provisores, y cuantos tienen algo que poner, aunque sean títulos *in partibus*, ó del calendario, que dan señoría simple, sin carga de

residencia? Solo el Papa se contenta con decir, *Benedictus XIV, Servus Servorum Dei*, y acabóse la comision; pero esa es humildad de la cabeza de la Iglesia, que no hace consecuencia para los demás, y no debe traerse á colacion. Estas últimas razones, aunque tan ridículas, hacian muchísima fuerza á nuestro insigne preceptor; y procuraba imprimírselas bien en la memoria á sus muchachos, para que supiesen qué libros habian de escoger y de estimar.

6. De los títulos, así de las obras como de los autores pasaba á las dedicatorias. En primer lugar ponderaba mucho la utilísima y urbanísima invencion del primero, que introdujo en el orbe literario este género de obsequios; pues sobre que tal vez un pobre autor, que no tiene otras rentas que su pluma, gana de comer honradamente por un medio tan lícito y honesto, logra con esto la ocasion de alabar á cuatro amigos, y de cortejar á media docena de poderosos, los cuales, sino fueren en la realidad lo que se dice en las dedicatorias que son, á los ménos sabrán lo que debieran de ser. En segundo lugar se irritaba furiosamente contra el autor de las *observaciones halences*, y contra algunos otros pocos de su mismo estambre, que con poco temor de Dios y sin miramiento por su alma, dicen con grande satisfaccion, que esto de dedicar libros es especie de petardear, ó á lo ménos de mendigar: *Dedicatio librorum est species mendicandi*; y aún no sé quién de ellos se adelanta á proferir, que el primer inventor de las dedicatorias fué un fraile mendicante; blasfemia, malignidad, ignorancia supinísima; pues no sabemos, que Ciceron dedicaba sus obras á sus parientes y á

sus amigos ; y Ciceron fué fraile mendicante; no sabemos que Virgilio dedicó, ó á lo menos pensó dedicar su Eneida á Augusto; y fué fraile mendicante Publio Virgilio Maron; finalmente no saben hasta los autores malabares, que Horacio dedicó á Mecenas todo cuanto escribió, y que de ahí vino el llamarse Mecenas cualquiera á quien se dedica una obra, aunque por su alcurnia, y por el nombre de pila se llame Pedro Fernandez; y no me dirán, de ¿qué religion fué fraile mendicante el reverendísimo padre maestro fray Quinto Horacio Flacco? Así que, hijos míos, este uso de las dedicatorias es antiquísimo, y muy loable, y no solo le han usado los autores pordioseros y mendicantes, como dicen estos bufones, sino los papas, los emperadores y los reyes, pues vemos que San Gregorio el grande dedicó el libro de sus Morales á San Leandro, arzobispo de Sevilla: Carlo-Magno compuso un tratado contra cierto conciliábulo, que se celebró en Grecia para desterrar las santas imágenes, y le dedicó á su secretario Enginaro; y Enrique VIII rey de Inglaterra, dedicó al Papa y á la Iglesia católica, de quién después se separó el libro que escribió en defensa de la fé contra Lutero.

7. Y, señor dómine, le preguntó uno de los estudiantes, ¿cómo se hacen las dedicatorias? Con la mayor facilidad del mundo, respondió el preceptor, diga lo que dijere cierto semi-autorcillo moderno, que anda traduciendo libretes franceses, y quiere parecer persona, solo porque hace con el francés lo que cualquiera medianistilla con el latin; siendo así, que hasta ahora no hemos visto de su pegujal más que una miserable aclamacion del reino de Navarra

en la coronacion de nuestro rey Fernando el VI (á quién Dios immortalice): por señas que la sacudió bravamente el polvo un papel, que salió luego contra ella, intitulado: *Colirio para los cortos de vista*; el cual, aunque muchísimos dijeron que no tocaba á la obrilla en el pelo de la ropa, y que en suma se reducía á reimprimirla en pedazos, añadiendo á cada trozo una buena rociada de desvergüenzas á metralla contra el autor y contra los que éste alababa; y aún que tambien es verdad, que inmediatamente le prohibió la Inquisicion; pero en fin, el tal papel ponía de vuelta y media y más negro que su sotana al susodicho autorcillo. Este, pues, en cierta dedicatoria que acababa de hacer á un gran Ministro, nos quiere persuadir, solo porque á él se le antojó, *que no hay en todo el pais de la elocuencia, provincia más árdua, que la de una dedicatoria bien hecha.*

8. Yo digo que no la hay más fácil, como se quiere tomar el verdadero gusto y el verdadero aire de las dedicatorias. Porque, lo primero se busca media docena de sustantivos y adjetivos sonoros, y metafóricos (y si fuera una docena tanto mejor), los cuáles se han de poner en el frontis del libro, de las conclusiones, ó de la estampa de papel (porque hasta estas se dedican), ántes del nombre y apellido del mecenas, que sean apropiados, y vengan como de molde á su carácter y empleos. Por ejemplo, si la dedicatoria es latina y se dirige á un señor Obispo: el sobre-escrito, la direccion ó el epigrafe, ha de ser de este modo: *Sapientiae Oceano, Virtutum omnium Abisso, Charismatum Encyclopaediae, Prudentiae Miraculo, Charitatis Portento, Miserationum Thaumatur-*

go, *Spiranti Poliantheæ, Bibliothecæ Deambulanti, Ecclesiæ Tylani, Infularum mytræ, Hesperiaque totius fulgentissimo Phosphoro: Ilmo. Dño. Domino meo D. Fulano de tal.* Si la obra se dedica á una santa imagen, como si dijéramos á N. Señora de la Soledad ó de los Dolores, hay mil cosas buenas de que echar mano; como *Mari Amaro, Soli Bis-Soli. Orbis Orbata Parenti, Ancillæ Liberrimæ absque Libero, Theotocò sine filio, Confiète non fictè Puerperæ, inquam, diris mucronibus confosæ sub Iconico Architypo de tal y tal.* Pero si la dedicatoria fuere de algun libro romancista y se dirigiere á un militar, aunque no sea más que capitán de caballos, entónces se ha de ir por otro rumbo, y ante todas cosas se ha de decir: *Al Xerxes español, al Alejandro andaluz, al César bético, al Cyro del Genil, al Tamborlan Europeo, al Kauli-Kan Cis-montano, al mar-te no-fabuloso, á D. Fulano de tal, capitán de caballos lijeros del Regimiento de tal.* Y no encajar el nombre y apellido del mecenas de topeton, como lo estilan ahora los ridículos modernos, diciendo á secas: *á D. Fulano de tal, á mi Señora Doña Zutana de tal, á la Excma. Señora Duquesa de cual;* que no parece sino sobre-escrito de carta, que ha de ir por el correo.

9. Dedicatoria he visto yo muy ponderada por algunos ignorantes y boqui-rubios, dirigida al mismo rey de España, la cual solo decía en el frontis: **AL REY,** con letras gordas iniciales, sin más principios ni postes, caireles, ni campanillas; no puedo ponderar cuánto me estomacó, moviéndome una náusea, que aún ahora mismo me está causando arcadas, y

bascas, **AL REY;** pero á qué rey, majadero? Pues no sabemos si es á alguno de los reyes magos, al rey Perico, ó al rey que rabió; **AL REY;** ¿puede haber mayor llaneza? Como si dijéramos, á Juan Fernandez, ó á Perico el de los Palotes. **AL REY.** Dime, insolente, desvergonzado y atrevido; es *al rey de bastos ó al de copas?* Nos quieren embocar los críticos y los cultos, que este es mayor respeto, mayor veneracion y tambien más profundo rendimiento, como que ningun español puede ni debe entender por el nombre antonomástico de rey, á otro que al rey de España, y como que lo mismo debieran entender todas las demás naciones, puesto que no hay rey en el mundo descubierto, que tenga tan dilatados dominios como nuestro católico monarca, ni con algunos millares de leguas de diferencia; ¡bagatelas y más bagatelas! Por lo mismo era muy puesto en razon, que ántes de llegar á su augusto nombre, se le diera á conocer por lo ménos con unos cincuenta dictados ó inscripciones alegóricas, que fuesen poco á poco conciliando la espectacion y el asombro, los cuales pudieran ser, como si dijéramos de esta manera: *Al poderoso Emperador de dos mundos; al émulo del Sol, Febo sublimar en lo que domina, como el celeste en lo que alumbra; al Archi-Monarca de la tierra; y después para dar á entender sus reales virtudes personales, añadir: Al depósito Real de la Clemencia, al coronado archivo de la Justicia, al Sacro Augusto tesoro de la Piedad, al Escudo Imperial de la Religion, al Pacífico, al Benéfico, al Magnético, al Magnífico, al Católico Rey de las Españas FERNANDO el Sexto, Pio, Feliz, siempre augusto, rey de Castilla,*

de Leon, de Navarra, de Aragon, etc., é ir prosiguiendo así hasta el último de sus reales dictados. Lo demás es tratar al rey como se pudiera á un hidalgo de polaina, y sacarle tan solo al teatro del papel, como si fuera uno de aquellos reyes antiguos, que se andaban por esos campos de Dios, pastoreando ovejas, y ellos mismos llevaban los bueyes á beber en su propia Real persona.

40. Después tampoco me gusta que se comience á hablar con el rey, espetándole un Señor tan tieso como un garrote, que ya no falta sino que añadan un Señor mio, como si fuera carta de oficio de algun ministro superior á otro subalterno. Nuestros antepasados eran hombres más respetuosos y verdaderamente circunspectísimos, pues nunca hablaban con el rey, sin que comenzasen de esta manera: *Sacra, Católica, Real Majestad*, cosa que llenaba la boca de veneracion, y de contado se tenia ya hecho un pié majestuoso para un romance heroico al modo de las coplas de Juan de Mena. He oido decir que esta moda de tratar al rey, llamándole Señor á secas, nos le han pegado tambien los franceses, como otras mil y quinientas cosas más, por cuanto ellos, cuando hablan con su rey cristianísimo, le encajan un *Sire, in puris naturalibus*; y vamos adelante, válgate Dios por franceses, ¡y qué contagiosos que sois; con qué si á ellos se les antojara llamar *Sirena* á la reina, tambien nosotros se lo llamaríamos corrientemente á la nuestra, y cierto que quedaria muy lisonjeada! Ellos tratan de *Madama* á la suya, y en verdad, que si á algun español se le antojara tratar así á la reina nuestra Señora, no le arrendaria yo la ganancia, salvo que fuese por ahí al-

gun lego, ó algun donado, de estos que son santos y simples adredemente que esos tienen licencia para tutear al mismo Papa, pues ahí está toda la gracia de su santidad. Por tanto, hijos míos, lo dicho dicho, y tomad bien de memoria estas importantísimas lecciones.

11. Nunca imprimais cosa alguna, aunque sean unos tristes *Quodlibetos*, sin vuestra dedicatoria al canto, que en eso no vais á perder nada, y de contado mal será que no ahorreis por lo ménos el coste de la impresion; pues no todos los mecenas han de ser como aquel conchudo Papa (Dios me lo perdone) Leon X, á quién un famoso alquimista dedicó un importantísimo libro, en que, como él mismo aseguraba, se contenian los más recónditos arcanos de la crisopeya, esto es, un modo facilísimo de convertir en oro todo el hierro y todos los metales del mundo; y el bueno del Pontifice (perdóneme Dios) por todo agradecimiento le regaló con un carro de talegos, para que recogiese en ellos el oro que pensaba hacer: cosa de que se rieron mucho los mal intencionados; pero los eruditos y verdaderamente literatos la tuvieron por mezquindad, y la lloraron con lágrimas de indignacion. Resuelta vuestra dedicatoria, atacadla bien de epígrafes alegóricos, simbólicos y altisonantes; y si fuere á alguna persona real, cuidado con tratarla como es razon, y que no salga en público sin su compañía de guardias de corps, y sin su guardia de alabarderos, esto es, de epítetos bien galoneados y bien montados, precedidos de epígrafes á mostachos, que vayan abriendo calle.

12. Y aunque ya vá un poco larga la leccion, por



concluir en ella todo lo que toca á lo sustancial de las dedicatorias, quiero instruiros en otros dos puntos, que son de la mayor importancia. Autores latinos romancistas, que cuando llegan á poner los verdaderos títulos, que tienen los sugetos á quiénes dedican sus obras, como Duque de tal, Conde de tal, Marqués de tal, Señor de tal, Consejero de tal, etc., los ponen en un latín tan llano, tan natural y tan ramplon, que le entenderá una demandadera, aunque no sepa leer ni escribir, solo con oírle; pues dicen muy á la pata la llana: *Duc de Medina-Cœli, Comiti de Altamira, Marchioni de Astorga, Domino de los Cameros, Consiliario Regio, etc.* ¡Cosa ridícula! Para eso más valiera decirlo como pudiera un maragato. Cuanto más culto y más latino será decir: *Cœlico-Metimnesi, Doctori-Satrapæ, a Comitibus de Cacuminato-conspectu; Mœnium Asturicensum à Markis; Lecti-Fabrorum Dynastè, à Penetralibus Regis;* y sino lo entendieren los lectores, que aprendan otro oficio, porque esa no es culpa del autor, el cual, cuando se pone á escribir en latín, no ha de gastar un latín que le entienda cualquiera remimista.

13. Otra cosa es, cuando los títulos no son verdaderos y reales, sino puramente simbólicos ó alegóricos, inventados por el ingenio del autor; que entónces, para que se penetre bien toda la gracia y toda la oportunidad de la invencion, conviene mucho ponerlos llana y sencillamente. Explicaréme con un ejemplo. El año de 1074, cierto autor alemán publicó una obra latina intitulada: *Geographia Sacra, seu Ecclesiastica*: Geografía Sagrada, ó Eclesiástica. Dedicóla á los tres únicos Soberanos Principes hereditarios

en el Cielo y en la tierra: *Tribus summis, atque unicis Principibus hereditariis sin Cœlo et in terra;* esto es, á Jesucristo, á Federico-Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y á Mauricio Guillermo, príncipe hereditario de las provincias de Saxe-Geitz: *Christo, nempe, Federico Augusto, principi electorali Saxonie, et Mauricio Wilhelmo, provinciarum Sajo-Cizensium hæredi;* ¡cosa grande! pero aun todavía la habeis de oír mucho mayor; y ¿qué títulos inventaria nuestro incomparable autor para explicar los estados de que era príncipe hereditario Jesucristo? Atención, hijos míos, que acaso no leeréis en toda vuestra vida cosa más divina; y lo que es yo, si fuera el inventor de ella, no me trocaria por Aristóteles ni por Platon.

14. Llama, pues, á Jesucristo en latín claro y sencillo, como era razon que le usase en esta importante ocasion: *Imperator coronatus cœlestium exercituum, electus Rex Sionis, semper Augustus, Christianæ Ecclesie Pontifex Maximus, et Archi-Episcopus animarum, Elector Veritatis, Archi-Dux Gloriæ, Dux Vite, Princeps Pacis, Eques Portæ inferni, Triumphator Mortis, Dominus hæreditarius Gentium, Commisus Justitiæ, et Patris Cœlestis à Sanctioribus Consiliis, etc., etc., etc.* Quiere decir, porque es importantísimo que ninguno se quede sin entenderlo. Es Cristo coronado Emperador de los Ejércitos celestiales, electo Rey de Sion siempre Augusto, Pontífice máximo de la Iglesia Cristiana, Arzobispo de las Almas, Elector de la Verdad, Archiduque de la Gloria, Duque de la Vida; Príncipe de la Paz, Caballero de la Puerta del infierno, Triunfador de la Muerte, Señor hereditario de las Gentes; Señor de la Justi-

cia y del Consejo de Estado y Gabinete del Rey su Padre celestial. Y añadió el autor muy oportunamente tres etcéteras, para dar á entender, que todavía le quedaban entre los deditos otros muchos títulos y dictados, y que de aquí á mañana los estaría escribiendo sino bastaran los dichos, para que se conociese los que podia añadir. Muchachos, encomendad esto á la memoria, aprendedlo bien, tenedlo siempre en la uña, que se os ofrecerán mil ocasiones en que os pueda servir de modelo, para acreditaros vosotros y para acreditarme á mí.

15. Falta decir dos palabritas sobre el cuerpo y el alma de las dedicatorias. Supónese, que el latin siempre ha de ser de boato, altisono, enrevesado é inconstruible, ni más ni ménos como el latin de una insigne dedicatoria, que años há me dió á construir el padre de Gerundio de Campazas, alias Zotes, y en verdad, que se la construí sin errar un punto á presencia de todo el arciprestazgo de San Millan, en la romeria del Cristo de Villaquejida. Supónese tambien, que á cualquiera á quien se le dedica una obra, sea quien fuere, se le ha de entroncar por aquí ó por allí con el rey Wamba, ó á lo ménos con don Veremundo el diácono, sea por línea recta ó por línea transversal, que eso hace poco al caso, y es negocio de cortísimo trabajo; pues ahí está Jacobo Guillermo Imhoff, (1) dinamarcqués ó sueco (que ahora

(1) Quién haya leído ó posea algunos libros de los impresos en el siglo XVIII, comprenderá lo delicado y oportuno de la crítica que hace el autor acerca de las dedicatorias y su manera de escribirlas. Era el principal objeto de ellas buscar la proteccion de algun personaje, y generalmente entra-

no me acuerdo) famoso genealogista de las casas ilustres de España y de Italia, que á cualquiera le emparentará con quien le venga más á cuento. Sobre este supuesto, ya se sabe que la entrada de toda dedicatoria ha de ser siempre exponiendo la causa impulsiva, que dejó sin libertad al autor para emprender aquella osadía, la cual causa nunca jamás ha de ser otra, que la de buscar un poderoso protector contra la emulacion, un escudo contra la malignidad, una sombra contra los abrasados ardores de la envidia, asegurando á rostro firme, que con tal mecnas, no teme ni á los aristarcos ni á los zoilos; pues, ó acobardados no osarán sacar las cabezas de sus madrigueras y escondrijos; ó si tuvieren atrevimiento para hacerlo, serán icaros de su temeridad, derretidas sus alas de cera á los encendidos centelleantes rayos de tan fogoso resplandeciente padrino. Porque si bien es verdad, que aunque un libro se dedique al Santísimo Sacramento, si él es malo, hay hombres

bapor mucho la adulacion, como se ve por los dictados y títulos que las encabezaban, y el empeño que se ponía en entroncar á la persona á quien se dedicaba la obra con las más ilustres ramas del reino.

El célebre P. Ista, que se cree generalmente y con fundamento que es el verdadero autor de la *Historia de Fr. Gerundio de Campazas*, dedicó el primer tomo de su *Año Cristiano* al señor Rey D. Ferrando VI, y cada uno de los otros tomos á otros diversos personajes; pero en estas dedicatorias, no se advierten esos vicios que critica en los demás, ni esa mezquina adulacion que causa enfado el leerlas. Tal vez, con estas dedicatorias quiso enseñar á los demás autores de su tiempo, la delicadeza y sencillez con que debe procederse en estos escritos, que no han de ser memoriales pidiendo ayuda y socorro, sino testimonio de respeto ó de amistad.

tan insolentes y tan mordaces, que adorando al divino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria no la dejan hueso sano; y más de dos libros de á folio he visto yo recogidos por la Inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores y aún al mismo Papa, sin que los mecenas hagan duelo de eso ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la historia, de que jamás haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado; siendo así, que muchas veces las ha habido por quitame allá esas pajas. Digo, que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refran, que dice: *Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*; y de una manera ó de otra, es indispensable de toda indispensabilidad, que toda dedicatoria bien hecha se abra por este tan oportuno, como delicado y verdadero pensamiento.

## CAPÍTULO IX.

EN QUE SE DA RAZON DEL JUSTO MOTIVO QUE TUVO NUESTRO GERUNDIO PARA NO SALIR TODAVIA DE LA GRAMÁTICA, COMO LO PROMETIÓ EL CAPÍTULO PASADO.

ADMIRADO estará sin duda el curioso lector, de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente, como salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundio, todavía le dejemos en ella, oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor, contra la fè de la historia, ó á lo ménos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quiere tener un poco de paciencia y prestar oídos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion con que ya en lo interior de su corazón nos ha condenado sin oírnos.

2. Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no solo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro; ¿qué escritura de obligacion hace el autor con el lector para obligarle á eso ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos, que autores, que no son ranas, ponen á sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se

tan insolentes y tan mordaces, que adorando al divino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria no la dejan hueso sano; y más de dos libros de á folio he visto yo recogidos por la Inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores y aún al mismo Papa, sin que los mecenas hagan duelo de eso ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la historia, de que jamás haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado; siendo así, que muchas veces las ha habido por quitame allá esas pajas. Digo, que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refran, que dice: *Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*; y de una manera ó de otra, es indispensable de toda indispensabilidad, que toda dedicatoria bien hecha se abra por este tan oportuno, como delicado y verdadero pensamiento.

## CAPÍTULO IX.

EN QUE SE DA RAZON DEL JUSTO MOTIVO QUE TUVO NUESTRO GERUNDIO PARA NO SALIR TODAVIA DE LA GRAMÁTICA, COMO LO PROMETIÓ EL CAPÍTULO PASADO.

ADMIRADO estará sin duda el curioso lector, de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente, como salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundio, todavía le dejemos en ella, oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor, contra la fè de la historia, ó á lo ménos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quiere tener un poco de paciencia y prestar oídos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion con que ya en lo interior de su corazón nos ha condenado sin oírnos.

2. Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no solo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro; ¿qué escritura de obligacion hace el autor con el lector para obligarle á eso ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos, que autores, que no son ranas, ponen á sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se

trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra, ni por eso han perdido casamiento. Verbi gracia al leer el título de *Margarita Antoniana*, ó de *Antoniana Margarita*; con que bautizó su obra el famosísimo español Gomez Pereyra, que fué el verdadero patriarca de los Descartes, de los Newtones, de los Boyles y de los Lebnitzes; ¿quién no creerá, que va á regalarnos con algun curiosísimo tratado sobre aquella margarita, ó aquella perla, que valia no sé cuántos millones, con la cual, desatada en vino ó en agua (que esto aún no está bien averiguado), brindó Cleopatra á la salud de su Antonio, ó se la dió á éste de colación en un día de ayuno, que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues nó, señor, no es nada de eso. La *Antoniana Margarita*, no es más que un delicadísimo tratado de filosofía, para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar á juicio con esta ocasion, otras muchas opiniones de Aristóteles, que por larga série de siglos estaban en la quieta y pacífica posesion de ser veneradas en las escuelas, no solo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que solo el dudar de ellos seria especie de herética pravedad: y no obstante aquel travieso, sutil y litigioso gallego, se atrevió á ponerles á pleito la propiedad, ya que no pudiese litigarles la posesion; ¿pero por qué puso á su obra un título tan distante del asunto? ¿por qué? por una razon igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se la impugnará: porque su padre se llamaba Antonio, y su madre Margarita, y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario por sus almas, quiso á lo ménos dejar fundada esta agra-

decida memoria. Pues que se me vengan ahora á hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3. Amen de eso: por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religion? Y no obstante; ¿cuántas veces vemos, que nada de lo que se decia al principio del capítulo sale después al fin de él? ¿y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nulo, precisamente por este motivo? Finalmente, si un pobre autor comienza á escribir un capítulo con buena y sana intencion de sacarle moderado y de justa medida y proporcion, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y después se atraviesan otras mil cosas, que ántes no le habian pasado por el pensamiento, y le dá gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia ni disimularle esta flaqueza, siendo así que á cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies, que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspavientos, ántes bien se llevan en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos? Y vamos adelante; ¿pues por qué no se usará la misma caridad y se ejercitará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? fuera de que ¿no seria gran lástima, que solo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos á nuestro Gerundio de la gramática ántes de tiempo, y sin haber oido otras lecciones, no ménos curiosas, que necesarias, con que enriquecia á sus discipulos el pedantísimo maestro?

4. Deciales, pues, que en sus composiciones latinas,

fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Ciceron ni alguno de aquellos otros estilos, á la verdad propios, castizos, perspicuos y elegantes; pero por otra parte tan claros y tan naturales, que cualquiera lector, por voto que fuese, comprendia luego á la primera ojeada lo que le querian decir. Esto por varias razones, todas á cual más poderosas: la primera, porque hasta en las Sagradas Letras se alaba mucho á aquel no ménos valeroso que discreto héroe, que trataba las ciencias magníficamente: *Magnificè etenim scientiam tractabat*; y ciertamente nada se puede tratar con magnificencia, cuando se usa de voces obvias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque sino se procura tener atada la atención de los lectores y de los oyentes con la obscuridad, ó á lo ménos con que no esté á primer fóllo la inteligencia de la frase, enseña la experiencia, que unos roncan y otros piensan en las habias, por cuanto es muy volátil la imaginacion de los mortales. La tercera, porque mientras el lector anda revolviendo Calepinos, Vocabularios y Lexicones para entender una voz, se le queda después más impreso su significado, y á vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La cuarta y más poderosa de todas, para que sepan esos extranjerillos, que notan el latín de los españoles de despeluzado, incurioso ó desgrefado, que también acá sabemos escribir á la papillota, y sacar un latín con tantos bucles, como si se hubiera peinado en la calle de San Honorato de París: lo que no es posible que sea mientras no se anden á caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5. Ahí teneis al inglés ó al escocés Juan Barclayo (que yo no tengo ahora empeño, en que fuese de Lóndres ó de Edimburgo), el cual no dirá *exhortatio*, aunque le quemen, sino *parænesis*, que significa lo mismo, pero un poco más en griego; ni *obedire* por obedecer, que lo dice cualquier lego, sino *decedere*, que, sobre tener mejor sonido, es de significado más abstruso, por lo mismo que es equivoco. Llamar *Prologus* al Prólogo; ¿qué lego no entenderá ese latín? llamarle *Proæmium*, suena á zaguan de lógica: *Præfatio*, parece cosa de misal, y luego ofrece á la imaginacion la idea del Canto Gregoriano: llámese *Alloquium*, *Ante-loquium*, *Præloquium*, *Præloquutio*, y dejadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámese siempre en latín *Stilus didascalicus*, y caiga quien cayere: cuando se quiera notar á algun autor latino, aunque sea de los más famosos, de que aún no ha cogido bien el aire de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el propio de la suya nacional, dígase, á Dios te la depare buena, *redolet Palavinatatem*; porque si bien es así, que todavía no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, cualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino, que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho, que ni á mí ni á algun otro preceptor, maestro ó doctor apellideis jamás con los vulgarísimos nombres de *doctor*, *magister*, *præceptor*; Jesús, qué parvulez y qué patanismo! A cualquiera que enseñe alguna facultad, llámadle siempre *Mistagogus*; porque aunque es cierto que no viene á propósito, aún el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que

presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba. Es de la mayor importancia: cuando leais alguna obra latina, de las que *están más en voga* (frase que me cae muy en gracia), decir de cuando en cuando: *hic est Trasonismus*, este es Trasonismo: y no os dé cuidado, que vosotros ni los que os oyeren entendais bien lo que en eso quereis decir; porque yo os empeño mi palabra, de que los dejareis aturrullados y arqueando los ojos de admiracion. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamás trabados los diptongos de *a y e*, ni de *o y e*, como lo han hecho hasta aquí muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo, v. g. *seminae* en lugar de *feminae*, y *Phoebus* en vez de *Phæbus*: con no contar las datas por los días del mes, sino por las Kalendas, los Idus y las Nonas; con guardaros mucho de no llamar á los meses de Julio y Agosto con sus nombres sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y *Sextilis*, como se llamaban *in diebus illis*; y finalmente con deterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas, en vez de números, y esas dibujadas á la antigua: v. gr. para poner *anno millesimo septingentesimo quinquagesimo quarto*, año de mil setecientos cincuenta y cuatro, no poner, como pudiera un contador ó un comerciante, *anno 1754*, sino *anno M.DCC.LIV*: digo, hijos míos, que con solo esto podéis echar piernas de latin por todo el mundo: *et peream ego, nisi cultissimi omnium latinissimorum hominum audieritis*.

6. Muy atento estaba nuestro Gerundio á las lec-

ciones del dómine, oyéndolas con singular complacencia, porque como tenia bastante viveza, las comprendia luego; y por otra parte, como eran tan conformes al gusto extravagante con que hasta allí le habian criado, le cuadraban maravillosamente. Pero como vió, que el dómine inculcaba tanto en que el latin fuese siempre cresco, y todo lo más oscuro que fuese posible; y por otra parte en fuerza de la inclinacion que desde niño habia mostrado á predicar, su padrino el licenciado Quijano le habia enviado los cuatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisiense, que murió en el año 1514, los cuales por ser de un latin muy llano, muy chavacano y casi macarrónico, los entendia perfectamente Gerundio, dijo al dómine muy desconsolado, hablándole en latin, porque habia pena para los que en el aula hablasen en romance: *Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini, quos ego habeo in pausatione mea, non valebunt nihil, quia sunt plani; et cleri sicut aqua*. Pues, señor, segun eso unos sermones latinos que yo tengo en mi posada, no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua; *¿Qui sunt hi sermones?* le preguntó el dómine; *¿qué sermones son esos?* *Sunt cujusdam prædicatoris*, respondió el chico, *qui vocatur Joannes de... non me recordor, quia habet apellitum multum enrebesatum*: Son de un predicador que se llama Juan de... no me acuerdo, porque tiene un apellido muy enrevesado: *¿De quo agunt?* le volvió á preguntar el dómine; *¿de qué tratan?* *Domine*, respondió el muchacho, *de multis rebus, quæ faciunt ridere*: Señor, de muchas cosas que hacen reir. Anda, vé y tráelos, le dijo el precep-

tor, y veremos qué cosa son ellos y qué cosa es el latín.

7. Partió volando el obediente Gerundio, trajo los sermones, abrió el dómine un tomo, y encontróse con el sermón 3 de viduitate, dónde leyó en voz alta este admirable pasaje.

8. *Dicitur de quadam vidua, quod venit ad curatum suum, quærens ab eo consilium, si deberet iterum maritari, et allegabat, quod erat sine adiutorio, et quot habebat servum optimum, et peritum in arte mariti sui. Tunc curatus dixit: Benè accipite eum. E contrario illa dicebat: Sed periculum est accipere illum, ne de servo meo faciam dominum. Tunc curatus dixit: Benè nolite eum accipere. Ait illa: ¿quomodo ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud, quod sustinebat maritus meus, nisi unum habeam. Tunc curatus dixit: Benè, habeatis eum. At illa: ¿sed si malus esset, et velle me disperdere, et usurpare? Tunc curatus: non accipiatis ergo eum. Et sic curatus semper juxta argumenta sua concedebat ei. Videns autem curatus, quia vellet illum habere, et habere devotionem ad eum, dixit ei: ut benè distinctè intelligeret, quid campanæ Ecclesiæ ei dicerent, et secundum consilium campanarum, quod ipsa faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, juxta voluntatem suam quod dicerent: prends ton valet, prends ton valet. Quo accepto, servus egregiè verberavit eam, et fuit ancilla, quæ prius fuerat domina. Tunc ad curatum suum conquesta est de consilio, maledicendo horam, quæ crediderat ei. Cui ille: non satis audisti, quid dicant campanæ. Tunc curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit, quod camp-*

*næ dicebant: ne le prends pas, ne le prends pas: Tunc enim vexatio dederat ei intellectum.*

9. No obstante la seriedad innata y congénita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetáneo, sincrono y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermón no pudo contener la risa; y para que le entendiesen hasta los niños que habían comenzado aquel año la gramática, mandó á Gerundio que le construyese. Este dijo, que de puro leerle se le había quedado en la cabeza: y que sin construirle, si quería su merced, le relataria todo seguidamente, y aún le predicaria como si fuera mesmamente el mismo predicador. Parecióle bien la proposición, hizo silencio, dando sobre la mesa tres golpes con la palma: plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general: limpióse los mocos con la punta de la capa; hizo la cortesía con el sombrero á todos los discípulos, y una reverencia con el pié derecho, á modo de quien escarba; volvió á encasquetarse el sombrero, garrajeó, y comenzó á predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermón de Juan Raulin.

10. «Cuéntase de cierta viuda, que fué á casa de «su cura á pedirle consejo sobre si se volveria á casar; porque decía, que no podía estar sin alguno «que la ayudase, y que tenía un criado muy bueno «y muy inteligente en el oficio de su marido. Entónces la dijo el cura: Bien, pues cástate con él. Mas «ella le decía; pero está á pique, si me caso con él, «que se suba á mayores, y que de criado, se haga «amo mio. Entónces el cura la dijo: Bien, pues no «te cases tal. Pero ella replicó: no sé que me haga, «porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que



«tenia mi marido, y he menester un compañero que me ayude á llevarle. Entónces la dijo el cura: Bien, pues cástate con ese mozo. Mas ella le volvió á replicar; ¿y si sale malo, y quiere tratarme mal, y desperdiciar mi hacienda? Entónces el cura la dijo: Bien, pues no te cases. Y así la iba respondiendo siempre el cura, segun las proposiciones y las réplicas que la viuda le hacia. Pero al fin, conociendo el cura, que la viuda en realidad tenia gana de casarse con aquel mozo, porque le tenia pasion, dijo, que atendiese bien lo que la dijese las campanas de la iglesia, y que hiciese segun ellas lo que aconsejasen. Tocaron las campanas, y á ella le pareció que la decian, segun lo que tenia en su corazón: *cá-sa-te-con-él, cá-sa-te-con-él*. Casóse, y el marido la azotó y la dió de palos tan lindamente, pasando á ser esclava la que ántes era ama. Entónces la viuda se fué al cura, quejándose del consejo, que la habia dado, y echando mil maldiciones á la hora en que le habia creído. Entónces el cura le dijo: sin duda que no oíste bien lo que decian las campanas. Tocólas el cura, y á la viuda le pareció entónces, que decian clara y distintamente: *no-te-ca-ses-tal, no-te-ca-ses-tal*, porque con la pena se habia hecho cuerda.»

11. Aplaudió mucho el dómine lo bien que Gerundio habia entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le habia recitado, conociendo, que sin duda habia de tener mucho talento para predicar: los condiscipulos tambien le vitorearon, y rieron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo á tomar la palabra, hizo algunas reflexiones serias y

juiciosas, acabando con otras, que no podian ser más ridiculas. Por lo que toca al latin, dijo á sus discípulos, es muy chavacano, y aún los mismos que gustan de latin claro y corriente no le aprobarán, porque ese no tanto es claro y natural, cuanto apatánado y soez, en lo cual tenia muchísima razon. Pero habeis de notar una cosa, y es la poca razon que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latin de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad, y diciendo, que siempre hemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto porque hubo tal cual autor nuestro, que realmente escribió en un latin charro y guedejudo, ó como latin de boticario y sacristan. Ea, monsiures, démonos todos por buenos, que si acá tuvimos nuestros Garcías, nuestros Cruces y nuestros Pedros Fernandez, tambien ustedes tuvieron sus Raulines, sus Maillardos, sus Bartetas, sus Menotos; y en verdad, que su autor de ustedes, el célebre Monsieur du Cange, en el vocabulario que compuso de la *Baja Latinidad*, la mayor parte de los ejemplos que trae, no los fué á buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes, que cuando allá en su Paris se usaba un latin tan elegante, como el del doctor Juan Raulin, acá teníamos dentro de aquel mismo siglo á los Montanos, á los Brocenses, á los Pereyras, á los Leones, y á otros muchos que pudieran escupir en corro y hablar barba á barba con los Tulios y con los Livios que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia ni de mi mayor devocion.

12. Esto en cuanto al latin, dijo el dómine; mas

por lo que mira á la substancia del sermón, continuó, cansándose de hablar en juicio ó dejándose llevar de su estrafalario modo de concebir; por lo que mira á la substancia del sermón, aunque de este predicador no he leído más que este trozo, desde luego digo, que fué uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iría yo hasta el cabo de él solo por oírle. A mí me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias y estos chistes, que sermón en que el auditorio no se ría, por lo ménos media docena de veces á carcajada tendida, no daría yo cuatro cuartos por él, y luego me dá gana de dormir. Yo creía, que esta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir á la gente; pero ahora veo, que todo el mundo es país; y aunque por otra parte siento que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que también participen de ella otras naciones, porque lo demás sería envidia, y una especie de viciosa ambición. No echó esta lección en saco roto nuestro Gerundio; porque como desde niño había mostrado tanta inclinación á predicar, oía con especial gusto y atención todo cuanto podía hacerle famoso por este camino, y desde luego propuso en su corazón, que si algún día llegaba á ser predicador, no predicaría sermón, fuese el que se fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13. Finalmente, el bueno del domine instruía á sus discípulos en todas las demás partes de que se compone la perfecta latinidad ó el perfecto uso de la len-

gua latina, con el mismo gusto ni más ni ménos con que les había instruido en el estilo. Decíales, que la retórica no era *arte de persuadir*, sino *arte de hablar*; y que eso de andar buscando razones sólidas y argumentos concluyentes para probar una cosa, y para convencer al entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos, y para los matemáticos, que se andaban á caza de demostraciones, como á caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convencía con cuatro fruslerías, y que para eso se habían inventado las figuras, las cuales eran inútiles para dar peso, á lo que de suyo le tenía, y que toda su gracia consistía en alucinar á la razón, haciéndola creer, que el vidrio era diamante, y el oro el oropel. Enseñábalos, que no gastasen tiempo ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es introducción, proposición, división, prueba, confirmación, aumento, epílogo, peroración ni exhortación; porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oración latina con la misma simetría con que se fabrica una casa. No les disimulaba, que Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Longino y Quintiliano habían enseñado que esto era indispensable, no solo para que una oración fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oración; pero añadía, que esos habían sido unos pobres hombres, y porque ellos nunca habían sabido hablar en público de otra manera, dado le ha, que habían de hablar así todos los que habían de hablar bien. Prueba clara de que no tenían razón, eran millares de millares de sermones, que andaban por ese mundo de Dios, impresos de letra

de molde, con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones de hombres muy científicos, y muy sapientes, los cuales habian sido oídos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano, que los sermones no son ó no deberian ser otra cosa, que una artificiosa y bien ordenada composicion de elocuencia y de retórica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda esa saramalla y barahunda de introduccion, proposicion, division, etc., sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, á cual más falso, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuasion ni calabaza; y con todo eso fueron aplaudidos como piezas de elocuencia inimitables, y se dieron á la prensa para que se eternizase su memoria. De todo lo cual, legítima y perentoriamente se concluia, que la verdadera retórica, y la verdadera elocuencia no consistia en nada de eso, sino principalisimamente en tener bien decoradas las figuras retóricas con los nombres griegos y retumbantes, con que habia sido bautizada cada una, estando pronto el retórico á dar su propia y adecuada definicion siempre que fuese legítimamente preguntado. Y así, concluia el dómine, dadme acá uno, que sepa bien *quid est Epanorthosis, Ellipsis, Hyperbaton, Paralipsis, Pleonasmus, Synonymia, Hypotyposis, Epiphonema, Apostrophe, Prolepsis, Upobolia, Epitrophe, Periphrasis y Prosopopeya*; y que en cualquiera composicion, sea latina, sea castellana, use de estas figuras conforme se le antojare, vengan ó no vengan, que yo os le daré más retórico y más elocuente, que cien Cicerones y doscientos Demóste-

nes pasados por alambique. Así, pues, todo el empeño del cultísimo preceptor era, que sus muchachos supiesen bien de memoria estas vagatelas; y á los que veia más instruidos y más expeditos en ellas, les decia lleno de satisfaccion y de vanidad: *Andad, hijos, que ya podeis echar piernas de retóricos por todos esos estudios de Dios, y por todos esos seminarios de Cristo*. Con efecto, los retóricos del dómine *Zancas-largas* (este era su mote ó su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la ribera de Orbigo, y por todo lo que baña el famoso rio Tuerto.

14. Finalmente, las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo, lo que les enseñaba eran primas hermanas de las otras, pertenecientes á las demás partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la prosodia, la cantidad de las sílabas, los nombres griegos de los piés, *dáctilo, spondeo, yambo, trochaico, pirrichio, etc.*, aquellos que explicaban la uniformidad ó la variedad de las estrofas, *monócolos, monóstrofos, dicolos, distrofos, tetástrofos*, y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos única y precisamente, para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves ó largas por su naturaleza, sin advertir, que esta regla no es absolutamente infalible, por cuanto los mejores poetas latinos hicieron, no pocas veces, largas las sílabas breves, y breves las largas, ó usando de la ciencia poética, ó tambien porque, no embargante de ser poetas, eran hombres y pudieron descuidarse, puesto que tal vez hasta el mismo Homero dormitó. Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen, mas que fuesen

lánguidos, insulsos y chavacanos, y aunque estuviesen más atestados de ripio, que pared maestra de argamasa, no habia menester más para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decia en el tema ó en el romance, para una cuartilla, estas palabras: *Entón-ces se supo con cuanta razon castigó Dios al mundo con el diluvio, y se fabricó el arca de Noé.* Compúsola en verso latino un discípulo de Zancas-largas, y dijo:

*Diluciumque, Arcanque Noe, tum quæ ratione.*

Por solo este admirable verso, le dió el dómine dos parces y un abrazo, sin poderse contener. En otro tema se decia esta sentencia: *Se deben tolerar las cosas, que no se pueden mudar,* y un chico la acomodó en este bello pentámetro:

*Quæ non mutari sunt, toleranda queunt.*

Valióle doce puntos para su vanda, y una tarde de asueto. Mandó componer en una estrofa de versos sáficos este breve romance: *Andrés Corbino convidó á Pedro Pagano á que el miércoles por la tarde fuese á merendar á su casa, porque aquel dia se habia de hacer en ella la matanza de un cerdo.* Un muchacho, que pasaba por ingenio milagroso, le llevó el dia siguiente la siguiente estrofa:

*Domine Petre, Domine Pagane,  
Corbius rogat, velis, ut Andreas,  
Vesperis quarta mactabimus suem,  
Ad se venire.*

15. Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró em-

perador perpétuo de la vanda de Roma: hizole tomar posesion del primer asiento ó trono imperial; mandó que provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas y otras yerbas, por cuanto no habia otra cosa más á mano en uno que se llamaba buerto, y era un erreñal de la casa del dómine, mientras se hacia venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó, que desde allí adelante, y por todos los siglos venideros, hasta el fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado por el archi-poeta Parames (era del Páramo el rayo del muchacho) para diferenciarle y no confundirle jamás con Camilo Cuerno, archi-poeta de la Pulla.

16. Pararse el dómine á explicar á sus discípulos en qué consistia el alma y el divino furor de la poesia; pedirle que los hiciese observar el carácter y la diferencia de los mejores poetas; esperar que los enseñase á conocerlos, á distinguirlos y á calificarlos; pretender que los instruyese, en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades; no habia que pensar en eso, porque ni él lo sabia, ni él mismo se pagaba de otra cosa. Naturalmente se le iba la inclinacion á lo peor que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia ó algun sonsónetillo ridiculo, insulso y pueril. Por el primer capítulo elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas ó ventosidades poéticas de Ovidio: ®

*Semivobemque virum, semivirumque bobem,  
Egelidum boream, egelidumque notum.*

Y decia con grande satisfaccion, que en este poeta, no encontraba otra cosa que alabar. Por el segundo,

no habia para él cosa igual á aquella recanilla tan ridícula y tan fria de Ciceron, que para siempre le dejó tildado por tan pobre hombre entre los poetas, como máximo entre los oradores:

*¡O fortunatam natam, me Consule, Romam!*

17. Pero nada le asombraba tanto como el divino ingenio de aquel poeta oculto, que en solas dos palabras compuso un verso exámetro cabal y ajustado á todas las reglas de la prosodia; pero tan escondido, que sin revelacion apenas se puede conocer que es verso. Porque sin ella, ¿quién dirá que lo es éste?

*¿Consternabatur Constantinopolitanus?*

Y con todo eso no le falta sílaba. Así, pues, todo su mayor empeño y todo su conato le ponía en enseñar á sus muchachos puntualmente todo aquello, que en materia de poesia debieran ignorar ó saberlo únicamente para abominarlo ó para hacer de ello una solemnísimá burla, como la hacen cuantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el Parnaso. Por mal de sus pecados habia caído en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo, intitulada: *de Poesia Germanorum symbolica*, de la poesia simbólica de los alemanes en la cual se trata y se celebra la prodigiosa variedad de tantas especies de versos leoninos, alejandrinos, acrósticos, cronológicos, gero-glíficos, canerinos, piramidales, laberínticos, cruciformes y otras mil varatijas como ha inventado aquella nacion, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular, de un gusto tan extravagante que ha dado mucho que admirar y no poco que

reír á las demás naciones, aunque muy rara será aquella á quien no la haya pegado este contagio; bien así como el de las viruelas, que por lo comun solo se pegan á los niños y á los muchachos de corta edad, de la misma manera esta ridiculísima epidemia, por lo regular, solo cunde en poetillas rapaces, que aún no tienen uso de razon poética; y si tal vez inficiona á algun adulto, es mal incurable ó punto ménos que desesperado.

18. A todas las demás castas de versos preferia Zancas-largas, los que son de la peor casta de todos, esto es, los leoninos ó aconsonantados, que fueron en esta opinion muy probable los que introdujeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas ó de consonantes, que con su cola de dragon arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas, quiero decir, que ha sido la perdicion de tan nobles ingenios, los cuales hubieran enriquecido á la posteridad con mil divinidades, y por esos malditos de consonantes (Dios me lo perdone) felizmente ignorados de toda la anti-güedad, la dejaron un tesoro inagotable de pobreza, de impropiedades y de ripios insufribles. Encaprichado nuestro dómine en su mal aconsejada opinion, juraba por los dioses inmortales, que toda la Iliada de Homero, toda la Eneida de Virgilio, y toda la Farfalia de Lucano, no valian aquel solo dístico, con que Mureto hizo burla de Gambarra, poeta antuerpiense, salva empero la suciedad, la bestiondez y el mal olor, que eso no era de cuenta de la poesia.

*Credite, vestratum merdosa volumina vatum,  
Non sunt Nastrates tergere digna nates.*

19. Por fin y por postre, los instruía en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos y de los anagramas; y de esta última con especialidad estaba furiosamente enamorado. Un anagrama perfecto, decía, es arte de artes, ciencia de ciencias, delicadeza de delicadezas, elevación de elevaciones, en una palabra, es el *Lydius lapis*, ó la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates; ¿dónde hay en el mundo cosa, v. g. como llamar *bolo* al lobo, y lobo al *bolo*, como decir *pace* al gato, y *zape* al buey, cuando está paciando? ¿pues qué? si en una oración perfecta se disimula, no ménos que un nombre y un par de apellidos, sin faltar ni sobrar sílaba ni letra, como por ejemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el frontis de la obra: *Homo impugnat lites*, y concluyéndola con un *pinguet olim*, que vale un Potosí, por cuanto es perfectísimo anagrama de sus dos apellidos, y una y otra oración tienen unos significados propísimos y que se pierden de vista. Anagramas hay imperfectos, que con ser así que lo son, son de un valor inestimables y en su misma imperfección tienen más gracia que toda la que se pondera en las insulsecés de Owen y de Marcial. Por ejemplo, el que hizo un anagrama del apellido *Osmu*, y dijo *Asno*, y *sobra una pierna*, ¿no merecía por este solo dicho, que le erigiesen una estatua en el capitolio de Minerva? ¿Y merecería ménos el otro, habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagrama: *Tú serás cardenal*, pero sobraban dos *ll*, que no podía acomodar, y añadió: *Y sobran dos ll, para látigos de la posta, que*

*ha de traer la noticia?* Desengañémonos, que esto de los anagramas es cosa divina, digan lo que dijeren media docena de bufones, que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir que aquello de Marcial: *Turpe est difficiles habere nugas, et stultus labor est ineptiarum*, está bien aplicado á los anagramatistas. Y ménos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrian de Valois, que porque él no sabia cual era su anagrama derecho, cantó este bello episonema á deum de dere.

*Cytharædus esse, qui nequit, sit Aulædus:  
Anagrammatista, qui Poeta non sperat.*

Vitor; y denle un confite por la gracia. Pues yo le digo, que el que no supiere hacer anagramas, no espere ser poeta en los dias de su vida; y el que los hiciere buenos, tiene ya andado más de la mitad del camino para ser un poetazo de á folio; porque si la poesía no es más que un noble trastornamiento de las palabras, los anagramas no son otra cosa, que un bello trastornamiento de las letras. Y váyase muy enhoramala el otro Colletet ó Coletillo, que dijo con bien poco temor de Dios:

*Eso de hacer anagramas,  
Y andar trastornando letras,  
Lo hacen solo los que tienen  
Trastornada la cabeza.*

## CAPÍTULO X.

EN QUE SE TRATA DE LO QUE EL MISMO DIRA.

CINCO años, cuatro meses, veinte dias, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender estas y otras impertinencias de la misma estofa (segun una puntualísima leyenda antigua, que nos dejó exactamente apuntados hasta los ápices de la cronología), y cargado á entera satisfaccion del dómine, de figuras, de reglas de versos, de himnos y de lecciones de breviario, que tambien hacia construir á sus discipulos y tomarlas de memoria, por ser un admirable prontuario para los exámenes de órdenes, se restituyó á Campazas un dia del mes de mayo, que nota el susodicho cronicon habia amanecido pardo y continuó despues lluvioso. Convienen todos los gravísimos autores, que dejaron escritas las cosas de este insigne hombre, en que siendo así que el dómine era grande azotador, y que especialmente en errando un muchacho un punto de algun himno, la cantidad de una sílaba, el acomodo de un anagrama y cosas á este tenor iba al rincon irremisiblemente, aunque le atestase el gorro de parces. Con todo eso, nuestro Gerundio era tan exacto en todo, y supo guardar tan bien su colete, que en todo

el susodicho tiempo que gastó en estudiar la gramática, no llevó más que cuatrocientas y diez vueltas de azotes, por cuenta ajustada, que apenas salen tres cada semana: cosa que admiró á los que tenían noticia del rigor y de la severidad de Zancas-largas. No causa ménos admiracion, que en todo el discurso de este tiempo no hubiese hecho Gerundio novillos del estudio, sino doce veces, segun un autor, ó trece, segun otro, y esas siempre con causas legítimas y urgentes; porque una los hizo por ir á ver unos toros á la Beñaza, otra por ir á la romería del Cristo de Villaquejida, otras dos por ir á cazar pájaros con liga á una zarza, junto á una fuente, que habia tres leguas del lugar donde estudiaba, y así de todas las demás, lo que acredita bien su aplicacion y el grande amor que tenia al estudio. Tambien aseguran los mismos autores, que en todo él no habia muchacho más quieto ni más pacífico. Jamás se reconocieron en él otros enredos ni otras travesuras, que el gustazo que tenia en  *echar gatas*  á los nuevos, que iban á su posada: esto es, que despues de acostados los dejaba dormir, y haciendo de un bramante un lazo correctizo, le echaba con grandísima suavidad al dedo pulgar del pié derecho ó izquierdo, del que estaba dormido, despues se retiraba él á su cama con el mayor disimulo, y tirando poco á poco del bramante, conforme se iba estrechando el lazo, iba el dolor despertando al paciente, y este iba chillando á proporcion que el dolor le affigia, el cual tambien iba creciendo conforme Gerundio iba tirando del cordel: y como el pobre paciente no veia quien le hacia el daño, ni podia presumir que fuese alguno de sus com-

pañeros, porque á este tiempo todos roncaban adremente, fingiendo un profundísimo sueño, gritaba el pobrecito, que las brujas ó el duende le arrancaban el dedo. Y si bien es verdad, que dos ó tres niños estuvieron para perderle, pero siempre se tenía por una travesura muy inocente, y más diciendo Gerundio por la mañana, que lo había hecho por entretenimiento y no más que para reir. Por lo demás era quietísimo; pues había semana que apenas descalabraba á media docena de muchachos, y en los cinco años bien cumplidos que estuvo en una misma posada, nunca quebró un plato ni una escudilla, y lo más que hizo en esta materia, fué en cuatro ocasiones hacer pedazos toda la vasija que había en el bazar, pero eso fué con grande motivo, porque un gato rojo, á quien quería mucho el ama, le había comido el torrezno gordo que tenía para cenar. Su compostura en la iglesia del lugar, á donde todos los estudiantes iban á oír misa de comunidad, era ejemplar y edificante. No había que pensar que nuestro Gerundio volviese la cabeza á un lado ni á otro, como veleta de campanario ni que tirase de la capa al muchacho que estaba delante ni que mojando con saliva la extremidad de una pajita se le arrimase suavemente á la oreja ó al pescuezo, como que era una mosca, ni mucho ménos que se entretuviese en hacer una cadena con lo que sobraba del cordón del justillo ó de la almilla, tirando despues por la punta para deshacerla de repente. Todos estos enredos, con que suelen divertir la misa los muchachos, le daban en rostro, y le parecían muy mal. Nuestro Gerundio siempre estaba con la cabeza fija enfrente del altar, y con

los ojos clavados en las fábulas de Esopo, construyéndola una y muchas veces con grandísima devoción.

2. Vuelto á Campazas, ¿quién podrá ponderar la alegría y las demostraciones de cariño con que fué recibido del tío Anton, de la tía Catanla, del cura del lugar, y de su padrino el licenciado Quijano, que eran los continuos comensales de la casa de Anton Zotes? y apenas habían salido de ella, desde que supieron, que ya había ido la burra por Gerundio (1).

3. Despues de los primeros abrazos, que le dieron todos, se quedaron atónitos y aturcidos al verle echar españadas de latin por aquella boca, que era un juicio. Hablóse luego como era natural del preceptor, y el chico exclamó al instante; *¡proh Diu immortales! Mystagogus meus est homo, qui amittitur de conspectu: ¡O Dioses inmortales! mi maestro es un hombre, que se pierde de vista. Preguntáronle si había muchos muchachos; y al punto respondió: Qui numeret estellas, poterit numerare puellas: El que pudiere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos. Su padrino el licenciado Quijano, que era el ménos romancista de todos los circunstantes, le dijo: mira hombre, que *puellas* no significa muchachos, sino muchachas. *Puce tua dixerim, domine dripane*, le replicó su ahijado: *puella puella* es epiceno: *juxta illud: Uno epicena vocant graii; promiscua nostri*. No tuvo que responderle el padrino, y solamente le preguntó por qué le llamaba *dripane*, que le sonaba á cosa de mote, y*

(1) En Campos, cuando se envía por un chico que está estudiando gramática, se dice: ya le envié la burra, ya fue la burra por él, etc.



le parecía atrevimiento; *¡Neutiquam per medium fidium!* le respondió Gerundio, sonriéndose, y como quien se burlaba de su ignorancia: *Dripant est anagrammaton de padrine; et anagrammaton figura est, qua unius vel plurimum vocum litteræ transponuntur, vel invertuntur.* Y así, señor padrino, con licencia de usted, y para que lo entiendan todos, si en lugar de decir *mi madre*, dijese *mi merda*, y en vez de decir *Antonio Zotes*, dijera *ó Tina ó Cesto, y sobran dos piernas*, tan léjos estaria de perderlos el respeto, que usaria de una de las figuras más delicadas y más ingeniosas que hay en toda la retórica.

4. Con estas y otras necedades de la misma calaña pasaba Gerundio el tiempo, dando muestras de sus grandes progresos en la latinidad, y esperando á que llegase San Lúcas para dar principio á las sùmulas, cuando hácia la mitad del verano pasó por su casa y se detuvo en ella algunos días el Provincial de cierta orden, varon religioso y docto. Componiase su comitiva, como se acostumbra, de otro padre grave, que era su sócio y secretario, y de un lego rollizo, despejado, mañoso y de pujanza, que en los caminos servia para los menesteres de las posadas, y en los conventos para los oficios de la celda. Era el lego de buen humor, nada gazmoño, y mucho ménos que, nada escrupuloso. Dábale á Gerundio periquitos, rosquillas y alcórzcas, con que le habian regalado unas monjas, cuyo convento acababan de visitar. Con esto se le aficionó mucho el muchacho, y tambien con los cuentos y chistes que contaba entre la familia, miéntras su paternidad y el secretario dormian la siesta, que el lego no gustaba de dormir, y

licen, que los contaba con gracia. Por las tardes, luego que acababan de refrescar los dos padres graves, el lego se salia á pasear con Gerundio, y éste le llevaba unas veces á las eras, otras al humilladero, y otras al majuelo de su padre, que linda con el carrascal. En estas conversaciones vertia el muchacho todos los disparates que habia aprendido con el dómine; y como el lego le oia hablar tanto en latin, que para él era lo mismo que griego, y por otra parte el chico era bien dispuesto y desembarazado, parecia que podia ser muy á propósito para la orden, y así comenzó á catequizarle.

5. Decíale, que en el mundo no habia mejor vida que la de fraile, porque el más topo tenia la racion segura, y en asistiendo á su coro, santas pascuas; que el que tenia mediano ingenio iba por la carrera de maestro, ó por la carrera de predicador; y que aunque la de las leturías era más lucida, la del pùlpito era más descansada y más lucrosa; pues conocia él predicadores generales, que en su vida habian sacado un sermón de su cabeza, y con todo eso, eran unos predicadores que se perdian de vista, y habian ganado muchísimo dinero; y que en fin, en jubilandó por una ó por otra carrera, lo pasaban como unos obispos; ¡pues qué la vida de los colegiales! que así llamamos á los que están en los estudios, ni el Rey ni el Papa la tienen mejor; por lo ménos más alegre. Algunas erugias pasan con los lectores y con los maestros de estudiantes, si son un poco ridículos ó celosos de que estudien; ¿pero qué importa si se la pegan guapamente? Nunca comen mejor, que cuando les dan algun pan y agua por flojos, porque no

llevaron la leccion, ó porque se quedaron en la cama; pues entonces los demás compañeros los guardan en la manga lo mejor de su pitanza, y comen como unos abades. Ahora; la bulla, la fiesta, la chacota que tienen entre sí cuando están solos; los chascos que se dan unos á otros, eso es un juicio, y han sucedido lances preciosísimos. Es verdad, que si los pillan lo pagan, y hay despojos que cantan misterio: pero *datus sunt passatus sunt*. De la vida de los novicios no se habla: ya se vé, que asisten siempre al coro, que nunca faltan á mañines, que ayudan las misas, que tienen mucha oracion y muchas disciplinas, que andan con los ojos bajos y con la cabeza colgando, á manera de higo maduro; pero eso es una friolera: en volviendo la suya el maestro, ó en aquellos ratos de libertad y de asueto que los dan de cuando en cuando, hay la zambra y la trisca, que se hunde el noviciado: juegan á la gallina-ciega, á fiel derecho y á los batanes, que no hay otra cosa que ver.

6. No se puede ponderar el gusto con que oia nuestro Gerundio esta indiscreta pintura de la vida religiosa, representada con más imprudencia que verdad; pues descubriendo únicamente las travesuras de los religiosos imperfectos, ocultaba la severidad con que se reprecaban y se castigaban, disimulando el rigor con que se celaba la observancia, y lo mucho que pide á todos sus individuos cualquiera religion, por mitigada que sea. Pero al bueno del lego le parecia, que como él una por una le metiese al chico en el cuerpo la vocacion, hacia una gran cosa, y que lo demás allá lo veria. Con efecto, se la metió tan metidamente, que desde luego dijo á su catequista, que

aunque le ahorcasen habia de ser fraile de su orden, y que aquella misma noche habia de pedir el hábito al padre provincial delante de sus padres. El lego le dió un abrazo, dos corazones de alcorza, y un escapulario con cintas coloradas y su escudo bordado de hilo de oro, con lo cual se le arraigó la vocacion, de manera que ya no le quitarian de ser fraile, aunque le dieran el curato de su mismo lugar. Y más, que el lego le instruyó en el modo con que se habia de explicar con el provincial, y que despues de haber conseguido el sí, le habia de pedir, que él mismo fuese su padre de hábito; pues de esa manera aseguraba su fortuna, por cuanto el partido de su paternidad era el que mandaba, y mandaria verosíblemente por algunos años, puesto que apenas habia definidor, jubilado ni prelado conventual, que no fuese hijo ó nieto de su reverendísima, esto es, ó discípulo suyo ó discípulo de sus discípulos, y que así se llevaba los capítulos en el pico, disponiendo en ellos á destajo cuanto se le antojaba.

7. Siglos se le hicieron á Gerundio las horas que faltaban hasta la de cenar, y llegada esta se sentó á la mesa junto á sus padres con el provincial y secretario, como acostumbraba; pero en vez de que otros dias los divertia mucho con sus intrepideces, latines, anagramas y versos de memoria, que decia á borbotones, aquella noche, segun la instruccion del socarrón del lego, se mostró mustio, cabizbajo y desganado. Picábale por aquí y por allí, mas él apenas hablaba palabra, hasta que levantados los manteles el provincial y el secretario le hicieron sentar entre los dos, comenzaron á acariciarle mu-

cho, y le preguntaron qué tenía. Despues que se hizo bien de rogar, y de burlas ó de veras se le asomaron algunas lagrimitas, dijo por fin y por postre, que queria ser fraile de su órden, y que aunque fuese á pié se habia de ir tras ellos, hasta que le diesen el hábito. Al oír esto la buena de la Catanla, volviéndose á su marido, puestas ó encrucijadas las manos y meneando la cabeza, le dijo con la mayor bondad del mundo; *¿No te lo dije yo, mi Anton, que al cabo el chico habia de ser fraire? no ves como se cumple el prefacio de aquel bendito lego, que pernoticó que este niño habia de ser un grand predicador?* Y volviéndose despues á Gerundio, echándole la bendición, le dijo: *Anda bendito de Dios, con la bendición de su Divina Magestad, y con la mia, que aunque te venia una capellanía de sangre, y tu padrino el licenciado Quijano queria persignar en tí el beneficio siempre de Berrocal de arriba, mas te quiero ver en un cúlpieto convirtiendo almas, que si te viera arcipreste de todo el parti.º.* Anton Zotes, que era bueno como el buen pan, solo respondió: *Yo por mí, como sea buen fraire, mas caga lo que quisiere, porque los padres no podemos quitar la voluntad á los hijos.*

8. Viendo el provincial lo poco que habia que haber por parte de los padres, y conociendo que el muchacho tenia en realidad viveza y habilidad, y que los disparates que le habian enseñado eran efectos de la mala escuela, los que se podía esperar que con el tiempo y con los libros los conociese y enmendase, desde luego ofreció que le recibiria, y que él mismo le daria el hábito y seria siempre su padre y su padrino. Pero como era varon, docto y religioso, y

el punto era tan sério, temió que fuese alguna veleidad de muchacho, ó que á lo ménos quisiese abrazar aquel estado atolondradamente y sin conocimiento de lo que abrazaba; y para cumplir con su conciencia, con su oficio y con su grande entendimiento, resolvió desengañarle delante de sus mismos padres, y así le habló de esta manera.

9. «¿Sabes, hijo mio, lo que es el estado religioso? Es una cruz en que se enclava el alma con los tres votos religiosos, desde el mismo punto en que los hace, y no se desprende de ella hasta que espira. Es un martirio continuado que comienza cuando se abraza y se acaba cuando se deja, advirtiéndote, que solo se puede dejar ó perdiendo la vida ó abandonando la honra y tambien con ella el alma. Es un estado de humildad, todo de mortificacion y todo de obediencia. El que no se desprecia á sí mismo, ese es el más despreciado de todos; ninguno es más mortificado que el que ménos se mortifica, con el desconsuelo de que padece más y merece ménos. Al que no quiere ser obediente se le obliga á ser esclavo; ¿ves estás nevadas canas que blanquean mi cabeza? (al decir esto se quitó un becoquin ó escofieta que traia en ella) pues sábeta, que há veinte años que me la cubren, me la desfigurán y desmienten los que tengo que aún hoy faltan algunos para llegar á cincuenta, y nunca se anticipa tanto el color tardío de estas naturales plantas, sino cuando las deseca el calor de las pesadumbres; y puedes observar que apenas hay religioso que no encañezca por razon de estado muchos años ántes de lo que debiera por la edad. Ciertamente que esta vio-

«lencia que se hace á la naturaleza, no puede tener  
«regularmente otro principio que la que se hace vo-  
«luntaria ó involuntariamente al natural.

10. «Como nunca has tratado más religiosos que  
«los que la caridad de nuestros hermanos y tus pa-  
«dres hospedan cristiana y piadosamente en su casa,  
«temo que alguno ménos prudente (pues no podemos  
«negar que en todas partes los hay) te haya pintado  
«la religion como aquel pintor, que para ocultar la  
«deformidad de Filipo, padre de Alejandro, á quién  
«le faltaba un ojo, le pintó á medio perfil, repre-  
«sentándole solo por aquel lado de la cara que no  
«era defectuoso y cubriendo el otro con el lienzo.  
«Quiero decir, temo que solo te hayan pintado á la  
«religion por donde puede agradarte, ocultándote  
«artificialmente aquello por donde pudiera retraer  
«tu natural inclinacion. Sí, hijo mio, hay en el estado  
«religioso hombres graves, justamente atendidos por  
«sus méritos, con privilegios y con exenciones; pero  
«no hay ni puede haber privilegios contra la obediencia  
«ni contra la observancia, ni hasta ahora se han  
«descubierto en el mundo exenciones de las pesa-  
«dumbres y de los trabajos; ¿qué importa que á esos  
«padres graves les sobre cuanto han menester en la  
«celda, si en caso de no ser ajustados les falta lo que  
«más necesitan en el corazon? Tampoco te negaré  
«que en la religion más estrecha se encuentran in-  
«observantes, y tal vez se vé algun escandaloso. Pero  
«tambien en el cielo hubo ángeles apóstatas, en el  
«paraiso hombres inobedientes y en el colegio apos-  
«tólico un alevoso, un presumido, un inconstante, un  
«incrédulo y muchos cobardes, y ni el cielo dejó de

«ser un cielo, ni el paraíso, ni el colegio apostólico  
«la comunidad más santa que ha habido ni ha de ha-  
«ber en el mundo. No se llama perfecto un estado,  
«porque no se hallen en él hombres defectuosos, si-  
«no porque á los que lo son se les corrige, y á los  
«que no se corrigen no se les tolera; porque ó se les  
«corta como miembros podridos, para que no inficio-  
«nen á los sanos, ó se les conjura como á las tem-  
«pestades, para que vayan á descargar donde á nin-  
«guno hagan daño: quiero decir, que encerrados de  
«por vida entre cuatro paredes, ó la pena les hace  
«entrar en sí mismos y entónces son verdaderamente  
«felices, ó si con la desesperacion echan el sello á su  
«desgracia, solo se perjudican á sí propios y pasan  
«solos de un infierno á otro, del temporal al eterno.  
«Así pues, hijo mio, si quieres ser religioso, has de  
«hacer ánimo á que si fueres bueno, has de vivir y mo-  
«rir en una perpétua cruz; si fueres malo, aún vivirás  
«y morirás más atormentado y de cualquiera manera  
«siempre te aguarda un martirio que durará mientras  
«te durare la vida. Yo he cumplido con lo que á mí  
«me toca, tú ahora resolverás lo que te pareciere, en  
«la inteligencia de que sino obstante la claridad con  
«que te hablo, te determinarás á abrazarte con la cruz,  
«yo como padre y como padrino tuyo que desde lue-  
«go me constituyo por tal; aunque no pueda quitárte-  
«la de los hombros, haré cuanto me sea posible por  
«alijerártela, salva siempre la religiosa observancia.»

11. Atentísimos estuvieron Anton Zotes y la buena  
de Catanla á la discreta arenga del prudente y piadoso  
provincial, y no dejaron de enter necerse un si es ó no  
es, tanto, que la última tuvo necesidad de limpiarse

los ojos y las narices, estas con el delantal y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atención, pensando solo como había de jugar á fiel-de-recho cuando estuviese en el noviciado, en dar ya trazas como pegársela al dispensero corriendo un par de raciones cada semana, y figurándose ya en su imaginación el mayor predicador de toda aquella tierra, confesando después, que mientras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes para cuando le echasen la Semana Santa de Campazas. A esto contribuyó también que el bellaco del lego se puso donde sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando éste ponderaba alguna cosa, aquél le guiñaba el ojo y le hacía señas con la cabeza como que no hiciese caso de lo que le decía: con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que quería ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él también pasaría por ellas sin dar otra razón chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que había de ser tarde fuese luego, porque teniendo ya quince años estaba en la mejor edad para entrar en religión; y así dentro de dos días, el provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron á un convento de la orden no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado al fin como cosa suya.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

CONCLUIDO SU NOVICIADO PASA A ESTUDIAR ARTES.

Ya tenemos á Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pié adelante ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado al lego cuando podía hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los piés. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santi-amen se echaba á pechos un Jesús, cuando ayudaba al refitolero á componer el rectorio, llegó á sospecharse, que no era tan limpio como parecía, y así el refitolero como el sacristan, le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistía al rectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de estas á la mitad de la mañana, y

los ojos y las narices, estas con el delantal y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atención, pensando solo como había de jugar á fiel-de-recho cuando estuviese en el noviciado, en dar ya trazas como pegársela al dispensero corriendo un par de raciones cada semana, y figurándose ya en su imaginación el mayor predicador de toda aquella tierra, confesando después, que mientras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes para cuando le echasen la Semana Santa de Campazas. A esto contribuyó también que el bellaco del lego se puso donde sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando éste ponderaba alguna cosa, aquél le guiñaba el ojo y le hacía señas con la cabeza como que no hiciese caso de lo que le decía: con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que quería ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él también pasaría por ellas sin dar otra razón chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que había de ser tarde fuese luego, porque teniendo ya quince años estaba en la mejor edad para entrar en religión; y así dentro de dos días, el provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron á un convento de la orden no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado al fin como cosa suya.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

CONCLUIDO SU NOVICIADO PASA A ESTUDIAR ARTES.

Ya tenemos á Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pié adelante ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado al lego cuando podía hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los piés. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santi-amen se echaba á pechos un Jesús, cuando ayudaba al refitolero á componer el rectorio, llegó á sospecharse, que no era tan limpio como parecía, y así el refitolero como el sacristan, le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistía al rectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de estas á la mitad de la mañana, y

á un volver de cabeza se hallaban vacíos uno ó dos jesuses, de los que juraría á Dios y á una cruz, que ya habia llenado; y aunque nunca le habian cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo; y que en Dios, y en su conciencia no podía ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

2. Era el maestro de novicios un bellissimo religioso, devoto y pio hasta más no poder; pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo á un novicio con los ojos bajos, con la capilla calada, las manos siempre debajo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiñándose al andar, y andando siempre arrimado á la pared, puntual á todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba siempre de Dios; pues que, si naturalmente era bien agestadillo, y vergonzoso; si le pedia licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese; si acudia frecuentemente á comunicarle las cosas de su espíritu, y á darle cuenta de los sentimientos, que tenia en la oracion, especialmente si habia algo, que oliese á cosa de vision imaginaria? Sobre todo; ¿si en tono de caridad, de escrúpulo ó de celo iba á contarle las faltas que habia notado, ó que quizá solo habia aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no habia más que pedir: no creería cosa mala de este novicio, aunque se la predicaran frailes descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenia por envidia ó por emulacion, diciendo casi con lágrimas, que la virtud hasta en los claustros es perseguida. Los bellacos de los

novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenian bastante malicia para conocer esta flaqueza ó esta bondad de su maestro, y así los más ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que eran los más santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al más raposilla de todos, ántes bien en esta especie de farándula los hacia muchas ventajas, y se sabia, que era el queridito del maestro, y más añadiéndose á su buen parecer, disimulo y afectada compostura, el ser ahijado y tan recomendado de nuestro padre provincial; porque si bien es verdad, que el maestro de novicios era baron espiritual y místico, no embargante todo éso, á mayor gloria de Dios, y por el mayor bien de la religion, hacia con purísima intencion su córte á los mandones, y no querria disgustar á un padre grave, por cuanto tuviese el mundo.

3. En esta disposicion del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fueron las acusaciones del refitolero y del sacristan. Dijoles el bendito varon, que conocian mal al hermano Fray Gerundio, y que no sabia con que conciencia hacian juicios tan temerarios, y levantaban aquellos falsos testimonios á un novicio tan angelical; que si supieran bien quien era aquel mancebo, se tendrían por dichosos en poner la boca donde él ponía los piés; y que si era verdad que les faltaba el vino, seria sin duda, porque el diablo tomaba la figura del santo novicio para beberle y para desacreditarle: concluyendo con decirles, que si la Orden tuviera media docena de Fray Gerundios, esa media docena de santos más adoraría con el tiempo en los altares.

4. Sucedió, que mientras el bueno del maestro

de novicios estaba dando esta repasata á los dos legos acusadores, el angelical Fr. Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho á la celda del maestro, á darle cuenta de lo que le habia pasado en la oracion de aquel día. Entró, como acostumbra, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adrede, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer; y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño, mandóle sentar junto á si, comenzó la cuenta de oracion, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron á la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro sin poderse contener se levantó de la silla, y para alentar más y más á su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió; porque como le apretó tanto en el seno, se estrellaron en el pecho los huevos, que el angelical mancebo traía escondidos en él, y comenzaron á chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecia haberse vaciado el perol donde se batian los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio; pues qué es esto, hermano Fray Gerundio? El santo mozo, que era asaz sereno

y de imaginacion pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: Padre, yo se lo diré á su Reverencia. Como ha dos meses, que su Reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su Reverencia, porque su Reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificacion. Tragó el anzuelo el bonísimo varon, y pasmado de la estupenda mortificacion de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque ménos apretado que el primero, por no lastimarse en las llagas de las espaldas, y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente, que mejor es la obediencia que los sacrificios, le despidió, dándole orden, de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro Fr. Gerundio su noviciado, é hizo su profesion *inofenso pede*, sin que le faltase voto; y como todavia duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las artes á un convento de los más graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista, por dos ó por tres años, como pasan los demás frailes en canal que no tienen arrimo.

6. Era lector un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprehension, de memoria feliz, estudianton de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamás habia leído otra filosofia, ni podia tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayu-



daba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho, y una maravillosa fortaleza de pulmones: en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras ni las sabia, para explicar las cosas más triviales. Si le preguntaban como lo pasaba, respondia, *materialiter*, bien, *formaliter*, sub-istingo; *reduplicativè ut homo*, no me duele nada; *reduplicativè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasion se le quejó su madre, de que en las cartas que la escribia no la hablaba palabra de su salud, y él la respondió: «Ma-  
«dre y señora mia: es cierto, que *signatè* no decia  
«á V. que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo  
«decia. Ahora pongo en noticia de V. como estoy  
«explicando á mis discípulos la *transcendencia* ó la  
«*intranscendencia del ente*: yo llevo la analogía, y  
«niego la *transcendencia*. A mi hermana Rosa dirá V.  
«que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo*, co-  
«mo *ut quod*, y que en cuanto á las calcetas con  
«que me regala, la *materia ex quà* me pareció un  
«poco gorda, pero la *forma artificial* viene con to-  
«dos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de cho-  
«colate, que V. me envia, diré *in rei veritate* lo  
«que me parece: las *cualidades intrinsecas* son bue-  
«nas, pero las *accidentales* le echaron á perder, por  
«haber estado aplicado más tiempo del conveniente  
«á la *naturaleza ignea*, mediante la *virtud combustiva*.  
«B. L. M. de V. su hijo *inadequate*, et *partialiter*,  
«y su capellan *totaliter*, et *adequate*. Fr. Toribio,  
«Lector de Artes.»

7. Por aquí se puede sacar el carácter del padre

lector fray Toribio, que en un argumento á todos se los llevaba de calle, porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita, y con la abundancia de términos, no habia quien le resistiese, y así le llamaban el azote de los concursos. Tenia atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo más inútil y más ridiculo, que se enseña en las sumulas, sirviendo solo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Ejercitábase él: y hacia que sus discípulos se ejercitasen en componer contradictorias, contrarias, subcontrarias y subalternas, en todo género de proposiciones, en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complexas, en las necesarias, en las contingentes y en las de imposible, gastando meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima cuestion de *si blicteri es término*, era cosa de espiritarse; y si alguno le queria defender, que la union era tan término como todos los demás, y que en ella se resolvía la proposicion *tan resoldidamente*, como en el sugeto y en el predicado, era negocio de volverse loco, y á lo ménos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo exquisito gusto, y la misma buena eleccion que tenia en las sumulas, mostraba en lo perteneciente á la lógica. Aunque sabia muy bien, que esta no es más que un arte, que ayuda á la razon natural á discurrir con penetracion, y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, segun los diversos respetos, nociones ó for-

malidades con que se presenta al entendimiento; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le dan bastante fundamento, no para que de una sola cosa haga dos, sino para que conciba, como si fueran dos, la que en realidad es una sola; y que supuesta esta penetracion y esta division ideal, pueda ir despues racionando y discurrendo acerca de ellas, hasta llegar muchas veces á la demostracion, y casi siempre á un prudentisimo asenso. Repito, que aunque el buen padre lector no ignoraba, que esta y no otra, era la verdadera lógica, de nada ménos cuidaba, que de instruir á sus discípulos en lo que conducia para esto, y de los nueve meses del curso, gastaba los siete en enseñarles lo que de maldita la cosa servia, sino de llenarles aquellas cabezas de ideas confusas, de representaciones impertinentes, y de idolillos ó figuras imaginarias; si consiste en un único hábito, cualidad ó facilidad científica, ó en un complejo de muchos correspondientes á la variedad de los actos lógicos; si es ciencia práctica ó especulativa; si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instruccion en las reglas se distingue del uso de ellas; si su objeto es un entecillo duende, enteramente fingido por el entendimiento, ó una entidad, que tiene verdadero y real ser, aunque puramente intelectual; si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse ni bien ni mal; y así de otras cuestiones proemiales, que de nada sirven y para nada conducen, sino para perder tiempo, y para quebrarse la cabeza lo más inútilmente del mundo.

9. Esto es, por paridad, como si un maestro de

obra prima (que así se llama, no se sabe por qué, á los zapateros) con un aprendiz, que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte ó ciencia, y si arte, si era mecánico ó liberal. Otro en instruirle, si era lo mismo saber cortar, que saber coser, saber coser, que saber desvirar, ó si para cada una de estas operaciones era menester un hábito ó instruccion científica que las dirigiese. Señor, que yo quiero aprender á hacer zapatos. Espérate, tonto; ¿cómo has de saber hacerlo, sino sabes si el objeto del arte zapateril es el zapato que realmente se calza, ó aquel que se representa en la imaginacion, como idea del que despues se ha de hacer? Señor, que yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan. Eres un orate: ¿por ventura, sabrás nunca hacer esos zapatos, no estando bien enterado de si las reglas que se dan para hacerlos, son ó no son diferentes del uso y práctica de ellas? señor, ¿qué se me dá á mí, que lo sean ni dejen de serlo? Enséñeme usted esas reglas, pues ha cuatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni siquiera una me ha enseñado. Ven acá, idiota, ¿cómo te las he de enseñar yo, ni cómo las has de aprender tú, mientras no estés plenisimamente instruido en qué este arte, que llamamos de obra prima, es en parte práctica y en parte especulativa? Práctica, porque su fin es enseñar á hacer zapatos, ajustados, airosos y duraderos: especulativa, porque las reglas que da para eso, es menester que dirijan primero á la razon, sin lo cual no se gobernarían bien las manos. Por vida de... (y echóle redondo) que usted ma-

tará á un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas; ¿qué me importará saber, si el oficio es plático, ó culativo, ó la perra que me parió?

10. Si alguno fuera al padre lector con este cuento, bien sé yo que no lo habia de contar por gracia; porque sobre abundar de un humor escolástico flavobilioso, que hiriendo en un momento las fibras del cerebro, se comunicaba rápidamente al corazon por el nervio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aqui por una instantánea repercusion volvía al mismo cerebro, donde agitaba con igual ó con mayor crispatura las fibras, que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseído de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendia alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodigiosa multitud de hombres grandes, que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba que los hombres más sábios y los hombres más grandes al fin son hombres, y que no se habian acreditado ni de grandes ni de sabios por haber gastado el tiempo en esas fruslerías, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habian empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia ó la política los habia precisado á no desviarse del camino carretero y á seguir el uso comun, le faltaba poco para romperle los cascos; y si lo dejaba de hacer, era de pura compasion, despreciándole como á un pobre mentecato. Despues echaba mano de aquel otro lugar comun, con que

se defienden los que no tienen bastante valor ni bastante generosidad para confesar que estas son impertinencias, diciendo, que sirven de mucho, aunque no sirvan de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios y para ejercitarlos en la disputa.

11. No habia que reponerle lo primero, que siendo la lógica la que enseña á discurrir y á disputar, parecia cosa ridicula comenzar á aprenderla arguyendo y disputando. Porque ó ya se sabian las reglas de la disputa ó se ignoraban: si se sabian, era ociosa la lógica; si se ignoraban, ¿cómo era posible, que se disputase, sino diciendo en la materia y en la forma cuatrocientos disparates? Y así vemos, que las artes más mecánicas, y los oficios más fáciles no se comienzan á aprender por el ejercicio, sino á lo ménos por aquellas reglas generales, que son necesarias para saber imperfectamente ejercitarle. No hay oficio más fácil, que el de aguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del rio ó de la fuente, está aprendido el oficio: con todo, es indispensable, ántes de ir por agua, saber echar la albarda al burro y saber el camino. Si á un aprendiz de herrero le dijese desde el primer dia, que hiciese una sarten, se reiría del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno del modo de manejarlos y de disponer la materia para recibir la forma artificial que se pretende darla: despues irle ejercitando en lo más fácil. Pues ahora, ¿hay cosa más graciosa, que comenzar disputando, si la lógica docente se distingue de la utente, y empedrar por precision la disputa de toda la doctrina que

se da acerca de los hábitos naturales, infusos y adquiridos, suponiendo ya sabido el modo con que estos se engendran, y en qué consiste la virtud, que tienen, para producir después unos hijos, enteramente parecidos á sus abuelos?; esto es, á los actos que engendraron á los hábitos, siendo así que el pobre niño no tiene idea ni noticia de otros hábitos, que de los hábitos largos de los curas, ó de los hábitos de los frailes, que vió predicar la cuaresma y pedir el agosto en su lugar; ¿qué concepto formará de toda aquella algaravía de hábitos, de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica, que es indispensable entienda, aún solo para penetrar los términos de la cuestión, si nada de esto se le ha de explicar, hasta que estudie la metafísica ó la animástica?

12. No habia que reponerle lo segundo, que toserado y no concedido, que para ejercitar el entendimiento en la disputa, fuese conveniente excitar algunas cuestiones proemiales, seria razon tomarlas de aquellos puntos históricos, que pertenecen al fin, invencion, progresos y estado actual de la misma lógica. Como v. gr. ¿para que fin fué inventada la lógica si solamente para enseñar á discurrir bien, ó para evitar que otros no nos alucinassen con sofismas y con paralogismos; si la lógica es más antigua ó más moderna, que la filosofía en todas sus partes? Y aquí entraba naturalmente un curioso resumen historial del origen de la filosofía, y de su division en tanta variedad de sectas, la iónica, la itálica, la cirenáica, la efáica, la megárica, la cínica, la estóica, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica ó scéptica, la epicúrea, y finalmente la eléctica, ántes

de hablar de los diversos sistemas de la filosofía moderna. Hallárase, que la lógica, respecto de unas sectas, habia sido muy posterior, muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas sincrona ó coetánea.

13. Después se podia preguntar; ¿si la lógica se inventó por casualidad ó de propósito? Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones para descubrir y para desembarazarse de los sofismas, se seguia la pregunta; ¿de quién fué el primero, que hizo estas observaciones y formó una coleccion de ellas, para enseñar y para abrir los ojos á los demás, si Zenon Eleates, si Sócrates, si Platon, si Aristóteles ó si Speusippo? Y constando por la historia que Zenon hizo algunas observaciones, Sócrates otras y Platon otras, todos tres anteriores á Aristóteles, de quien Platon fué maestro, preguntar; ¿porqué no obstante eso, se tiene comunmente á Aristóteles por inventor de la lógica ó de la dialéctica? A lo cual se ha de responder necesariamente, que porque fué el primero que hizo una coleccion de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico ó instructivo, y dándolas un método seguido, claro conexo y natural. Así como Pedro Lombardo, por otro nombre el Maestro de las sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone, sino por que los que estaban esparcidos y sin orden en las obras de los Padres, especialmente latinos, los redujó á un método uniforme en los cuatro libros de

los sentenciarios; disponiéndolos de manera, que formasen un cuerpo bien repartido de facultad y de doctrina; añadiendo de suyo, además de eso, el poner en estilo de escuela y de disputa, algunos puntos, que en las obras de los Padres se leen en estilo puramente doctrinal.

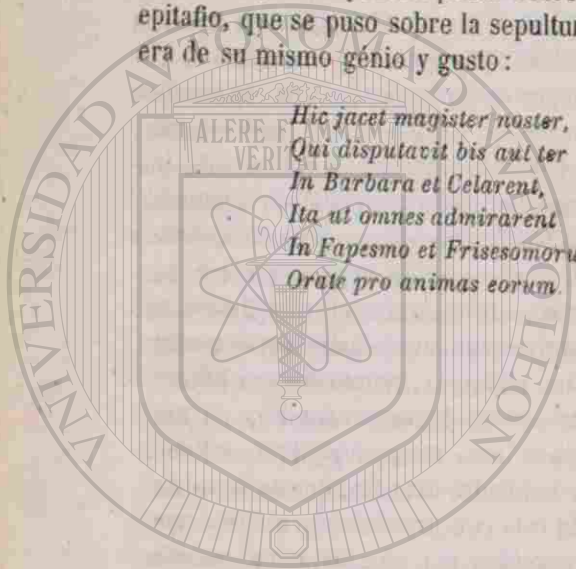
14. Después de todas estas cuestiones, se concluía naturalísimamente con las pertenecientes á los progresos y estado actual de la misma lógica; si Aristóteles la concluyó ó la dejó imperfecta; si la que hoy tenemos es la misma que enseñó aquel filósofo ó otra diferente? Si la misma, aunque muy añadida, ¿que partes son las que se añadieron, cuando, por quiénes, y con qué ocasion ó motivo? Y de estas partes añadidas, ¿cuáles son necesarias, cuáles útiles, y cuáles impertinentes? Vé aquí unos proemiales de mucha utilidad, de mucha curiosidad, y de muchos y bellos materiales, para que los entendimientos se ejerciten en disputas históricas y críticas, pertenecientes á la misma lógica, con tanto gusto como aprovechamiento. Pero vé aquí tambien lo que oia nuestro padre lector Fray Toribio, unas veces con una cólera espantable, y otras con una risa falsa y despreciativa, que le caia muy en gracia. Decia por toda respuesta, que todos eran tiquis-miquis, fruslerías de entendimientos superficiales, y que esos proemiales eran buenos para una lógica de corbatín ó de sofocante: en una palabra, admirables cuestiones para aquellos lógicos, que leían gacetas, y encargaban á un corresponsal de Madrid que los enviase el mercurio.

15. No puede omitir la historia un caso curioso,

que sucedió con nuestro escolasticísimo padre lector. Cierta padre maestro de su misma orden, hombre de vasta erudicion, y de igualmente grave, que amena literatura, harto mejor instruido en lo que era verdadera lógica y verdadera filosofía, que el bendito Fray Toribio, viéndole tan escolastizado en aquellas vanísimas sofisterías, y no pudiendo reducir á la razon aquella mollera endurecida y callosa, le dijo por burla cierto dia: Pues de ese modo, padre lector, para usted no habrá en el mundo cuestion más importante, que aquella que se defendió en Alemania; *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* Quedóse atónito y como pasmado al oír semejante cuestion el metafisiquísimo Fray Toribio; porque aunque no habia curso tomista, scotista, suarista, okamista, nominalista ni baconista, que á su parecer no hubiese revuelto, no hacia memoria de haber leído jamás aquella cuestion *in terminis*. Suplicó al padre maestro, que se la volviese á repetir: hizolo este con grande socarroneria. Quedóse el lector suspenso por un rato, como quien repasaba allá para consigo los términos de la cuestion, queriendo penetrarlos; y despues de haber repetido dos ó tres veces en voz intelijible; *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones; utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* dió una gran patada en el suelo, y prorrumpió diciendo: *Por el santo hábito que visto, que más quisiera ser autor de esta cuestion, que si desde luego me hicieran presentado; y concluido me vea yo en los primeras sabinas, sino la defendiere en acto público, llevando la afirmativa.*

Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fanático lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada: Hará bien padre lector, hará bien, y muérase con el consuelo, de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo génio y gusto:

*Hic jacet magister noster,  
Qui disputavit bis aut ter  
In Barbara et Celarent,  
Ita ut omnes admirarent  
In Fapesmo et Frisesomorum,  
Orate pro animas eorum.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

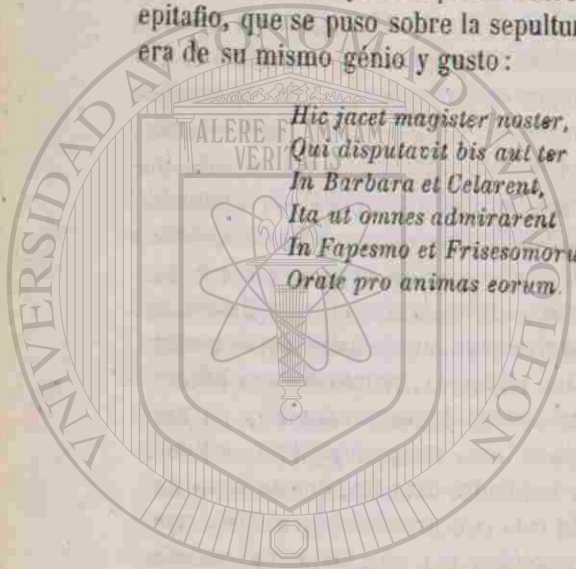
## CAPÍTULO II.

PROSIGUE FR. GERUNDIO ESTUDIANDO SU FILOSOFÍA, SIN ENTENDER PALABRA DE ELLA.

LA verdad sea dicha (porque; ¿qué provecho sacara el curioso lector, de que yo infierne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable Fr. Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendía de ellas nuestro Fr. Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el génio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tedio las materias escolásticas, y no podia acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas, que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, etc., y por más que se desgañaba en enseñar, que todo lo que existe es ente; si se vé y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma, y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y

Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fanático lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada: Hará bien padre lector, hará bien, y muérase con el consuelo, de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo génio y gusto:

*Hic jacet magister noster,  
Qui disputavit bis aut ter  
In Barbara et Celarent,  
Ita ut omnes admirarent  
In Fapesmo et Frisesomorum,  
Orate pro animas eorum.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO II.

PROSIGUE FR. GERUNDIO ESTUDIANDO SU FILOSOFÍA, SIN ENTENDER PALABRA DE ELLA.

LA verdad sea dicha (porque; ¿qué provecho sacara el curioso lector, de que yo infierne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable Fr. Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendía de ellas nuestro Fr. Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el génio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tedio las materias escolásticas, y no podia acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas, que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, etc., y por más que se desgañaba en enseñar, que todo lo que existe es ente; si se vé y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma, y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y

real; pero espiritual, inmaterial é incorpóreo: si no tiene más ser que el que le da la imaginacion y el entendimiento, es ente intelectual, ideal é imaginario. Siendo esta una cosa tan clara, para Fray Gerundio era una algaravía; porque habiendo oido muchas veces en la Religion, cuando se trataba de algun sugeto exótico y estrafalario, *vaya que ese es ente*, jamás pudo entender por *ente* otra cosa, que un hombre irregular ó risible por algun camino. Y así, despues que oyó á su lector las propiedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara *R. E. V. B. A. U.*, cuando veia á alguno de génio extravagante, decia, no sin vanidad de su comprehension escolástica, este es un Reubau, como lo explicó mi lector.

2. Por la palabra *substancia*, en su vida entendió otra cosa más que caldo de gallina, por cuanto siempre habia oido á su madre, cuando habia enfermo en casa, *voy á darle una substancia*. Y así se halló el hombre más confuso del mundo el año que estudió la fisica. Tocándole argüir á la cuestion, que pregunta, *si la substancia es inmediatamente operativa*, su lector defendia que no; y Fray Gerundio perdía los estribos de la razon y de la paciencia, pareciéndole que este era el mayor disparate que podia defenderse, pues era claramente contra la experiencia, y á él se le habia ofrecido un argumento, á su modo de entender, demostrativo, que convenia concluyentemente lo contrario. Fuése, pues, al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera: *El caldo de gallina es verdadera substancia; sed sic est, que el caldo de gallina es inmediatamente ope-*

*rativo: luego la substancia es inmediatamente operativa*. Negáronle la menor, y probóla así: *Aquello, que administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo. Sed sic est, que el caldo de gallina, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente: luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo*. Rióse á carcajada tendida toda la mosqueteria del aula; negáronle la menor de este segundo silogismo; y él enfurecido, parte con la risa, y parte con que le hubiesen negado una proposicion, que tenia por más clara que el Sol que nos alumbra; sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle, sube á la celda, llama al enfermero, dicele, que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha habia alguno prevenido para los enfermos. El enfermero, que le vió tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le habia dado algun accidente cólico, para el cual habia oido decir, que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serian los de gallina, va volando á su cocinilla particular, dispónele la lavativa, y administrasela: hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija de las que se destinan para este ministerio, y bajando al general sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y á todos los circunstantes: *Los que quisieren ver si el caldo de gallina hace ó no hace obrar inmediatamente, vayan á mi celda, y allí encontrarán la prueba; y despues que se vayan á defender, que la substancia no es inmediatamente operativa*.

3. Este lance acabó de ponerle de muy mal hu-



mor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos, que le querian bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo á este estudio; á lo ménos al de aquellas materias, así físicas, como metafísicas, que no solo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las cuestiones más importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón, sin exponerse á decir mil necedades, herejías y distates, no fué posible convencerle; ni aunque le dieron algunos panes y agua, hasta llegar también á media docena de despojos, ni por esas se pudo conseguir, que se aplicase á lo que no le llevaba la inclinacion, y más habiendo en casa quien le ayudaba á lo mismo.

4. Era el caso, que por mal de sus pecados se encontró nuestro Fr. Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalvete, poco más ó ménos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

5. Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta, miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuelli-erguido, su cerquillo copetudo, y estudiantemente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa; obra toda de ciertas

beatas, que se desvivian por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

6. Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamás citaban á los Santos Padres, ni aún á los Sagrados Evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba *el Angel Historiador*, á San Marcos *el Evangelico Toro*, á San Lucas *el más divino Pincel*, á San Juan *el Águila de Patmos*, á San Jerónimo *la Púrpura de Belen*, á San Ambrosio *el Panal de los Doctores*, á San Gregorio *la Alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente: *Joannis capite decimo tertio; Matthæi capite decimo quarto*, eso era cuento, y le parecia, que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabia, que siempre habia de decir: *Ex evangelica lectione Matthæi, vel Joannis capite quarto decimo*; y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocacion: *Quarto decimo ex capite*. Pues qué; ¿dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en

ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y, al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados, y como para limpiar el pecho hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto de afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pié en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda, un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverle á meter en la manga á compás y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdenoso, y dar principio con aquello de, *sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado*: concluyendo con lo otro de, *en el primitivo instantáneo ser de su natural animacion*, no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara; que todas ellas eran, por lo ménos otras tantas evidencias de que allí no habia ni migaja de juicio ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

7. Sí, andaos á persuadirselo, cuando á ojos vistas estaba viendo, que solo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no habia estrado ni visita donde no se hablase del último sermon que habia predicado.

8. Ya era sabido, que siempre habia de dar principio á sus sermones ó con algun refran, ó con algun chiste, ó con alguna frase de bodegon, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato, hasta que después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salía con una explicacion que venia á quedar en una grandísima friolera. Predicando un dia del Misterio de la Trinidad, dió principio á su sermon con este período: *Niego, que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas*; y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados ó como suspensos, esperando en qué habia de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando nuestro predicador le pareció que ya los tenia cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: *Así lo dice el Evionista, el Marcionista, el Arriano, el Maniqueo, el Sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los concilios y con los Padres.*

9. En otro sermon de la Encarnacion, comenzó de esta manera: *A la salud de ustedes, caballeros*: y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulalá, él prosiguió diciendo: No hay que reirse, porque á la salud de ustedes, de la mia y la de todos, bajó del cielo Jesu-Cristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fé. Pruébolo: *Propter nos homines, et propter nostram salutem, descendit de Cælis, et incarnatus est.* Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia,

que faltó poco para que parase en pública aclamación. (1)

10. Había en el lugar un zapatero, truhan de profesión, y eterno decidor, á quien llamaban en el pueblo *el azote de los predicadores*; porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del

(1) Precisamente el estado á que muchos oradores llevaron la predicación de la divina Palabra en el siglo XVIII movió al autor á componer y publicar esta obra en la que se ponen de relieve los vicios que se habían introducido en el ejercicio de tan santo ministerio. El dar principio á los sermones con algún refrán ó chiste ó el intercalarlos en el cuerpo del discurso, era muy común, así como referir algún cuentecillo que vino se como de molde al asunto que se trataba, y puede asegurarse que siendo *Fr. Gerundio*, un personaje fabuloso, engendrado y parido por la feliz imaginación del autor, había muchos *Fr. Gerundios* verdaderos, así de capilla como de bonete. Por dicha, la propagación y lectura de esta obra, fué una medicina eficaz para aquel mal tan lamentable, y si bien hemos visto algunos sermones impresos á los principios del presente siglo, en los que no faltan algunas sandeces y chocarrerías, son ya en escaso número, y no tardó la predicación en elevarse al grado de dignidad que hoy tiene y del que nunca debió apartarse. Al celo de los prelados, y al impulso que se ha dado á los estudios eclesiásticos, se debe este feliz renacimiento en la oratoria sagrada.

En una obrita titulada *Rebuscos del P. Isla*, se lee la censura que en verso dió á un sermón escrito y predicado por un tal Padre Soto, que es cómo sigue:

Si el lego que asiste fiel  
al Padre Soto, tuviera  
otro lego, y este fuera  
mucho más lego que él;  
y escribiera en un papel  
de estraza, manchado y roto  
de toda ciencia remoto  
un sermón, este sermón  
fuera sin comparación  
mejor que el del Padre Soto.

predicador; *Gran pájaro; pájaro de cuenta!* bien podía el padre desvarrar á tiros largos; porque tendría seguros los más principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los pastores y el de San Roque en que había novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcía el hocico, y al acabar el sermón decía; *Polluelo; Cachorrillo! Iráse haciendo;* más que el predicador fuese el mismísimo Vieyra en su misma mesmedad, no tenía que esperar volver á predicar en el lugar, ni aún en el sermón de San Sebastian, que solo valía una roscá, una azumbre de hipocras y dos cuartas de cerilla. Este, pues, formidable censor de los sermones estaba tan pagado de los del padre Fray Blas (que esta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos: llamábale *pájaro de pájaros, el non prus hurta de los púlpitos*, y en fin, *el orador por Antonomasia*; queriendo decir, *el orador por Antonomasia*; y como el tal zapatero llevaba en el lugar, y aún en todo aquel contorno, la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios á Fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y bobería.

11. Compadecido igualmente de la sandez del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso, docto y de gran juicio, que después de haber sido provincial de la orden, se había retirado á aquel convento, emprendió curar á los dos; si podía conseguirlo, y como el día después del famoso sermón de la Anunciación, le fuese á calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y este con su acostumbrada bachille-

ría comenzase á ponderar el sermón del día antecedente, pareciendo también, que en aquello lisonjeaba al reverendísimo, por ser fraile de su orden, el buen padre ex-provincial quiso aprovechar aquella ocasión, y sacando la caja dió un polvo á Martin (que este era el nombre del zapatero), hizole sentar junto á sí, y encarandose con él, le dijo con grandísima bondad:

12. «Ven acá, Martin; ¿qué entiendes tú de sermones? ¿para qué hablas de lo que no entiendes ni eres capaz de entender? Sino sabes escribir ni apenas sabes deletrear; ¿cómo has de saber quién predica mal ni bien? Dime: si yo te dijera á tí, que no sabías cortar, coser, desvirar ni estaquillar, y que todo esto lo hacia mejor fulano ó zutano de tu misma profesion, ¿no me dirias con razon; Padre, déjelo, que no lo entiende, métase allá con sus libros, y déjenos á los maestros de obra prima con nuestra tijera, con nuestra lesna y con nuestro trinchete? Esto, siendo así que saber cual zapato está bien ó mal cosido, bien ó mal cortado, es cosa que puede conocer cualquiera que no sea ciego. Pues si un maestro y un predicador haria mal en censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar ni de coser á un zapatero; ¿será tolerable, que un zapatero se meta en dar reglas de predicar á los predicadores y en censurar sus sermones? Mira, Martin, lo más que tú puedes conocer, y que puedes dar tu voto, es en si un predicador es alto ó bajo, derecho ó corcobado, cura ó fraile, gordo ó flaco, de voz gruesa ó delgada, si manotea mucho ó poco y si tiene miedo ó no le tiene; porque para esto no es menester más que tener ojos y oidos: pero en

«saliendo de aquí, no solo te expones á decir mil disparates, sino á elogiar cien herejías. (1)

13. Vitor, padre reverendísimo, dijo el truhan de zapatero; ¿y por qué no acaba su reverendísima con gracia y gloria, para que el sermoncillo tenga su debi'o y legítimo final? Segun eso, tendrá V. Rma. por herejía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dió principio al sermón de la Santísima Trinidad: *Niego, que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas*. Y de las más escandalosas que se pueden oír en un púlpito católico, respondió el grave y docto religioso. Pero si dentro de poco, (replicó Martin) añadió el padre Fr. Blas, que no lo negaba él, sino el Evarista, el Marconista, el Mar-

(1) Con razon hace objeto de su critica el autor este punto, y por cierto que no podemos decir lo que en la nota anterior, esto es, que sirvió de correccion. El mal de que con tanta gracia se lamenta, o vemos que es tan antiguo como la humanidad. El dar voto en materias que no se entienden es achaque muy general. Todo el mundo parece autorizado para discurrir sobre religion, ciencias, politica, etc., como si para hablar con acierto de cada una de estas cosas, no fuesen necesarios estudios especiales. Y aqui recordamos la sabida anécdota de Felipe II y el estudiante. Cuando aquel monarca contemplaba la gigantesca obra del Escorial que habia de immortalizar su nombre, fijó su atención en dos estudiantes que daban su voto sobre aquella magnífica fabrica, y como el uno dijere: *En este lado falta un ángulo*, el rey le dirigió la palabra preguntandole: *¿Qué cosa es ángulo?* El estudiante fijó la vista en el rostro del que le habla dirigiendo la palabra, y reconociendo en él al severo monarca, contestó avergonzado: *señor; ángulo es hablar de lo que no se entiende.* ¿Qué es ángulo? He aquí la pregunta que debe hacerse á los necios que con aire de importancia, hablan de todo sin entender de nada, y quieren arreglar la Europa y el mundo, sentados á la mesa de un café.

rano, el Macabeo y el Súcio enano, ó una cosa así, y sabemos que todos estos fueron unos perros herejes; ¿qué herejía de mis pecados, dijo el buen padre predicador, sino puramente referir la que estos turcos y moros dijeron? Sonrióse el reverendo ex-provincial, y sin mudar de tono, le replicó blandamente: dígame, Martín; si uno echa un voto á Cristo redondo, y de allí á un rato añade valillo, ¿dejará de haber echado un juramento? Claro es que no, respondió el zapatero, porque así lo he oído cien veces á los teatinos, cuando vienen á misionarnos el alma. Y á fé, que en esto tienen razon; porque el valillo que se sigue después, ya viene tarde; y es así, á la manera que digamos de aquello que dice el refran: *romperle la cabeza, y despues lavarle los cascos*. Pues á la letra sucede lo mismo en esa proposicion escandalosa, y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer (repuso el buen padre); la herejía ó el disparate sale rotundo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, temiéndolo por gracia: después entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle. De manera, que todo el chiste se reduce á echar por delante una proposicion que escandalice, y cuánto sea más disonante mejor; después se la da una explicacion, con la cual viene á quedar una grandísima friolera; ¿no te parece, Martín, que, aún cuando así se salve la herejía, á lo ménos no se puede salvar la insensatez y la locura?

14. No entiendo de Tulogías, respondió el zapatero, lo que sé es, que por lo que toca á la entradilla del sermon de ayer: *á la salud de ustedes, caballe-*

ros, ni V. Rma., ni todo el concilio Trentino, me harán creer, que allí hubo herejía, porque la probó claramente con el credo: *propter nostra salute descendit de Cælos*, y que á todos nos dejó aturdidos. Es cierto (replicó el Rmo.), que en eso no hubo herejía; pero no me dirá Martín; ¿en qué estuvo el chiste ó la agudeza, que tanto los aturdió? ¿pues qué (respondió el maestro de obra prima) no es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermon, como quien va á echar un brindis, y cuando todo el auditorio se rió, juzgando que iba á sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos á todos un jarro de agua con un texto, que vino que ni pintado? Óigase, Martín, le dijo con sosiego el Rmo., cuando en una taberna comienza un borracho á predicar; ¿qué se suele decir de él? A esos, respondió Martín, nosotros los cofrades de la cuba, los llamamos los borrachos desahuciados; porque sabida cosa es, que borrachera que entra por la mística ó á la apostolica, es incurable. Pues venga acá, buen hombre (replicó el ex-provincial), si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna, como hablan en el púlpito los predicadores; ¿será gracia, chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos! ¿y á estos predicadores alaba Martín; á estos aplaude! Vaya, que tiene poca razon. Padre maestro, respondió convencido y despechado el zapatero, yo no he estudiado lógica ni garambainas, lo que digo es, que lo que me suena me suena. V. Paternidad es de esa opinion, y otros son de otra y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los

claustros no están muy vacíos de ella. Viva mi padre Fray Blas, y V. Paternidad deme su licencia, que me voy á calzar al padre refitolero.

15. No bien habia salido Martin de la celda del padre ex-provincial, cuando entró en ella Fray Blas á despedirse de su reverendísima, porque el dia siguiente tenia que ir á una villa que distaba cuatro leguas á predicar de la colocacion de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero y el buen reverendísimo, ya por la honra de la religion, ya por la estimacion del mismo padre predicador á quien realmente queria bien y sentia ver malogradas unas prendas, que manejadas con juicio podian ser muy apreciables, deseaba lograr coyuntura de desengañarle y pareciéndole, que era muy oportuna la presente, le dijo luego que le vió: padre predicador, siento que no hubiese llegado V. un poco antes, para que oyese una conversacion en que estaba con Martin el zapatero, y él me la cortó cuando yo deseaba proseguirla. Apuesto, respondió Fray Blas, que era acerca de sermones, porque no habla de otra cosa, y en verdad que tiene voto. Podrále tener, replicó el ex-provincial, en saber dónde aprieta el zapato, pero en saber dónde aprieta el sermón, no sé por qué ha de tenerle. Porque para saber quién predica bien ó mal, respondió Fr. Blas, no es menester más que tener ojos y oídos. Pues de esa manera, replicó el ex-provincial, todos los que no sean ciegos ni sordos, tendrán tanto voto como el zapatero. Es que hay algunos, respondió el padre Fray Blas, que sin ser sordos ni ciegos, no tienen tan buenos ojos ni tan buenos oídos como otros. Eso es decir, replicó el ex-provin-

cial, que para calificar un sermón, no es menester más, que ver como lo acciona, y oír como lo siente el predicador. No, padre nuestro, nos es menester más. Con que segun eso, arguyó el ex-provincial, para ser buen predicador, no es menester más que ser buen representante. *Concedo consequentiam*, dijo Fray Blas, muy satisfecho.

16. ¿Y es posible que tenga aliento para proferir semejante proposicion un orador cristiano, y un hijo de mi padre San N. que viste su santo hábito? Ora bien, padre predicador mayor; ¿cuál es el fin que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador? Padre nuestro, respondió Fray Blas, no sin algun desenfado, el fin que debe tener todo orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, dar gusto á todos y caerles en gracia: á los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad y por lo selecto de la erudicion: á los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos: á los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo: á los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos, encajados con oportunidad y dichos con gracia; y en fin, á todos por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones. Yo á lo ménos en mis sermones no tengo otro fin, ni para conseguirle me valgo de otros medios, y en verdad, que no me va mal; porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jicara de chocolate rico, hay un par de mudas de ropa blanca, está bien proveida la frasquera, y finalmente no faltan en la naveta cuatro doblones para una necesidad, y nunca salgo á predicar,

que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermón de rumbo en todo el contorno que no se me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermón era un doblon de á ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, más lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido de un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metiéndole en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la orden, le habló de esta manera.

## CAPÍTULO III.

DEL GRAVE Y DOCTO RAZONAMIENTO, QUE UN PADRE EX-PROVINCIAL DE LA ÓRDEN HIZO AL PREDICADOR MAYOR DE LA CASA DÓNDE ESTUDIABA LAS ARTES NUESTRO FRAY GERUNDIO.

« ATURDIDO estoy, padre Fray Blas, de lo que acabo de oírle, tanto, que aún ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oídos, ó si sueño lo que oigo. Bien temía yo al oírle predicar, y al observar cuidadosamente todos sus movimientos, ántes del púlpito, en el púlpito y después del púlpito, que en sus sermones no se proponía otro fin, que el de la vanidad, el del aplauso y del interés; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni aún se atrevía á ser sospecha, porque no se fuese arrimando á juicio temerario. Mas ya veo por lo que acabo de oírle, que me propasé de piadoso.

2. « Con que el fin de un orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos, grangear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus conveniencias! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito, como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya ple-

que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermón de rumbo en todo el contorno que no sé me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermón era un doblon de á ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, más lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido de un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metiéndole en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la orden, le habló de esta manera.

## CAPÍTULO III.

DEL GRAVE Y DOCTO RAZONAMIENTO, QUE UN PADRE EX-PROVINCIAL DE LA ÓRDEN HIZO AL PREDICADOR MAYOR DE LA CASA DÓNDE ESTUDIABA LAS ARTES NUESTRO FRAY GERUNDIO.

« ATURDIDO estoy, padre Fray Blas, de lo que acabo de oírle, tanto, que aún ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oídos, ó si sueño lo que oigo. Bien temía yo al oírle predicar, y al observar cuidadosamente todos sus movimientos, ántes del púlpito, en el púlpito y después del púlpito, que en sus sermones no se proponía otro fin, que el de la vanidad, el del aplauso y del interés; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni aún se atrevía á ser sospecha, porque no se fuese arrimando á juicio temerario. Mas ya veo por lo que acabo de oírle, que me propasé de piadoso.

2. « Con que el fin de un orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos, grangear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus conveniencias! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito, como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya ple-



« gada, zapatos nuevos, ajustados y curiosos, pañuelo  
 « de color sobresaliente, otro blanco, cumplido y de  
 « tela muy delgada, ménos para limpiar el sudor que  
 « para hacer ostentacion de lo que debiera correrse un  
 « religioso, que profesa modestia, pobreza y humil-  
 « dad. Un predicador apostólico, que subiese á la cá-  
 « tedra del Espíritu Santo con el único fin de enamo-  
 « rar á los oyentes de la virtud, y moverlos eficaz-  
 « mente á un santo aborrecimiento del pecado, se  
 « avergonzaria de esos afectos adornos, tan impro-  
 « pios de su estado, como de su ministerio; pero,  
 « quien sube á profanarla con fines tan indecentes, y,  
 « aún estoy por decir, tan sacrilegos, ni puede ni de-  
 « be usar otros medios. No quiero decir, que el des-  
 « aliño cuidadoso sea loable en un predicador; solo  
 « pretendo, que la afectada curiosidad en el vestido ó  
 « en el traje, es la cosa más risible, y no hay hom-  
 « bre de juicio que no tenga por loco al religioso que  
 « pone más cuidado en componer el hábito, que en  
 « componer el sermón, pareciéndote que el afeite de  
 « la persona puede suplir la tosca grosería del papel.  
 « En una palabra, padre mio, el que se adorna de esa  
 « manera para predicar, bien dá á entender, que no  
 « vá á ganar almas para Dios, sino á conquistar cora-  
 « zones para sí. No sube á predicar, sino á galantear,  
 « tiene más de orate, que de verdadero orador.

3. « El fin de este, sea sagrado, sea profano,  
 « siempre debe ser convencer al entendimiento y mo-  
 « ver á la voluntad, ya sea á abrazar alguna verdad de  
 « la Religion, si el orador es sagrado, ya á tomar al-  
 « guna determinacion honesta y justa, si fuere pro-  
 « fano el orador. No habrá leído ni leerá jamás el

« padre predicador, que un orador profano, por pro-  
 « fano que fuese, se hubiese jamás propuesto otro fin.  
 « Este es el único, que se propusieron en sus oracio-  
 « nes Demóstenes, Ciceron y Quintiliano, dirigiéndose  
 « todas á algun fin honesto y laudable; unas á conser-  
 « var á la república, otras á encender los ánimos  
 « contra la tiranía, estas á defender á la inocencia,  
 « aquellas á reprimir la injusticia, muchas á implo-  
 « rar la misericordia, no pocas á excitar toda la se-  
 « veridad de las leyes contra los atrevimientos de la  
 « insolencia. Si se hubiera oido, que alguno de  
 « aquellos famosos oradores no tenían otro fin en sus  
 « declamaciones, que hacerse oír con gusto, captar  
 « el aura popular, ostentar el aseo ó la magestad del  
 « vestido, el aire de la persona, el garbo de las ac-  
 « ciones, lo sonoro de la voz, lo bien sentido de los  
 « afectos, la pomposa hojarasca de las palabras, y la  
 « agudeza ó falsa brillantez de los pensamientos: si  
 « se hubiera llegado á entender, que sus arengas no  
 « se dirigian á otro fin que á solicitar aplausos, á  
 « conquistar corazones y á ganar dinero, hubieran sido  
 « el objeto de la risa, del desprecio y aún de la in-  
 « dignacion de todos. Y si algunos concurriesen á oír-  
 « los, no sería ciertamente para dejarse persuadir de  
 « ellos, como de oradores, sino para divertirse con  
 « ellos, como se divertian con los histriones, con los  
 « pantomimos y con los charlatanes. Porque en su-  
 « ma, mi padre predicador, el orador no es más que  
 « un hombre dedicado por su ministerio á instruir á  
 « los hombres, haciéndolos mejores de lo que son. Y  
 « dígame, los hará mejores de lo que son, el que  
 « desde que se presenta en el púlpito, se muestra tan

«dominado de las pasioncillas humanas, como el que  
 «en todas sus acciones y movimientos está respiran-  
 «do presuncion y vanidad? ¿Corregirá la profanidad de  
 «los adornos y el desordenado artificio de los afeites  
 «el que dentro de los términos á que puede exten-  
 «derse su estado y su profesion, sube al púlpito de  
 «gala? Enmendará los desórdenes de la codicia, el que  
 «se sabe que hace tráfico de su ministerio, que pre-  
 «dica por interés, y que revuelve al mundo, para que  
 «le encarguen los sermones que más valen? Final-  
 «mente; á quién persuadirá, que á solo Dios debe-  
 «mos agradar, el que confiesa que en sus sermones  
 «no tiene otro fin, que el agradar á los hombres.

4. «No me dirá el padre predicador, si los após-  
 «toles se propusieron este bastardo fin en los sermo-  
 «nes, con que doce hombres rústicos, groseros y  
 «desaliñados convirtieron á todo el mundo? Dirá, que  
 «Dios hacia la costa; y quién le ha dicho, que no la  
 «haría tambien ahora, si se predicara con el espíritu  
 «con que predicaron los apóstoles? Replicará que  
 «aquellos eran otros tiempos, y que los nuestros son  
 «muy diferentes que aquellos; ¿qué quiere decir en  
 «eso, padre mio? Si quiere decir que los apóstoles  
 «predicaron á una gente idiota, bárbara, inculta,  
 «ignorante, que se convencía de cualquiera cosa, y  
 «en cualquiera manera que se la propusiesen, acré-  
 «ditará que está más versado en leer libros de con-  
 «ceptillos, que llaman predicables, y yo llamo into-  
 «lerables y contentibfes, que en la historia eclesiástica  
 «y profana; sabe, que nunca estuvo el mundo más  
 «cultivado, que cuando Dios envió sus apóstoles á él;  
 «ignora, que aún duraban y duraron por algun tiem-

«po las preciosas reliquias del dorado siglo de Au-  
 «gusto, dentro del cual nació Cristo, y en el cual  
 «florecieron más que en otro alguno todas las artes  
 «y ciencias, especialmente la oratoria, la poesia, la  
 «filosofía y la historia? Nuestro siglo presume, con  
 «razon ó sin ella, de más cultivado que otro alguno,  
 «y no se puede negar; en algunas determinadas fa-  
 «cultades y artes se han hecho descubrimientos que  
 «ignoraron los que le precedieron. Con todo eso, en  
 «aquellas que cultivaron los antiguos, no se ha deci-  
 «dido hasta ahora entre los críticos la famosa cues-  
 «tion sobre la preferencia de estos á los modernos;  
 «y sepa el padre predicador, que aunque las razones  
 «que se alegan por unos y por otros son de mucho  
 «peso; pero el número de votos, que están por los  
 «primeros, hace incomparables excesos al que cuen-  
 «tan los segundos. Vea ahora si eran ignorantes,  
 «bárbaros é incultos aquellos á quienes predicaron  
 «y convirtieron los apóstoles, cuando se disputa con  
 «grandes fundamentos, si nos excedieron en com-  
 «prehension, en ingenio, en buen gusto y en cultura.

5. «Responderá, que aún por eso mismo los  
 «apóstoles no convertian más que á la gente popular,  
 «idiota y del vulgacho. Otra alucinacion, que nace  
 «del mismo principio; no me hará merced el padre  
 «predicador de decirme, si era idiota, popular y del  
 «vulgacho Cornelio el Centurion; si el Eunuco de  
 «la reina Candace era tambien del vulgacho y popu-  
 «lar; si era idiota San Dionisio Areopagita, si era un  
 «pobre ignorante San Justino mártir; si San Cle-  
 «mente Alejandrino fué idiota; si era popular y del  
 «vulgacho San Lino, y sus padres Herculano y Clau-

« dia, ámbos de las familias más ilustres de Toscana;  
 « si tantos reyes, tantos príncipes y tantos magistra-  
 « dos, como convirtieron los apóstoles en sus respec-  
 « tivas provincias, eran del vulgacho y populares?  
 « Un predicador, que siquiera se tomase el corto y  
 « necesario trabajo de leer las vidas de los Santos de  
 « quienes predica, no incurriría en semejante pobre-  
 « za; pero ¿cómo no ha de incurrir en esta y en más  
 « crasas ignorancias, cuando muchas veces, quien  
 « tiene menos noticia del Santo á que se predica es  
 « el mismo predicador, haciendo vanidad de tomar  
 « asuntos tan abstraídos, que un mismo sermón se  
 « pueda predicar á San Liborio, á San Roque, á San  
 « Cosme y San Damian, á la Virgen de las Angustias,  
 « y en caso necesario á las benditas Animas del Pur-  
 « gatorio?

6. « Pero si acaso quiere decir el padre predica-  
 « dor, que aquellos primeros tiempos de la Iglesia,  
 « aunque no eran menos instruidos, eran menos es-  
 « tragados que los nuestros, y consiguientemente no  
 « era tan dificultoso reducirlos á la verdad del Evan-  
 « gelio con razones claras, naturales, desnudas y sen-  
 « cillas, dirá otra necedad, que en conciencia no se  
 « le puede perdonar; ¿con que eran menos estragados  
 « que los nuestros, unos tiempos en que los vicios  
 « eran adorados como virtudes, y las virtudes abor-  
 « recidas como vicios; unos tiempos en que la incon-  
 « tinencia recibía incienso en Citherea, la embriaguez,  
 « adoraciones en Baco, el latrocinio sacrificios en Mer-  
 « curio; unos tiempos en que se adoraba á Júpiter  
 « estrupador, á Vénus incestuosa, á Hércules usurpa-  
 « dor y á Caco ratero; unos tiempos en que la vanidad

« se llamaba grandeza de corazón, el orgullo eleva-  
 « cion de espíritu, la soberbia magnanimidad, la  
 « usurpacion heroísmo y al contrario, la modestia, el  
 « encogimiento, la moderacion y el retiro se trataban  
 « como bajeza de ánimo, como apocamiento, no solo  
 « inútil, sino pernicioso á la sociedad?

7. « Mas no quiero estrecharle tanto: no quiero  
 « hacer cotejo de nuestro siglo, con el primer siglo  
 « de la Iglesia; conténtome con hacer la comparacion  
 « entre nuestros tiempos, y aquellos en que florecie-  
 « ron los Páduas, los Ferreres, los Tomases de Vi-  
 « llanueva. Dígame, ¿hay mucha diferencia entre  
 « nuestras costumbres y las de aquellos tiempos? Si  
 « sabe algo de historia, precisamente responderá, que  
 « si hay alguna diversidad, es en los trajes, en las  
 « modas, en la mayor perfeccion de las lenguas, y en  
 « algunos usos puramente accidentales y exteriores;  
 « que en lo demás, reinaban entónces como ahora  
 « las mismas costumbres, las mismas pasiones, las  
 « mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mis-  
 « mos desórdenes, solo que estos eran más frecuen-  
 « tes, más públicos y más escandalosos en aquellos  
 « tiempos que en estos. Con todo eso, ¿qué conver-  
 « siones tan portentosas y tan innumerables no hicie-  
 « ron aquellos Santos en los suyos? ¿qué séquito no  
 « tenían siempre, que predicaban, despoblándose las  
 « ciudades, y aún las provincias enteras por oirlos,  
 « y se predicaban á sí mismos? ¿No se proponían otro  
 « fin en sus sermones, que el de captar aplausos,  
 « granjear admiraciones, ganar dinero y meter ruido  
 « en el mundo? Metíanle y grande; pero ¿era esto lo  
 « que ellos intentaban, y conseguíanlo por unos me-

« dios tan impropios, tan indecentes, tan indignos y  
« aún estoy por decir tan sacrilegos?

8. « Paréceme, que estoy ya oyendo lo que me  
« dirá interiormente el padre predicador: lo que veo  
« es que yo lo consigo por los que uso, que también  
« me lo ruiden, que me siguen, que me aplauden y que  
« me admiran lindamente; y de ahí, qué se infiere;  
« que predica bien; que sabe siquiera lo que se pre-  
« dica; ¡oh que mala consecuencia! Mete ruido; tam-  
« bien le mete una farsa, cuando entra en un lugar.  
« Siguiente, también se sigue á un charlatan, á un tru-  
« han, á un titiritero, á un arlequin, cuando hacen  
« sus habilidades en un pueblo. Apláudente; pero  
« quiénes? los que oyen como oráculo á un infeliz za-  
« patero, y los que celebran á un predicador, como  
« pudieran á un representante. Admíranse al oírle;  
« pero de qué? los necios y los aturdidos de su osadía  
« y de sus gesticulaciones, los cuerdos y los inteli-  
« gentes de su satisfacción y de su falta de juicio.

9. « Ora bien, padre predicador: ¿quién le ha  
« dicho, que los aplausos y las admiraciones de la  
« muchedumbre, son hijas de los aciertos? Frecuen-  
« tísimamente, por no decir las más veces, son hijas  
« de la ignorancia. El vulgo, por lo común, aplaude  
« lo que no entiende; y sepa, que en todas las clases  
« de la República hay mucho vulgo. Ya habrá leído ú  
« oído lo de aquel famoso orador que rengado en  
« preferencia de todo el pueblo, y oyendo hácia la  
« mitad de la oración, una especie de alegre murmu-  
« rio de la multitud, que le sonó á aclamación, se  
« volvió á un amigo suyo que estaba cerca, y le pre-  
« guntó sobresaltado; *¿He dicho algun disparate?*

« porque este aplauso popular, no puede nacer de otro  
« principio. Aún el mismo Ciceron, que no escupia  
« los aplausos, desconfiaba de ellos si eran muy fre-  
« cuentes, pareciéndole que no siendo posible mere-  
« cerlos siempre, necesariamente habia de tener en  
« ellos mucha parte la adulación ó la ignorancia: *No  
« gusto oír muchas veces en mis oraciones; ¡qué cosa  
« tan buena! ¡no se puede decir mejor! Bellè et præ-  
« clarè nimium, sæpè, nolo.*

10. « Aún más equívocas son las admiraciones,  
« que los elogios; estos nunca debieran dirigirse sino  
« á lo bueno y á lo sólido; aquellas pueden sin salir  
« de su esfera limitarse precisamente á lo singular y  
« á lo nuevo; porque la admiración no tiene por ob-  
« jeto lo bueno sino lo raro. Y así, dice discretamente  
« un jesuita francés muy al caso en que nos  
« hallamos, que *puede suceder y sucede con frecuencia  
« una especie de paradoja en los sermones; esta es,  
« que el auditorio tiene razón para admirar ciertos  
« trozos del discurso, que se oponen al juicio y á la  
« razón; y de aquí nace, que muy frecuentemente se  
« condena poco despues lo mismo que á primera vista  
« se habia admirado; ¿cuántas veces lo pudo haber  
« notado el padre predicador? Están los oyentes escu-  
« chando un sermón con la boca abierta, embele-  
« sados con la presencia del predicador, con el garbo  
« de las acciones, con lo sonoro de la voz, con la que  
« llaman elevación del estilo, con el cortadillo de las  
« cláusulas, con la viveza de las expresiones, con lo  
« bien sentido de los afectos, con la agudeza de los  
« reparos, con el aparente desenredo de las solucio-  
« nes con la falsa brillantez de los pensamientos.*

«Mientras dura el sermón no se atreven á escupir ni  
 «aún apenas á respirar, por no perder ni una sílaba.  
 «Acabada la oración, todo es cabezadas, todo mur-  
 «muros, todo gestos y señas de admiraciones. ¡Al  
 «salir de la iglesia, todo es corrillos, todo pelotones  
 «y en ellos todo elogios, todo encarecimientos, todo  
 «asombros; ¡hombre como este; pico más bello; in-  
 «genio más agudo!

11. «Pero ¿qué sucede? Algunos hombres inte-  
 «ligentes, maduros, de buena crítica y de juicio  
 «claro, que oyeron el sermón, y no se dejaron des-  
 «lumbrar, no pudiendo sufrir que se aplauda lo que  
 «debiera abominarse, sueltan ya esta, ya aquella es-  
 «pecie contra todas las partes de que se compuso el  
 «sermón, y hacen ver con evidencia, que todo él fué  
 «un tejido de impropiedades, de ignorancias, de  
 «sandeces, de pobreza y cuando ménos de futi-  
 «lidades. Demuestran con toda claridad, que el es-  
 «tilo no era elevado, sino hinchado, campanudo,  
 «ventoso y de pura hojarasca; que las cláusulas cor-  
 «tadas y cadenciosas son tan contrarias á la buena  
 «prosa, como las llenas y las numerosas, pero sin  
 «determinada medida, lo son al buen verso; que este  
 «género de estilo causa risa, ó por mejor decir, asco  
 «á los que saben hablar y escribir; que las expre-  
 «siones, que se llaman vivas, no eran sino de ruido y  
 «de boato; que aquel modo de sentir y de expresar  
 «los afectos, mas era cómico y teatral, que oratorio,  
 «loable en las tablas, pero insufrible en el pulpito;  
 «que los reparos eran voluntarios, su agudeza una  
 «fruslería, y la solución de ellos tan arbitraria, co-  
 «mo sutil; que los pensamientos se reducían á unos

«dichicos de conversación juvenil, á unos retrueca-  
 «nos ó juguete de palabras, á unos conceptos poéti-  
 «cos, sin meollo ni jugo y sin solidez; que en todo  
 «el sermón no se descubrió ni pizca de tal oratoria,  
 «pues no había en él ni asomo de un discurso metó-  
 «dico y seguido; nada de enlace, nada de conexión,  
 «nada de raciocinio, nada de moción: en fin, una  
 «escoba desatada, conceptillos esparcidos, pensa-  
 «mentuelos esparramados por aquí y por allí, y aca-  
 «bóse. Con que todo bien considerado no había que  
 «aplaudir ni que admirar en nuestro predicador, sino  
 «su voz, su manoteo, su presunción y su reverendí-  
 «simo *coram vobis*. Los que oyen discurrir así á estos  
 «hombres perspicaces, penetrativos y bien actuados  
 «en la materia, vuelven de su alucinación, conocen  
 «su engaño, y el predicador que por la mañana era  
 «admirado, ya por la tarde es tenido por pieza; los  
 «compasivos le miran con lástima, y los duros con  
 «desprecio.

12. «No quiero más prueba de esta verdad, que  
 «los sermones mismos del padre predicador; cuanto  
 «se celebró, y cuanto se admiró aquella famosa en-  
 «tradilla del sermón de la Santísima Trinidad: *Niego*  
 «*que Dios sea Uno en Esencia y Trino en personas;*  
 «cuánto se admiró y cuánto se ponderó la otra del  
 «sermón de la Anunciación: *A la salud de ustedes,*  
 «*caballeros;* qué elogios no se oyeron de una y otra  
 «al acabarse las funciones; pero ¿cuánto duraron  
 «estas admiraciones y estos aplausos? El tiempo que  
 «tardó un hombre celoso, caritativo y prudente en  
 «abrir los ojos á los oyentes, para que conociesen,  
 «que la primera proposición había sido una grandí-

«sima herejía, y la segunda una grandísima borra-  
 «chera; y cuando ménos, añadida la explicacion  
 «de la una y de la otra, ambas habian quedado  
 «en dos grandes insulseces. Porque la primera se  
 «redujo á decir, que muchos herejes habian ne-  
 «gado el misterio de la Santísima Trinidad; ¡miren  
 «qué noticia tan exquisita! Y la segunda, estrujada  
 «su substancia, no vino á decir más, que Cristo ó el  
 «Verbo Divino habia encarnado por la salud de los hom-  
 «bres; ¡miren qué pensamiento tan delicado! Luego  
 «que sus oyentes cayeron en la cuenta, quedaron  
 «corridos de lo mismo que habian admirado poco  
 «ántes; y sé muy bien, que en las mismas tardes de  
 «la Trinidad y de la Anunciacion, se lo dieron á en-  
 «tender al padre predicador, si él hubiera querido  
 «percibirlo. Porque yendo á visitar á sus penitentas,  
 «como lo acostumbra los dias que predica, para re-  
 «coger los aplausos de los estrados, cierta señorita  
 «le dijo el dia de la Trinidad: *¡Jesús padre predica-*  
 «*dor! Dios se lo perdone á V., el susto que me dió*  
 «*con el principio de su sermón; porque cierto temí,*  
 «*que el comisario del Santo Oficio le mandase callar,*  
 «*y que desde el púlpito le llevase á la inquisición, y*  
 «*tambien sé que otra le dijo la tarde de la Anuncia-*  
 «*cion: Cuando V. comenzó el sermón esta mañana,*  
 «*creí que estaba dormida y que soñaba, que en lugar*  
 «*de llevarme á la iglesia, me habian llevado á la*  
 «*taberna. Ambas fueron dos pullas muy delicadas y*  
 «*bien merecidas; pero como el padre predicador*  
 «*todo lo convierte en substancia, túvolas por chiste*  
 «*y le entraron en provecho.*

13. «Estos son, padre mio, los aplausos que lo-

«gra, aún de aquellas personas que no tienen más  
 «luces, que las de un sindéresis natural bien puesto:  
 «burlarse de él, y estimarle en lo que vale. Las que  
 «están más cultivadas, las que tienen alguna tintura  
 «del buen gusto, y sobre todo, aquellas que no mi-  
 «ran con indiferencia un ministerio tan sério y tan  
 «sagrado de la Religion, no le puedo ponderar el  
 «dolor que las causa verle tan profanado en su boca,  
 «y la compasion con que miran tan infelizmente ma-  
 «logrados unos talentos, que si los manejara como  
 «debe, serian utilísimos para el bien de las almas,  
 «para la gloria de Dios, para mucha honra de nues-  
 «tra sagrada órden, y para más sólida y más ver-  
 «dadera estimacion del padre predicador. No puede  
 «dudar este la especial inclinacion que siempre le  
 «he manifestado, desde que fué mi novicio, las  
 «pesadumbres de que le libré cuando fuí prelado  
 «suyo, la estimacion que hice de sus prendas siendo  
 «su provincial, pues yo fuí quien le colocó en el  
 «candelero, encargándole uno de los púlpitos más  
 «apetecidos de la provincia. Ya se acordará de la  
 «carta paternal que con esta ocasion le escribí, re-  
 «comendándole mucho, que desempeñase mi con-  
 «fianza, que no diese ocasion, para que me insul-  
 «tasen, los que censuraron esta eleccion, sin duda  
 «porque le conocian mejor que yo; que predicase  
 «á Jesu-cristo Crucificado, y no se predicase á sí  
 «mismo ó á lo ménos, que predicase con juicio y  
 «con piedad, ya que no tuviese espíritu para hacerlo  
 «con celo y con fervor. Protéstole, que uno de los  
 «mayores remordimientos, que tengo de los muchos  
 «desaciertos que cometí en mi provincialato (aun-

«que pongo á Dios por testigo, que todos con buena  
«intencion), es el de haber hecho predicador al pa-  
«dre Fray Blas, fiando la conversion de las almas  
«á quien en nada ménos piensa, que en convertir-  
«las, y á quien muestra tener la suya no poco nece-  
«sitada de conversion. Dile á conocer en el mundo,  
«cuando estaria mejor en el retiro del claustro y en  
«la soledad del coro. Púsele en ocasion de que los  
«aplausos de los necios le engreyesen y la vanidad  
«le precipitase. Conózcolo, llórolo; pero ya no lo  
«puedo remediar, pues veo con imponderable dolor  
«mio, que aún dentro de la Religión no faltan fomen-  
«tadores de su vanidad, elogiadores y panegiristas  
«de sus locuras, unos porque no alcanzan más,  
«otros por adulacion; algunos pocos por interés, y  
«la mayor parte porque se deja llevar de la corrien-  
«te, y no tiene más regla que el grito de la muche-  
«dumbre.

14. «Entre estos últimos cuento á esa pobre ju-  
«ventud, compuesta de colegiales, filósofos y teólo-  
«gos, que se cria en este convento, y á quien es  
«indecible el daño, que hace con su mal ejemplo el  
«pobre predicador. Venle aplaudido, celebrado, bus-  
«cado, regalado y sobrado de religiosas convenien-  
«cias: oyen al mismo padre predicador hacer osten-  
«tacion pueril de ellas, alabarse de lo mucho que  
«le fructifica la semilla del *Verbum Dei*; ponderar la  
«utilidad y la estimacion de su carrera, haciendo  
«chunga y chacota de la de los lectores y maestros  
«de la orden, á quienes trata de pelones, pobretes,  
«mendigos, pordioseros y camaleones, que se sus-  
«tentan del aire de los ergos, y que tienen las nave-

«tas tan vacias de chocolate, como los cascos llenos  
«de cuestiones impertinentes. ¿Qué sucede? Que co-  
«bran horror al estudio escolástico, tan necesario  
«para la inteligencia de los misterios y de los dog-  
«mas, y para no decir de unos y de otros, tantos  
«disparates como dice el padre predicador: dedícanse  
«á leer libros de sermonarios inútiles y disparata-  
«dos, ó á trasladar sermones tan ridículos, tan in-  
«substanciales y aún tan perniciosos, como los del  
«padre Fray Blas: tómanle á él mismo por modelo,  
«remedándole hasta las acciones y los movimientos,  
«sin advertir que los que parecen bien, cuando son  
«naturales, se hacen risibles y despreciables en el  
«remedo. Críanse con esta leche, y salen despues á  
«ser la diversion del vulgo, la admiracion de los ig-  
«norantes, la risa de los discretos, el dolor de los  
«piadosos, el descrédito de la orden, y tal vez su  
«azote y su tormento.

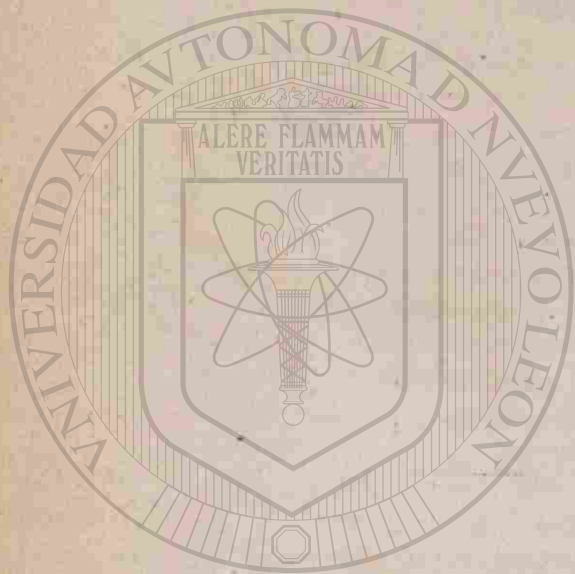
15. «Viéndolo estamos todos en ese pobre, sim-  
«ple y atolondrado de Fray Gerundio. Su sencillez  
«por una parte, y el padre predicador por otra, am-  
«bos concurren á echarle á perder á tiros largos.  
«Aunque no le faltan talentos, para que con el tiem-  
«po saliese hombre de provecho, viendo estoy que  
«nos ha de sonrojar, y que nos ha de dar que pade-  
«cer. No hay forma de estudiar una conferencia, de  
«dedicarse á entender una cuestion, y mira con hor-  
«ror al estudio escolástico, gastando el tiempo en leer  
«sermones impresos, y en trasladar los manuscritos  
«del padre Fray Blas. Y esto ¿por qué? porque me  
«dicen que no sale de su celda, que tiene en ella  
«letra abierta para desayunarse, para merendar y

« para perder tiempo, que el padre predicador le va  
 « imbuyendo en todas sus máximas, hasta pegarle  
 « tambien sus afectos y desafectos, no solo con per-  
 « juicio de su buena educacion, sino en grave detri-  
 « mento de la caridad y de la union fraternal y reli-  
 « giosa.

16. « Por tanto, padre mio, si el amor de nuestra  
 « Madre la Religion le debe algo, si tiene algun celo  
 « por la salvacion de las almas, que Jesu-cristo redi-  
 « mió con su preciosa Sangre, si su misma estima-  
 « cion sólida y verdadera le merece algun cariño,  
 « ruégole por la misma preciosísima Sangre de Jesús,  
 « que mude de conducta: sea más noble, más cris-  
 « tiano y más religioso el fin de sus sermones, y será  
 « muy otra su disposicion: predique á Cristo Crucifi-  
 « cado, y no se predique á si mismo, y á buen seguro,  
 « que no pondrá tanto cuidado en el afectado aliño  
 « de su persona: no busque otro interés, que el de  
 « las almas, *da mihi animas; cætera tolle tibi*; y yo  
 « le fio, que predicará de otra manera: no solicite  
 « aplausos, sino conversiones; y tenga por cierto, que  
 « no solo logrará las conversiones que desea, sino los  
 « aplausos que no solicita, y estos de orden muy su-  
 « perior al aura popular y vana que ahora le arrebatá  
 « tanto. Sobre todo le encargo, le ruego, le suplico,  
 « que cuando no haga caso de lo que le digo, y se  
 « obstine en seguir el errado rumbo que ha comen-  
 « zado, á lo ménos no dogmatice, no haga escuela  
 « tan perniciosa, no quiera imitar aquel dragon, que  
 « con la cola arrastró tras de sí la tercera parte de  
 « las estrellas. Estremézcale aquel *Væ* tan espantoso  
 « contra los que escandalizan á los pequeñuelos. Y

« no trate de vejez, de impertinencia, de prolijidad  
 « y de mala condicion de los muchos años ésta pater-  
 « nal, caritativa y reservada advertencia que le hago,  
 « sino mirela como la mayor prueba del verdadero  
 « amor que le profeso.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

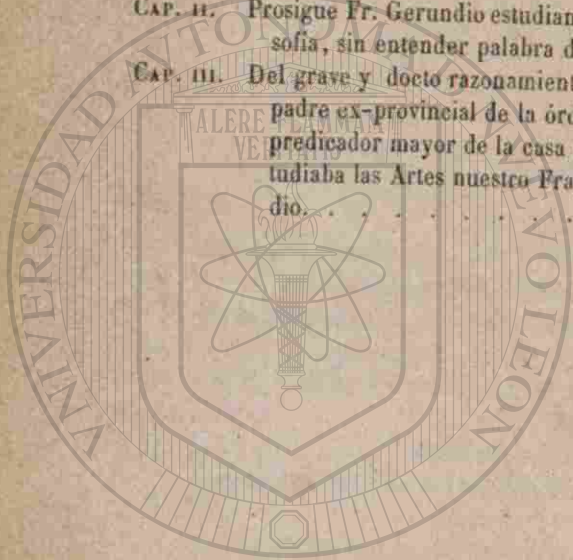
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

### LIBRO PRIMERO.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO. Patria, nacimiento y primera educación de Fray Gerundio. . . . .	131
CAP. II. En que, sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa. . . . .	140
CAP. III. Donde se prosigue lo que prometió el primero. . . . .	147
CAP. IV. Acábase lo prometido. . . . .	153
CAP. V. De los disparates que aprendió en la escuela de Villaornate. . . . .	163
CAP. VI. En que se parte el capítulo quinto, porque ya va largo. . . . .	174
CAP. VII. Estudia gramática con un dómine, que por lo que toca al entendimiento, no se podía casar sin dispensación con el cojo de Villaornate. . . . .	186
CAP. VIII. Sale Gerundio de la escuela del dómine, hecho un latino horroroso. . . . .	199
CAP. IX. En que se da razón del justo motivo que tuvo nuestro Gerundio para no salir todavía de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado. . . . .	219
CAP. X. En que se trata de lo que él mismo dirá. . . . .	240

## LIBRO SEGUNDO.

- CAPITULO PRIMERO. Concluido su noviciado pasa a estudiar artes. . . . . 253
- CAP. II. Prosigue Fr. Gerundio estudiando su filosofia, sin entender palabra de ella. . . . . 269
- CAP. III. Del grave y docto razonamiento, que un padre ex-provincial de la orden hizo al predicador mayor de la casa dónde estudiaba las Artes nuestro Fray Gerundio. . . . . 285



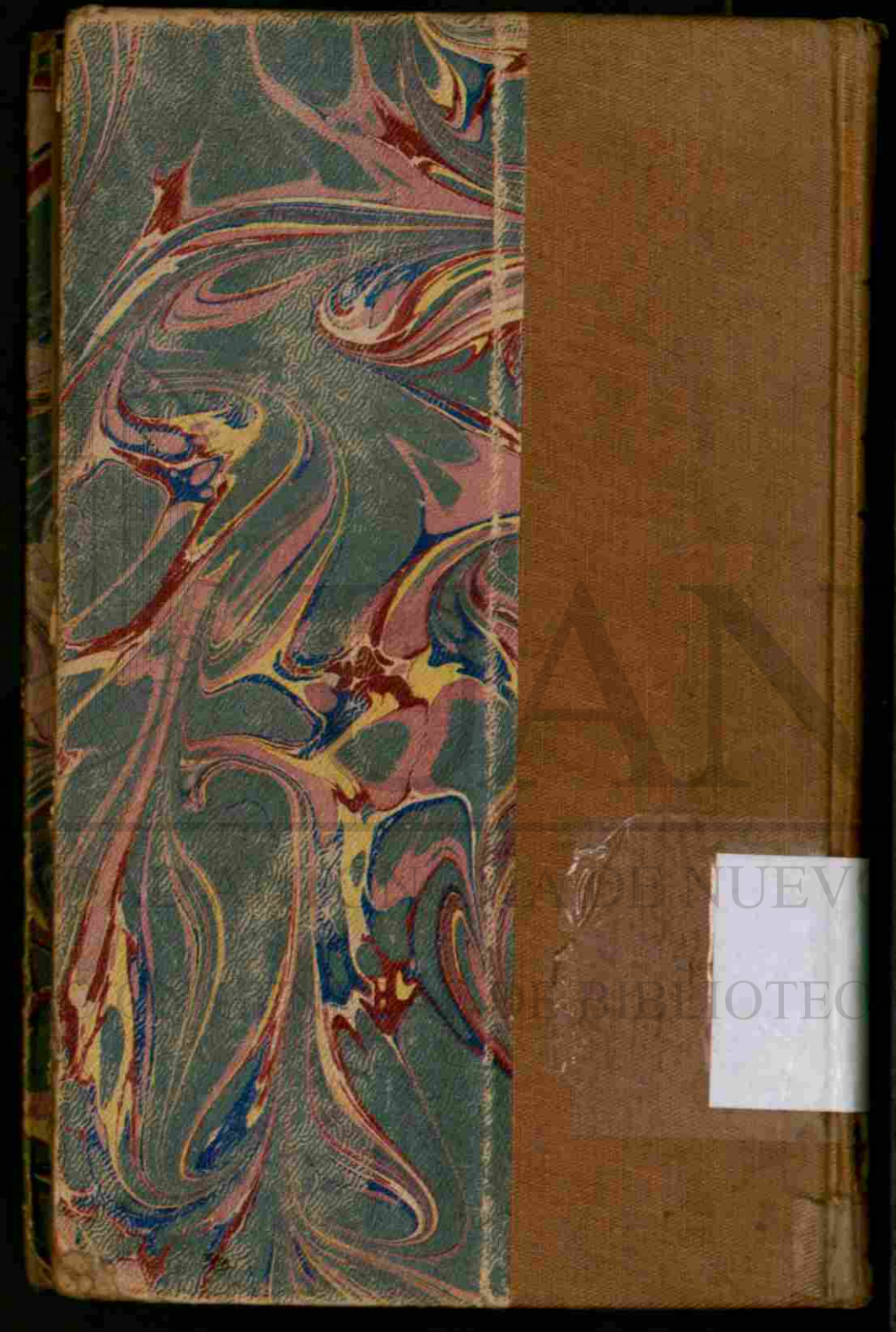
# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



13



DE NUEV  
BIBLIOTEC